

Geografías del pastoreo

Territorios, movilidades y espacio
doméstico en Susques [provincia de
Jujuy]

Vol 3

Autor:

Tomasi, Jorge Miguel Eduardo

Tutor:

Zusman, Perla

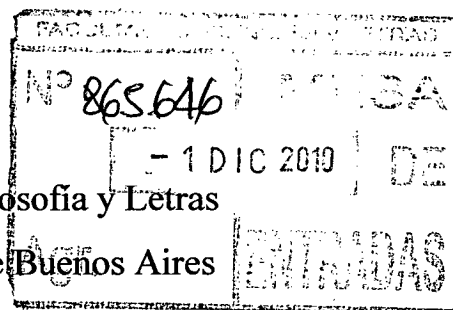
2010

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la
obtención del título Doctor de la Universidad de Buenos Aires en Geografía

Posgrado

Tesis
15-2-2-3

Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires



Geografías del pastoreo

Territorios, movilidades y espacio doméstico
en Susques (provincia de Jujuy)

Tesis de Doctorado
Orientación Geografía

TOMO III

Espacio(s) Doméstico(s)

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
Dirección de Bibliotecas

Arq. Jorge Miguel Eduardo Tomasi
DNI: 25.918.437

Directora: Dra. Perla Zusman
Co-director: Dr. Daniel Schávelzon

Diciembre del 2010

Tercera parte

Espacio(s) doméstico(s)

Pastoreo, sistemas de asentamiento y espacio doméstico

A lo largo de la segunda parte de la tesis nos hemos enfocado en las diferentes escalas territoriales que se superponen en el espacio de Susques y que están asociadas con diferentes pertenencias sociales de los pobladores, distintas esferas de interacción y relacionamiento. En primer lugar nos dedicamos expresamente a la definición de una territorialidad familiar vinculada estrechamente con la dinámica cotidiana del pastoreo dentro de un territorio de uso exclusivo, precisamente el *pastoreo*. A partir de estos territorios familiares, se construye una territorialidad colectiva, que los incluye, como parte de las dos *secciones* que conforman Susques como una totalidad. También hemos podido reconocer en el capítulo 6 la centralidad que ha tenido históricamente el pueblo dentro la constitución de Susques, aunque con significaciones cambiantes en las que se vinculan diferentes escalas. En relación con esto, debemos reconocer que el campo y el pueblo representan una unidad complementaria, no exenta de tensiones, que nos aleja de una mirada que podría presentarlas como realidades independientes y contrapuestas.

En este contexto, hemos introducido el hecho de que cada *familia*, en tanto núcleo de producción pastoril y reproducción social, posee y controla por un lado un *domicilio*, su casa principal en el campo y referencia material del grupo, y por el otro, una cierta cantidad de *puestos* o *estancias* distribuidos a lo largo y ancho de su *pastoreo*. Todos estos asentamientos están ubicados en *lugares* de una alta significación para el grupo familiar tanto por sus sentidos actuales como por aquellos recibidos de los *abuelos* que persisten y son actualizados ritualmente. Hemos podido observar a su vez que la lógica de asentamientos dispersos en los alrededores de la capilla, en tanto centro simbólico, tiene una cierta profundidad temporal que es posible desprender tanto de los relatos familiares como de los documentos históricos desde el siglo XVIII y las crónicas de viajeros a partir de finales del XIX.

A lo largo de los tres capítulos que restan nos concentraremos en el espacio doméstico pastoril desde diferentes ángulos y escalas de análisis con la intención de reconocer su complejidad. Por un lado, en este capítulo, trabajaremos sobre la totalidad y unidad del sistema de asentamiento observando las relaciones entre las partes y su funcionamiento

integral tanto en lo que refiere al universo estrictamente pastoril del *domicilio* y las *estancias* como a las *casas* ubicadas en el ámbito urbano de Susques. Plantearemos explícitamente que este sistema de distintos asentamientos que son usados por la *familia* a lo largo del año debe ser considerado como un único espacio doméstico discontiguo y diferenciado. Esto no significa que cada una de las *estancias* o el *domicilio* dejen de tener una cierta autonomía sino más bien que no pueden dejar de ser pensados como parte necesaria dentro de un planteo espacial único con características dinámicas.

De hecho, en el capítulo 8 nos enfocaremos en cada uno de estos asentamientos recorriendo sus características materiales y sus usos a lo largo del tiempo. Tal es así que primero nos concentraremos en el *domicilio* para luego considerar las particularidades de las *estancias* y finalmente dedicarnos a la *casa en el pueblo* observando los cambios sustanciales que ha tendido en su lógica especialmente a lo largo del siglo XX. En los tres trabajaremos sobre distintos casos con el objetivo de reconocer tanto las estructuras espaciales compartidas, ese “aire de familia” que se puede observar, como la enorme variabilidad que existe. Por otra parte, tal como hemos hecho respecto al territorio, consideraremos en detalle la materialidad como una cuestión insoslayable. En relación con el espacio doméstico tomaremos especialmente en cuenta las estructuras arquitectónicas que colaboran en la delimitación, caracterización y significación de determinadas porciones del espacio.

Finalmente, el capítulo 9 y último, nos proponemos concentrarnos en aquello que le otorga su condición doméstica al espacio, lo que lo diferencia de otras espacialidades en la vida de las personas. Esto implica reconocer que esa condición no existe de hecho sino que debe construirse y eso implica tanto acciones materiales y prácticas cotidianas como rituales específicos que permiten que un determinado espacio y una construcción se conviertan en una *casa*. Aunque con categorías diferentes, esto remite al planteo de las “Geografías del Hogar” respecto a que una casa no siempre es un hogar. En este sentido, cabe recordar aquello que planteamos en el capítulo 1 respecto a que la definición de lo doméstico se asienta en determinadas interrelaciones y vínculos que se dan entre las personas, las prácticas y actividades particulares que allí se desarrollan y la existencia de un vínculo sensible con este espacio. Cabe insistir en que el espacio doméstico no es un mero escenario en el que se desenvuelven las personas, sino que es un actor fundamental que

contribuye a la delimitación e identificación del grupo doméstico como tal, tanto como es definido por éste.

En los Andes

A lo largo del capítulo 4 hemos podido reconocer la existencia, más allá de las diferencias, de ciertas semejanzas entre los grupos pastoriles altoandinos. En particular nos interesa recuperar de lo dicho la importancia de la movilidad de las unidades domésticas junto con los rebaños en una estrategia de aprovechamiento de diferentes recursos disponibles en el marco de una cierta heterogeneidad ambiental. Claro que la posibilidad de acceder a esos recursos está mediada por los sistemas de derechos que rigen el manejo de estos recursos en uno u otro sitio. Al respecto, las posibilidades están en un arco que va desde un manejo centrado en una figura comunitaria que cede en forma temporal o permanente el derecho de uso de las pasturas a uno u otro grupo familiar (p.e. Nielsen 1996), hasta la existencia de derechos exclusivos y transmisibles en manos de las unidades domésticas sobre territorios con límites claros y consensuados (p.e. Göbel 2002, y el propio caso de Susques).

En este contexto de movilidades estacionales de los rebaños dentro de las posibilidades brindadas por las normas de derechos locales, las unidades domésticas se desplazan entre una cierta cantidad de asentamientos dispersos dentro del territorio al que tienen acceso. En realidad, como desarrollaremos, en muchos casos no es tan simple como que los asentamientos se despliegan en el territorio sino que son estos asentamientos los que aseguran el control y la apropiación sobre el espacio. En este apartado nos enfocaremos precisamente en la revisión de las descripciones que se han realizado sobre los sistemas de asentamiento en los Andes en tanto estructuran y definen las características del espacio doméstico pastoril.

Cabe partir de la observación de Bárbara Göbel respecto a que ha existido una “falta de información sistemática sobre la arquitectura del pastoreo en los Andes” asociada con “la posición marginal que el pastoreo andino tiene en la antropología en general” (2002:53). Además del lugar que ocupa el pastoreo en los estudios antropológicos, debemos volver a insistir sobre una suerte de desespacialización de las prácticas pastoriles en una parte importante de estos estudios. En este sentido, no deja de ser significativo que en ninguna de las tres compilaciones que están entre las principales sobre pastores andinos (Flores Ochoa 1977 y 1988; Flores Ochoa y Kobayashi 2000) existan textos específicos sobre el

espacio doméstico como sí los hay sobre otras temáticas. Sin embargo, sin haber sido el tema más visitado, sí existen trabajos importantes que se han enfocado específicamente en el espacio doméstico como son los de Palacios Ríos (1990), Arnold (1998) y el mencionado de Göbel (2002). Pero además, algunas de las etnografías que hemos mencionado en el capítulo 4, aunque no sea su objeto de estudio específico, han dedicado alguna parte de sus análisis a las características del espacio doméstico pastoril. Es dentro de las etnografías sobre pastores es donde podremos encontrar la mayor densidad de descripciones e interpretaciones sobre el espacio doméstico. Sin embargo también contemplaremos otros enfoques. Por un lado, muy cercanas a las primeras, están las investigaciones etnoarqueológicas que han tendido a tener un interés particular en la temática (Delfino 1995 y 2001; Yacobaccio et al. 2008 y Nielsen 1996 y 2000).

Las primeras etnografías

Debemos partir de la ya mencionada etnografía de Metraux (1931 y 1936) sobre los Chipayas de Carangas en Bolivia. Con la intención de rescatar y recopilar toda la información posible sobre un grupo que “estaba desapareciendo”, legó mucho material, entre otros temas, sobre las características de la “casa”. Su estudio sobre “l’habitation”, como parte de la “civilización material”, incluyó desde los aspectos constructivos hasta el simbolismo y los rituales de “consagración de la casa”. No es para nada casual que Metraux se haya interesado tanto en la “habitation” como objeto de estudio puesto que era una temática muy recorrida particularmente por los investigadores franceses en la década de 1930. Si bien Metraux no era geógrafo los límites disciplinares no eran tan rotundos y seguramente tenía vínculos con el ambiente de la geografía francesa y estaba familiarizado con sus discusiones. En este contexto, también compartía con otros trabajos contemporáneos el interés en la materialidad. Desde un abordaje que no sería tan común en las investigaciones posteriores, Metraux le dedicó muchas páginas al modo en que los Chipayas construían sus “casas” tanto en cuanto a los materiales como los procedimientos¹. Tampoco dejó de lado la dimensión simbólica y los rituales de “consagración de la casa”, algo que referiremos más adelante.

¹ Si bien Metraux no pudo ocultar el “horror” que le provocaban los Chipayas y se refiere a lo “rudimentarias” que son las casas, en distintos momentos reconoce el valor técnico que tienen sus construcciones. Incluso en algún momento sostuvo que “la construcción de estos techos de paja, capaces de resistir las terribles tormentas del altiplano, es una verdadera obra maestra” (1931:106)

Treinta años más tarde, en su etnografía sobre Paratía de 1967, Flores Ochoa le dedicó algunas páginas a la descripción del espacio doméstico fundamentalmente en relación con la movilidad característica de la actividad pastoril. Es así como observó que,

“El pastoreo como actividad principal, condiciona que el paratieño tenga residencias en varias partes. Como el cuidado de los animales requiere constante vigilancia humana, el pastor debe estar lo más cerca a los rebaños, por lo que al mudar de lugar en busca de pastos, él también debe cambiar de residencia. Por esta razón tienen varias viviendas, en lo posible una en cada ahijadero. Sin que esto quiera decir que todas sus actividades deban mudar al par de sus rebaños, porque una es la vivienda principal, que recibe el nombre de estancia. Las moradas estacionales de los ahijaderos son conocidas como cabañas y además cada familia casi siempre tiene casa en el poblado de Paratía” (1967:31).

Tal como surge de esta cita, Flores Ochoa observó que cada “familia” en Paratía poseía un asentamiento principal, la “estancia”², una cierta cantidad de “moradas estacionales” que se denominaban “cabañas” y una “casa en el poblado” que, según planteó, poco se utilizaba. La “estancia”, en tanto asentamiento principal, era la “residencia permanente”, “el domicilio conocido y público” y, de acuerdo a su descripción tenía una construcción más elaborada en relación con lo “rústico” de las “cabañas”.

La estrecha vinculación entre pastoreo, patrón de asentamiento y espacio doméstico fue indicada también por Webster, quien sostuvo que el patrón de asentamiento de la comunidad “está altamente determinado por el régimen de pastoreo” (1973:120). Y un poco más adelante, comparando distintos trabajos, agregó que “las variaciones en los patrones de asentamiento y trashumancia entre las comunidades pastoriles parecen estar determinadas también por las condiciones ecológicas” (1973:129). Como hemos visto en el capítulo 5, un aporte importante de Webster fue su observación del rol del poblado como centro ceremonial más allá de la cantidad de tiempo que las “familias” residieran allí.

También Custred (1977), en su trabajo sobre la población campesina de Alccavitoria en Perú, aportó algunas referencias respecto a los patrones de asentamiento en relación con la organización social. En términos generales, al igual que Flores Ochoa, sostuvo que “los patrones de asentamiento de las comunidades pastoriles son dispersos en vez de nucleados” (1977:562) y son pocas las familias que viven en el poblado. Sin embargo un punto importante que observó Custred fue que si bien el patrón era disperso, las casas de distintas

² Es importante notar las diferencias en las categorías usadas en los distintos trabajos. Flores Ochoa utilizó “vivienda” y “residencia”, como categoría analítica, para denominar lo que llamaremos “asentamiento”. Analizaremos más adelante la densidad de la categoría nativa “estancia” que se hace presente con significados diversos en distintos sitios.

familias tendían a estar juntas entre sí. Tal es así que se conformaban agrupaciones de casas de familias nucleares que solían estar relacionadas agnáticamente.

A través de Webster y Custred podemos observar que el carácter disperso de las poblaciones pastoriles y la autonomía de las unidades domésticas tienen matices, sea por la relación con un centro de uso ceremonial o por los agrupamientos de “estancias” de distintas, aunque vinculadas, unidades domésticas. En términos generales se podría decir que los trabajos de esta etapa se caracterizaron por una inclinación a relacionar el espacio doméstico con las condiciones ecológicas y las estrategias de los pastores en términos de patrones de movilidad. Eventualmente aparecen algunas referencias que conectan con ciertos aspectos de la organización social (especialmente en Custred), pero en general no con otras dimensiones.

Algunos aportes más recientes

El trabajo de Flannery, Marcus y Reynolds (1989) acerca de los pastores de la Puna de Ayacucho retomó algunos de los temas mencionados en descripciones anteriores pero con una perspectiva diferente. Por lo pronto definieron la existencia de una serie de “estancias”, que se componían de “kanchas” y que a su vez contenían una cierta cantidad de “chukllas”. Cada uno de estos niveles del principal asentamiento pastoril en Ayacucho estaba asociado con diferentes agregaciones de la composición familiar. Es decir, mientras que la “estancia” estaba vinculada con la presencia de una serie de “familias” extensas emparentadas agnáticamente, la “kancha” se correspondía con la “familia” extensa y la “chuklla” con una “familia” nuclear. En relación con la organización espacial de esta disposición, las “chukllas” se disponían en torno a un patio conformando así la “kancha”. Al respecto, estos autores pusieron el foco en el término quechua “kancha” indicando que significa “corral” lo que remite a la idea de la casa como un “corral”³.

Un punto interesante es que estos autores, frente a los modelos más idealizados, dieron cuenta de la variabilidad existente en las configuraciones. Tal es así que observaron que “las *kanchas* pueden variar enormemente en tamaño dependiendo del número de edificios,

³ Esto nos remite a lo que mencionamos en el capítulo 5 respecto a que el *corral* en Susques es considerado como una *casa de la hacienda* en relación con las *casas de las personas*. Como plantearemos más adelante el término *kancha* es usado en Susques, no para el *patio*, pero sí para denominar al *fueguero* exterior, o sea una estructura externa aunque cerrada en su perímetro. De alguna manera, materialmente el *fueguero* es un pequeño corral.

el número de corrales y la presencia o ausencia de jardines con muros para las papas *chuñu*” (1989:44, resaltado en el original, traducción propia). Dados los ejemplos que proporcionaron, la variabilidad pareciera asociada fundamentalmente con las dimensiones y el momento dentro del ciclo de los grupos familiares, las posibilidades económicas y la antigüedad de la “kancha”.

En 1990 Palacios Ríos publicó su trabajo sobre “el simbolismo de la casa de los pastores aymara” a partir de su trabajo etnográfico en Chichillapi, Perú. Este fue probablemente el primer texto específico sobre algunos aspectos del espacio doméstico asociado con el pastoreo en los Andes, si bien algunas de las observaciones planteadas ya las había adelantado en su tesis de maestría en 1977. En esta tesis Palacios Ríos ya había indicado, en el contexto de su estudio sobre la interacción entre ecología y sociedad, la existencia de distintos asentamientos que eran usados durante el año por los pastores de Chichillapi. Es así como describió la existencia de una “casa principal” (“hach’a uta”) que era la más elaborada y se usaba durante la temporada seca, y una serie de “habitaciones” (“anaqa”) de “construcción precaria”, ubicadas en los cerros y que se utilizaban durante la época de lluvias. Palacios Ríos planteó que este patrón de residencia era una consecuencia de la trashumancia del pastoreo.

Además de estas observaciones, en su trabajo de 1990 se podría decir que propuso un modo de pensar el espacio y la casa en particular en el marco de ciertos “principios ordenadores” que remiten a la visión de Bourdieu. Es así como planteó que el “principio estructural de la dualidad”, que estaría dentro de la concepción andina del mundo, organiza a la sociedad y “se encuentra replicado, y por lo mismo integrado, en las esferas social, política, económica, ritual, espacial, temporal y mítica” (1990:63). A nivel espacial los “principios cosmológicos” se manifiestan, de acuerdo con Palacios Ríos, en una oposición dual de categorías (arriba-abajo, centro-periferia o sagrado-profano). En particular,

“La realidad abstracta y compleja de la representación andina del espacio se percibe a un nivel más pequeño en los símbolos que encierran la configuración de la casa. Los rasgos formales de toda casa, en el tiempo y en el espacio, están determinados culturalmente. Son planificados y ejecutados de acuerdo a modelos o ideas que son consistentes con la cultura del grupo humano (...). La forma, los materiales y el ordenamiento de sus unidades son elementos hasta compulsivos no sólo en el planteamiento, sino en la ejecución y posterior ocupación de los ambientes. En este sentido la casa encierra en sí concepciones culturales del grupo, la cultura misma” (1990:64).

La “casa”, en definitiva, era “una manifestación concreta de un orden abstracto” (1990:81). Más allá de los numerosos datos etnográficos que proveyó, y que iremos recuperando a medida que avancemos, lo interesante en el planteo de Palacios Ríos fue que el espacio doméstico dejaba de ser considerado como un epifenómeno, una mera expresión o sólo una necesidad material en el contexto del pastoreo para entenderlo mucho más integrado en la totalidad de la vida social y simbólica, sin dejar de lado la importancia que los aspectos productivos y ambientales puedan tener. El “ordenamiento del mundo”, que tal como lo presenta pareciera ser un “algo” que está por fuera de las personas, estructuraba las configuraciones y los usos cotidianos del espacio.

En su estudio sobre la casa entre pastores aymaras en Qaqachaka⁴, Bolivia, Arnold también describió la existencia de “varios grupos de edificaciones utilizados por cualquier grupo familiar extendido” (1998:40) con características similares a las que hemos observado en los párrafos anteriores. Cada grupo familiar poseía una casa principal (“uta”), una serie de “viviendas de pastoreo” (“jant’a”) en los cerros aprovechando distintos niveles ecológicos, y una “casa secundaria” en el poblado que se usaba para situaciones ceremoniales. Tanto la casa principal como la secundaria eran “compartidas por un grupo de parentesco patrilineal extendido conformado por padres e hijos, juntamente con sus esposas de otras comunidades y sus niños” (1998:42). Las casas se organizaban en torno a un patio compartido desde el que se ingresa a cada uno de los recintos.

Arnold sostenía que lo que se proponía en ese texto era examinar,

“la casa Qaqachaka como un texto cultural en el cual tanto la tarea práctica de construir una casa como las recitaciones del ritual, las canciones, juegos y, sobre todo, la compleja serie de ch’allas que la acompañan, ubican a cada casa individual dentro de un contexto cosmológico más amplio” (1998:35-36).

Son dos las cuestiones que nos interesa resaltar de la propuesta de Arnold: la integración de la casa en otros aspectos de la vida social, y la referencia a la acción concreta del construir. En relación con la consideración de la “casa como cosmos”, esta investigadora planteó que la casa tanto como la organización social tienen los mismos “principios organizativos”. Tal es así que,

⁴ Arnold (1998) sostuvo que los Qaqachaka controlan distintos pisos ecológicos distantes en los que desarrollan el pastoreo de llamas y alpacas, en los más altos; de ovejas y cabras, en los más bajos; y actividades agrícolas domésticas en los pisos intermedios.

“Durante el proceso de construcción de la casa, y las ch’allas que lo acompañan, los diversos elementos de la organización social devienen espacializados, en la medida en que el mismo espacio deviene socializado” (1998:36).

Como se observa, la práctica concreta del construir se vuelve en el planteo de Arnold particularmente importante. En este contexto, la casa es pensada y estudiada como proceso y acción y no sólo como un producto dado. Esta investigadora observó que las prácticas del construir, junto con otras que acompañan, se constituían como un “arte de la memoria”.

Tal es así que,

“Al compartir la memoria del proceso de construcción de una casa en cada una de estas ocasiones, los Qaqas reconstruyen no sólo el espacio sino el tiempo, en la medida en que recuerdan el pasado, las genealogías ancestrales y sus orígenes míticos e históricos. La casa sirve de trasfondo mnemotécnico sobre el cual se superponen las memorias colectivas de los ancestros y los muertos” (1998:38).

No sólo la casa como objeto en sus distintas etapas ponía en evidencia los momentos y la historia, sino que la acción práctica de construir reunía el presente del grupo con los antepasados. En este sentido, la práctica de la construcción para Arnold, además de su valor técnico, era socialmente significativa. El construir materialmente, por otra parte, no era una actividad individual, sino que implicaba acciones de colaboración y reciprocidad muy importantes entre diferentes unidades domésticas, en general emparentadas. De hecho, la construcción era uno de esos momentos que superaban la capacidad de trabajo de una familia y en los que debían activarse las redes en las que participa.

Más allá de la relevancia que tiene por la cercanía con nuestro espacio de estudio, el trabajo de Göbel (2002) sobre lo que dio en llamar la “arquitectura del pastoreo” es nuestro antecedente más directo. A largo de este texto, se describen tanto las características del “sistema de asentamientos” considerando cada uno de sus componentes, como también el uso dado a los espacios y los significados asociados. De hecho, concluyó que,

“las interacciones de los habitantes de Huancar con el medio ambiente, los aspectos económicos, sociales y simbólicos están estrechamente entrelazados. Vemos entonces que no se puede desvincular el uso económico del espacio de su control social y simbólico” (2002:73).

Los distintos aspectos vinculados con el espacio fueron tratados de un modo integral. La “casa de campo”, por ejemplo, tiene un rol económico en el manejo del rebaño y la movilidad anual de los pastores tanto como posee una dimensión simbólica en tanto es un ícono que “condensa todo un sistema de ocupación espacial” (2002:56), y, al mismo

tiempo, es una referencia para la organización social y familiar en Huancar. A lo largo de este texto, Göbel planteó muchos de los temas que venimos desarrollando desde el caso de Susques.

Para la Puna de Jujuy, hacia el Norte de la de Atacama, cabe mencionar los trabajos realizados desde finales de la década de 1970 por Merlino y Rabey. Más allá de los textos más o menos generales sobre pastoreo que produjeron (p.e. Merlino 1978 o Merlino y Rabey 1978)⁵, Merlino junto a Sánchez Proaño (1996/97) y Rabey con Rotondaro (1984 y 1988)⁶ generaron sendos trabajos específicos sobre la temática. En el primero de los casos, los autores se enfocaron en analizar “la representación del hábitat”⁷ en la Puna en relación con el sol como punto de referencia. En este contexto, tomaron dos expresiones nativas que son habituales como “sol de mañana” y “sol de tarde” entendiéndolas no sólo sirven para dividir el día sino también para clasificar el espacio. Las laderas con “sol de mañana”, de acuerdo a estos autores, eran las preferenciales para los asentamientos, de la misma manera que hacia el “sol de mañana” se abrían las casas. En relación con el “hábitat artificial” de los pastores, observaron que cada “familia” tenía en su territorio una “casa principal” y una serie de “puestos de transhumancia”. Mientras que los puestos “no son más que pequeñas habitaciones que le sirven de refugio” (Merlino y Sánchez Proaño 1996/97:110), la “casa principal” era más compleja, centralizaba las actividades más importantes y a su vez era una representación visual de la “organización cultural del universo” (1996/97:110) y se constituía “en el eje donde se articula la organización cultural del espacio-tiempo cotidiano tomando al sol como referencia fundamental” (1996/97:111).

La investigación de Rabey y Rotondaro se orientó hacia la localidad de Barrancas o Abdón Castro Tolay, también en la Puna de Jujuy. Dentro de su interés general sobre el asentamiento de la población pastoril produjeron textos con orientaciones diferentes. En

⁵ En lo respecta a nuestros intereses, en este trabajo conjunto respecto al “ciclo agrario-ritual”, además de mencionar ciertas características de los centros pobladores, hicieron referencia a las características del asentamiento de una “familia” en el área de Coyahuaima, al Sur de Mina Pirquitas, observando que “la familia posee una casa principal, que denominan “Pabellón”, ubicada a unos 4.500m, y cuatro puestos, todos dentro de la misma quebrada” (Merlino y Rabey 1978:57)

⁶ Nos referimos a Rotondaro y Rabey (1984a y 1984b) y Rabey y Rotondaro (1988), entre otros textos que produjeron en conjunto.

⁷ Al respecto, consideraron al “hábitat” “como una representación que se expresa físicamente a través de la forma y estructura del paisaje y de la arquitectura y, verbalmente, por medio de un conjunto de frases que figuran en su tradición oral” (Merlino y Sánchez Proaño 1996/97:107)

uno se enfocaron en lo que denominaron el “ecosistema humano”⁸ y ese contexto observaron que sólo el 20% de la población de Barrancas en ese momento tenía su “residencia principal” en la “aldea” mientras que el resto seguía un “patrón de asentamiento disperso” con una “vivienda en el campo” y “uno o más puestos que utilizan temporalmente en sus ciclos de trashumancia pastoril” (Rabey y Rotondaro 1988). En uno de sus textos anteriores (Rotondaro y Rabey 1984b), más orientado a la organización espacial, refirieron la existencia de cinco “tipos” de asentamientos⁹: vivienda principal y secundaria en la aldea, vivienda principal y secundaria en el campo y puesto rural transitorio. Resulta significativa la poca referencia que existe en estos trabajos a las categorías nativas de denominación de los asentamientos. En todo caso, sí le han otorgado una notable importancia a las características técnicas de las construcciones en este texto (1984b) y especialmente en otros más dedicados a la cuestión “tecnológica” (p.e. Rotondaro y Rabey 1984a).

El propio Rotondaro publicó en 1991 un trabajo específico, en este caso, sobre la Cuenca de Pozuelos incluyendo Rinconada, en la provincia de Jujuy. La particularidad de este texto, que lo diferencian del resto, es que su estudio sobre los “asentamientos humanos” estaba orientado a la generación de acciones concretas y al establecimiento de “pautas de ordenamiento territorial, espacial y tecnológico” con la intención de “mejorar la calidad de vida de su población” (Rotondaro 1991:69). En todo caso, este investigador identificó una lógica similar de asentamientos a las que venimos detallando consistente en una “casa permanente” y uno o dos “puestos transitorios” además de una posible casa en algún “centro de servicios”, por ejemplo Rinconada.

Las aproximaciones etnoarqueológicas

Particularmente en el contexto de los Andes Meridionales han sido muy importantes los aportes desde la etnoarqueología en el estudio de la dimensión espacial del pastoreo. De hecho, en general son los trabajos que han realizado las descripciones más detalladas de las características de los diferentes asentamientos usados por los pastores adentrándose tanto

⁸ Al respecto observaron que el “ecosistema humano” era “una unidad estructural de flujo de materia-energía e información, en el cual pueden distinguirse tres subsistemas: natural, poblacional y sociocultural” (Rabey y Rotondaro 1988).

⁹ La referencia a la definición de un “tipo” y el uso de la categoría “vivienda” no son para nada casuales si consideramos que en su trabajo expresaron que seguían las líneas tipológicas propuestas por Ardissonne (1937). Este es un caso más de entrecruzamiento disciplinar respecto a esta temática tal como lo marcamos en el capítulo 2.

en las configuraciones y el uso de los espacios como en los aspectos constructivos y las técnicas utilizadas. Dado su interés en la información que la etnografía puede aportar al estudio del registro arqueológico de sociedades del pasado, estos trabajos tienen un énfasis en el correlato material de las prácticas y los procesos de cambio.

Debemos mencionar en primer lugar la investigación de Yacobaccio, Madero y Malmierca (1998) realizada específicamente en Susques puesto que fue el primer trabajo que sistematizó para esta área las características de lo que llamaron el “patrón de asentamiento” en relación con la movilidad. Respecto a esto observaron que en el pastoreo andino,

“(...) el grado movilidad depende no sólo de la disponibilidad de pasturas sino también de la cercanía de los territorios de pastoreo asociados a los distintos asentamientos y de la composición de los rebaños dados los diferentes requerimientos de manejo de cada especie” (1998:32).

Y un poco más adelante,

“El movimiento estacional genera distintos tipos de asentamientos localizados en diferentes mosaicos ambientales de desigual altitud. De acuerdo al tiempo de permanencia durante el ciclo anual, éstos pueden dividirse en permanentes, estacionales y transitorios” (1998:37).

A partir de esta clasificación basada en el tiempo de permanencia de la unidad doméstica, analizaron una serie de casos de los distintos tipos de asentamiento en relación con la movilidad. El hecho de que hayan considerado los asentamientos de diferentes unidades domésticas¹⁰ permitió observar la gran variabilidad existente entre los casos. Es así como describieron desde “bases residenciales” de no más de 3 recintos techados hasta otras con más de 17 “estructuras”. En tanto el objetivo de la investigación se orientó al manejo de los camélidos por parte de los pastores, las consideraciones que realizaron sobre el espacio doméstico se orientaban a este aspecto y no hacia otras dimensiones sociales y simbólicas. Sin embargo el aporte que realizó este estudio ha sido importante por la identificación de las características de la movilidad en Susques y de sus asentamientos.

La investigación de Nielsen (1996 y 2000) sobre las características del pastoreo en el sur de Bolivia, también ha tomado la organización de los asentamientos como un punto central, de hecho hemos citado recurrentemente su trabajo. Tal como observó,

“la organización de su sistema de asentamiento les permite [a los pastores] lidiar exitosamente con las demandas y restricciones impuestas por la reproducción de su sistema socio-productivo en este medio ambiente” (2000:35. Traducción propia).

¹⁰ Los autores usaron la noción de “unidades productivas domésticas”

Desde una perspectiva vinculada a la “teoría de la práctica” de Bourdieu, Nielsen observó al entorno construido como un lugar privilegiado de reproducción social. En este sentido, la configuración del sistema de asentamiento no es para este investigador simplemente una consecuencia de una estrategia adaptativa sino que también está en relación con la reproducción del grupo en un determinado contexto. Lo interesante de esto es que colocó al espacio doméstico más allá de una lógica meramente utilitaria de apropiación de recursos de subsistencia, para integrarlo en una realidad social donde está incluido también lo productivo.

Nielsen identificó la existencia de cuatro tipos diferentes de “localizaciones” usadas por los pastores: “residencias principales” (“casas”), puestos de pastoreo (“estancias”), áreas de pasturas y el pueblo de Cerrillos. Cada una de estas localizaciones era usada por los pastores en distintos momentos del año en relación con el movimiento del rebaño, pero además tienen diferentes significaciones. Nielsen analizó diferentes casos de cada tipo de asentamiento tanto en su configuración como en el uso de los espacios. Es interesante observar el modo en que consideró los procesos de transformación de los asentamientos al mostrar las diferencias entre las “residencias principales” de distintas unidades domésticas en relación con su “ciclo de vida”.

Particularmente amplio ha sido el trabajo de Delfino (1995 y 2001) en la localidad de Laguna Blanca, en la Puna catamarqueña, sobre los “patrones de asentamiento tradicionales”. Los asentamientos fueron considerados por este autor como una forma de construir y modelar el paisaje de acuerdo a una cierta “expectativa modélica del espacio” (2001:4). De un modo que no es tan habitual en los trabajos, Delfino trató con mucho detalle las técnicas constructivas usadas y el modo en que se configuran las “viviendas” a través de un detallado relevamiento. Al mismo tiempo registró la existencia de diferentes tipos de asentamiento asociados con las actividades productivas:

“Las *bases residenciales*, los *puestos*, y los *paravientos*, integran un complejo arquitectónico de ocupación productiva. Las tres formas integran la manifestación visible del uso habitado del espacio (construcción del paisaje), expresando la condición situada de los hombres y mujeres en Laguna Blanca” (2001:5).

Más allá de los numerosos datos que aportó, lo que nos interesa en este momento es el modo en que Delfino insertó las observaciones sobre el espacio doméstico en el contexto

de un “mundo cosmovisional andino”. Es decir, buscó comprender el modo en que es producido ese espacio dentro de un determinado contexto de significación. De esta manera logró integrar las decisiones técnicas asociadas con la construcción con el significado que ese muro puede tener localmente.

La noción de “estancia”

Como se desprende de lo visto, la “estancia” como categoría nativa que designa algún tipo de asentamiento de los grupos familiares pastoriles aparece recurrentemente en las etnografías andinas. De hecho, también es importante en Susques y la hemos mencionado reiteradamente tanto a partir de nuestras observaciones en el campo como a partir de su uso en los Libros Parroquiales en el siglo XVIII cuando se hablaba de las “estancias de Susques”. Sin embargo “estancia” es una categoría que ofrece una cierta complejidad puesto que, aunque dentro de un universo compartido, no tiene un significado unívoco. En este sentido, requiere al menos de una revisión de sus significados que nos va permitir seguir aproximándonos a las relaciones entre familia y espacio doméstico.

Veremos que en ciertos casos el término “estancia” se refiere al asentamiento principal de un grupo familiar pastoril en el campo. En otros, la “estancia” es un caserío que reúne a una cierta cantidad de asentamientos principales. En relación con esta definición, algunos investigadores han observado que la “estancia” no es simplemente la estructura material de los asentamientos sino que designa una forma particular de organización social, en relación con éstos, que media entre la “familia nuclear” y la “comunidad”. Finalmente, la noción de “estancia” en determinados sitios, por ejemplo Susques, se utiliza para designar a los asentamientos secundarios, los que serían los “puestos”. Esto fue observado por Göbel cuando indicó que, a diferencia de lo que registró en Huancar, “en muchos lugares ‘estancia’ no es la denominación de un puesto temporario, sino de una casa central o de un caserío con las casas centrales de varias familias” (2002:56)

En relación con el primero de los significados mencionados, de acuerdo a Flores Ochoa, en Paratía,

“La estancia es la residencia permanente y donde mora la familia, tiene la mayor parte de sus pertenencias y es el domicilio conocido y público. Para su construcción se buscan los lugares bajos, junto a manantiales o riachuelos y en las cercanías de las estancias de otros pastores, que las más de las veces son familiares unidos por vínculos de parentesco consanguíneo. Esta cercanía significa estar a la vista y poder ver la casa del vecino y por la configuración del medio geográfico, es dable distinguir con facilidad viviendas

ubicadas a cinco o más kilómetros. Hay veces que las estancias están todavía más cerca, en cierto modo nucleadas, por lo que ha inducido a edificar en ellas algunos servicios como escuelas y a considerarlas, por la administración pública, como centros de población, designándoseles como anexos, caseríos o parcialidades.

En las estancias, el patrón de construcción está formado en base a grupos de habitaciones edificadas alrededor de un patio principal, dejando las esquinas libres como puertas de ingreso” (Flores Ochoa 1967:33-34)

La “estancia” de acuerdo a las observaciones de Flores Ochoa, es una unidad espacial discreta que corresponde a una “familia”, en general nuclear, que está organizada a partir de un “patio principal” en torno al que se disponen una serie de recintos. Estas “estancias”, a su vez, pueden estar agrupadas integrando “familias” unidas por algún vínculo de parentesco sanguíneo. Este agrupamiento es precisamente el que otros autores han registrado que recibe el nombre de “estancia” en otros sectores de los Andes. El trabajo de Flannery, Marcus y Reynolds (1989) en la Puna de Ayacucho, también en Perú, es uno de estos casos. Al respecto observaron que las “estancias” son,

“asentamientos dispersos compuestos de unidades ampliamente separadas llamadas *kanchas*. Aunque *kancha* es la palabra quechua para corral, también viene a referirse a la totalidad del “compuesto”, o complejo de edificios y corrales, usados por una familia extensa y sus rebaños” (1989:44, traducción propia).

Si Flores Ochoa refería que la “estancia” era el asentamiento principal de una “familia”, en este caso “estancia” es el caserío que agrupa una serie de “kanchas” que pertenecen a diferentes “familias extensas”. Las descripciones de estos autores parecieran mostrar que lo que en Ayacucho se denomina “kancha” es muy similar a lo que Flores Ochoa refirió como “estancia”. Las diferentes “kanchas” dentro de una “estancia”, que pueden ser hasta más de doce, corresponden a “familias” que están de hecho emparentadas. A su vez, cada “kancha” se compone de diferentes recintos rectangulares que se denominan “chuklla” construidos en piedra o bloques de “champa”¹¹. De acuerdo a lo que muestran los planos que proporcionaron, las “chukllas” están ubicadas alrededor del patio, que probablemente es la “kancha” propiamente dicha. Estas “chukllas” corresponden a familias de pastores con su propio rebaño pero que forman parte de la familia extensa que ocupa la “kancha”, es decir que tiene un patio en común. La relación “estancia”-“kancha”-“chuklla” muestra una sucesión encastrada de relaciones de mayor o menor proximidad que están asociadas a su vez con diferentes compromisos de colaboración.

¹¹ Se conoce como “champa” a una técnica de construcción con tierra en la que los bloques no son moldeados como en el adobe sino que se cortan directamente del suelo.

Orlove planteó un uso similar del término “estancia”, en tanto caserío o conjunto de asentamientos principales cuando indicó que,

“Los pastores tienden a vivir en unidades domésticas de familias nucleares, conteniendo una pareja casada, sus hijos, y ocasionalmente un padre viudo mayor. Entre dos y tres hasta veinte de los asentamientos principales de estas unidades domésticas están agrupadas en unidades conocidas como estancias. El asentamiento secundario de los miembros de la estancia suelen estar más dispersos (...) Existe una preferencia fuerte a la residencia virilocal, pero eso no significa que sea obligatoria. Una mujer suele mudarse a la estancia de su marido (...) Uno de los aspectos más importantes de las estancias es su control sobre los bofedales naturales y la construcción y mantenimiento de los artificiales” (1981:102, resaltado en el original)

Y un poco más adelante,

“Los grupos de pertenencia basados en la descendencia y la alianza, la estancia y la comunidad, garantizan a todos los individuos, solteros o casados, el acceso a las pasturas y por lo tanto el potencial de participar como pastor” (1981:103, resaltado en el original)

Orlove planteó al menos dos puntos diferenciales respecto a la consideración de la “estancia”. Por un lado este asentamiento se constituye como una forma de control sobre los bofedales y en este sentido podríamos sostener que hace a la territorialidad de estos grupos de pastores. Por el otro, la “estancia” no es sólo un tipo de asentamiento sino también un “grupo de pertenencia” que asegura la posibilidad de acceder a ciertos recursos. La pertenencia a una “estancia”, entonces, implica una determinada residencia del grupo familiar que a su vez permite acceder, a través de la pertenencia, a las pasturas.

Para el Norte de Chile, en Isluga dentro del área de Tarapacá, Gabriel Martínez hizo referencia a la “estancia” con un sentido similar. Al respecto cuando definió el “Sector Isluga” observó que se trataba de,

“un extenso territorio de alrededor de 200.000 hectáreas, habitado por una población aymara próxima a los 2.000 habitantes, que vive entre alturas de 3500 y 4000 mts. y más, en caseríos: ‘estancias’ que oscilan desde unas 5 familias (unidades conyugales) hasta 30 ó 40 familias” (1975:404)

Explícitamente sostuvo que el término “estancia” denominaba en Isluga a un caserío, u poblado o una pequeña aldea. Sin embargo, del texto de Martínez se desprende que la “estancia” no es sólo una noción relativa al asentamiento sino que era a su vez una institución de la organización social. La “familia”, la organización básica que sostenía la vida económica y social en Isluga, era a su vez, “la base misma de la estancia, que así conserva su unidad y su fisonomía” (1975:420). Existía entonces una vinculación muy fuerte entre determinados apellidos que se mantenían asociados con ciertas “estancias”.

En un trabajo más reciente, también para el Norte de Chile, Gundermann (1998) observó que

“La estancia en los casos de zonas ganaderas exclusivas y la dualidad chacra-estancia en sistemas pastorales mixtos son tipos de unidad espacial en torno a las cuales se organiza la actividad ganadera y que median la relación entre unidad de producción y comunidad” (1998:296)

En el caso particular aymara, en zona de Arica y Tarapacá incluyendo el ya mencionado Isluga, sostuvo que,

“Las estancias en esta zona son, desde un punto de vista ecológico, espacios con producción vegetal potencialmente utilizables en la crianza regular de camélidos sudamericanos (llamas y alpacas) y ovinos; desde uno jurídico, propiedades rústicas constituidas, normalmente de gran extensión (unas 220 en total, de las cuales la mayoría oscila entre unas 1000 y 8000 has.), las cuales se mantienen como sucesiones indivisas; desde uno económico, el lugar principal de la producción campesina y la reproducción social de las unidades domésticas; desde uno sociológico, un conjunto de unidades domésticas de tamaño variable unidas por filiación patrilineal, conformando entre uno y cuatro, normalmente, patrilinajes localizados; y, desde uno cultural, un núcleo de condensación de mundos de experiencia de vida” (Gundermann 1998:296)

Aquí la “estancia” pareciera no ser ya directamente un asentamiento sino más bien un área que permite acceder a determinados recursos de pasturas, aparentemente un territorio. Pero además la “estancia” es el grupo social que integra unidades domésticas vinculadas patrilinealmente que tienen el derecho de explotar los recursos de esos territorios. En este sentido, la pertenencia a una “estancia” implicaría la pertenencia también a un determinado territorio. En el caso atacameño, el mismo autor, observó una diferencia ya que el foco estaría puesto en la relación “chacra-estancias” en un esquema productivo mixto agrícola-ganadero. Mientras que la “estancia” se refiere a sitios de pastoreo con posibilidades de forrajes y agua dentro de un área más árida y no a un territorio con diversidad ecológica como en el caso anterior, la “chacra” se constituye como un área con potencial productor de alfalfa y residuos de cosechas para sumar a las pasturas naturales. En todo caso, la “estancia” se refiere también a un área productiva aunque probablemente tenga un asentamiento asociado.

La noción de “estancia” en ciertos lugares no está asociada con un caserío que reúne una cierta cantidad de asentamientos principales ni tampoco con uno de éstos, sino que corresponde a lo que suele conocerse como asentamientos temporarios o puestos de pastoreo. Es el caso de lo observado, por ejemplo, por Nielsen (1996),

“La mitad de las unidades domésticas poseen además una o más (hasta seis) estancias o puestos de pastoreo, típicamente formados por un recinto multifuncional (cocina-dormitorio) y corrales asociados. Las estancias son normalmente ocupadas durante un período inferior a 60 días al año por una unidad doméstica en su totalidad, la que se traslada con sus animales” (1996:71)

El mismo sentido del uso nativo de “estancia” fue observado por Göbel (2002) cuando indicó que,

“A una distancia de entre 30 minutos a un día de caminata de la ‘casa de campo’ están situados los puestos temporarios, denominados en esta región ‘estancias’. En promedio, cada familia posee cinco ‘estancias’, abarcando el espectro de cero a 11 ‘estancias’” (Göbel 2002:64)

En estos casos, las “familias” suelen tener una casa principal en el campo y una cierta cantidad de “estancias”, distribuidas dentro en el territorio al que tienen acceso, que se constituyen como asentamientos secundarios. Este es precisamente el significado que adquiere el término *estancia* en Susques y que seguiremos desarrollando en los próximos puntos. A pesar de estas diferencias importantes en el uso que el término “estancia” adquiere entre distintos grupos pastoriles en los Andes, ciertamente existe un universo de significados compartidos que giran en torno a tres elementos: una forma de asentamiento, el acceso a los recursos y la constitución de un grupo social. Más allá de las particularidades, en todos los casos la “estancia” se refiere a algún tipo de asentamiento disperso de la población que es usado en algún momento del año por el grupo familiar junto con el rebaño.

Gundermann (1998) refirió a la “estancia” como una determinada área de pasturas a la que los miembros, precisamente, de la “estancia” podían acceder. En paralelo, de acuerdo a Nielsen (1996) la construcción de una “estancia es una de las formas que los pastores tienen en el Sur de Bolivia para acceder a derechos de pasturas. En este sentido, si bien es explícitamente un asentamiento, la “estancia” tiene asociada la posibilidad de que una determinada “familia” controle un área de pasturas haciendo efectivos o creando, al ocupar la tierra, los derechos de pastoreo. También Orlove (2001), aunque la “estancia” en su caso se refería a un caserío, indicó que era, a su vez, un grupo de pertenencia que permitía el acceso a las pasturas. De acuerdo a Flores Ochoa (1967) la “estancia” era estrictamente la casa principal pero tal como la refiere esa “estancia” está íntimamente ligada con la definición del grupo familiar.

Más allá de las diferencias, la noción de “estancia”, entonces, nos brinda la posibilidad de poner en relación tres aristas de la espacialidad pastoril como son un determinado sistema de asentamiento, la definición de un territorio de pastoreo y la constitución e identificación social y espacial de un grupo familiar. Estas son precisamente las tres aristas que nos proponemos recorrer en los próximos puntos.

Territorialidad, espacio doméstico y sistemas de asentamiento

Más allá de las denominaciones, existe una amplia coincidencia en los estudios sobre pastores en los Andes respecto a una lógica básica de los sistemas de asentamiento. En principio este sistema estaría organizado alrededor del grupo familiar que maneja el rebaño y se basaría en un asentamiento principal, no necesariamente permanente, que puede y suele formar parte de un agrupamiento mayor, digamos un caserío, que se corresponde con lazos mayormente agnáticos entre los grupos familiares. En conjunto con este asentamiento principal cada grupo familiar controla una serie de asentamientos secundarios, “puestos”, que se distribuyen estratégicamente dentro de un territorio de pasturas. La construcción y vivencia de y en estos “puestos” suele crear, favorecer o fortalecer los derechos de pasturas del grupo y en este sentido son una pieza fundamental dentro de la territorialidad pastoril. Sea a través del asentamiento principal, de su posición de un agrupamiento de éstos o del conjunto total de asentamientos, estos sistemas pastoriles hacen a la identificación, definición y la pertenencia de los miembros de los grupos familiares, en el concierto de un colectivo mayor.

La cantidad de asentamientos secundarios que posee cada “familia” varía sensiblemente entre las situaciones en relación con las características de los derechos de propiedad y de las condiciones ambientales en uno u otro lugar. En este sentido, podemos encontrar desde casos en los cuales sólo existe un asentamiento secundario y dos desplazamientos estacionales en un ciclo temporada seca-temporada húmeda, o hasta incluso más de diez con recorridos constantes a lo largo del año. Debemos observar una situación de doble condicionamiento en la relación asentamientos-desplazamientos. Por un lado, los asentamientos están ubicados en determinados sitios en relación con la estrategia de movilidad y aprovechamiento de recursos. Por el otro, dada la duración en el tiempo de las construcciones, esta estrategia también se arma en función de los asentamientos que tiene disponibles el grupo. La construcción de nuevos es una acción que si bien no es extraña

ofrece cierta dificultad por la cantidad de recursos y tiempo necesario para su elevación y mantenimiento.

La condición y situación de los centros poblados, en cambio, ofrece algunas diferencias. En principio, en todos los casos existe algún tipo de centro signado por la presencia de alguna institución colectiva, por ejemplo una capilla, en torno a la cual los grupos familiares tienen alguna “casa”. Si bien en la gran mayoría la presencia en estos centros poblados tiende a ser escasa, en ciertos casos el pueblo es el lugar donde se encuentra el asentamiento principal del grupo familiar asociado con la presencia de un bofedal o vega de dimensiones considerables, o con la posibilidad de algún tipo de actividad agrícola en torno, por ejemplo, a un oasis. En estos casos, el pueblo está inserto en la dinámica de desplazamientos de los rebaños. Al respecto de los centros poblados, no pueden obviarse los cambios que pudieron existir en las últimas décadas a partir de la intensificación en los distintos países de la acción estatal y privada con la instalación de ciertas instituciones y la posibilidad de empleos formales concomitantes.

Si nos limitamos a nuestra área de estudio, Yacobaccio y su equipo observaron que en Susques se empleaban “una base residencial y de 2 a 7 asentamientos temporarios” (1998:38), aunque no todos esos “asentamientos temporarios” eran utilizados todos los años. Por su parte, Göbel (2002), para Huancar, describió la existencia de una “casa central o casa de campo” y un promedio de cinco “puestos temporarios o estancias”, con un máximo de once y un mínimo de ninguna. Si nos alejamos más de Susques, veremos que Delfino (1995), en cambio, en Laguna Blanca, Catamarca, describió la existencia de “bases residenciales” y uno o más “puestos”. Hacia el Norte, Rotondaro (1991), en la cuenca de Pozuelos, provincia de Jujuy, describió que cada unidad doméstica tenía una “casa permanente” y uno o dos “puestos transitorios”.

A partir de nuestras observaciones y relevamiento en Susques podemos plantear que cada *familia*, en tanto unidad doméstica, tiene por un lado un *domicilio* o *casa de campo*, que es su principal asentamiento aunque eso no necesariamente implica que sea donde pasan la mayor parte del año. La condición de principal está asociada no con el tiempo de residencia sino más bien con la significación que tiene ese *lugar* para el grupo en su identificación, el tipo de rituales anuales que allí se desarrollan y la mayor densidad de construcciones actuales y pasadas que lo componen. En conjunto con este *domicilio*, cada

unidad doméstica tiene una cierta cantidad de *estancias* o *puestos* con un promedio de entre cuatro y cinco, un mínimo de una y un máximo de entre siete y ocho. En todo caso, aquellas que tienen más *estancias* rara vez usan más de cinco durante cada año. Las *estancias* están a distancias variables dependiendo en buena medida de las dimensiones, forma y topografía de los *pastoreos*. Si consideramos las distancias en función del tiempo que a una pastora le puede requerir trasladar el rebaño las *estancias* están unas de otras a distancias que van desde unos 15 a 30 minutos hasta un día completo. Por otra parte, los desplazamientos no son siempre entre *estancias* cercanas sino que pueden implicar un recorrido de una punta a la otra del *pastoreo* usando una breve escala intermedia.

En relación con esto, la dinámica de desplazamientos, como observamos oportunamente, no necesariamente implica un recorrido circular con una única presencia durante el año en cada *estancia* sino que algunas pueden ser visitadas en distintos momentos a lo largo del mismo año y otras pueden funcionar como un nodo desde el que se acorta la distancia para las más alejadas con retornos constantes a la primera. La totalidad de estos asentamientos en el campo están ubicados exclusivamente dentro de los límites del *pastoreo* que corresponde a la *familia*. Esto le da una fisonomía al sistema que es diferente a la que se presenta en sitios donde los derechos familiares sobre las pasturas están menos delimitados o se distribuyen entre distintos sectores sin conformar un único territorio. En el caso de Susques, entonces, todos estos asentamientos están dentro de las 1300 hectáreas promedio que tienen las *familias*.

A estos asentamientos asociados estrictamente con el manejo de la *hacienda*, el *domicilio* y las *estancias*, debemos sumarle una o más *casas en el pueblo* donde probablemente residan hoy en día la mayor parte de los miembros de las unidades domésticas. Muchas de estas personas casi cotidianamente se desplazan entre el campo y el pueblo sosteniendo sus obligaciones en ambos ámbitos. Como venimos sosteniendo, el rol que juega el pueblo en la vida de los susqueños ha cambiado notablemente en las últimas décadas y esto ha implicado también un cambio en las características del espacio que las personas requieren allí y por ende en las configuraciones y usos de la *casa en el pueblo*.

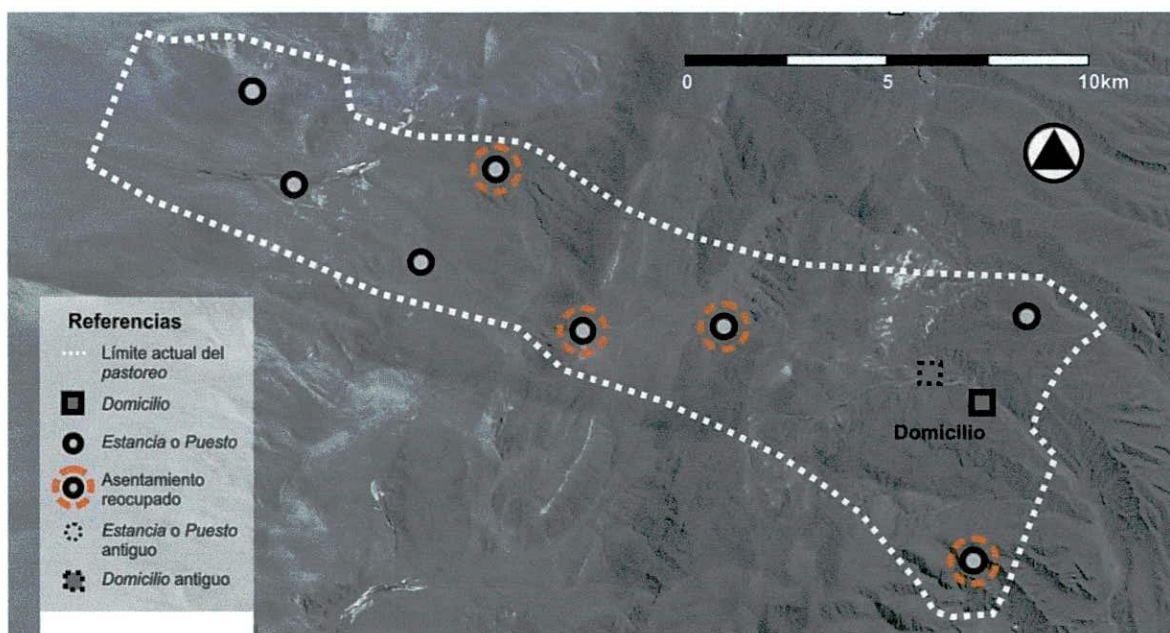
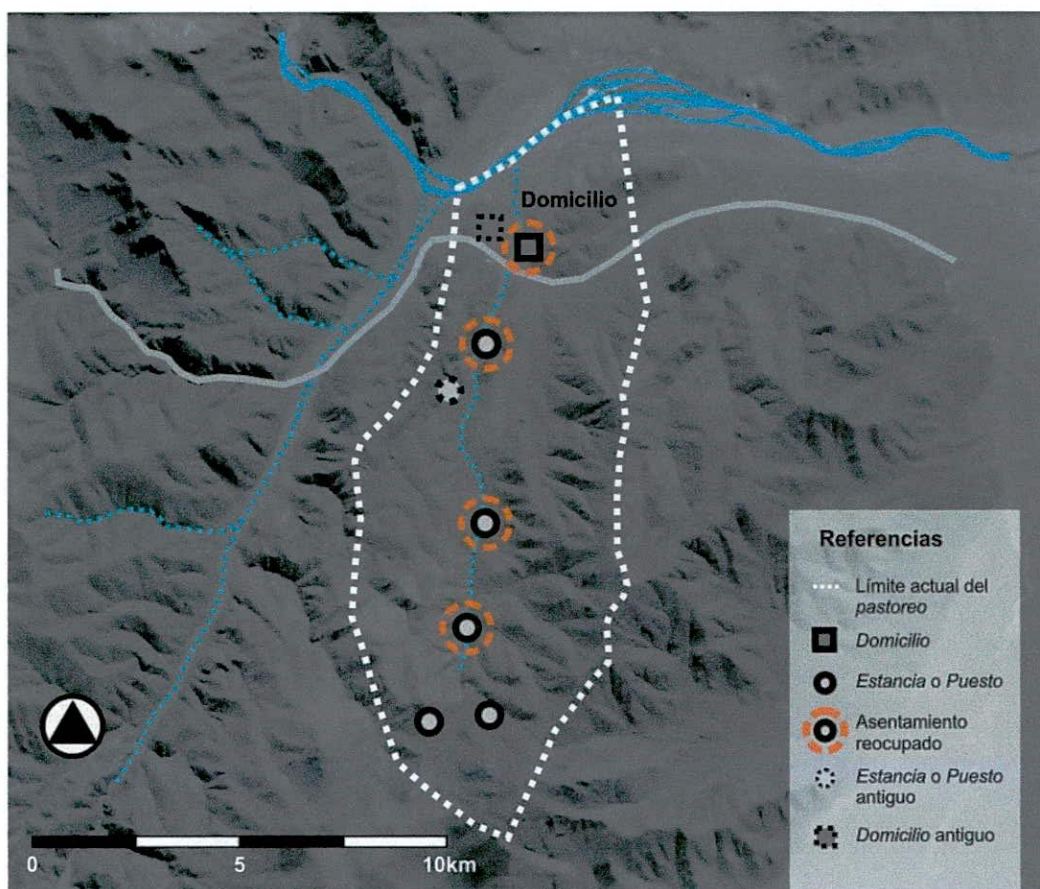


Figura 1 y 2. Ubicación de las *estancias* y el *domicilio* en sendos *pastoreos* (Elaboración propia sobre base de Google Earth)

Este sistema de asentamiento consistente en una casa principal en el campo, el *domicilio*, una serie de *estancias* o *puestos* y una o más *casas en el pueblo*, se constituye, todo, como el espacio doméstico de cada *familia*, en tanto unidad doméstica. En este punto cabe retomar la relación que planteamos entre la definición nativa de *familia* y el concepto de unidad doméstica. Al hablar de su *familia* una persona puede estar refiriéndose dependiendo del contexto tanto a la familia nuclear que conforma con su *compañero* o *compañera* y los hijos e hijas de ambos, como a su familia extendida, en vertical u horizontal, en la que se incorporan al menos sus padres, sus hermanos y hermanas y los hijos e hijas de estos. Potencialmente también pueden incorporarse otros parientes colaterales como los hijos e hijas de los hermanos y hermanas del padre, dada la preferencia patrilineal que existe.

La unidad doméstica incorpora una u otra definición de *familia* en relación con la organización del pastoreo. En este sentido, lo más habitual hoy en día es que la unidad doméstica se conforme como una *familia* extendida que plantea una estrategia compartida para un rebaño único¹². En otros casos el manejo de la *hacienda* descansa exclusivamente sobre una *familia* nuclear. La diferencia entre una y otra situación está muy vinculada con el ciclo de la unidad doméstica. En términos ideales, podemos partir de una *familia* nuclear con sus hijos e hijas que tiene un determinado rebaño dentro de su *pastoreo*. En algún momento sus hijos se casan y traen a sus *compañeras* a residir al *domicilio* paterno, y tienen sus propios hijos e hijas que también participan del manejo de la *hacienda* compartida. En este punto, la unidad doméstica se corresponde con una *familia* extendida, sin embargo en un determinado momento los padres dividirán las *casas*, *estancias*, *pastoreo* y rebaño entre sus hijos¹³. En este punto pueden ocurrir dos posibilidades: que el *pastoreo* se divida y cada hijo conforme unidades domésticas independientes encargadas de su rebaño o que los hermanos prefieran mantenerse como una única unidad doméstica con un manejo del rebaño conjunto.

Esto está íntimamente vinculado con la definición del espacio doméstico basado en un sistema de asentamiento que estamos planteando. El mantenimiento de la propiedad conjunta entre los hermanos y el manejo compartido que los constituye como unidad

¹² Vale recordar que la condición de rebaño único no implica que todos los animales sean propiedad de la misma persona. De hecho sería muy particular esa situación.

¹³ A los efectos del ejemplo estamos obviando la posibilidad de que un único heredero reciba todo.

doméstica también implica que están compartiendo un único espacio doméstico con su *domicilio* y *estancias*. De hecho, están sosteniendo ese *domicilio* como su referencia material. Por el contrario, la división del *pastoreo* implica a su vez una reorganización profunda del espacio doméstico y la ruptura de su unidad. Algunos de los hermanos, probablemente el menor se quedaría con el *domicilio* de los padres mientras que los demás deberían construir los suyos en las cercanías. Las *estancias*, en cambio, se repartirían de acuerdo a su ubicación dentro del *pastoreo*. Los asentamientos que conformaban un único espacio doméstico se reintegran en una nueva organización de distintos espacios domésticos que corresponden a diferentes unidades domésticas.

Algo similar ocurre con otra de las posibilidades de cesión de derechos que hemos comentado. Con la intención de evitar la subdivisión permanente de los *pastoreos*, en algunos casos los rebaños se separan conformándose unidades domésticas distintas pero compartiendo el mismo *pastoreo*. Esto implica que las *estancias* también se van a repartir entre las unidades domésticas aunque no se divida el *pastoreo*. El resultado son dos espacios domésticos independientes superpuestos en un mismo territorio. Lo que se pone en evidencia a partir de estos casos es la existencia de un correlato directo entre la definición de una unidad doméstica y del espacio doméstico pastoril correspondiente.

Un único espacio doméstico discontinuo

Más allá de la dispersión y de las características particulares que cada uno de los asentamientos pueda tener, estos no son completamente independientes. En este sentido más que hablar en plural debemos considerar que conforman en conjunto **un único espacio doméstico discontinuo y diferenciado** en su interior. En realidad, deberíamos referirnos a una doble condición. Por un lado, la *casa de campo*, cualquiera de las *estancias* o la *casa en el pueblo*, se constituyen como una totalidad que abarca la condición de espacio doméstico en sí misma. Sin embargo, si cambiamos el foco de la observación, son una parte de un espacio doméstico más amplio que las integra en una unidad espacial discontinua.

Esta unidad del sistema de asentamientos en un único espacio doméstico no existe de hecho sino que se construye a través de una serie de prácticas y relaciones. Una cierta cantidad de asentamientos dispersos en un territorio, entonces, no se constituye como espacio doméstico por su mera existencia, del mismo modo que una “casa” no

necesariamente es un “hogar”. En este sentido, la unidad del espacio emerge a través de las relaciones al interior de la *familia*, de los recorridos constantes que vinculan los diferentes puntos en el marco de las exigencias del pastoreo, y las acciones rituales.

Si como planteamos más arriba, la definición del espacio doméstico está articulada con la de la *familia* en tanto unidad doméstica pastoril, debemos observar que la dispersión de los asentamientos tiene un correlato en la dispersión en la residencia de los miembros del grupo. Mientras que la pastora suele estar con alguna persona más en las *estancias* buena parte del año, su *compañero* permanece muchas veces en el *domicilio* ocupado de otras tareas como el mantenimiento de los *rastrojos*, y otra parte de la *familia* está en la *casa en el pueblo* con sus empleos o cuidando a los niños que deben ir a la escuela. En ciertos momentos puntuales la *familia* se reúne en un solo lugar alrededor de alguna actividad compartida. En primer término podemos observar entonces que la unidad del espacio doméstico está asociada con las relaciones entre los miembros de la *familia*. Si la *familia* constituye una unidad social más allá de la dispersión de la residencia, lo propio ocurre con el espacio doméstico. *Domicilio, estancias y casa en el pueblo* se integran en torno a la vivencia del espacio del conjunto de la *familia*.

Si lo pensamos en relación con las necesidades del pastoreo, la totalidad de las *estancias* y el *domicilio* son importantes para el sostenimiento de la *hacienda* puesto que ninguno de estos asentamientos es autosuficiente en términos productivos. En relación con esto, debemos considerar el rol que juega la movilidad en la integración de los espacios. Ya hemos analizado oportunamente la dinámica de los desplazamientos entre los asentamientos a lo largo del año. Si en relación con esto volvemos sobre la idea de Massey (2006), veremos que a través de la movilidad entre las *estancias* no se están simplemente conectando espacios distantes sino que se está construyendo una nueva espacialidad signada por la unidad.

Aún más explícito es esto durante algunos de los rituales que se llevan a cabo durante el año. En particular, cuando nos referimos a la *señalada* indicamos que el *mojón*, ubicado al Este del *corral* y alineado con su ingreso, se constituía como una síntesis de la totalidad del territorio familiar. En la última parte del ritual el *mojón* es envuelto con las mismas lanas que se usaron para *florear* a la *tropa*. Esta acción de envolver incluye a las *estancias*, el *domicilio* y sus respectivos *lugares*. Por un lado, esto implica una toma de posesión, una

domesticación de los espacios marcando la condición de referencia material para el grupo familiar que tienen tanto el territorio como el espacio doméstico. A su vez, las *estancias* y el *domicilio* son simbólicamente unidos por las lanas que recorren el *mojón* como la *familia* recorre su *pastoreo*.

Los asentamientos y sus lugares

En el marco de la clasificación ambiental nativa del espacio, los *pastoreos*, como ya indicamos, se organizan primariamente en dos partes: el *campo* y los *cerros*. Puestos a considerar los distintos emplazamientos, el *domicilio* se corresponde con el mundo del *campo*. En general están ubicados en los *lugares* más abiertos con perspectivas más amplias, con disponibilidad más o menos permanente de agua para las personas y los animales, y con una cierta accesibilidad a través de caminos que permitan, ojalá, el tránsito de vehículos. En términos generales, los *domicilios* son visibles y reconocibles desde una cierta distancia. Las *estancias*, por el contrario, son propias de los *cerros* y de los *lugares* más *reparaditos* y *entreverados entre las peñas*. Rara vez tienen caminos sencillos para llegar y la mayoría no tiene fuentes permanentes de agua para la *hacienda*.

Como se observa en los dos sistemas de asentamiento que hemos incluido en las figuras 1 y 2, las *estancias* tienen a estar distribuidas de un modo más o menos equilibrado dentro de los *pastoreos*. En el primero de los casos, las cinco *estancias* se despliegan a lo largo de una quebrada que corre en sentido Norte-Sur aprovechando las diferentes altitudes. En el segundo, en cambio, las siete *estancias* ocupan porciones específicas de un *pastoreo* con una clara orientación Este-Oeste y una topografía menos regular y constante que en el anterior, tendiendo a aprovechar *lugares* con condiciones muy específicas. Analizar las tendencias en los criterios de emplazamiento de las *estancias* es indisociable de las estrategias de movilidad. En todo caso, estos criterios conforman una trama compleja que involucra cuestiones de diferente tenor que podríamos sintetizar en: el manejo y acceso a ciertos recursos críticos, fundamentalmente pasturas y agua, la reducción del esfuerzo de pastoreo, la minimización del impacto de factores climáticos, la respuesta a las necesidades emocionales de la *hacienda* y las personas, y la apropiación de *lugares* significativos.

En primer término, el manejo de los recursos naturales disponibles para la *hacienda*, pasturas y agua, constituye uno de los principales argumentos que se esgrimen a la hora de explicar la necesidad de una cierta cantidad de *puestos* ubicados en determinados *lugares*.

Al movilizar la *hacienda* hacia una determinada *estancia* y pastorearla desde allí se está forzando el uso de las pasturas de ese sector en ese momento determinado del año. Al mismo tiempo se está reservando estratégicamente en otras áreas el recurso para cuando sea necesario consumirlo. El dejar a la *tropa* pastear sin un control directo puede provocar, además está el riesgo de que ingrese en un *pastoreo* ajeno, la depredación del recurso en un área que puede ser necesaria para otro momento, por ejemplo los meses de mayor escasez antes de las lluvias de verano. Ciertos pastos se dan mejor en algunas alturas y en determinada época del año y este es un dato importante para la pastora. En este sentido, una buena estrategia es tener una cierta cantidad de *puestos* distribuidos en áreas con diferentes condiciones ecológicas, por ejemplo a lo largo de una quebrada como en el primer caso.

Respecto a la reducción del esfuerzo de pastoreo, es cierto que también se podría hacer *pastear* a los animales en determinados sectores dirigiéndolos diariamente desde un único asentamiento. Sin embargo esto implicaría caminar en algunos casos una gran distancia con el consiguiente desgaste tanto de los animales como de quien los pastorea. En este sentido, el *puesto* se constituye como una “base” desde la que se controla en el día a día un cierto sector. Dentro de la evaluación que hace un pastor o pastora, es mejor realizar un traslado importante cada cierta cantidad de semanas que tener que caminar esas distancias diariamente. Que muchos de estos *puestos* no tengan agua cercana para la *hacienda* no es un impedimento, sigue siendo más conveniente, desde la lógica de un pastor, recorrer una cierta distancia hasta el río o una *aguada* cada dos o tres días. Las *estancias*, entonces, tienden a estar en un punto central dentro de una cierta área de pasturas.

Una dimensión importante contemplada a la hora de construir o usar una *estancia* es la búsqueda de protección frente a determinados factores ambientales como las lluvias en verano o los fríos extremos durante los meses de invierno. Ciertos sectores se entiende que presentan mejores condiciones de reparo de las heladas o de los vientos. En términos generales la arquitectura de las *estancias* incluso aprovecha determinados rasgos topográficos como pequeños aleros o peñas, forzando o aumentando la posibilidad de protección. Los mejores reparos en términos generales son reservados para los *corrales* y no para las *casas de las personas*. Existe una cierta coincidencia respecto a que las cabras son las más sensibles y delicadas frente a las situaciones ambientales extremas, tal que las lluvias suelen provocarles problemas en mayor proporción que a las llamas y ovejas. En

este sentido algunas *familias* intentan tener a la *tropa* en lugares donde al menos el *corral* de las cabras tenga algún tipo de reparo provisto por accidentes rocosos o construido por ellos.

En el mismo sentido, las fechas de *pariciones* son particularmente delicadas por la debilidad de las crías. Mientras que las de las llamas son durante el verano, las de las cabras y ovejas son durante el otoño y el invierno cuando las bajas temperaturas y la escasez de pastos provocan la muerte de una cantidad importante de crías. El nacimiento de una durante la noche o lejos de la posibilidad de cuidado de la pastora implica una muerte casi segura con temperaturas que alcanzan los -20°C . En este sentido, durante los meses más fríos y en las *pariciones* se prefieren ciertos *puestos* que se considera que están más *reparaditos* que otros de los vientos o las heladas, también para las personas. Es así como los *domicilios* no son los preferidos en invierno puesto que por su ubicación, en áreas más abiertas y planas, están más expuestos a los vientos fríos, frente a la protección que brindan los *cerros* a las *estancias*. El hecho de que el sol durante el invierno llegue temprano a la *estancia* es un aspecto fundamental para elegir un potencial emplazamiento. En este sentido, las *estancias* no sólo se abren como la mayoría de las *casas* hacia el Este sino que a su vez se ubican mayoritariamente en las laderas al Este, es decir al *sol de mañana*.

El cuarto de los factores que hemos propuesto va en una línea distinta de los anteriores y nos vuelve a acercarnos al tipo de relación que se construye entre la *hacienda* y las personas. Cuando hablamos de “necesidades emocionales” nos estamos refiriendo a ciertos requerimientos de la *tropa* que los pastores refieren, y que no consisten en alimentación, agua o protección. En muchos casos nos han mencionado que es necesario mudarse a un *puesto* cada cierta cantidad de tiempo *porque la hacienda se aburre y se pone floja para caminar*. Si uno no los hace mover hacia diferentes sitios, *los animales porfean*. De la misma manera, en otros casos, nos han comentado que algunas de las especies tienen ciertas preferencias por algunos *puestos* y no por otros, preferencias que no se refieren sólo al tipo de pasturas disponibles. Si los animales no son llevados en algún momento hacia esos *puestos* se suele decir que *arrancan solos*. Es conveniente entonces moverlos en determinados momentos hacia allí. Se suele escuchar, por ejemplo, que las cabras, a diferencia de las ovejas, prefieren estar por los *cerros* más que en los *puestos* en lugares

más llanos o en el *domicilio*. En este sentido, la *hacienda* tiene sus propios gustos y necesidades, *igual que las personas*.

Efectivamente, las personas también deciden la construcción de una *estancia* en función del disfrute y el gusto que pueden despertarle ciertos *lugares*. Esto es algo que no es habitualmente tenido en cuenta en descripciones que se orientan a las razones más relacionadas con lo productivo. Además del hecho que ciertos *lugares* son más reparados y cálidos, no es menos importante que también pueden ser agradables estéticamente. Por otra parte, algunos *puestos* son construidos en ciertos *lugares* porque a quien pastorea la *hacienda* le gusta estar, por ejemplo, más en los *cerros* que en el *campo*, *como a las cabras*. Esto no se opone a las otras razones que hemos mencionado antes, sino que forma parte del intrincado juego que motiva la decisión de construir un *puesto* en un lugar u otro, o en la definición de una cierta estrategia de pastoreo.

En relación con el último punto, hemos mencionado reiteradamente que entendemos que la ubicación de los *puestos* y los *domicilios* está en relación también con la importancia que se le otorga a ciertos *lugares* dentro del territorio familiar. Se trata de áreas que por su historia o la existencia de sitios con una fuerte significación, como por ejemplo los *ojos de agua*. En el mismo sentido, es habitual que una *familia* ubique *puestos* en *lugares* donde los *abuelos* los tuvieron previamente, aprovechando o no las construcciones existentes, tal como se observa en los dos planos que hemos incluido. Cada territorio familiar tiene sus propios *lugares* y la presencia de la *familia* allí en algún momento dentro del ciclo anual de movilidad no remite sólo a ventajas productivas sino que implica una forma de apropiación material y simbólica de su territorio.

Territorialidades

Esta condición de los asentamientos como forma de control sobre el espacio y sus recursos ha sido mencionada en distintas etnografías. Particularmente Nielsen ha indicado que en el Sur de Bolivia la construcción de una “estancia” era una forma de crear o sostener derechos,

“Las estancias o puestos son utilizados tanto para efectivizar derechos como para crearlos. En el primer caso, la construcción de estancias es una forma de consolidar derechos al usufructo del territorio agnático, particularmente frente a la presión de grupos vecinos que enfrentan situaciones de mayor necesidad o competencia interna. Alternativamente, la construcción o compra de viviendas y estancias es una forma aceptada de establecer derechos al uso de tierras que nadie reclama” (1996:81)

Esto ciertamente se da en el marco de normativas locales según las cuales es la comunidad la que cede a las familias la posibilidad de usar un determinado sector de pasturas. Las referencias que hemos hecho para Susques son muy diferentes en tanto y cuanto las *familias* tienen una propiedad estable colectivamente consensuada sobre porciones definidas del territorio comunitario. En este sentido, en términos normativos, una *familia* no necesita revalidar sus derechos sobre el *pastoreo* ante ninguna institución comunitaria. Sin embargo, entendemos que la disposición de los asentamientos a lo largo del *pastoreo* sí hace a la territorialidad del grupo familiar en distintas formas. Los vínculos efectivos entre el grupo y su territorio deben ser de todas maneras creados y consolidados a través de prácticas concretas.

Si nos remitimos a la observación de Sack (1986) respecto a la existencia de diferentes “grados de territorialidad”, podremos observar que el control efectivo no es homogéneo a lo largo de todo un *pastoreo* más allá de la existencia de un límite sino que presenta diferentes densidades. Determinados sectores entonces tienen una mayor territorialidad que otros. El *domicilio* y sus alrededores, por ejemplo, están sujetos a una mayor apropiación material y simbólica por parte del grupo familiar, y algo similar ocurre con las *estancias*. La construcción de una de estas *estancias* implica la presencia de la pastora junto con el rebaño en esa porción del *pastoreo* en algún momento durante el año. Si observamos los dos casos que hemos incluido, las *estancias* están ubicadas intentando abarcar la totalidad del territorio familiar. Esto naturalmente está asociado con el aprovechamiento de los recursos pero al mismo tiempo evidencia una territorialidad basada no sólo en la delimitación sino también en la presencia y vivencia de los *lugares* y sus *estancias*.

En este punto, debemos recuperar los cuatro principales objetivos de la territorialidad que propuso Haesbaert (2005): la definición de un abrigo físico y la obtención de recursos; la identificación y simbolización de los grupos a través de referentes espaciales; el control a través del espacio; la construcción o control de conexiones, redes o flujos de personas, mercaderías e información. En los cuatro objetivos están presentes tanto en la definición de un *pastoreo* como una territorialidad en zona como en el espacio doméstico en tanto red, sistema de asentamiento. Esto nos impone pensar en al menos estas dos territorialidades superpuestas: en zona y en red.

Por un lado encontramos una territorialidad en zona que implica la delimitación de un área geográfica que estará bajo el control exclusivo de una o más *familias* que tendrán derechos exclusivos y perdurables de uso de los recursos allí contenidos. Este *pastoreo*, en tanto territorio-zona, se constituye como tal en el marco de las relaciones que conforman a Susques como un colectivo y a partir de los acuerdos y conflictos entre diferentes *familias* linderas. No podemos obviar tampoco el rol que ha jugado el Estado en la individualización de los espacios con límites claros factibles de ser cartografiados con una línea precisa. Recordemos que fue a partir de la década de 1980 que se realizaron los primeros croquis de los *pastoreos*, en el marco de las reivindicaciones por los títulos de propiedad, que finalmente fueron comunitarios.

En simultáneo, el espacio doméstico a partir de sus asentamientos dispersos se constituye como una territorialidad en red. A través de la movilidad de las personas se vinculan determinados *lugares* específicos como aquellos del *domicilio* y las *estancias*. Los recorridos, presencia y ritualidad en éstos se constituyen como formas de apropiación del espacio tanto desde lo material, con la construcción de las *casas* o el aprovechamiento de las pasturas, como desde lo simbólico con la integración de los *lugares* dentro de un relato que se evidencia a través de las *challas*. Se está produciendo un territorio a través de la presencia física de la pastora y su *familia*, y a través del nombrar las *estancias* durante distintos rituales, por ejemplo, la *señalada*. Se ejerce un control sobre el espacio tanto a partir de la presencia material como simbólica.

Un punto fundamental respecto a los territorios pastoriles es que en estos se reconocen marcas de diferentes tiempos, tal que se definen a modo de un “palimpsesto” (Corboz 2001). Por un lado podemos definir con una cierta claridad los asentamientos del espacio doméstico usado en el día a día por las *familias*, pero el *pastoreo* también está pleno de las huellas de las *casas*, *corrales* y *estancias* de los *abuelos*. Distintos momentos, trayectorias y *lugares* se superponen en el espacio configurando relatos complejos en los que se pone en comunicación el tiempo de los *abuelos* con el presente. En este sentido, la *familia* se conforma no sólo con los vivos sino también con los ancestros en el marco de la construcción de una determinada línea de descendencia. En los diferentes tiempos que conviven y dialogan se ponen en evidencia continuidades y rupturas. Las marcas territoriales actuales se superponen con las pasadas, las nuevas *casas* suelen ser construidas en los *lugares* donde antes estaban las de los *abuelos*, los *domicilios* se levantan muy cerca

de las *casas mochas*, aquellas que ya se están sin su techo. El territorio tal como se lo define por sus límites perimetrales a partir de un plano da una sensación de fijeza y estaticidad cuando en realidad es siempre un producto, un proceso y un proyecto.

Domicilio, estancias y casas en el pueblo

En el capítulo anterior hemos enfatizado la condición única del espacio doméstico, cómo el conjunto de asentamientos de una *familia* se constituye como una unidad a través de las prácticas y las relaciones dentro de un proceso histórico. Como al pasar observamos que cualquiera de los asentamientos, sea el *domicilio*, las *estancias* o la *casa en el pueblo*, son una parte del espacio doméstico pero simultáneamente en un determinado contexto se constituyen como una totalidad definible en sí misma, un espacio doméstico total con coherencia interna. En este sentido, cada uno de los asentamientos es parte y es todo dependiendo del análisis que estemos realizando.

Vamos a referirnos en este capítulo entonces a las particularidades y roles que juegan cada uno de los asentamientos. Hablar de la *Casa* implica considerar por un lado el tiempo de lo cotidiano pero también, dadas sus particularidades en Susques, el tiempo de los *abuelos*. En primer lugar nos enfocaremos en el *domicilio* en tanto *casa* principal de la *familia* en el campo analizando tanto su rol como sus distintas configuraciones. Luego nos vamos a concentrar en las *estancias* o *puestos*, ya no como conjunto sino analizando las características puntuales que tienen en su particularidad. Finalmente consideraremos la *casa en el pueblo* en tanto es ineludible a la hora de pensar el espacio doméstico observando no sólo su organización actual sino también el modo en que se ha ido transformando. A lo largo de estos años de trabajo de campo hemos relevado 83 asentamientos diferentes. De este total, fueron 31 *domicilios*, 23 *estancias* y, finalmente, 29 *casas en el pueblo*. La propia condición del espacio doméstico como dominio de la intimidad familiar implica que la posibilidad de reconocer en profundidad una *casa* depende del tipo de vínculos construidos con la *familia*. Esto hace que este número sea por demás significativo.

Al hablar de estos asentamientos deberemos considerar particularmente el rol que juega la arquitectura en la definición de los espacios. A través del aprovechamiento de los recursos topográficos y de la elevación de distintas estructuras arquitectónicas, y sus configuraciones, técnicas y materialidades, las personas van modelando, ordenando, clasificando, categorizando y significando espacios de diferentes densidades que se asocian

con ciertos usos particulares. A través de la ubicación de los diferentes recintos que se construyen en un *domicilio* se recorta el espacio protagónico del *patio* como centro generador creando un exterior que está asociado con una experiencia espacial absolutamente diferente a la de los otros exteriores a la *casa*. Lo propio ocurre con muchas otras decisiones y procedimientos que se adoptan. Por otra parte, a través de la *casa* y sus partes se transmiten determinados mensajes que son colectivamente reconocidos con diferenciaciones que pueden presentarse más que sutiles. En este sentido, la *casa* puede constituirse como una poderosa referencia de la presencia del grupo y su identificación.

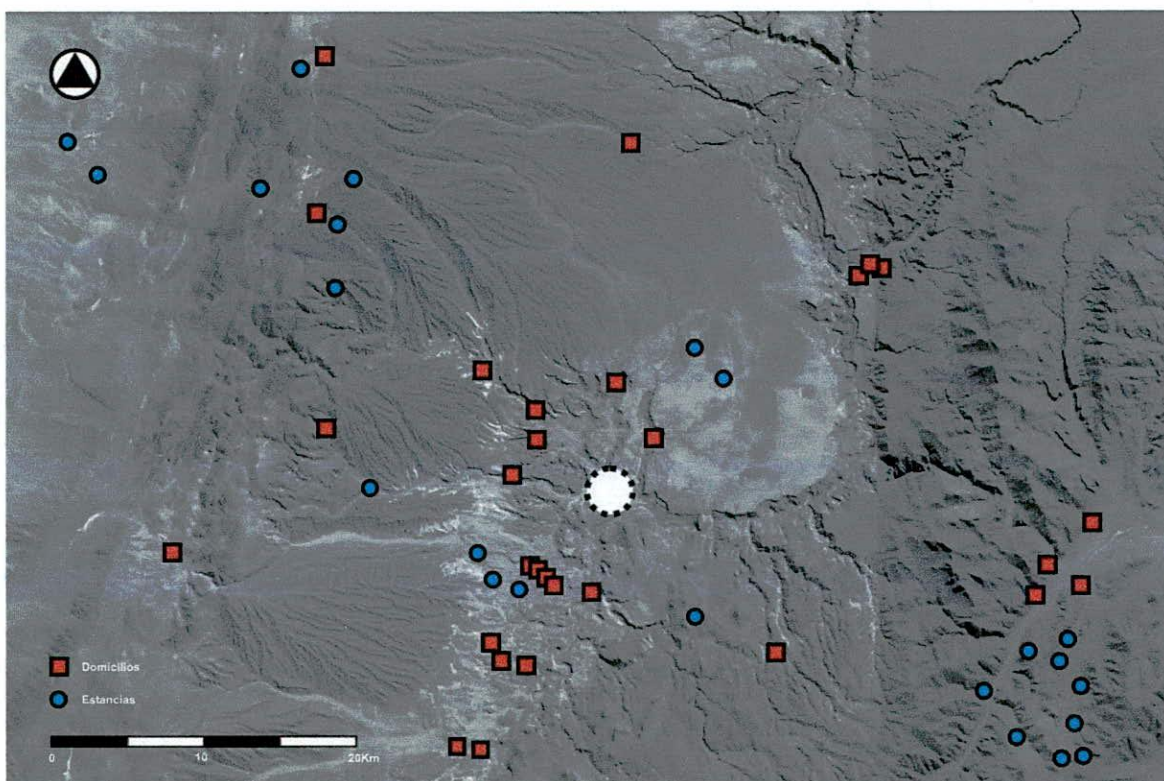


Figura 1. Distribución aproximada de los asentamientos relevados en el ámbito rural (Elaboración propia sobre base de Google Earth)

Antes de continuar con la descripción y análisis de los distintos asentamientos debemos detenernos brevemente en una discusión sobre la variabilidad de las resoluciones espaciales. Las referencias a que las “casas de la puna son todas iguales” son más que habituales y de hecho parecieran formar parte de un sentido común bastante generalizado. Sin embargo, esta supuesta homogeneidad de ninguna manera está presente en los discursos nativos sobre el espacio doméstico. Probablemente nadie en Susques pensaría que su *casa* es idéntica o siquiera parecida a la de un vecino. En todo caso este tema es

interesante para pensar en las relaciones que existen entre los elementos normativos y las decisiones individuales en el momento de construir una *casa*.

Si lo pensamos desde la teoría de la práctica, en la definición del espacio construido, en este caso el doméstico, participan tanto los elementos ordenadores surgidos del “habitus” como las decisiones particulares que una persona puede llegar a tomar en relación con su trayectoria social. En este sentido, las personas no somos esclavas de un sistema de normas sociales pero, en tanto participes de una determinada sociedad, tampoco tenemos un universo infinito de opciones disponibles. Tal es así que entre los diferentes *domicilios* de las *familias* en Susques vamos a encontrar un cierto “aire de familia” que nos permite agruparlos y extraer ciertos elementos compartidos. A su vez, los *domicilios* y *estancias* de las distintas *familias* presentan diferencias sustanciales que son muy importantes. A la hora de construir su *casa*, cada persona pone en juego decisiones técnicas, funcionales y estéticas seleccionadas dentro del repertorio más o menos amplio que tiene a disposición¹.

El *domicilio* como referencia espacial

Reiteradamente hemos indicado que el *domicilio* es la casa principal de una *familia* en el campo. La pregunta que cabe es qué es lo que lo vuelve principal. Como veremos lo central en esta condición está asociado con su rol en la definición del grupo familiar en tanto la construcción del *domicilio* es paralela e indisociable de la constitución histórica de la *familia* como una unidad social. De alguna manera, podríamos decir que la *familia* y el *domicilio* están mutuamente estructurados y se conforman en base a los mismos principios organizadores. Al respecto, Göbel sintetizó la condición de las “casas de campo” en Huancar observando que,

“En el centro del espacio controlado por una familia se encuentra la “casa de campo”. Los miembros de una unidad doméstica son identificados por las otras familias de la región con el nombre del lugar, en el que se encuentra su “casa de campo. El nombre del lugar de la “casa de campo” es el lugar que una persona menciona, cuando se le pregunta por su origen y por su pertenencia. Es un icono, que condensa todo un sistema de ocupación espacial, derechos de uso de recursos y de prácticas económicas. Además, la “casa de campo” constituye para los miembros de una unidad doméstica una referencia clave cuando evocan relaciones sociales actuales y pasadas” (2002:56)

¹ El juego entre decisiones particulares y elementos normativos en la definición del espacio doméstico, evidentemente no es exclusivo de Susques. De hecho, si nos detenemos en nuestra propia “casa” veremos tanto elementos surgidos de nuestra particularidad como otros muchos que son compartidos con los de otras personas.

En términos estrictamente materiales, por otra parte, el *domicilio* es el asentamiento con la mayor cantidad de construcciones, superficie edificada y funciones contenidas. Si bien las *familias* no necesariamente pasan una gran cantidad de tiempo allí en un sentido absoluto, sí están en tiempos con densidades especiales. La *familia* se reúne en el *domicilio*, muchas veces completa, durante determinadas celebraciones anuales importantes y es el lugar donde se reciben las visitas en esos momentos. El *domicilio* es colectivamente reconocido en Susques como el *lugar* de una determinada *familia*. Pero además, el *domicilio* tiene la particularidad de ir cambiando junto con la *familia* a tal punto que se superponen intervenciones de diferentes tiempos. Los cambios en la *familia* van dejando huellas y marcas en su configuración. Como veremos, un porcentaje considerable de las construcciones dentro de la mayoría de los *domicilios* son *casas mochas*, que ya no tienen su techo, que pertenecieron a los *abuelos*. Si bien no tienen ya su uso original si son importantes para la configuración espacial tanto como los *abuelos* lo son para la configuración familiar.

Respecto al primero de los puntos, el *domicilio* se constituye como una referencia material de la *familia* dentro del contexto social más amplio. De hecho, existe una suerte de identificación entre la *familia* con el nombre del *lugar* de la *casa de campo*, implicando una asociación entre patronímico y topónimo. Tal es así que nombres como *Agua Chica*, *Casa Quemada*, *Cardonales*, *Villa del Carmen*, *Chuspío* o *San José* remiten inevitablemente a ciertas *familias* y sus historias de presencia y uso de ese *domicilio*. Este vínculo es reconocido socialmente en Susques tal que podríamos sostener que la inserción espacial de la *Casa* es paralela a la inserción de la *familia* dentro del colectivo mayor. Por otra parte, como indicamos oportunamente, el nombre del *lugar* donde se ubica el *domicilio*, y propiamente de éste, se suele usar no sólo para designar esta porción del *pastoreo* sino para la totalidad del territorio familiar. De alguna manera, y especialmente en ciertos momentos puntuales, el *domicilio* como *lugar* privilegiado dentro del espacio doméstico condensa la totalidad del sentido de este territorio familiar.

Para algunas personas la identificación con ese *lugar* es incluso mayor que la identificación con Susques. Alguien podría decir ante la pregunta sobre su procedencia, *soy de Sala*, por ejemplo, y no de Susques². Es que, por otra parte, el *domicilio* era el *lugar*

² Esto nos vuelve a llevar a la relación entre lo familiar y lo comunitario dentro de la organización social.

donde las personas solían nacer y morir, era su *lugar*. Como mencionamos en el capítulo 6, en los Libros Parroquiales de Susques a finales del siglo XX, a la hora de indicar el lugar de procedencia de algunas personas, aparecen mencionados por ejemplo “Lapao”, “Pataguasi”, “Livichurana” y “Cueba”. Estos son los nombres de determinados *domicilios* que hoy en día siguen siendo usados por distintas *familias*. Este énfasis en los Libros Parroquiales del uso del topónimo del *domicilio* para marcar una pertenencia siguió de un modo muy similar hasta, al menos, la década de 1980 cuando empezó a usarse exclusivamente “Susques” como lugar de origen. Esto pareciera estar asociado con el cambio en el rol del pueblo en la dinámica de Susques. Un dato en este sentido es que el término *domicilio* está empezando a ser usado por algunas personas para denominar a la *casa en el pueblo*, dando cuenta de la importancia creciente que para muchas personas está adquiriendo el espacio urbano de Susques.

Esta importancia simbólica de la *casa de campo* para el grupo familiar va más allá entonces de su tiempo de permanencia allí durante el año. Si bien lo habitual es que el grupo utilice el *domicilio* durante la temporada de lluvias, de mediados de diciembre hasta mediados de marzo, algunas *familias* sólo están allí esporádicamente y por distintas razones prefieren pasar más tiempo en alguna de las *estancias*. Esto no va en contra de la centralidad de la *casa de campo* sino que la complejiza. La importancia del *domicilio* no está simplemente en el tiempo que se pasa en él, sino más bien en lo que representa y las actividades que allí se desarrollan. El momento del año en el que especialmente se activa el *domicilio* contiene a alguna de las celebraciones más importantes. Por un lado, el carnaval que es cuando distintas personas, en general parientes, van a ser recibidos en el *patio* del *domicilio* y en la *ramada*. Por otra parte, durante el carnaval muchas *familias* encaran sus *señaladas* que tienen que hacerse también en los *corrales* del *domicilio*. No es menor la importancia de las fiestas de fin de año cuando también se realizan algunas *señaladas*. El *domicilio* es el lugar donde se recibe al otro, mientras que las *estancias* suelen ser visitadas sólo por el núcleo más íntimo.

Incluso aquellas *familias* que no residen en el *domicilio* más que algunas semanas al año dedican mucho tiempo y recursos a su construcción y mantenimiento, mucho más que a las *estancias*. Los *domicilios*, de hecho, son las construcciones de mayores dimensiones y las que tienen la mayor cantidad de *casas* destinadas a diferentes usos. Si comparamos la realización de una nueva *casa* en un *domicilio* y en una *estancia* veremos que las

expectativas son distintas: *las estancias no tienen que ser tan pintadas*, se suele decir. Es decir que no tienen que tener terminaciones tan cuidadas. Por ejemplo, no es necesario que las *esquineras* tengan el canto exterior tan prolijo, las paredes tengan que ser tan regulares, ni los techos requieran tanto trabajo³. En este sentido, el *domicilio*, en tanto construcción material que condensa elementos de la identidad familiar, tanto para sus miembros como para el resto, se espera que tenga terminaciones más cuidadosas. Esto no significa que las *estancias* sean efímeras ni precarias sino que se tienen expectativas estéticas diferentes.

Un punto central para comprender los *domicilios* es que suelen estar ubicados en sitios estratégicos dentro del *pastoreo* por sus condiciones ambientales y recursos disponibles, y en *lugares* significativos dentro de la historia familiar puesto que distintas generaciones han tenido sus *casas* allí. Como hemos mencionado, en su inmensa mayoría los *domicilios* están ubicados en el *campo* más que en los *cerros*, tienen un acceso relativamente sencillo, incluso en vehículo, y cuentan con disponibilidad de agua permanente. Como se desprende de la Tabla 1, de los 31 casos que hemos relevado sólo cinco no tenían agua en las cercanías (16%) y siete no contaban con caminos transitables para acceder (23%)⁴. Que los *domicilios* estén en el campo implica que están en sitios llanos y más bien abiertos. Esto lleva a que sean fácilmente distinguibles incluso a varios kilómetros de distancia. Al menos en comparación con las *estancias* que las más de las veces están *entreveradas* en las peñas y perfectamente puede caminarsse cerca sin reconocerlas. Esto está vinculado también con el carácter socialmente reconocible del *domicilio* frente a la condición más íntima de las *estancias*.

³ Esto tiene un sentido constructivo también. En tanto y en cuanto las *estancias* no suelen tener en sus cercanías fuentes abundantes de agua, la utilización de adobes, la preparación de morteros para las paredes o de *torta de barro* para los techos, todas técnicas que requieren mucha agua, es por demás compleja. Por otra parte, durante la temporada de lluvias las *familias* están en el *domicilio*. En las *estancias*, entonces, las necesidades de protección pasan más que nada por la creación de un cobijo frente a las temperaturas invernales y no por una buena cubierta.

⁴ Este porcentaje debe ser discutido con una muestra más grande puesto que probablemente nos fue más sencillo acceder a aquellos *domicilios* que tienen algún tipo de camino.

No.					Usos									Abuelos			
	Agua (a)	Camino vehicular	Superficie cubierta en m ²	Patio	Recintos cubiertos (b)	Fueguero	Cocina cubierta	Dormitorios	Depósito	Ramada	Letrina	Oratorio (c)	Corrales (d)	Casas Mochas	Domicilio antiguo	Agrupamiento (e)	Ocupación previa
1	SI	SI	65	2	6	1	1	2	1	1	1	1	2	3		SI (2)	SI
2	SI	SI	35	1	3	1	1	2					1		4	NO	SI
3	SI	SI	45	1	3	1	1	2					2			NO	NO
4	NO	SI	24	1	2	1		2			1		1	1		SI (2)	SI
5	NO	SI	36	1	3	1	1	2					1		3	NO	SI
6	SI	SI	20	1	3	1	1	2					2		3	NO	NO
7	SI	SI	21	1	2	1	1	1			1	1	2		4	NO	SI
8	NO	NO	42	1	3	1	1	1		1	1	1 (Cercano)	2	2		NO	SI
9	SI	SI	51	1	4	1	1	2	1		1		2	5		SI (5)	SI
10	SI	SI	60	1	4	1	1	2	1		1		2	1		SI (5)	SI
11	SI	SI	40	1	3	1		2	1			1 (Cercano)	1	1		SI (5)	SI
12	SI	SI	24	1	3	1	1	2			1	1 (Cercano)	1	1		SI (5)	SI
13	SI	SI	75	1	6	1	1		1	1	1	1	2	2		SI (5)	SI
14	SI	SI	102	2	9	1	1	5	2	1	1		2	1		NO	SI
15	NO	SI	39	1	3	2	1	2			1		2	2		NO	SI
16	SI	NO	12	1	1	1		1					1	3	4	NO	SI
17	SI	SI	80	1	6	2	1	3	1	1	1	1 (Cercano)	2		3	SI (5)	SI
18	SI	SI	110	2	8	1	1	4	2			1	2	1		SI (5)	SI
19	SI	SI	44	1	4	1	1	2				1	2	4		SI (5)	SI
20	SI	SI	42	1	4	1	1	2	1			1 (Cercano)	1			SI (5)	NO
21	SI	SI	48	1	4	2	1	2	1				3	3		SI (2)	SI
22	SI	SI	35	1	3	1	1	2					1	1		SI (2)	SI
23	SI	NO	83	2	6	1	1	3	1		1	1	3	4		NO	SI
24	SI	SI	114	1	9	1	1 (Circular)	5	2	1	1		3	2		SI (2)	SI
25	SI	SI	37	1	3	1	1	1	1				2	1		SI (2)	SI
26	SI	NO	60	1	4	1	1	2	1			1 (Cercano)	1	2		SI (2)	SI
27	SI	NO	100	1	9	1	1 (Circular)	4	2	1	1	1	2	2		SI (2)	SI
28	SI	NO	24	1	2	1		2					2			NO	NO
29	NO	SI	46	1	2	1		2					2	5		NO	SI
30	SI	NO	45	1	3	1		2	1				1			NO	NO
31	SI	SI	125	1	11	1	1 (Circular)	6	2	1	1	1	3	2		NO	SI

Tabla 1. Síntesis de los *domicilios* relevados y sus características, sólo se han considerado aquellos que están actualmente en uso por parte de las *familias* en relación con el pastoreo (Elaboración propia. Relevamiento 2004-2010). Detalle: (a) Incluimos las fuentes de agua en un radio de hasta 3 kilómetros de distancia, (b) Se consideran los recintos que en el presente tienen su techo en pie no aquellos que lo han perdido, (c) Sólo los *oratorios* que tienen una construcción específica, tanto en el propio *domicilio* como en otro vinculado dentro del mismo agrupamiento tal como se aclara, (d) Se consideran también los *dormideros* de las llamas; (e) Se incluyen aquellos *Domicilios* que están en un radio de hasta 5 km

Lo estratégico del *lugar* donde se ubica un *domicilio* no está sólo en relación con los aspectos más instrumentales. Lo más probable es que los *abuelos* hayan tenido antes sus propias *casas* allí y parte de éstas aún se conserven aunque ya sin su techo. La recurrencia en el emplazamiento de los *domicilios* habla no sólo del aprovechamiento de posibilidades ya reconocidas sino también de la voluntad de mantener la continuidad de la presencia del grupo familiar en esos *lugares*. En este sentido vamos a encontrar *domicilios* en el exacto lugar donde estaban las anteriores integrando las *casas mochas*, es decir sin cubierta, a la configuración, o bien construidos a un par de centenares de metros de los construidos por los *abuelos*. Es significativo que de los 31 *domicilios*, 26 (84%) estaban ubicados en *lugares* que habían tenido una ocupación previa cercana. Del total, 22 (71%) *domicilios* tenían *casas antiguas* dentro de su propia organización y 6 (19%) estaban en las cercanías de las *casas de los abuelos*. Sólo cinco *domicilios* fueron construidos en *lugares* que, en principio, no fueron ocupados en un pasado reciente, o no se lo recuerda, ni reconocen las estructuras previas a simple vista. La incidencia de la reocupación de *lugares* es altísima y da cuenta de una práctica que está incorporada en la lógica de constitución de los *domicilios*. Esto es significativo puesto que el sostenimiento de la creación y actualización de los *lugares* de los *abuelos* está íntimamente vinculado con la construcción de la pertenencia a una determinada línea de descendencia.

La organización del espacio

Como punto de partida, debemos observar que las *casas de campo*, se estructuran a partir de la sumatoria de una cierta cantidad de recintos, que también se conocen como *casas*, que tienen una relativa autonomía. Cada uno de estos recintos puede estar asociado con distintos usos pero, en general, son rectangulares y tienen alrededor de 3 metros de ancho y entre 3 y 6 metros de largo⁵. El techado de estos recintos ofrece ciertas alternativas. Tradicionalmente se tendía al armado de techos a dos aguas con *tijeras* de madera, habitualmente de cardón o queñua, cubriendo el lado corto. En las últimas décadas se observa una cierta transición hacia el techado a un agua a partir de la mayor disponibilidad

⁵ Las posibilidades técnicas son uno de los mayores condicionantes en la definición del ancho de una *casa*. Tres metros es el ancho máximo que se puede cubrir con las maderas habitualmente disponibles en Susques, por ejemplo tablas de cardón, con un uso económicamente razonable. Claro que esto no significa que sea imposible cubrir espacios más grandes. De hecho la capilla de Susques tiene poco menos de 10 metros de ancho y se techó con las mismas técnicas muy similares a las usadas en las *casas*.

de maderas industrializadas que permiten cubrir mayores luces y ciertos problemas técnicos asociados con la mala realización de las *tijeras*⁶.

Las *casas* se distribuyen en torno a uno, o más, *patios* que, a diferencia de las *casas en el pueblo*, no tiene por qué estar cerrado por todos sus lados. En este sentido, en muchos de los *domicilios* el *patio* está insinuado más que completamente definido con límites perimetrales completos. Las *casas* se disponen tal que la configuración se asemeja a una L o U en su planta generando una suerte de protección sobre el *patio*. Cada una de estas *casas* tiene sus ingresos desde el *patio* marcando una jerarquía en la secuencia de ingresos. Por otra parte, las puertas y ventanas tienden a estar orientadas preferentemente hacia el Este; en caso que no sea posible se abrirán entonces hacia el Norte.

Claro que estas configuraciones son cambiantes en tanto y en cuanto constantemente se agregan nuevos recintos al *domicilio*. En relación con esto, existe una considerable variabilidad en sus dimensiones tal que dentro de la muestra que hemos tomado se presentan casos que van desde sólo un recinto techado hasta once. De los 31 *domicilios*, cinco tienen dos recintos o menos, otros cinco tienen ocho o más, siendo que la cantidad promedio de recintos está ligeramente por encima de los cuatro. Si bien la disponibilidad de recursos es una variable a considerar, la variación entre las dimensiones de los *domicilios* y la cantidad de recintos está directamente asociada con la antigüedad del asentamiento. Aquellos que no tienen más de tres recintos en general fueron construidos por los actuales dueños o por sus padres, mientras que los de mayores dimensiones pudieron haber tenido la intervención de hasta cinco generaciones diferentes.

Más allá que no tienen diferencias radicales en su morfología, cada una de las *casas* que componen el *domicilio* suelen estar asociadas con distintos usos. En este sentido podemos reconocer *casas de la familia* (espacios para dormir), depósitos, ramadas, cocinas techadas, entre otros. En relación con las *casas de la familia*, los *domicilios* suelen tener entre uno y seis recintos destinados a este uso, con un promedio de dos. Cada una de estas *casas* está

⁶ Se suele decir que *las tijeras patean*, es decir que se abren provocando daños en los muros laterales que pueden llevar al colapso total de la construcción. Como observan los propios constructores este no es un problema intrínseco a la técnica sino más bien una consecuencia de los cambios generales en los procedimientos constructivos. Los muros tienden hoy en día a ser más angosto para ahorrar adobes o piedra y no se hacen inclinados hacia adentro como en el pasado. Por otra parte, las tijeras suelen atarse hoy en día con menos dedicación que otrora.

asociada en general con una determinada *familia* nuclear que forma parte de la *familia* extensa que se corresponde con la totalidad del *domicilio*. Otras *casas* asumen otras funciones como depósitos y *ramadas*, las *casas* destinadas a recibir visitas. Si bien no todos los *domicilios* tienen estructuras específicas con estos destinos, eso no significa que esos usos no estén presentes agrupados en los recintos disponibles.

Por otra parte, en las *casas de campo* es donde están ubicados también los *oratorios*, pequeñas capillas domésticas, donde se veneran los santos asociados con la *familia* y con la *hacienda*. Los *oratorios* no son otra cosa que las *casas de los santos*, como la capilla de Susques es la *casa de la virgen*. En este sentido, comparte procedimientos constructivos y espaciales tanto con las *casas de la familia* como con la *casa de la virgen*. Una primera observación que debemos hacer es que no siempre el *oratorio* se constituye como una construcción independiente. En muchos casos lo que vamos a encontrar es un altar en un sector de alguna de las *casas*, aprovechando una hornacina para colocar a los *santitos*. En ciertos *domicilios*, en cambio, se han levantado construcciones específicas que cumplen el rol de capilla doméstica.

En la tabla 1 se observa que en ocho (26%) de los *domicilios* relevados existía un *oratorio*, pero además, otros seis (19%) *domicilios* participaban de uno cercano. Es decir, dentro de una agrupación de *domicilios*, el *oratorio* estaba ubicado en el más antiguo y las *familias*, relacionadas patrilinealmente, consideraban que ese también es su *oratorio* y allí estaban también sus santos. Desde los *oratorios* parten los santos hacia Susques tanto para acompañar a la virgen en sus fiestas patronales como para celebrar las propias en la capilla del pueblo. Nos estamos enfrentando una vez más a los vínculos que se construyen entre una escala familiar, el *oratorio* y sus santos, y una escala comunitaria, expresada por la capilla y la Virgen de Belén. Tal como en otras situaciones que hemos referido, literalmente se generan encuentros en los que se expresa la doble pertenencia a una *familia* y a una comunidad.

Si lo observamos en términos constructivos, las capillas domésticas siguen la configuración de una *casa* rectangular de unos 3 m. de ancho y 4 a 5 de largo techada a dos aguas. Sin embargo, especialmente en el frente, presenta notables variaciones que la vinculan con la capilla de Susques. El ingreso se da por un lado corto y se orienta en la totalidad de los casos hacia el Este, al igual que el templo del pueblo. Los muros laterales

suelen avanzar al igual que el techo sobre el frente tal que configuran una antecapilla. Tanto el interior del *oratorio* como los muros de esta antecapilla suelen estar revocados en barro e incluso blanqueados, a diferencia del resto de la construcción. Lo interesante de este procedimiento es que iguala la condición sagrada del interior y la antecapilla. Hacia el interior, en el muro posterior, se ubican una serie de hornacinas, habitualmente tres, y un altar adosado a la pared. Tanto las hornacinas como el altar suelen estar plenos de imágenes de los santos venerados allí que, en general, son aquellos asociados con la *hacienda*. Tal es así que San Antonio es uno de los más distribuidos.

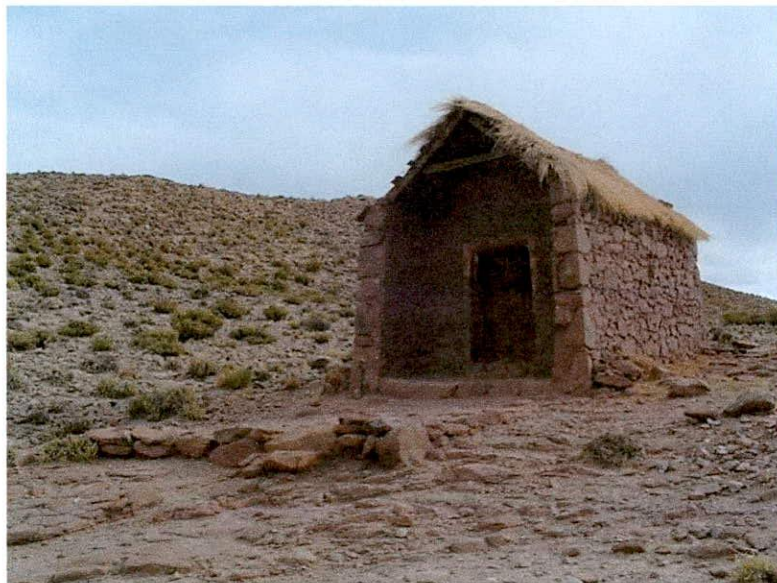


Figura 2. Frente de un *oratorio* ubicado en un *domicilio* cercano a Susques. En este caso se observa que los muros laterales están inclinados hacia adentro tal que pueden contener el empuje de las *tijeras* del techo.

También, las cocinas techadas son habituales e importantes dentro de los *domicilios* considerando que el 81% (25 casos) de los relevados tiene una. La organización de estas cocinas tiene una serie de particularidades que las diferencian del resto. Si en general las *casas* destinadas como dormitorios tienen sus accesos por el lado largo, las cocinas, por el contrario la tienen en el lado corto y presentan en el mojinete una serie de perforaciones para la salida del humo. En el interior se encuentra el *fueguero* en el centro delimitado con piedras. Tal como refieren algunas personas, las cocinas techadas solían ser circulares con una prolongación baja que funcionaba como *fueguero* exterior, *los abuelos las hacían así*. Dentro de nuestra muestra sólo cinco *domicilios* tienen actualmente cocinas circulares en uso y en ningún caso se construyeron en las últimas décadas, mientras que otros tantos tienen las estructuras circulares ya sin su techo. Es complejo esbozar las razones del pasaje

de la estructura circular a la rectangular pero cabe observar que la resolución tanto de la caja muraría como del techo ofrecía una cierta complejidad técnica.

Como hemos observado, los recintos tienden a tener su ingreso desde el *patio*. Esto es muy importante en relación con la organización del *domicilio* porque el uso del espacio sería significativamente diferente si alguno de estos recintos tuviera la función de organizar el ingreso a la manera de un recibidor. El *patio* es el espacio privilegiado de la *casa* tanto por su rol en la estructuración del espacio como por las actividades cotidianas y rituales que allí se desarrollan. En general es allí, o muy cerca, donde vamos a encontrar el *fueguero* o *kancha*⁷. Un recinto rectangular o circular con un muro bajo de no más de un metro de altura, en general en *pirca seca*⁸, y sin techar donde se cocina a diario. La presencia del *fueguero* no es exclusiva de los *domicilios*, tanto en las *casas en el pueblo*, como en los *puestos*, es el lugar donde la *familia* se reúne en torno al fuego ubicado en el centro para compartir, conversar, cocinar y comer. De hecho, el fuego, o al menos las brasas, suelen estar encendidas durante buena parte del día con algún recipiente encima donde se calienta agua o la sopa que se tomará más tarde.

El *patio* es un espacio exterior pero con cualidades diferentes a las del exterior del *domicilio*. Podríamos decir que las estructuras arquitectónicas, la materialidad de la *Casa*, contribuyen a delimitar, organizar y apropiarse de un modo particular del espacio, definiendo un adentro y un afuera. El límite dado por las distintas construcciones cambia la sustancia y existencia del espacio, tal que lo domestica, y a su vez categoriza los espacios. El *patio* es un espacio exterior propio, y como tal es distinto al espacio exterior que rodea la *casa*. Las prácticas que se realizan en ese *patio* tampoco son las que se llevan a cabo en el “afuera”. Sin ir más lejos, las *challadas* de agosto se hacen en el *patio*, lo mismo que la recepción de los músicos durante los carnavales. Pero la importancia del límite dado por las estructuras arquitectónicas podemos extenderlo al *fueguero*, con su *pirca* baja que lo

⁷ El término quechua *kancha* se usa en Susques fundamentalmente para referirse al *fueguero* o cocina exterior, pero también está relacionado con el *patio*. Recordemos que Flannery, Marcus y Reynolds (1989) referían que “*kancha*” es el término que en Ayacucho, Perú, usan para “corral” (Es decir, también un espacio exterior aunque delimitado) pero que también se usa para denominar a la totalidad del conjunto de recintos en torno a un *patio*.

⁸ *Pirca* también es un término de quechua que se refiere en general a una pared. La *pirca seca*, en particular, es una técnica constructiva en piedra para la realización de muros, tanto para *casas* como para corrales, en la que no se usa barro para la unión de esas piedras que se sostienen entre sí por su forma.

rodea, o a los corrales. Al respecto, Delfino (2001) planteó la posibilidad de que las “pircas”, es decir los límites,

“no son sólo signos de protección, resguardo, o propiedad sino además, la enunciación de la significación demarcatoria que las cosas tienen para los hombres en un enfrentamiento con lo divino” (2001:10).

En relación con el *patio*, debemos detenernos en su proceso de conformación. El *patio* es imaginado, planeado y concebido desde el momento en que se construye el primer recinto de un *domicilio*, se sabe que va a existir. Sin embargo, eso no significa que la morfología del *patio* exista *a priori* como sí ocurre, por ejemplo, en una casa chorizo en Buenos Aires. Una posibilidad a la hora de planear un patio, en cualquier lugar, es definir su forma y luego delimitarla a través de algún procedimiento. No es esto lo que estamos describiendo para el caso de Susques puesto que allí el *patio* es el resultado del proceso de construcción del *domicilio* como un todo. El *patio* no tiene una forma definida y se va transformando constantemente. En este sentido, la idea de un *patio* define la ubicación de los distintos recintos, pero éste también es definido por la ubicación de aquellos.

A pocos metros de las *casas* se ubican los *corrales*, circulares o rectangulares, también contruidos con *pirca seca*. Los *corrales* son considerados también como *casas*, de hecho son las *casas* de la *hacienda* a diferencia de las *casas de la familia*. Los *corrales* suelen estar próximos a la *casa* puesto que la pastora tiene que poder escuchar durante la noche si hay algún problema con la *tropa*. En general los *domicilios* tienen entre uno y tres *corrales* dependiendo de la cantidad de *hacienda* que tenga la *familia*. En general, al costado de algunos de los *corrales* es posible observar una pequeña estructura similar que se conoce como *chiquero* y es el corral de las crías más pequeñas. Mientras la *familia* está en el *domicilio*, la *hacienda* está en los corrales desde el atardecer hasta avanzada la mañana. Cada día, alrededor de las 10 de la mañana, luego de ordeñar las cabras y alimentar a las crías, la *tropa* es liberada en compañía de la pastora o de quien la ayude, quien indica las pasturas hacia las que debe guiarse a la *tropa*. Los *corrales* son también un espacio de importancia ritual en tanto son el escenario de la *señalada*.

En los últimos años se han comenzado a incorporar las letrinas en los *domicilios* tal que de acuerdo a nuestra muestra prácticamente el 50% tiene una, en ningún caso con más de diez años de construida. En todos los casos se trata de construcciones independientes de planta cuadrada y alrededor de 1,50 m. de lado. A diferencia de los que ocurre con las *casas en el*

pueblo, las letrinas en los *domicilios* suelen estar a una cierta distancia, al menos a unos diez metros, de cualquier otra construcción. Por el contrario, en ninguna de las *estancias* que hemos registrado la *familia* tenía una letrina.

Es importante insistir en que el *domicilio* es esencialmente una construcción dinámica, en permanente transformación donde cada generación realiza su aporte. Nuevas *casas* se levantarán mientras a otras se les quitará el techo, se repararán y construirán *corrales* periódicamente. Es que las *familias* cambian, nacen nuevos hijos, las personas mueren y se forman parejas y esto deja marcas en la *Casa*. El *domicilio* que se recorre hoy en día es el resultado de la superposición de construcciones realizadas por diferentes personas en distintos momentos. En este sentido podríamos dar cuenta de la existencia tanto de la continuidad de una idea sobre la *Casa* que atraviesa las generaciones y sostiene los fundamentos de la presencia de esa *familia* en un determinado lugar, como de la permanente renovación y actualización de esa presencia.

La variabilidad

Más allá de esta caracterización general que hemos realizado nos interesa describir tres *domicilios* concretos. Esto nos va a permitir, por un lado, observar cómo la organización del espacio asume formas concretas. Por el otro, vamos a reconocer las diferencias sustanciales que existen entre los *domicilios* en el marco de una estructuración espacial compartida. Los tres casos seleccionados se corresponden con *domicilios* de diferentes dimensiones y momentos de construcción pero todos con una cierta consolidación.

1.

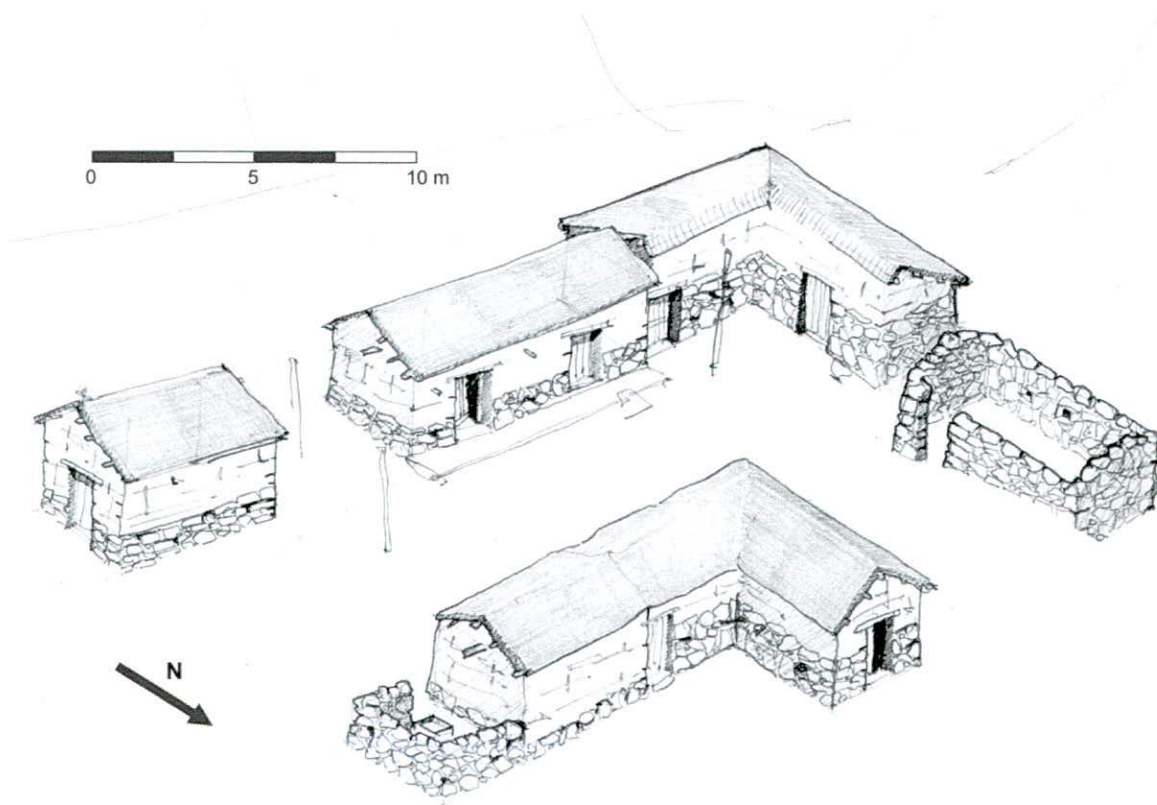
El *domicilio* de la *familia* de don R., a quien ya nos hemos referido, está en un terreno plano a unos pocos metros de un río y en las cercanías de la ruta que conduce a Susques desde San Salvador de Jujuy. Las primeras *casas* fueron levantadas por el padre de su madre cuando, al formar su pareja, construyó su nuevo *domicilio* a unos pocos kilómetros, y a la vista, del sus propios padres. Con el tiempo, tanto él como sus hijos y luego el hijo de uno de sus hijos, quien es ahora el propietario, fueron agregando nuevas construcciones. El resultado de esta sumatoria de operaciones en el tiempo es un *domicilio* con una serie de recintos, nueve en total, que se fueron construyendo y transformando a lo largo de los años. Es posible leer materialmente esos momentos de construcción; algunos de los recintos

están contruidos completamente en piedra, otros con adobe y cimientos de piedra⁹ de diferentes alturas. Las cubiertas son de *guaya* en algunos casos, que no ha sido cambiada en años, y en el resto de *torta de barro*¹⁰; los techos son en su mayoría a dos aguas, con *tijeras*, y algunos, modificados recientemente, a un agua.

Estas características no son para nada homogéneas y muestran la participación de numerosos constructores en distintos tiempos, que, a la vez, dan cuenta de las diferentes intenciones. Se podría decir que los recintos están ordenados de tal manera que forman dos “bloques”, ambos con forma de L, hacia el Noreste. De hecho, casi la totalidad de las puertas y ventanas se abren al Este o bien al Norte. Las *casas* están dispuestas de tal manera que definen un *patio*, un espacio exterior protegido que se orienta hacia el Este. Es en este *patio*, y en la *kancha*, donde los miembros de la *familia* pasan la mayor parte del tiempo mientras están en el *domicilio*. La *kancha* es un recinto sin techo con un muro de *pirca seca* de no más de un metro de altura donde cotidianamente se enciende el fuego para cocinar. Cada uno de los recintos tienen usos diferentes, uno es la cocina techada, otro funciona como depósito y las restantes son *casas para la familia*, una para don R. y su esposa, y las demás para las *familias* de los hijos. Una de las *casas*, enteramente construida en piedra, fue la primera que levantaron los *abuelos*. Esa *casa* ya no se utiliza, está sin techo, sin embargo es mantenida en pie. Separado, en una posición que sobresale, está el *oratorio*, la pequeña capilla de la *familia* donde están los *santitos*, actuales y de los *abuelos*. A unos pocos metros están los *corrales* y el *rastrajo*, una pequeña área de cultivo que es trabajada por don R. La *familia* tiene actualmente tanto llamas como ovejas y cabras. Estos son los *corrales* que se usan mientras la *hacienda* está en el *domicilio* como también para la ceremonia de la *señalada*.

⁹ Los adobes son bloques de dimensiones variables, mayormente 12x20x40, realizados a partir de moldes usando tierra cruda y otros agregados como la paja. Los muros se conforman colocando los adobes en hiladas con mortero intermedio. En general, los cimientos en piedra se elevan hasta más de un metro por sobre el nivel del suelo para proteger los adobes de la acción del agua. La bibliografía sobre el uso del adobe en el área andina es sumamente amplia, ver por ejemplo: Rotondaro y Rabey (1984), Viñuales (1994), Ramos (2004) y los textos en Tomasi y Rivet (2010), en particular Barada et al. (2010) y Schilman y Reisner (2010).

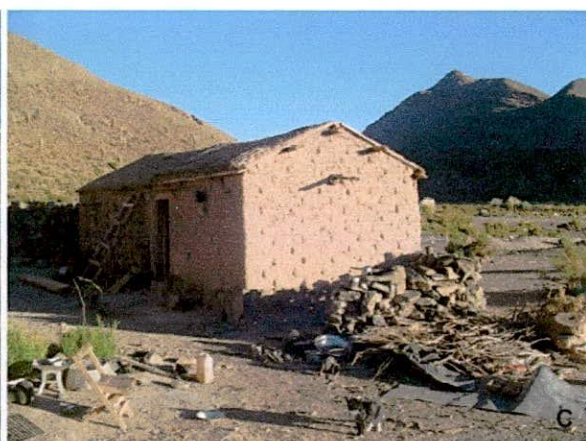
¹⁰ El *guayado* y la *torta de barro* son dos técnicas para la terminación de un techo que se consideran, en Susques y en la Puna en general, como locales (*así construían los abuelos*). La *guaya* consiste en hileras sucesivas de paja embebida en barro que cubre la totalidad del techo. Para el *guayado* se usa la paja *común* o *Iro* que se obtiene en los costados de ciertos arroyos. La *torta de barro*, en cambio, se basa en la colocación en la cubierta de una o dos capas de barro, con el agregado de paja picada u otros materiales, de unos 5 a 10 cm de espesor. Ambas técnicas, mantenimiento mediante, brindan buenas condiciones de aislamiento hidrófugo y térmico en las condiciones ambientales de la Puna. Tanto la *guaya* como el barro se aplican sobre una superficie pareja que se suele realizar con cañas, tablas de cardón o un tejido de ramas de tola. Sobre el *guayado* ver: Delfino (2001) y Daich y Palacios (2010); para la *torta de barro*, ver Rivet y Tomasi (2010).



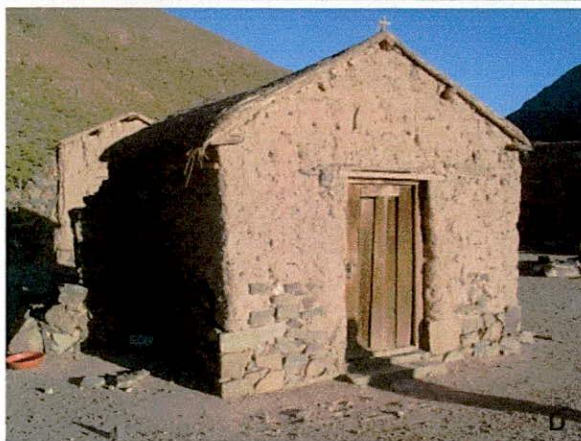
A



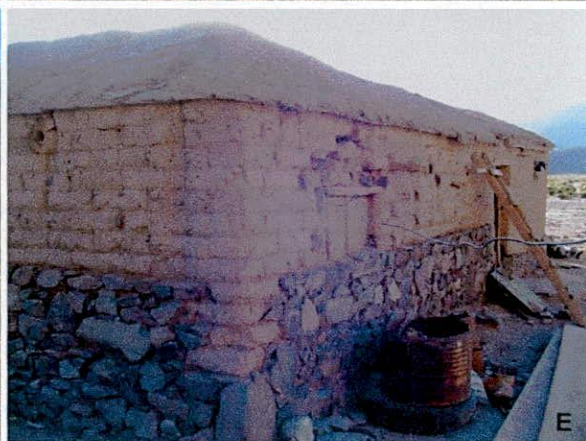
B



C



D



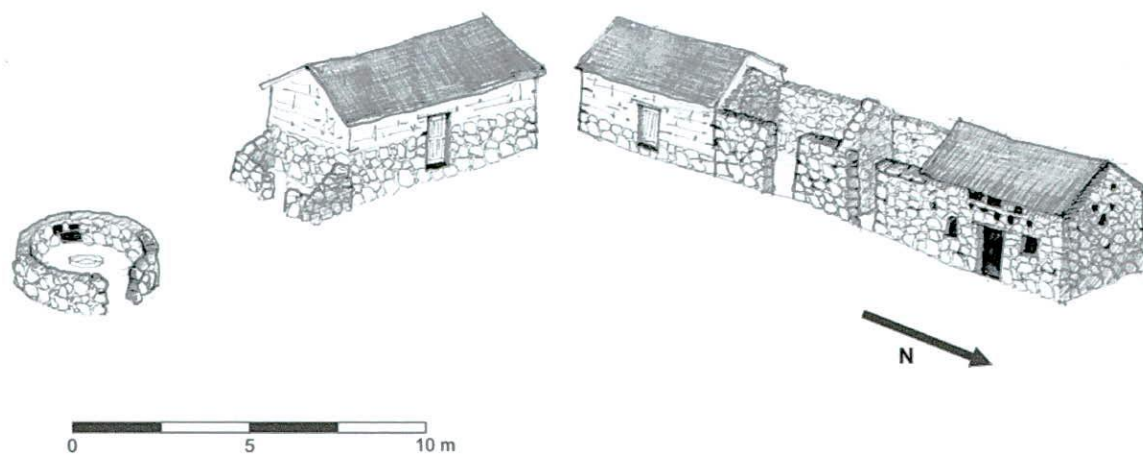
E

Figura 3. Axonometría e imágenes del *domicilio* 1. (B) Panorámica del *domicilio* con el río en el fondo; (C) Detalle de la cocina techada con el *fueguero* exterior en el frente; (D) Frente del *oratorio* con la cruz sobre el mojinete; (E) Detalle de una de las esquinas (Elaboración propia)

2.

El *domicilio* de doña M. tiene una menor superficie construida que el anterior y está ubicado al costado de un camino secundario que comunica Susques con otras localidades y en un área plana circundada por peñas. Este *domicilio* se utiliza fundamentalmente desde diciembre a marzo y suele estar allí doña M. junto con su madre, de avanzada edad, y algunos de las hijas pequeñas de sus hijas. Una característica importante es que forma una de las escalas dentro de los recorridos del martes de carnaval. En principio se identifican tres intervenciones diferentes que fueron sumando diferentes recintos. En total hoy en día se reconocen tres *casas* techadas y otras dos *mochas* que están dispuestas de tal manera que asumen una clara configuración en L que delimita parcialmente un *patio* que se abre hacia el Noreste. Los bloques de construcciones que forman la L no están unidos entre sí sino que dejan una posibilidad de ingreso por la esquina. El primer bloque se abre francamente hacia el Este e incluye, de Norte a Sur, una cocina techada seguida por dos *casas mochas*. Estas tres construcciones son las más antiguas, cuestión que se evidencia también en las técnicas constructivas. Este bloque se completa con un recinto más reciente, elevado en una segunda etapa, que se utiliza actualmente como dormitorio. El segundo bloque se compone de un único recinto de considerables dimensiones, 5 x 3 metros aproximadamente, y que también es un dormitorio aunque funciona como *ramada* durante el carnaval. A continuación de este recinto, a unos 6 metros, se encuentra el *fueguero* o *kancha*, en este caso, circular. Este *fueguero* fue delimitado con muros de *pirca seca* de no más de un metro de altura y tiene una cierta cantidad de nichos. La *kancha* propiamente dicha, es decir el sector donde específicamente se hace el fuego, también es circular y está ubicado en el centro de la estructura.

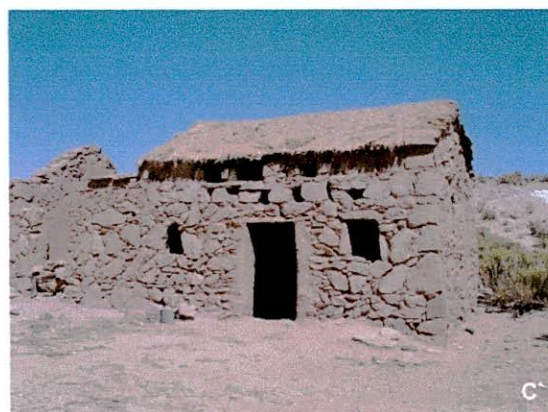
El *domicilio* tiene dos *corrales* que están ubicados a una cierta distancia, del otro lado del camino y un sector más abrupto topográficamente hablando. Estos dos *corrales*, para llamas por un lado y cabras y ovejas por el otro, están unidos en un punto tal que forman una especie de ocho. Los *corrales* tienen la particularidad, no tan común, de incluir en un sector un recinto techado para las cabras. Recordemos que este *domicilio* se usa durante la temporada de lluvias y que las cabras son delicadas en ese sentido y necesitan algún tipo de protección especial a partir de un alero o de una construcción específica como en este caso. En las cercanías de los *corrales*, también está ubicado el horno que, como es habitual, está a una cierta distancia de las *casas*.



A



B



C



D



E

Figura 4. Axonometría del *domicilio 2*. (B) Vista general desde el Noroeste; (C) Frente de la cocina techada; (D) Sector del *fueguero* circular; (E) Los dos *corrales* unidos con el sector techado en el encuentro (Elaboración propia)

Los recintos más antiguos presentan una serie de elementos importantes para comprender la espacialidad que solían tener las *casas de campo*. En términos constructivos los tres son los únicos que fueron elevados enteramente en piedra con un trabajo de canteado importante en las esquinas y con los muros inclinados hacia adentro para darle una mayor estabilidad general a la construcción. Ya esto los diferencia de los dos restantes, más recientes, que sólo tienen en piedra los sobrecimientos, entre 50 y 100 cm de alto, y el resto se elevó en adobe con los muros manteniendo rigurosamente la vertical. Dos de los recintos más antiguos ya no tienen su techo, pero sí la cocina techada. En este caso, se realizó en *guaya* a dos aguas sobre *tijeras* de cardón y una capa de paja intermedia, sobre la que se apoya el *guayado*, realizada con una paja particularmente larga que se conoce como *chillahua*. Si nos enfocamos en la organización del espacio, los dos recintos *mochos* dentro de sus reducidas dimensiones, no más de 2,5 metros de lado, tienen una serie de operaciones en los muros como hornacinas y repisas, y sendos *poynos* tradicionalmente usados como catres en uno de los laterales y otros usados como asientos en el resto del perímetro. La cocina techada, tiene su entrada por el lado largo y una serie de aberturas pequeñas en el mismo muro para la salida del humo. En el interior, el *fueguero* propiamente dicho delimitado por piedras en el estricto centro del espacio y una considerable cantidad de hornacinas y repisas en los muros para el guardado de los enseres domésticos. En una de las esquinas interiores se armó un lugar de guardado aprovechando dos lajas paralelas. Como suele ocurrir, el espacio entre las tijeras en el techo es usado para el guardado de múltiples elementos de la vida cotidiana.

3.

Este último *domicilio*, el de doña A., está ubicado a pocos metros de uno de los principales ríos que lleva agua permanente hacia Susques. Al igual que el anterior, también se utiliza durante el verano y es una de las escalas dentro de los recorridos del carnaval. A diferencia de los anteriores que se desarrollan en un espacio amplio, los recintos en este caso están sumamente comprimidos en un área más limitada y con un planteo ciertamente más entreverado en el que se superponen construcciones de distintos momentos. Esto resulta en una organización del espacio que no es tan evidente como en las anteriores pero que sí nos permite reconocer dos *patios* diferentes. El primero, probablemente el más antiguo, es de pequeñas dimensiones, no más de 9 m² y está cerrado por todos sus lados con recintos y *pircas*. El segundo patio está hacia el Sur del primero, es más grande y sólo está delimitado en dos de sus lados con una serie de *casas* en uso y otras ya *mochas*.



Figura 5. Panorámica del *domicilio*. (B) Recintos que delimitan el primer *patio* y su ingreso; (C) Sector del primer patio con el fueguero y la galería de acceso a la cocina techada; (D) Vista desde el Sur con el recinto más reciente en primer plano; (E) Recintos que delimitan el segundo *patio*; (F) Frente del *oratorio* familiar; (G) Visita al *domicilio* durante el martes de carnaval (Elaboración propia).

En total es posible reconocer seis recintos techados, incluyendo un *oratorio*, y otros tres que ya no tienen su techo. Al primer *patio* se accede desde el Este por un espacio estrecho y está rodeado por tres recintos que tienen acceso exclusivamente desde el patio. El primero es la cocina techada que tiene la particularidad de estar abierta a modo de galería hacia el *patio* en el sector donde se encuentra el *fueguero* exterior con el que se comunica directamente. Los otros dos recintos son usados en la actualidad fundamentalmente como dormitorios y uno asume el rol de *ramada* durante el carnaval. En el segundo patio, se encuentran otros dos recintos techados y las *casas mochas*. Ambos recintos son usados fundamentalmente como depósitos. El más antiguo tiene techo a un agua *guayado* y en el interior tiene una serie de repisas de madera empotradas en las paredes de adobe. El más reciente muestra un cambio constructivo sustancial con el techo de chapa sobre tirantes de madera industrializada.

Hacia el Sur de este conjunto se encuentra, exento, el *oratorio* familiar. En su configuración presenta diferencias con la caracterización general que hemos realizado de las capillas domésticas. En este caso no tiene muros en avance que conformen una antecapilla pero se distingue de las otras construcciones del *domicilio* por el trabajo decorativo que tiene sobre el muro elevado del frente que se orienta al Este. Más allá del *oratorio* se ubica el *corral* principal usado por la *familia* que también se abre hacia el Este y tiene su *mojón* en la salida.

Hacia el Este

El Este es considerada como la orientación hacia donde deberían abrirse las puertas tanto de los *oratorios* como de las *casas* en general y hemos puesto esto en evidencia al describir estos tres *domicilios* y lo propio ocurrirá con las *estancias* y también, aunque en menor medida, con la *casa en el pueblo*. La orientación hacia el Este de las *casas* está asociada por un lado con el aprovechamiento de la luminosidad y la temperatura del sol, pero también con la dimensión simbólica de la organización del espacio. Al respecto, Merlino y Sánchez Proaño (1996/1997) llamaron la atención sobre las categorías “sol de mañana” y “sol de tarde”. Ambas nociones están presentes en Susques y son usadas más o menos habitualmente. Al respecto estos autores observaron que estas categorías organizan el tiempo dividiendo el día en dos partes, tanto como organizan el espacio de acuerdo a la incidencia del sol por la mañana o por la tarde.

La orientación hacia el Este de las *casas* permite el máximo aprovechamiento del calor y la luminosidad del sol. El momento del amanecer es particularmente frío, en especial durante los meses de invierno, con temperaturas que pueden descender incluso a 20 grados bajo cero. Los sectores que permanecen en sombra durante buena parte del día probablemente no se descongelen en ningún momento. De hecho, un *patio* mal orientado y con sombra constante es casi inutilizable¹¹. La *tropa* precisa del calor del “sol de mañana” para ganar temperatura y recuperarse¹². El “sol de mañana” literalmente da vida y marca el comienzo de las actividades de la jornada tanto como el “sol de tarde” indica el cierre y el momento de reunirse en el *fueguero*. Precisamente la *kancha* o *fueguero*, el espacio exterior de cocina, se suele ubicar frente a las *casas* de modo que pueda tener sol directo.

Sin embargo, debemos considerar también que la dimensión simbólica de las puertas construidas hacia el naciente nos muestra nuevos aspectos que dialogan con lo dicho. Por lo pronto, la orientación hacia el Este no es exclusiva de las *casas*, la capilla en el pueblo también tiene esa orientación, lo mismo que los *oratorios* familiares. Los *corrales* siempre tienen que tener su entrada hacia el Este y en la misma dirección vamos a encontrar alineado el *mojón* de piedras que se *challa* durante las *señaladas*. La *tropa* cuando sale por la mañana a *pastear* se dirige hacia el *mojón* y hacia el sol que se eleva, mientras que cuando vuelve por la tarde lo hace caminando hacia el Oeste y hacia el sol que se oculta. Hacia el Este también deben estar mirando los animales mientras son *floreados* durante la *señalada* y si quien los sostiene no los pone en esa posición recibirá seguramente una *multa*.

Evidentemente la necesidad de calor durante la mañana no explica la orientación de la capilla, ni tampoco la posición de los animales durante el *floreado*. El Este está íntimamente vinculado con lo que nace, con la fertilidad y, de alguna manera, forma parte del ordenamiento del mundo de los pastores. Tal como observó Nielsen,

“el Este está asociado con la vida, la salud, y la prosperidad, mientras que el Oeste es muerte, enfermedad y escasez” (2000:350, traducción propia).

¹¹ Dos de los planes de vivienda que se construyeron recientemente en Susques tienen las puertas de entrada y los sectores destinados a *patio* orientados hacia el Sur. Al momento de escritura de la tesis las viviendas de ninguno de los dos planes habían sido entregadas, sin embargo ameritaban algunas conversaciones sobre lo problemáticos que iban a ser esos *patios* en invierno.

¹² Durante las pariciones de las cabras en junio y julio, una cría que nace durante la noche, o peor aún poco antes de la salida del sol con la caída de la helada, seguramente está condenada a morir de inmediato.

En relación con esto, debemos volver una vez más sobre el mito de los “Ch’ullpa”. Los *chuipas* o los *antiguos*, como se los llama en Susques, vivían en la zona cuando el mundo era completamente oscuro, antes de la salida del sol, tenían sus *casitas* en los *cerros* entre las peñas y cazaban vicuñas. El dato significativo es que estos *chuipas* construyeron sus casas con las puertas mirando hacia el Este y, en algún momento, salió el sol por ese lado los quemó completamente. En muchos de sus rasgos los *chuipas* son seres anteriores al ser humano, el momento de la salida del sol por el Este es concebido como el del comienzo de la humanidad tal cual se la conoce. Consecuentemente es el momento de la destrucción de los *chuipas*. La relación entre la orientación de las *casas* en el tiempo actual y el mito de los *chuipas* requiere de una investigación más enfocada en este tema que la que hemos realizado puesto que abre un importante campo de análisis. Si el Este y la salida del sol están relacionados con el nacimiento, como comienzo de la humanidad, que las *casas* deban orientarse en esa dirección parecería vincularse con la necesidad de que el día penetre en la *casa* y despeje el tiempo ajeno y oscuro de la noche, el tiempo de los *chuipas*.

Puestos y estancias

Las *estancias* nos enfrentan a un universo sensiblemente diferente al de los *domicilios*. La *casa de campo*, como hemos planteado, se constituye como una referencia material del posicionamiento y la identificación de la *familia* dentro de la comunidad. En este sentido tiene una cierta condición, digamos, pública que se enfatiza tanto en su visibilidad como en las celebraciones que allí se desarrollan a lo largo del año. Mientras que en un *domicilio* cuando la *familia* está allí podríamos encontrar a una cierta cantidad de personas, en las *estancias* lo más probable es que esté sólo la pastora, con alguien que la ayuda y con algunas visitas periódicas de algunos miembros del grupo familiar. Por otra parte, los nombres y las ubicaciones aproximadas de los *domicilios* son colectivamente reconocidos, es decir la mayor parte de las personas en Susques conoce una buena cantidad de los *lugares* de las *casas de campo* de las otras *familias*. Por el contrario, la cantidad de *estancias* y sus *lugares* en general sólo podrían ser mencionados sólo por el propio grupo familiar y los linderos del *pastoreo*. Más allá de las características materiales que analizaremos más adelante, no podemos perder de vista que el tiempo de las personas dedicadas al manejo de la *tropa* transcurre entre las *estancias* la mayor parte del año. La permanencia en el *domicilio*, incluso para quienes lo utilizan mucho, no suele ser mayor a los tres meses de lluvias. Las *estancias* podríamos decir que están más vinculadas con la

cotidianeidad e incluso la intimidad del trabajo constante con la *hacienda*. Esto implica a su vez que las *estancias* son mayormente espacios de las mujeres porque son ellas las que cuidan la *tropa* en el día a día, aunque no pareciera que esto genere algún tipo de condición específica en la organización del espacio.

Como indicamos en el capítulo anterior, cada *familia* suele tener dentro de su *pastoreo* entre una y siete *estancias*, aunque en algunos casos pueden ser más, siendo que lo habitual es que entre cuatro y cinco estén activas a lo largo del año. Estas *estancias*, dependiendo de las dimensiones, topografía y formas del *pastoreo*, suelen estar a distancias que van desde los 15 minutos hasta una jornada de caminata del *domicilio*. Hemos analizado ya las condiciones y lógica de la ubicación de las *estancias* marcando que surgen de una compleja trama de factores que involucra: el manejo y acceso a recursos, fundamentalmente pasturas y agua; la reducción del esfuerzo de pastoreo a través de las menores distancias a recorrer diariamente, la minimización del impacto de factores climáticos como la lluvia y el frío, las necesidades de la *hacienda* y la apropiación de *lugares* significativos. En términos generales, podríamos observar que las *estancias* están insertas de un modo estricto en el mundo de la crianza y manejo de la *hacienda* en el día a día. Sus configuraciones y emplazamientos están directamente relacionados con esto. No debería sorprender entonces que, como veremos, las principales estructuras dentro de las *estancias* son las *casas de la hacienda*, es decir los *corrales*, y no las de las personas.

La inmensa mayoría de las *estancias* están construidas en los *cerros*, y no en el *campo*, aprovechando ciertos emplazamientos que brindan una determinada protección tanto para las personas como para la *tropa*. El ámbito de las *estancias* es el de las topografías más accidentadas asociadas con las peñas, los aleros o las pequeñas quebradas rocosas que suelen estar incorporadas directamente en la construcción. En este sentido, las *estancias* no son tan fácilmente reconocibles para un ojo extraño como los *domicilios* y tienen a ser mucho más inaccesibles. Del total de 23 *estancias* que hemos relevado, tal como consta en la tabla 2, sólo nueve (39%) estaban al menos en las cercanías de un camino mínimamente transitable en vehículo. Para una persona que vive cotidianamente en el pueblo, acercarse por un corto tiempo a una *estancia* es mucho más complejo que hacerlo a un *domicilio*.

No.	Agua (a)	Camino vehicular	Superficie cubierta en m ²	Recintos cubiertos (b)	Usos					Técnicas predominantes		Ocupación previa
					Fueguero	Cocina cubierta	Dormitorios	Depósito	Corrales (c)	Muros	Cubiertas	
1	SI (Personas)	NO	8	1	1		1		3	Firca seca	Tablas de cardón	SI
2	NO	NO	15	2	1	1	1		3	Firca seca	Tablas de cardón	NO
3	SI	NO	32	3	1	1	2		2	Piedra con mortero	Torta	SI
4	NO	NO	9	1	1		1		3	Firca seca	Tablas de cardón	NO
5	NO	NO	7	1	1		1		2	Firca seca	Tablas de cardón	NO
6	SI (Personas)	SI	28	4	1		2	2	2	Firca seca	Tablas de cardón	SI
7	NO	NO	6	1	1		1		2	Firca seca	Tablas de cardón	SI
8	NO	SI	21	2	2		2		2	Adobe	Chapa	SI
9	NO	SI	7	1	1		1		1	Firca seca	Alero y tola	NO
10	NO	NO	4	1	2		1		2	Firca seca	Alero y tola	SI
11	NO	NO			1				1	Firca seca		SI
12	NO	SI			1				2	Firca seca		SI
13	NO	NO		2	1	1	1		3	Firca seca	Alero y tola	SI
14	NO	NO			1				1	Firca seca		SI
15	NO	SI	6	1	1		1		1	Adobe	Torta	NO
16	NO	SI			1				1	Firca seca		SI
17	NO	NO	12	2	1		1	1	2	Piedra con mortero	Torta	SI
18	NO	NO	5	1	1		1		2	Firca seca	Alero y tola	SI
19	NO	SI	5	1	1		1		1	Piedra con mortero	Torta	SI
20	NO	SI	4	1	1		1		1	Piedra con mortero	Tola y Alero	SI
21	NO	SI	3	1	1		1		1	Piedra con mortero	Torta	SI
22	NO	NO			1				1	Firca seca		NO
23	NO	NO	6	1	1		1		2	Firca seca	Alero y piedra	NO

Tabla 2. Síntesis de las *estancias* relevadas (Elaboración propia. Relevamiento 2004-2010). Detalle: (a) Incluimos las fuentes de agua en un radio de hasta 3 kilómetros de distancia, (b) Se consideran los recintos que en el presente tienen su techo en pie no aquellos que lo han perdido, (c) Se consideran también los *dormideros* de las llamas

Otra particularidad de las *estancias* es que en la mayor parte de los casos no tienen disponibilidad de agua. De nuestra muestra sólo 3 (13%) tenían alguna fuente cercana pero en dos de éstas el agua disponible era sólo para las personas puesto que se trataba de pequeños *ojitos*. Esto implica que durante la permanencia en una *estancia* la pastora debe

conducir a la *hacienda* hacia alguna fuente de agua cada dos o tres días como máximo. Sin dudas la falta de agua es una dificultad para la vida cotidiana en los *puestos*, especialmente para quienes no cuentan con algún familiar que la lleve periódicamente. En todo caso, esta dificultad se ve compensada por las condiciones de protección generales que brindan las *estancias* y sus emplazamientos asociados con sitios más reparados para los meses invernales.

La construcción de nuevas *estancias* no es un hecho habitual aunque si su reparación y mantenimiento casi constante. Al respecto Göbel (2002) observó que en Huancar la mayor parte de las “estancias” tenían más de 50 años de antigüedad y que las familias eran renuentes a la construcción de nuevas. Al igual que con los *domicilios*, en el caso de las *estancias* también se registra en Susques una notable reocupación y continuidad de uso determinados *lugares*. Como también indicó Göbel (2002), la falta de personas en el campo que se observa en la actualidad dificulta sensiblemente la posibilidad de levantar nuevas *estancias*. Toda tarea de construcción, especialmente en ámbitos menos accesibles, requiere de la puesta en juego de una cantidad importante de trabajo que no siempre está al alcance. Al mismo tiempo, si bien la división de un *pastoreo* implica un reparto de las *estancias* existentes y la paulatina construcción de nuevas, hoy en día, como hemos señalado, se tiende a mantener la integridad de los territorios familiares limitando las divisiones excesivas lo que implica el mantenimiento de los mismos *puestos*.

Cabe señalar que la continuidad en la ocupación de las *estancias* presenta diferencias importantes en relación con los *domicilios*. En éstos, las ocupaciones de las distintas generaciones quedan en evidencia a partir de la permanencia de sus *casas* que en la superposición van transformando la configuración del *domicilio*. Las *casas de los abuelos*, ya sin su techo, no son derribadas sino que se mantienen y van creando un relato o una topografía de la historia familiar. En las *estancias*, en cambio, no se observan *casas mochas* sino que los mismos recintos existentes son continuamente reutilizados más allá de la desaparición de su constructor original. La adición de nuevas estructuras está asociada con distintas necesidades que se van presentando y no con la puesta en evidencia y consolidación de un cambio en el grupo familiar. Sí es posible reconocer en los *pastoreos* algunas *estancias* que ya no son usadas en el presente pero esto está vinculado en general con un cambio en las estrategias de pastoreo y nada impide que vuelvan a ser utilizadas y reparadas en algún momento.

Configuraciones

En relación con los *domicilios*, las *estancias* presentan diferencias muy importante en la cantidad de estructuras involucradas y en las configuraciones resultantes. Si en el caso de los *domicilios* observamos que tenían un promedio por encima de los 4 recintos techados con un máximo de hasta 11, en las *estancias* que hemos relevado que el promedio está escasamente por encima de un recinto cubierto en cada una. Sin embargo, es interesante observar que si nos referimos exclusivamente a los *corrales* tanto los *domicilios* como las *estancias* dan un promedio de 1,8 por asentamiento. En este sentido, los *corrales* son el centro privilegiado de las *estancias* y constituyen las estructuras que reciben la mayor dedicación constructiva. La configuración básica de una *estancia* consiste en una serie de *corrales* y al menos un *fueguero* externo. Una *estancia* no requiere entonces necesariamente de recintos techados.

Tanto Yacobaccio (1998), para el caso de Susques, como Göbel (2002) para Huancar, han observado una notable preeminencia de esta configuración base en las “estancias” que han relevado. En el primero de los casos sólo el 18% de los 12 “puestos” que relevaron contaban con algún recinto techado mientras que el resto poseía “habitaciones” sin techo delimitadas mayoritariamente con pirca seca (Yacobaccio et al 1998). De acuerdo a Göbel, sobre una muestra de 188 “estancias”, el 67% consistían en un corral, un dormitorio para las llamas y un “kancha” con su “fueguero” sin techar. La incidencia de esta configuración en nuestro registro es muy diferente a la observada por estos autores, con una muestra mucho menor que la de Göbel y algo por encima de la de Yacobaccio. De los 23 casos que hemos relevado sólo cinco (22%) comparten esta configuración de *corrales* y *fueguero* exterior, sin recinto cubierto. El resto, 18 casos, si bien parten de un *fueguero* y los *corrales*, tienen al menos un recinto techado destinado a dormitorio y eventualmente otros usados como cocina cubierta o depósitos. Si tomamos la totalidad de la muestra veremos que el promedio es de poco más de un recinto techado por *estancia* con un mínimo de cero y un máximo de 4, aunque sólo 3 tienen más de dos. En este punto cabe observar que en los últimos diez a quince años se registraron ciertos cambios en las configuraciones de las *estancias*. Se suele decir que los *abuelos* no vivían *con tanto lujo*, asociado con que eran menos *flojos*, y que *dormían mirando las estrellas* en referencia a las *estancias* con el *fueguero* exterior que se usaba también para dormir. En relación con esta comparación con la vida de los *abuelos*, es posible registrar en ciertas *estancias* que se han ido sumando

nuevas *casas* techadas o se cubrieron de diferentes formas las existentes en los últimos años. Esto podría dar cuenta de un cambio en las expectativas y en los requerimientos de comodidad esperados hoy en día por una pastora para un *puesto*.

Las configuraciones de las *estancias* presentan una notable variabilidad incluso mayor a la de los *domicilios*. Una de las características definitorias de las *estancias* es que su configuración resulta en la mayor parte de los casos del aprovechamiento y transformación de un determinado accidente topográfico. En 18 de los 23 casos registrados se usó de alguna manera la topografía integrándola a la construcción de la *estancia* a partir del aprovechamiento de una ladera para enterrar completa o parcialmente las *casas* o los *corrales*, apoyando las estructuras contra una peña para generar una cierta protección o usando aleros rocosos naturales para cubrir parte de los *corrales* o el *fueguero*. Este aprovechamiento está mediado también por la elección de las mismas orientaciones preferenciales, Este y Norte, que observamos en el caso de los *domicilios*.



Figuras 6 y 7. Dos *estancias* en los alrededores de Susques que aprovechan de diferentes maneras sendos aleros de piedra como parte de la cubierta. En la de la derecha, el techo se completó con ramas de tola sueltas, y en el de la izquierda con piedras lajas sobre las que se realizó un *guayado*.

Esta forma de encarar la construcción de una *estancia* tiene implicancias en relación con su configuración puesto que no evidencian la pretensión de ortogonalidad que sí estaría presente en la construcción de las *casas* en un *domicilio*. En este sentido, los modos en que son concebidos, desde lo proyectual, los *domicilios* y las *estancias* presentan diferencias importantes. En los primeros las *casas* se distribuyen en terrenos que suelen ser planos y no imponen grandes condicionamientos. Esto no significa que exista una independencia del medio ni mucho menos sino que el proyecto tiende a estar definido desde sus propias lógicas. Tal es así que prácticamente en la totalidad de los *domicilios* que hemos relevado

la configuración general y de cada uno de los recintos surge de un planteo ortogonal que se superpone sobre, e incluso a pesar de, una determinada topografía. En las *estancias*, en cambio, es una parte de su proyecto desde su concepción. Podríamos observar que la morfología de las *casas*, *fuegueros* y *corrales* surge en una suerte de diálogo con la topografía del emplazamiento. Los aleros, cuevas, peñas, paredes rocosas o laderas son alterados con un determinado fin espacial tanto como la forma de los recintos se define de acuerdo a las posibilidades que brindan estos accidentes. A partir de esto, no parecería ser razonable hablar de una morfología irregular en las *estancias* porque esto implicaría partir de la base de que la regularidad ortogonal es la única posible. Por el contrario, las *estancias* siguen una regularidad en el ordenamiento del espacio que surge de otras leyes.

Las técnicas constructivas utilizadas también son diferentes entre los *puestos* y los *domicilios*. En primer lugar debido al intenso aprovechamiento de los accidentes de la topografía como un recurso constructivo. Por otro lado, el uso de técnicas, tanto en muros como techos, que requieren un consumo importante de agua es muy restringido. Como hemos ya indicado, las *estancias* en general no tienen fuentes cercanas de agua para consumo y mucho menos para emplear los cientos de litros que puede requerir la confección de adobes o la preparación del barro para el mortero o para un techo de *torta*. Las dificultades para el acceso suman un problema adicional para transportar materiales hasta las *estancias*. En términos generales construir en una *estancia* es mucho más complejo que hacerlo en un *domicilio*.

Si nos referimos a los muros veremos que en 16 de las 23 *estancias* (70%) se optó por usar *pirca seca*, es decir muros de piedras unidas por forma y no por un mortero de barro¹³. En otras cinco se realizaron muros de piedra con mortero y sólo en dos casos se usaron adobes¹⁴. Las construcciones en las *estancias* suelen ser mucho más bajas, en general menos de dos metros, y de menor superficie que en los *domicilios*¹⁵. En relación a las cubiertas se da una situación similar. De las 18 *estancias* que tienen recintos cubiertos, en

¹³ Cuando se realizan muros con *pirca seca* no sólo es importante la forma de la piedra sino también la del muro completo. En general se tiende a realizar muros ligeramente curvos que aseguran una mayor estabilidad por forma que los rectos.

¹⁴ Es interesante observar que en los casos en que no se usó *pirca seca* se puede acceder a la *estancia* con algún vehículo o tiene agua disponible en las cercanías al menos durante el verano. Como hemos indicado, un muro de *pirca seca* no utiliza mortero para unir las piedras, por lo tanto tampoco se requiere agua.

¹⁵ Si tomamos datos generales veremos que en los *domicilios* cada recinto cubierto tiene una superficie promedio por encima de los 12m² (aproximadamente 3x4) mientras que en las *estancias* es de menos de 7 m² (2x3,5).

11 (61%) se optó por soluciones secas a partir del aprovechamiento de aleros en combinación con tejidos de ramas de tola o el armado de una estructura de tablas de madera de cardón sin *torta de barro* encima. En las siete restantes en general se terminó la cubierta con un *torteadado* sobre una estructura de tola o cardón, sólo en uno de estos casos se incorporó en los últimos años una terminación en chapa de cinc. Como observamos en un comienzo, las expectativas puestas en la construcción de una *estancia* son diferentes a las de los *domicilios*. Eso no significa que sean efímeras puesto que de hecho se espera que se mantengan en pie durante todo el tiempo que sea posible.

Casos

Tal como lo hicimos con los *domicilios*, a partir del análisis general que hemos planteado, vamos a describir en detalle tres *estancias* diferentes que pertenecen, a su vez, a distintas *familias*. Cada una nos va a permitir reconocer distintas posibilidades de usos, configuraciones y materialidades dentro de la notable variabilidad que existe en el planteo de las *estancias*.

1.

Esta primera *estancia* está ubicada a unos 40 minutos de camino del *domicilio* de doña S. y suele ser utilizada entre abril y mayo cuando las lluvias ya han cesado. En las distintas estructuras que la componen se pueden reconocer distintas intervenciones que fueron sumando nuevos recintos y *corrales* fundamentalmente por parte de su padre y del padre de éste. Esta *estancia* se desarrolla a partir de una estructura rocosa longitudinal de unos 30 metros de largo que a su vez genera una quebrada angosta de no más de 15 metros en su parte más ancha. La totalidad de las estructuras se despliegan dispersas a lo largo de esta superficie aprovechando las distintas variaciones y pequeños sectores planos que presentan las peñas. La *estancia* se compone hoy en día de un *fueguero*, un recinto techado reducido y dos *corrales* y un *chiquero*. El aprovechamiento que la *familia* realizó de las posibilidades que brindaban las peñas permitió que la totalidad de estas estructuras se orienten hacia el Este.



Figura 8. Imagen general de la *estancia* con la ubicación de las estructuras. (B) Detalle del recinto techado con su entrada hacia el Este; (C) Sector del fueguero aprovechando parcialmente un alero (D) Corral 1, encima se distingue el *fueguero*; (E) Acceso al corral 2 (Elaboración propia).

El primero de los *corrales* está en el sector más protegido de la *estancia*, en el nacimiento de la quebrada y fue construido apoyado sobre una de las paredes rocosas. El resto del perímetro fue materializado con una *pirca seca* de alrededor de un metro y medio de altura. El segundo corral, de menores dimensiones y también realizado en *pirca seca*, está ubicado en un sector plano en la parte más alta de las peñas. Al igual que el anterior se construyó apoyado sobre una de estas peñas que a su vez brinda una pequeña protección a través de un alero. El *chiquero* no está adosado a los *corrales*, como suele ocurrir, sino que fue construido en las cercanías del recinto cubierto usado por la *familia*. Esto tiene una lógica dentro del cuidado de las crías puesto que es preferible tenerlas cerca en caso de que se presente algún inconveniente especialmente durante la noche.

El *fueguero* está ubicado en un punto ciertamente estratégico aprovechando una plataforma, de unos 4 m², por encima del primero de los *corrales* tal que mientras se está allí puede controlarse fácilmente que ocurre con la *tropa*. Está delimitado por la piedra en uno de los lados y por un muro bajo en *pirca seca* por el otro y tiene en el centro el sector para el fuego. El recinto cubierto está a unos 10 metros del *fueguero* y casi tan pequeño que éste. Para su construcción se aprovechó también una plataforma y un alero aunque en este caso los muros lo cierran completamente dejando sólo una pequeña entrada hacia el Este. El interior está a unos 20 cm por debajo del nivel exterior seguramente buscando un mayor cobijo y suele estar repleto de cobijas. La parte superior que no llega a ser cubierta por el alero fue completada con una serie de ramas de tola que son reemplazadas cada año.

2.

A diferencia de la anterior, esta *estancia*, en la que pastorea doña L., está ubicada en la salida de una quebrada mucho más amplia, a pocos metros de un río temporario y a un kilómetro del *domicilio*. Actualmente consiste en una serie de corrales construidos aprovechando un peñón de considerables dimensiones y a pocos metros un recinto techado con un *fueguero* adosado. En uno de sus lados este peñón tiene un pequeño reparo que cubre parcialmente el corral de las cabras. Este es un elemento saliente del *puesto*, porque, como hemos mencionado, las cabras, a diferencia de las llamas, *son delicadas con la lluvia*. La *tropa* permanece allí durante todo el verano; desde mediados de diciembre, cuando empiezan las primeras lluvias, hasta que concluyen en marzo cuando se dirigen a los *puestos* a mayor altura, y vuelven en junio para las *pariciones* de las cabras.

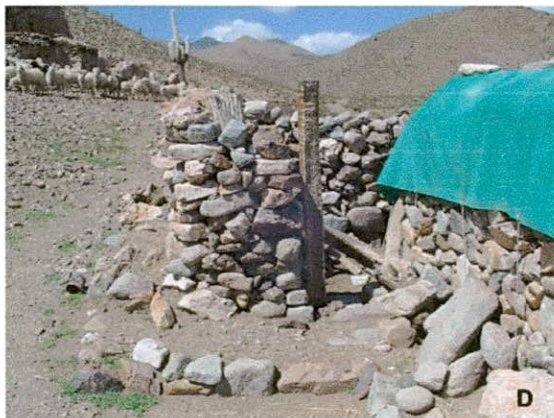
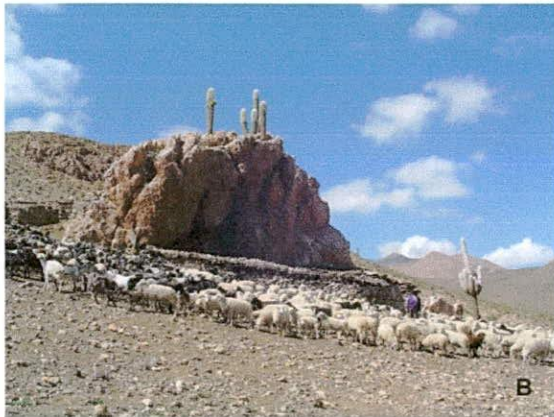
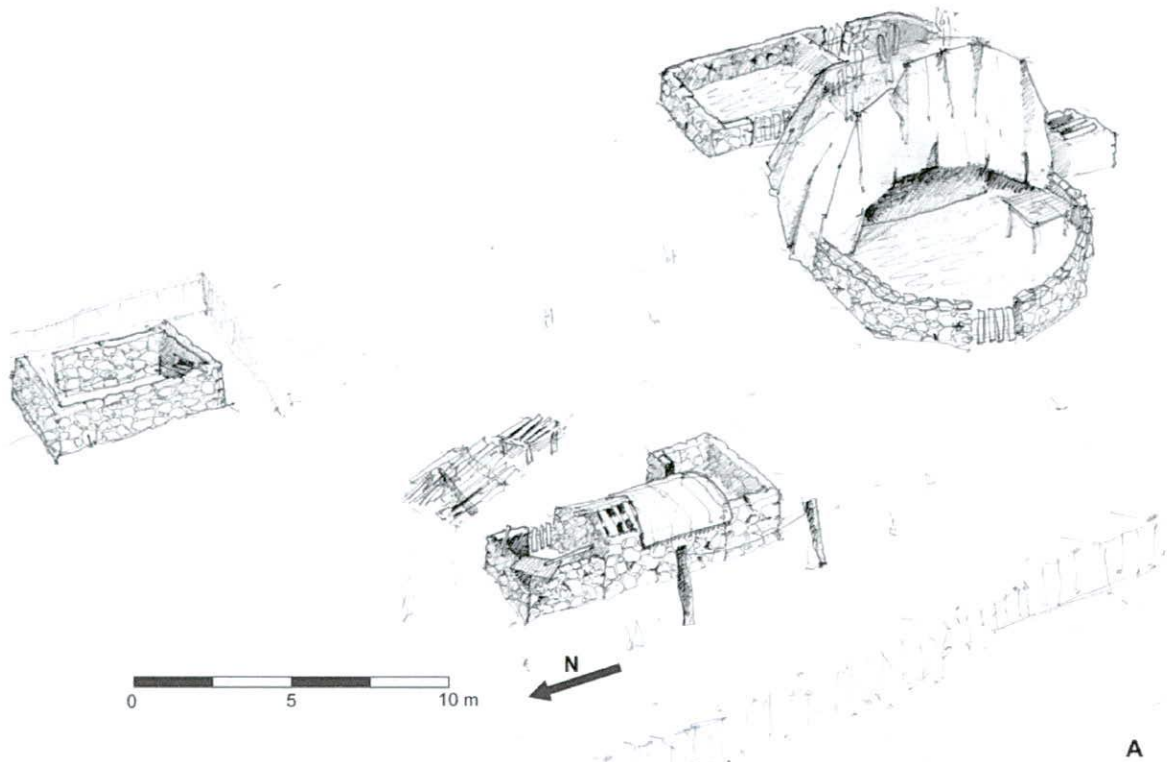


Figura 9. Imagen general de la estancia con la ubicación de las estructuras. (B) Detalle del recinto techado con su entrada hacia el Este; (C) Sector del fueguero aprovechando parcialmente un alero (D) Corral 1, encima se distingue el fueguero; (E) Acceso al corral 2 (Elaboración propia).

Esta *estancia* no tiene agua permanente, lo que implica que doña L. debe ir hasta el *domicilio* cada dos o tres días para que la *hacienda* baje al río. El agua para el consumo de la *familia*, en cambio, proviene de un *ojito* a un kilómetro de distancia. De acuerdo a lo que recuerdan, este *puesto* ya era utilizado por su abuelo, y probablemente antes, pero no existía la construcción para las personas. Sólo estaban los corrales que se usaban para encierros, mientras que cotidianamente la *hacienda* se pastoreaba desde el *domicilio*. Recién en la década de 1960 se construyó la *casa* porque doña L. prefería permanecer en ese *lugar*. De hecho, en este *puesto* es donde pasan más tiempo en el año, mucho más que en el *domicilio*.

A unos veinte metros de los *corrales* se encuentra la *casa para las personas* con sus muros, de poco más de un metro y medio de alto, contruidos con *pirca seca*. Sobre estos muros la *casa* está techada a dos aguas con tablas de cardón y protegida adicionalmente con un plástico. Este es el espacio que usan cada noche para descansar y para guardar algunos bienes que deben estar más protegidos. Contigua a esta *casa* y usando los mismos muros está la *kancha* o *fueguero*, un recinto sin techar y cerrado por sus lados con muros también de piedra; en una de las esquinas delimitado con algunas piedras lajas está la *kancha* propiamente dicha donde se enciende el fuego. Al otro lado, existe un segundo recinto sin techar que seguramente estaba destinado a depósito. Como el cauce del río ha ido migrando durante los veranos poco a poco hacia la construcción, se comenzó a construir una nueva *casa* algunos metros más arriba.

3.

Esta tercera *estancia*, de doña M., está ubicada en un cono de deyección que se abre hacia una quebrada importante y amplia por donde corre un río que sólo *baja con agua* durante el verano. Esta *familia* permanece en el *domicilio* durante el verano y esta es la primera *estancia* a la que se acercan una vez terminadas las lluvias y permanecen allí hasta mediado de mayo. Por otra parte, es una *estancia* que, dada su ubicación, es usada como una suerte de escala cuando se dirigen a otras. Salvo por un pequeño *ojito* cercano, que algunos años no alcanza siquiera a cubrir las necesidades de las personas, tampoco tiene fuentes de agua cercanas para la *tropa*. A diferencia de los otros dos casos, esta *estancia* está construida en un sitio abierto con una ligera pendiente y la totalidad de las estructuras están exentas de peñas y aleros.

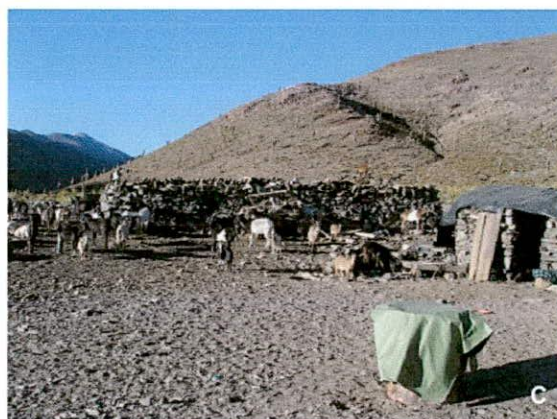
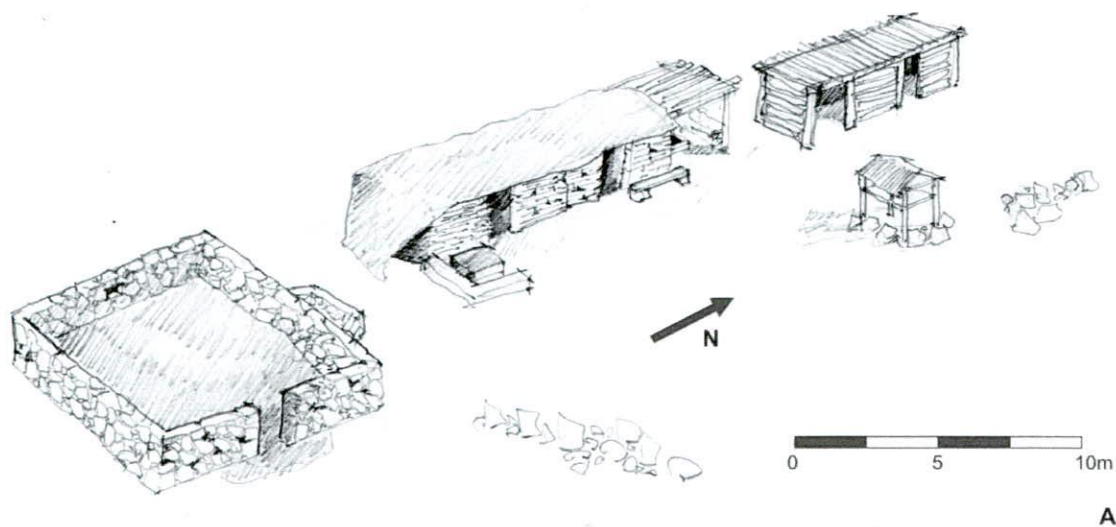


Figura 10. Axonometría de la estancia. (B) Vista general; (C) Vista hacia el corral (D) Detalle de la parte posterior; (E) Detalle del fueguero semicubierto (Elaboración propia).

La *estancia* tiene un *corral* para las ovejas y las cabras prácticamente cuadrado en *pirca seca* y con su ingreso orientado hacia el Este, al igual que el resto de las estructuras. Hacia el Oeste del *corral* se encuentra el sector que las llamas usan como *dormidero*. A esto se suman una serie de estructuras, usadas por la *familia*, dispuestas de tal manera que conforman una tira en sentido Norte-Sur. Dentro de esta tira se encuentran dos recintos techados construidos enteramente en *pirca seca* de unos 6 m² cada uno y no más de 1,8 m de alto. Ambos son usados como dormitorios y tienen un importante aprovechamiento de la piedra en el interior conformando una gran cantidad de *hornacinas* donde se guardan distintos objetos. A continuación, hacia el Norte, se encuentra el *fueguero* que ha sido techado parcialmente con tablas de cardón. Separados un par de metros se suman otros dos recintos, de menores dimensiones y enteramente construidos en cardón, que la *familia* usa como depósito de mercadería y herramientas. Frente a estos han construido una pequeña estructura que se usa para el secado de los quesos que preparan diariamente.

La casa en el pueblo

Aunque formando parte del mismo espacio doméstico, el análisis de la *casa en el pueblo* nos enfrenta a un universo de relaciones y prácticas sensiblemente diferentes a las que hemos observado para los asentamientos en el campo. Si bien la forma de estructurar el espacio es la misma que la planteada para los *domicilios*, en este caso se presenta una situación particular como es el control de la relación con el espacio urbano público de la calle y el contacto inmediato con los vecinos a través de una medianera, una situación que no existe en el campo. Veremos que esto conlleva determinadas decisiones proyectuales en el planteo de una *casa en el pueblo*. En todo caso, debemos volver a observar que el rol del pueblo fue cambiando a lo largo del siglo XX y especialmente en las últimas décadas. En paralelo con este proceso que implicó la radicación permanente de muchas personas en el ámbito urbano, la *casa en el pueblo* también fue modificando sus características. Eric Boman describió las *casas* en Susques a principios del siglo pasado observando que,

“Las casas son rectangulares, casi todas de las mismas dimensiones, alrededor de 6 m. de largo por 3 m. de ancho (...) El hogar, una simple plataforma circular de tierra, bordeada de piedras, tiene su lugar fuera de la casa, en un pequeño galpón, que está también provisto de techo de paja y cerrado, por lo menos en tres lados, por paredes (...) La casa no tiene más que una habitación” (1991 [1908]:429-430).

Las *familias* que tenían sus *domicilios* y *estancias* en el campo, a su vez, tenían una de estas *casas en el pueblo* que se componían de un único recinto y sólo eran usadas en sus visitas para las reuniones cívicas y religiosas. De la descripción de Boman se desprende

que las *casas* tenían a su vez un *fueguero* exterior en algunos casos con un techo también de paja. Quienes tenían sus *pastoreos* en el Norte tenían su *casa en el pueblo* también hacia el Norte de la capilla, y lo mismo para los del Sur. Todas estas *casas* estaban orientadas hacia el Este, al igual que la capilla, y alineadas en tiras siguiendo las líneas del atrio, tal que quedaban conformados una serie de pasajes Norte-Sur. Las fotografías y descripciones de las décadas de 1930 y 1940 no muestran cambios significativos en esta configuración. A partir de su diagnóstico de la situación escolar, en esos años Catalano observó que,

“Impresiona mal el ánimo de presenciar la salida de esos niños y niñas de la escuela y dirigirse a sus ranchitos de no más de un metro de altura, donde viven en inmoral promiscuidad y donde, en sucios tarros o desportillados cacharros, preparan su sumaria comida que, como se ha dicho, casi sólo consiste en harina de maíz tostado o cocido con agua. Niños de siete a catorce años, de ambos sexos, todos amontonados en repugnantes viviendas, sin el cuidado de sus padres” (1930:6)

Más allá de la tremenda impresión que le causó la situación, lo que deja en claro la descripción de Catalano es que las *casas en el pueblo* se componían de muy pocos recintos, probablemente todavía sólo uno. Recién a finales de la década de 1960, el relevamiento de Bolsi y Gutiérrez (1974) ilustró el comienzo de un cambio significativo en las configuraciones en el pueblo. Algunas de las *casas*, especialmente las más cercanas a la capilla, comenzaban a tener dos o tres recintos diferentes. Algunas de las *familias*, entonces, habían empezado a disponer más tiempo y recursos en la construcción de sus *casas* en el poblado para dar respuesta a las nuevas necesidades que se les presentan.

Esta mayor inversión en el pueblo seguramente estaba asociada con el rol que comenzaba a jugar en la organización económico-productiva y familiar. Debemos considerar fundamentalmente la incorporación formal de los niños al sistema escolar que hasta ese momento era relativa, el proceso de salarización que implicó una mayor presencia urbana, la creciente dependencia de los ingresos monetarios y una menor cantidad de personas abocadas al trabajo con la *hacienda*. Asociado a esto, la *familia* comenzó a residir parcialmente en el *pueblo* y eso seguramente llevó a una mayor necesidad de espacio dentro de las *casas* y la suma de nuevas funciones.

A partir de la incorporación de nuevos recintos a las *casas* comenzaron a definirse los *patios* como centro de la organización espacial, de un modo similar a los de los *domicilios*. Si ponemos en relación las historias de vida con las historias de las *casas* y las fotografías históricas, veremos cómo a partir de mediados de la década de 1970 y en la de 1980, las

casas comenzaron a tener una demarcación clara de sus límites con cerramientos perimetrales y la definición del *patio* como el espacio central. En esa época es cuando en el contexto urbano se definió más taxativamente la existencia de un adentro y un afuera de la *casa*, poniéndose en claro la diferencia entre un exterior íntimo, como es el *patio*, y un exterior público, como es la calle.

Sobre la base de la única *casa* que tenían en el pueblo, algunas personas fueron incorporando algún terreno más o incluso las *casas* linderas. A partir de allí se fueron edificando las nuevas construcciones transversales a las primeras, abiertas hacia el Norte y no hacia el Este, comenzando a cerrar los lados expuestos a la calle y a los vecinos, limitando las vistas hacia el *patio*. En paralelo, a un nivel colectivo comenzó un cierto proceso de reordenamiento urbano y, a medida que el pueblo se fue consolidando, surgieron las primeras reglamentaciones orientadas a ordenar el espacio público. En ese contexto aquellas primeras *casas* ordenadas en tiras, que no necesariamente seguían una regularidad ortogonal, debieron ser alineadas siguiendo con mayor precisión la traza de las calles. En este contexto, el principal cambio entendemos que fue la delimitación precisa de los terrenos. Con el tiempo, los lotes adquirieron dimensiones estandarizadas y fijadas *a priori*, especialmente en los últimos cinco a diez años a partir de la intensificación de las solicitudes. El incremento de la demanda ha sido tal que actualmente no hay lotes disponibles para entregar para la construcción de nuevas *casas*. De hecho, durante el último año se generó un nuevo loteo de unos 80 terrenos en Unquillar, un paraje hacia el Sur de Susques a poco más de dos kilómetros de distancia.

Configuraciones y la delimitación de la intimidad

La consolidación de la residencia permanente en el pueblo ha complejizado la relación entre la *familia*, o las *familias*, y su espacio doméstico en tanto y en cuanto la preeminencia de la vida urbana imprime un ritmo particular a la vida y la organización de una buena parte de la población de Susques. Con seguridad ninguna de las *familias* tiene a todos sus miembros viviendo en el campo y trabajando con la *hacienda*, algo que si era habitual por lo menos hasta la década de 1970. La mayor parte de la población, por el contrario, tiene en el pueblo su residencia cotidiana y sólo se acerca al *domicilio* o a los *puestos* más o menos habitualmente.

No.	Superficie del lote en m ² (a)	Superficie cubierta en m ² (a)	Perímetro cerrado	Ingreso al patio	Patio	Recintos cubiertos (b)	Usos							
							Fueguero	Cocina cubierta	Dormitorios	Depósito	Comercio	Baño o Letrina	Departamento	Garaje
1	300	36	SI	Pasillo	1	(3)	1	(1)	(2)			(1)	1	
2	400	25	NO	Abierto		2			2					
3	390	86	NO	Abierto	1	5	1	1	3			1		1
4	300	69	SI	Tapia	1	5	1	1	4			1		
5	200	110	SI	Pasillo	1	5 (3)	1	(1)	4 (1)	1	(1)		1	
6	220	82	SI	Zaguan	1	6	1	1	4	1		1		
7	380	94	SI	Tapia	1	7	1	1	4	2		1		
8	110	54	SI	Pasillo	1	4	1	1	3			1		
9	200	96	SI	Acodado	1	8	1	1	4	2		1		
10	230	75	SI	Pasillo	1	5	1	1	3	1		1		
11	170	80	SI	Pasillo	1	5	1	1	4			1		
12	200	85	SI	Pasillo	1	7	1	1	5	1		1		1
13	130	72	SI	Pasillo	1	5	1	1	4			1		
14	160	78	SI	Acodado	2	7	1	1	6			1		
15	300	110	SI	Zaguan	2	8	1	1	6	1				
16	100	72	SI	Pasillo	1	6	1	1	4	1		1		
17	130	60	SI	Pasillo	1	4	1	1	2	1		1		
18	130	50	SI	Tapia	1	4	1	1	3			1		
19	220	125	SI	Pasillo	2	9	2	1	7	1		1		
20	160	89	SI	Pasillo	1	5	1	1	3		1	1		1
21	220	110	SI	Acodado	1	9	1	1	5	2	1	1		
22	200	60	SI	Pasillo	1	5	1	1	3	1		1		
23	250	102	SI	Pasillo	1	8	1	1	5	2	1	1		
24	150	78	SI	Tapia	1	6	1	1	4	1		1		
25	250	48	SI	Acodado	1	4	1	1	3			1		
26	210	25	SI	Pasillo	1	2	1		2			1		
27	200	30	SI	Acodado	1	2	1		2			1		
28	280	42	SI	Tapia	1	3	1	1	2					
29	300	58	SI	Tapia	1	4	1		4			1		

Tabla 3. Síntesis de las *casas en el pueblo* relevadas (Elaboración propia. Relevamiento 2004-2010). Detalle:

(a) Las superficies consignadas son aproximadas; en el caso de los recintos no se sumó la de baños y letrinas,

(b) En el total de recintos techados se incluyeron también los que están agrupados dentro de un *departamento*. Estos son los indicados entre paréntesis, con el mismo criterio los marcamos en las columnas de usos. Se contemplaron dentro del total los comercios pero no las letrinas o baños, ni los garajes.

La residencia urbana trae aparejadas ciertas necesidades que son distintas de aquellas del campo. Por lo pronto, la dinámica cotidiana es obviamente diferente para quienes tienen un comercio o siguen el horario de un empleo público, de la propia del manejo de la *hacienda*. Es así como por un lado las *casas en el pueblo* comparten la lógica de organización espacial de los *domicilios* tal que podríamos observar que a la hora de construir los asentamientos en el pueblo se trasladaron los modos de hacer del campo. Por otro lado, cabe indicar que tienen una serie de características diferenciales a los *domicilios* asociadas con la incorporación de nuevos usos y desaparición de otros dentro de la *casa*, los condicionamientos que impone las dimensiones mayores o menores pero siempre delimitadas de un lote y la relación diferencial que se presenta con el espacio público y las construcciones linderas con la única separación de una medianera.

Debemos partir observando que la estructuración de la organización del espacio es la misma que hemos planteado en el caso de los *domicilios*. En este sentido, la *casa* se organiza en torno a un espacio exterior, el *patio*, que está delimitado y conformado por una cierta cantidad de recintos que albergan diferentes usos. La totalidad de las 29 *casas* que hemos relevado tienen algún tipo de *patio* organizador y en dos de los casos tienen 2 diferentes asociados con sendas *familias* vinculadas agnáticamente. El *patio* mantiene su rol como espacio protagónico no sólo por las actividades cotidianas y porque organiza la circulación, sino también porque conserva el rol simbólico y ritual que tiene en los *domicilios*. Dentro de la *casa en el pueblo*, es el *patio* donde se recibe a los *cajeros* y *comparsas* durante el carnaval, a las bandas de sikuri durante la *cacharpaya* y a los santos durante las peregrinaciones. Pero además es donde cada mes de agosto, idealmente en la madrugada del 1º, se abre en el centro del *patio* el *juiri*, es decir la boca de la *pacha*, para realizar las ofrendas y sahumar con la *coba*.

De acuerdo a nuestra muestra, cada *casa en el pueblo* tiene un promedio de 5,4 recintos cubiertos, frente a los 4,4 en los *domicilios*, con un mínimo de 2 y un máximo de 9, siendo que cinco de las *casas* tienen 3 o menos recintos cubiertos y 12 tienen 6 o más. En promedio, cada *casa* tiene 72,4 m² cubiertos, una cifra significativamente superior a los 54,3 que registramos en los *domicilios*. A un más grande es la diferencia si lo comparamos con las *casas* que aparecen relevadas en el plano de Bolsi y Gutiérrez (1974) para finales de la década de 1960. Esto habla claramente tanto de la mayor importancia de la *casa en el*

pueblo dentro del espacio doméstico como de la cantidad de personas que residen en ellas frente a lo que ocurría en el pasado.

En relación con la cantidad de recintos construidos por *casa*, es interesante observar que en el contexto urbano, más que en el campo, las posibilidades diferenciales de ingresos monetarios condicionan la mayor o menor cantidad de recintos disponibles y los materiales utilizados. En el campo el construir suele depender de las redes de colaboración y la disponibilidad cercana de los materiales más que del dinero que tiene una *familia*. La situación cambia en el pueblo donde el sólo hecho de conseguir los materiales implica comprarlos o transportarlos pagando viajes en camioneta. Muchas *familias* provienen del *interior*, o sea de otras localidades del departamento, y no tienen vínculos locales tan fuertes como para tener una red de colaboración formada. Tampoco son pocas las mujeres solas con sus hijos que viven en el pueblo para las que construir es un tema complejo.

Del total de recintos, en términos generales, el 69% están destinados a *casas de la familia* siendo que, de acuerdo a nuestra muestra, cada *Casa en el pueblo* tiene un promedio de alrededor de cuatro, con un máximo de 7. Aquí es necesario hacer una observación puesto que la independencia de los recintos alrededor del *patio* facilita que sean usados por distintas *familias* relacionadas; por ejemplo, los padres por un lado, y los hijos con sus propias *familias* por el otro. Esto se intensifica por la falta de lotes que existe hoy en día en Susques. Por la misma razón, es habitual que las *familias*, con el pago de un cierto arriendo, alquilen algún sector sea para maestros, médicos o incluso para otras *familias* susqueñas con las que no tienen vínculos directos.

Además de los dormitorios, los otros usos más habituales son las cocinas cubiertas que están presentes en 25 de los 29 casos (86%) y los *fuegueros* exteriores que aparecen en todas, salvo en una de las *casas*. Tanto las cocinas techadas como los *fuegueros* asumen configuraciones muy similares a las que tienen en los *domicilios*. En el primero de los casos vamos a encontrar algún sector para preparar el fuego y las habituales perforaciones en el muro del frente para la salida del humo. En las cocinas en el pueblo es habitual que se haya incorporado algún anafe o, incluso, una cocina con horno alimentada con gas envasado. Más allá de la posibilidad de cocinar con gas en el interior, lo más común sigue siendo que los alimentos se preparen en el *fueguero* exterior, tal como ocurre en el campo, especialmente por la mañana y al mediodía. Como indicamos al comienzo, las *casas en el*

pueblo pueden incorporar usos diferentes y dejar de lado otros. Al menos hoy en día, no tienen corrales, ni tampoco *rastrojos*, como sí supieron existir, pero se van incorporando cada vez más funciones comerciales o espacios destinados para el estacionamiento de un vehículo. Dentro de las *casas* que hemos relevado detalladamente, cuatro han reservado algunos de los recintos a la calle para la instalación de un local, propio o de un tercero, y tres destinaron una parte del terreno como garaje.

Un punto central para comprender la organización de una *casa en el pueblo* está relacionado con el espacio con que cuenta una *familia* para construir. Si en los *domicilios* en el campo es casi ilimitado, para una *casa en el pueblo* existe un límite concreto dado por el tamaño de un lote y por la presencia inmediata de las casas linderas y de la calle. La *casa* no puede ampliarse indefinidamente en el *pueblo* porque está sujeta a las reglamentaciones más formales y explícitas de la realidad urbana. El tamaño del lote, como en cualquier pueblo o ciudad, actúa como una limitante en la expansión de la *casa* y obliga a una densificación de las construcciones que al mismo tiempo presiona sobre las dimensiones del *patio*. A la hora de realizar una nueva construcción quedan pocas opciones más que achicar el *patio* o, como muchas personas están empezando a plantearse, realizar un segundo piso.

Dentro de nuestra muestra, los lotes tienen una superficie promedio de aproximadamente 224 m², con un mínimo de 100 m² y un máximo de 400 m². La definición de estos lotes tiene ciertas particularidades como podremos ver en los ejemplos que desarrollaremos. En los casos más recientes, los lotes son definidos y entregados por la autoridad municipal y las construcciones se despliegan dentro de ese espacio. En los casos más antiguos, en cambio, la conformación de los lotes se dio dentro de un proceso de incorporación de distintas *casas* que ya existían. A la inversa de la situación actual, entonces, los lotes fueron un resultado de la existencia de ciertas *casas*. Si observamos los planos de unos y otros ejemplos, veremos que en los más recientes los terrenos son absolutamente ortogonales surgidos de una división proporcional del espacio total de la manzana, mientras que en los más antiguos se reconocen distintos quiebres, y entrantes y salientes tal que los lotes de las distintas *familias* de alguna manera pareciera que se intersectan.

Dentro del lote disponible, que puede ser de mayor o menor superficie pero tiene siempre un límite concreto, las *familias* van sumando periódicamente nuevas construcciones. Tal

como lo referimos para los *domicilios*, y ampliaremos en el capítulo siguiente, la construcción de la *casa* es un proceso continuo tal que no existe algo equiparable a un “final de obra”: la *casa* nunca está terminada. Es común ver en distintos sectores del *patio* adobes apilados o maderas para los techos que serán usados para algún día construir un nuevo recinto. En este contexto, a medida que se van sumando nuevas construcciones, la *casa* se va densificando. Esto implica que la mayor o menor cantidad de metros cuadrados construidos también está en relación con el tiempo que se lleva construyendo en esa *casa*. Algunas, no casualmente las más cercanas a la capilla, están densamente construidas con intervenciones de hasta tres generaciones o más; mientras que muchas otras, más recientes, pueden tener todavía dos o tres recintos, o incluso sólo uno, para toda la *familia*. La densificación en las *casas* registradas va desde un 6% de la superficie del terreno con construcciones hasta más de un 70%, con un promedio de 37%.

Un punto central en la definición del espacio doméstico urbano, está vinculado también con la cercanía de las *casas*, de hecho medianera de por medio, y la existencia de espacios con condiciones claramente públicas como la calle. Esto plantea una situación radicalmente diferente a la que se presenta en los *domicilios* que suelen estar, como mínimo, a varios kilómetros de distancia entre sí. En el pueblo, el control sobre el acceso y la protección de la intimidad asociada con la *casa* en tanto espacio de desenvolvimiento de la vida doméstica es un tema sumamente considerado especialmente por las *familias*. A lo largo de la construcción de una *casa* se toman ciertas decisiones que sin dudas están orientadas hacia la delimitación clara de un adentro y un afuera, del espacio de lo público frente espacio de la *familia*. Si observamos el proceso de construcción de una *casa en el pueblo* veremos que las primeras construcciones que se realizan tienden a cerrar las visiones desde la calle y los linderos hacia el *patio*. Suele ocurrir, especialmente en las *casas* más recientes, que el *patio* no llegue a estar completamente delimitado, ante esa situación se construyen tapias que terminan de cerrar el perímetro tanto hacia la calle como hacia los terrenos linderos¹⁶. De esta manera, lo que se está poniendo en evidencia es la autonomía de esa *familia* y de su *casa* dentro de la suma de *familias* que constituye el pueblo. La importancia dada a la delimitación del *patio* frente a la calle y los linderos se presenta en ciertos casos incluso como prioritario frente a la importancia de las orientaciones preferenciales. Si bien también se busca que el *patio* y los ingresos a las

¹⁶ De acuerdo a nuestro registro, sea mediante la disposición de los recintos o por medio de tapias el 93% de las *casas* tienen sus *patios* completamente cerrados.

casas estén orientados hacia el Este o el Norte, la disposición del lote plantea ciertas dificultades al respecto puesto que las posibilidades son limitadas. En la medida que se sumen nuevas construcciones tarde o temprano alguna deberá tener su ingreso hacia el Sur o el Oeste.

El ingreso a los diferentes recintos que componen la *casa* se da en la mayoría de los casos a través del *patio* y es también el *patio* el primer espacio al que se accede luego de haber transpuesto el ingreso. Ese punto, el del ingreso, es sin dudas crítico y la posibilidad de transponerlo, o no, está asociada al tipo de vínculos que se tienen con la *familia*. Si uno no es conocido lo más probable es que sea atendido en ese lugar y no ingrese. En caso que haya un conocimiento podrá pasar al *patio* y allí conversar. Sólo ante la situación de mucha confianza será posible ingresar en alguno de los espacios interiores. Los procedimientos arquitectónicos para resolver esta situación ofrecen distintas posibilidades: que se reserve un paso entre dos recintos, un pasillo que comunica, a través de una puerta, con el *patio* (48% de los casos); en algunas *casas* ese pasillo está directamente materializado como un *zaguán* techado (7%); en otras *casas* el ingreso se da directamente a través de una puerta que se abre en alguna parte de la tapia perimetral (21%); o, incluso, generar acodamientos, por medio de muros o por la disposición de los recintos, que limita las visuales directas hacia el *patio* desde la calle (17%). Lo que se está buscando a través de estas diferentes resoluciones es regular el acceso, de las personas o de las miradas, hacia la intimidad de la *casa* marcando diferentes niveles de pertenencia hacia la *familia*.

Tres casas

Nuevamente tomaremos tres situaciones diferentes de *casas en el pueblo*, las tres con profundidades históricas diferentes. Mientras que la primera está ubicada sobre el eje “institucional” que marca la avenida Norte-Sur que se comenzó a consolidar entre las décadas de 1920 y 1930, la segunda está en una de áreas de más reciente consolidación, y la tercera a pocos metros de la capilla incluye en su conformación algunas de aquellas primeras *casas* descritas por Boman. En relación con esto, podremos reconocer las dos lógicas que hemos planteado respecto a la conformación del lote: a partir de la agregación de partes o por una definición anterior al momento de construcción de la *casa*.

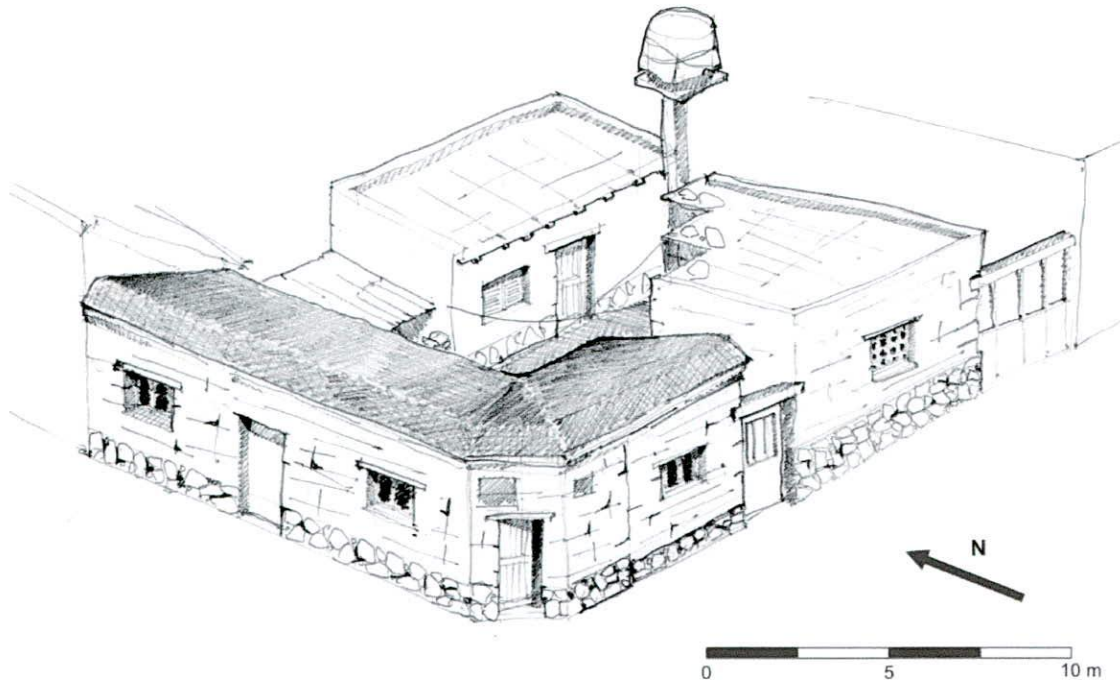
1.

La *casa* de don F. está ubicada sobre la principal avenida de Susques, en la que se encuentran las principales instituciones. El terreno está en una esquina, de tal manera que se abre a dos calles, una en el lado Sur y la otra en el Oeste. Ambos frentes fueron consolidados a partir de la ubicación sobre la línea de calle de cuatro recintos que cierran las vistas hacia el *patio* que queda abierto entonces hacia el Este y el Norte. Tres de esos recintos se construyeron en forma continua y con forma de L sobre el perímetro del terreno. Uno de estos es un dormitorio, el otro un depósito y el restante, en la esquina, está alquilado como comercio. Del otro lado del ingreso se levantó otro recinto que se usa como cocina cubierta con un baño adosado. Entre estas construcciones se da el ingreso a la *casa* a través de un pasillo abierto, franqueado por una puerta de chapa que comunica directamente con el *patio*. Dentro del *patio*, sobre el lado Norte del terreno, se levantó recientemente un quinto recinto que también se usa como dormitorio. Los dormitorios son usados el primero por don F. y su esposa, que habitualmente vive en el campo, y el restante por el hijo de ambos con su *compañera* y sus hijos e hijas.

Desde el *patio* se da el acceso a los recintos, siendo que uno, el que corresponde al comercio, tiene entrada independiente desde la calle. El *patio* tiene a su vez una serie de usos claramente delimitados. Sobre el lado Norte tienen un generoso *fueguero* exterior, cerrado con una *pirca seca* y cubierto con algunas chapas, que se usa en lo cotidiano para cocinar. Frente al *fueguero*, mirando hacia el Este, don F. tiene el telar que usó durante muchos años¹⁷. Todo el espacio del *patio* está cruzado con sogas y alambres para colgar la ropa y cerca de la cocina está la canilla con una palangana que usan para lavar. Del otro lado de la cocina está el garaje, cerrado con un portón de chapa donde estacionan su vehículo y atrás una pequeña letrina.

Los muros de todos estos recintos fueron levantados en piedra y adobe. En lo referente a las cubiertas se distinguen con claridad las dos etapas de construcción. Los techos de tres recintos que componen la L sobre la esquina son continuos y fueron materializados con *guaya* sobre una estructura de tablas de cardón a un agua con la caída hacia el *patio*. En las dos más recientes, en cambio, la *familia* optó por terminarlas con chapa.

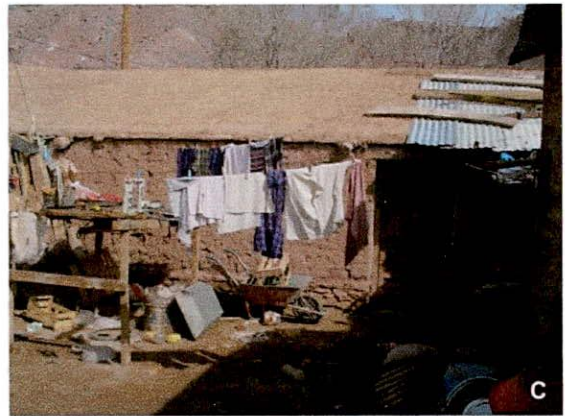
¹⁷ Recordemos que tejer en el telar es una actividad masculina.



A



B



C



D



E

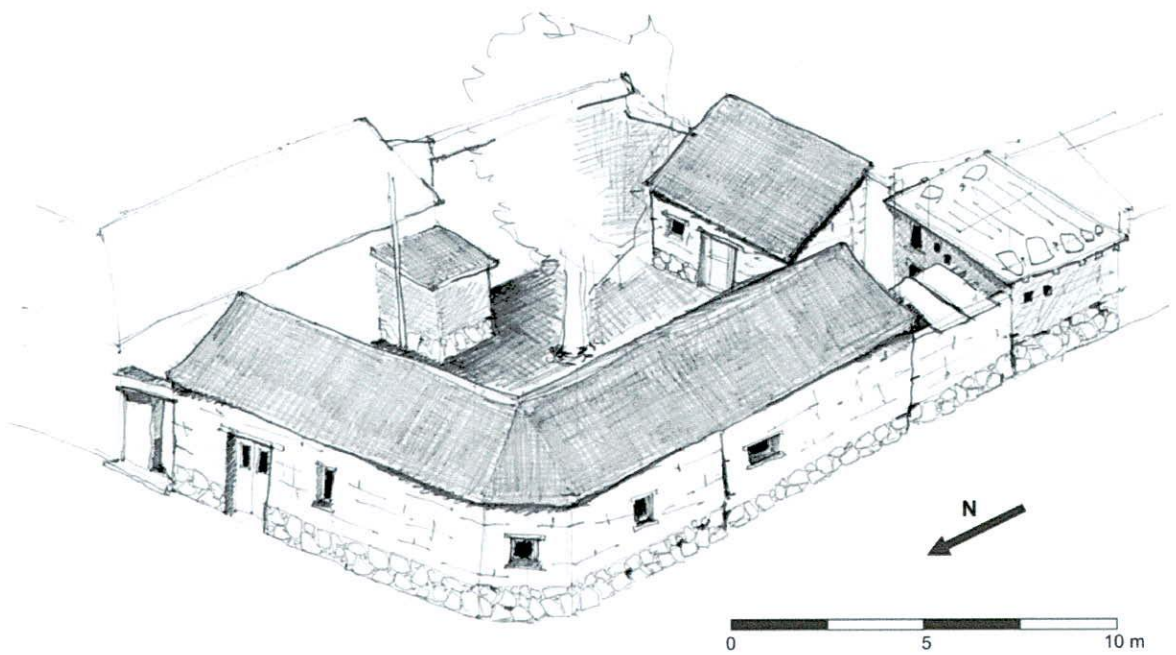
Figura 11. Axonometría general de la casa. (B) Detalle del acceso al comercio en la esquina; (C) Sector del patio, a la izquierda se distingue el telar; (D) Una de las construcciones recientes; (E) Detalle del acceso desde el interior (Elaboración propia).

2.

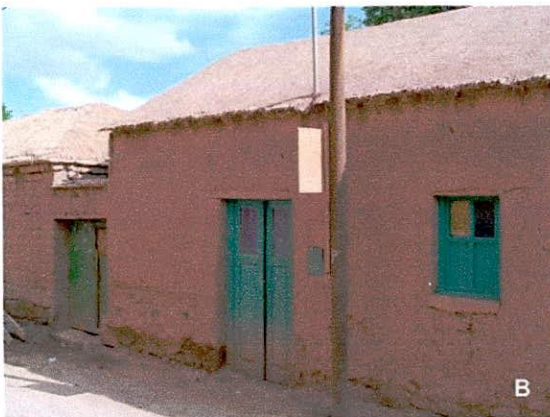
La *casa* de don S. también está ubicada en una esquina aunque en una de las calles laterales a la principal. El terreno es rectangular y tiene una superficie de poco más de 150 m². Actualmente viven en la *casa* tres generaciones distintas: el padre, de edad ya avanzada, y dos de sus hijos varones, uno de éstos con su *compañera* y sus dos hijos pequeños. Mientras que el padre usa uno de los dormitorios, el hijo soltero usa otro, y la pareja con los niños el restante.

El *patio* está delimitado por tres recintos que conforman una L sobre la esquina, en un planteo similar al anterior. Estos tres recintos parecieran haber sido construidos en un mismo momento dado la continuidad constructiva que presentan y la particularidad de tener comunicación interna y no sólo a través del *patio*. Dos de los tres son usados actualmente como dormitorios y el restante como un pequeño taller de costura y reparación de calzado. En el *patio* se suma un recinto más, también usado como dormitorio y la letrina. El terreno no es propiamente rectangular sino que en el lado Sur tiene una suerte de apéndice que penetra sobre el lote lindero dejando un espacio que fue aprovechado para construir la cocina techada que presenta las habituales perforaciones en el frente para la salida del humo. Hacia el frente de la cocina, y en comunicación directa, se reservó el espacio para el *fueguero* exterior que tiene una chapa que lo cubre parcialmente. El ingreso al *patio* se da sobre el lado Este, pegado al lindero, a través de una puerta doble de madera que comunica con un pasillo. Los recintos más antiguos tienen una serie de *poyos* en el frente hacia el *patio* que hacen a la conformación y uso de ese espacio. En algo que no es tan habitual en Susques, en el centro del *patio* la *familia* tiene un árbol de un tamaño considerable.

Los recintos sobre la línea de la calle están techados a dos aguas con *tijeras* y alfajías de cardón sobre las que se apoya una capa de *chillahua*, una paja que suele tener más de un metro de largo, sobre la que se realizó el *guayado*. Por el contrario, la cocina y la cobertura parcial del *fueguero* están techadas con chapa. La totalidad de las construcciones fueron realizadas en adobe con cimientos de piedra. Las construcciones más antiguas tenían los muros revocados en el exterior y están íntegramente blanqueados a la cal en el interior. El de la esquina presenta además un notable trabajo de pintura superficial en tres colores, amarillo, rojo y azul, con un moteado a manera, digamos, de un empapelado, realizado por el padre del actual propietario.



A



B



C



D



E

Figura 12. Axonometría general de la *casa*. (B) Sector del frente de la *casa*, por la puerta verde se accede al *patio*; (C y D) Vistas de dos sectores del *patio*; (E) Detalle de las *tijeras* del techo que sostienen las alfajías y el tejido de paja *chillahua* (Elaboración propia).

3.

La *casa* de don V. presenta ciertas particularidades en relación con las anteriores fundamentalmente en su proceso de conformación en tanto y en cuanto no surgió de un lote preexistente sino de uno que se fue formando en paralelo con la *casa*. Este proceso es recordado por el actual dueño en estos términos,

Esta era una casita de mi abuelo [...] bueno... entonces yo era nieto único de parte de mi madre, que mi madre era su hija, menor... entonces quedó para mí la casa, mi madre ha dicho “para usted no para mí”. Claro, hubiera quedado para mi madre, pero ella dijo No... porque yo quede de 14 años ya de mi abuelo... “Entonces esas casas van a quedar para usted”. Pero el terreno era muy chiquito, al lado era de otra persona y más o menos de esta parte para arriba hasta adonde ve el portón era de otra persona. Y entonces era muy chiquito y yo compré la continuación que había, compre así pared nomás... eran vecinos pero extraños... Y entonces me han vendido una pared, como te conté una pared ya... que no servía para nada, ni pared para nada casi. Para mi yo le compré por la piedrita un poco, poco y nada que le he aprovechado. Piedra similar a escombros, muy chica piedra... Yo por el terreno... entonces yo le compré porque ya hubo la posibilidad, el dueño que era le han exigido de parte de la municipalidad que haga él... que ponga a sobre línea de la calle...en el ochenta... empecé a comprar los terrenos en el 77. Y bueno yo así...hemos llegado a un arreglo porque ha dicho que...porque ya era de edad avanzada el dueño y no tenía ningún apoyo de su familia...Así que entonces, como yo ya le había solicitado más antes que si pudiera que me vendiera, entonces él se había acordado y se dirigió que si estaba interesado o no. Y le digo que si, él ha averiguado el precio y bueno... se le he comprado. Y yo para interés de que salga el terreno... más o menos para que sea un lotecito legal que es 10 por 27 de fondo...arriba poquito menos de 8 metros de ancho (V.P. 2010).

Para comprender este proceso debemos partir de la conformación que tenía el pueblo a comienzos del siglo XX basada en una serie de *casas* alineadas en tiras en un sentido Norte-Sur. Los tres recintos de la *casa* actual que están sobre el lado Este del terreno formaban parte precisamente de una de estas tiras de *casas* y el abuelo del actual dueño era el propietario de una de éstas¹⁸. El frente dentro del *patio* de una de las *casas* tiene de un grabado en barro con una pequeña cruz en un nicho que se corresponde con ese momento. A finales de la década de 1970 don V. comenzó a adquirir las *casas* vecinas y luego una de las que estaba sobre la calle posterior. De esta manera se fue conformando el espacio del *patio*, en paralelo con la definición también de las *casas* vecinas y con la consolidación general de las manzanas y las calles en el pueblo. Este proceso en algún momento, tal como surge del relato, incluso incluyó reglamentaciones concretas de la Comisión Municipal que buscaban el ordenamiento de las *casas*

¹⁸ Como se observa en la axonometría, la alineación de las *casas* no era absoluta y de hecho una de las más antiguas todavía está desplazada.

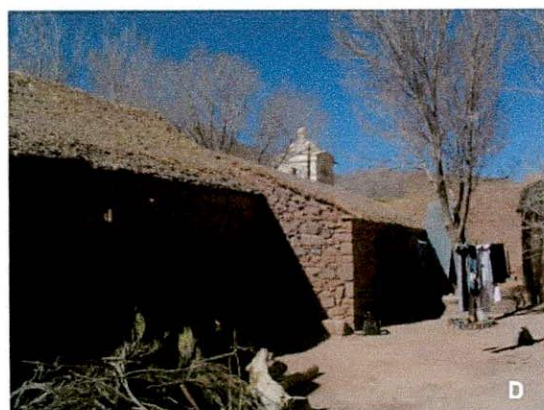
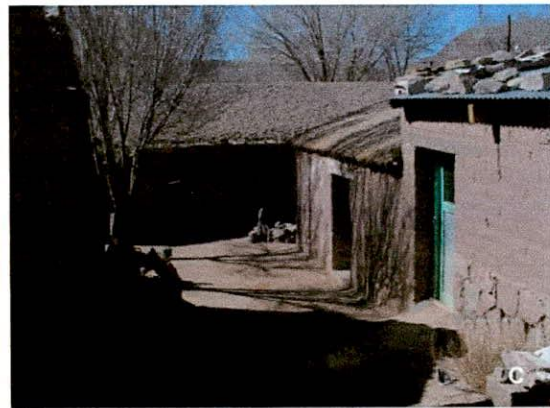
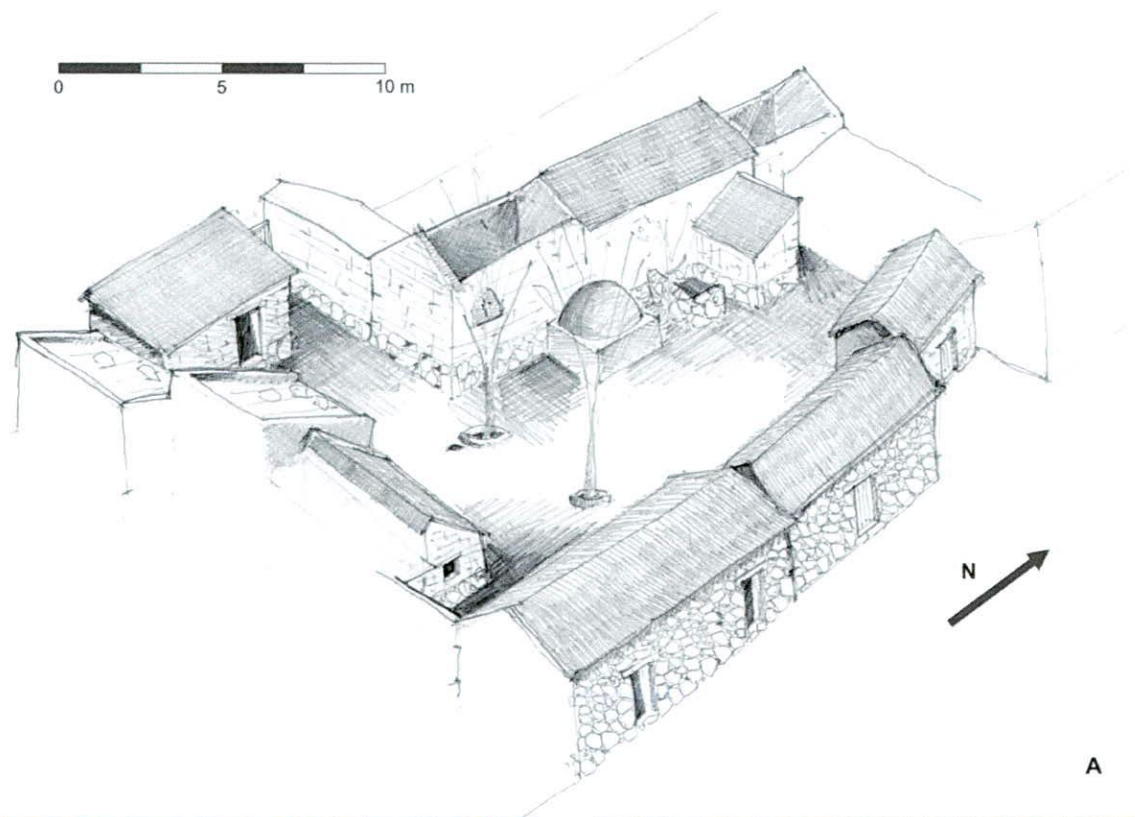


Figura 13. Axonometría general de la *casa*. (B) Frente de las *casas* más antiguas; (C y D) Dos sectores del *patio*; (E) Detalle del grabado en barro de la cruz en el nicho sobre el muro de una de las *casas* que conforma el *patio* (Elaboración propia).

Viviendas, departamentos y materialidades urbanas

A partir del caso de Huancar, Göbel observó que “la influencia de la arquitectura urbana se nota más en las ‘casas en el pueblo’ que en las ‘casas de campo’” (2002:68). Efectivamente esta influencia se observa también en Susques tanto en las configuraciones como en las materialidades. En cuanto a lo segundo, la utilización de ciertos materiales como la chapa de zinc, los ladrillos cerámicos o las estructuras de hormigón armado se han extendido notablemente en los últimos 20 años. A tal punto que en el contexto urbano, hoy en día la utilización de la chapa para los techos está incluso más extendida que las técnicas como la torta de barro o la *guaya*. Al respecto, Delfino, para el caso de Laguna Blanca en Catamarca, al referirse a las “modalidades constructivas”, registró “una secuencia de cambios que varían desde un tipo que llamamos ‘tradicional’, hacia uno que denominamos ‘institucional’ o ‘abajero’” (2001:6). La definición de ciertos materiales como “institucionales” permite poner el foco en el hecho de que su uso e incorporación ha sido impulsada activamente desde ciertos ámbitos institucionales, públicos, académicos y privados convirtiéndolos prácticamente en sinónimos de progreso y ascenso social. Al mismo tiempo, y como hemos planteado en el capítulo 3, ciertas técnicas y saberes constructivos han sido históricamente menospreciados desde estos ámbitos al asociarlos con el atraso, o la falta de solidez e higiene.

Puestos a revisar la penetración real en el uso de estas técnicas “institucionales”, dentro de nuestra muestra debemos notar que el 48% ha incorporado el hormigón armado sea para armar la estructura completa de alguna de las *casas* o al menos para la realización de los dinteles, en el 62% se han usado parcialmente morteros de cemento fundamentalmente para la unión de las piedras de los cimientos, la realización de revoques en algunos recintos o pisos con alisado, y finalmente un 76% de las *casas* tiene al menos un recinto techado con chapa de cinc. Si nos basamos exclusivamente en esos datos se hace evidente una presencia excluyente de estas técnicas dentro de las lógicas constructivas locales. Sin embargo, debemos observar que dentro de las mismas 29 *casas*, la totalidad tiene sus muros construidos en adobe con cimientos y sobrecimientos de piedra, e incluso, un 59% de las *casas* tiene al menos un recinto techado con *torta de barro*, y un 52% con *guaya*.

Materialidades						
No.	Hormigon	Cemento	Chapa	Adobe y piedra	Torta	Guaya
1	x			x	x	
2				x	x	x
3			x	x	x	
4				x	x	
5	x	x	x	x		
6			x	x	x	
7				x	x	
8	x	x	x	x	x	
9				x	x	x
10		x	x	x	x	x
11				x	x	x
12		x	x	x		x
13			x	x	x	
14		x	x	x		
15		x	x	x		x
16	x	x	x	x		x
17				x		x
18	x	x	x	x	x	x
19		x	x	x		x
20	x	x	x	x		x
21	x	x	x	x	x	x
22	x	x	x	x		x
23			x	x		x
24	x	x	x	x	x	x
25	x	x	x	x		
26	x	x	x	x	x	
27	x	x	x	x		
28	x	x	x	x	x	
29	x	x	x	x	x	

Tabla 4. Detalle de la presencia de las diferentes técnicas en las *casas en el pueblo* (Elaboración propia. Relevamiento 2004-2010)

Una posible lectura es poner los materiales “institucionalizados”, como la chapa o el hormigón en una oposición tajante frente a aquellos considerados “tradicionales” planteado simplemente una realidad de imposición. En la práctica la situación es más compleja y deben contemplarse los márgenes de aceptación, resistencia o apropiación negociada que de hecho existen. La materialidad de la arquitectura ha sido un campo fértil para las miradas más esencialistas y románticas. Es así como en muchos casos, por ejemplo, el uso de la chapa ha sido considerado como una “pérdida de la pureza de la arquitectura local”, mientras que la caña en los techos también fue incorporada en los últimos años y no recibe las mismas consideraciones. El caso de la chapa es interesante para pensar esta cuestión. En muchos casos su uso localmente está asociado con ciertas “mejoras” como la rapidez o la menor necesidad de mantenimiento aunque implique un menor aislamiento térmico y acústico. Los porcentajes que hemos mostrado, ponen en evidencia la coexistencia de las diferentes técnicas. Muchas *familias* que han incorporado la chapa para algunos techos en

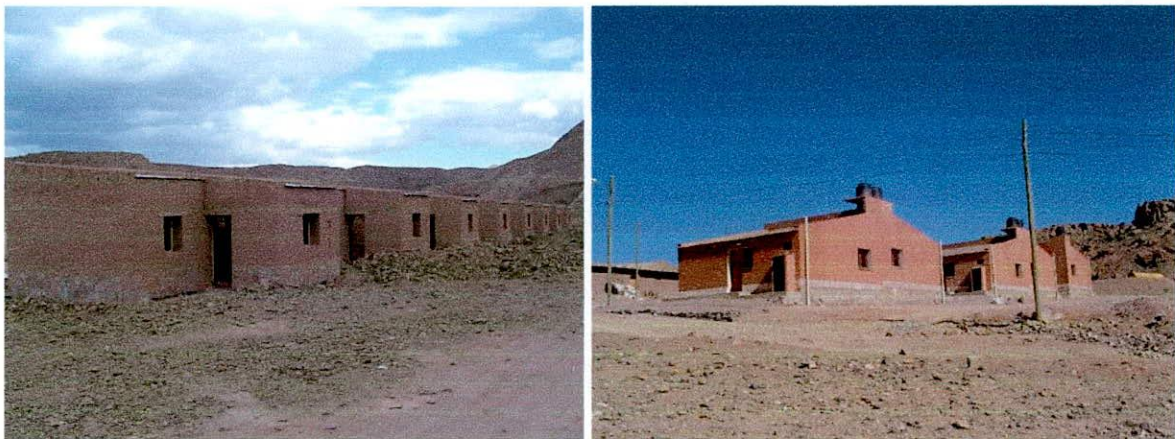
su *Casa*, por ejemplo las cocinas, prefieren seguir utilizando la *torta de barro* o la *guaya* en otros. Sin perder de vista los procesos de imposición de ciertas lógicas constructivas, se podría decir que tanto la chapa como los otros materiales han sido incorporados dentro del repertorio de opciones técnicas que un constructor tiene a su disposición.

Si nos concentramos específicamente en las configuraciones, vamos a encontrar dos categorías nativas para designar unidades componentes del espacio doméstico, diferentes a *Casa*, que dan cuenta de nuevas y diferentes formas de organización: *departamento* y *vivienda*. Definitivamente en Susques no es lo mismo hablar de *Casa* que hablar de *vivienda* como tampoco es lo mismo un *departamento*. Hemos hecho mención de estas diferencias al comienzo de la tesis cuando planteamos nuestra preferencia por “espacio doméstico” como categoría analítica en lugar de otras como “casa” o “vivienda” que son habituales en los trabajos académicos sobre la temática. En su momento observamos que tanto “casa” como “vivienda” remiten a un único espacio discreto y delimitable más o menos claramente lo que ofrece muchas dificultades para un caso de estudio como el nuestro en el que el espacio doméstico se compone de distintos asentamientos dispersos. Pero fundamentalmente, “casa” y “vivienda” se corresponden en Susques con definiciones muy específicas del espacio doméstico.

A la *Casa* nos hemos referido hasta ahora pero su significado va a quedar más claro aún al compararlo con los otros dos. Cuando se dice que una persona tiene una *vivienda*, lo que se suele estar diciendo es que tiene una *vivienda* construida por los distintos Planes Habitacionales oficiales. La diferencia en la denominación pareciera apuntar a dos cuestiones: por un lado el modo de acceso a esa *vivienda*, entrega oficial, y, por el otro, a su organización espacial. Estas *viviendas* se organizan, en la mayor parte de los casos, a través de un modelo compacto¹⁹ con un “estar-comedor” planteado como el lugar de la sociabilidad familiar, cocina, baño interno y dos habitaciones, que desde un esquema idealizado corresponderían una para los padres y la otra para los hijos. En este sentido, esta configuración, cerrada en sí misma, favorece un cierto tipo de organización familiar e

¹⁹ Un modelo compacto implica que todos los espacios cubiertos están concentrados de tal manera que el perímetro total de la vivienda sea el menor posible. En general, esto está asociado con la reducción de costos que implica la minimización de los cerramientos exteriores de la construcción. La versión más simple sería, partiendo de una planta cuadrada, dividirla en mitades y cuartas partes internamente tal que queden determinados los diferentes espacios interiores para cada uso: en general un estar-comedor, dos habitaciones, cocina y baño.

impone un límite bastante claro a la posibilidad de una ampliación constante. Dentro de esta lógica compacta de organización del espacio, por otra parte, los distintos recintos no tienen el mismo nivel de independencia que en el esquema basado en el rol del *patio* propio de la *casa*. Esto tiene implicancias en la organización familiar puesto que la independencia de los recintos dentro de una *casa* está asociada también con los niveles de autonomía que presentan las *familias* en el marco de una *familia* extensa que comparte el mismo espacio doméstico.



Figuras 14 y 15. Fotografías de *viviendas* correspondientes a los dos primeros planes habitacionales en Susques.

El *departamento* en cuanto a su configuración es similar a la *vivienda* en tanto se trata de único volumen que se divide internamente en distintos ambientes. La primera particularidad del *departamento* es que, a diferencia de la *vivienda*, no surge de un Plan Habitacional sino que pudo haber sido construido por la misma *familia*. Por otra parte, el *departamento* perfectamente puede formar parte de una *casa*. Es decir que dentro de una *casa en el pueblo*, además de los recintos en torno al *patio*, puede haber un *departamento* en algún sector. El *departamento* como una nueva configuración arquitectónica, si bien es diferente a las existentes, ha sido incorporado dentro de la lógica de la *casa*. De la mano con el crecimiento urbano de Susques los *departamentos* son cada vez más frecuentes, en un proceso que hemos podido observar en el tiempo de nuestro trabajo de campo. Esto podría estar relacionado, sin que ninguna de las posibilidades sea excluyente, con cambios en la configuración de las *familias*; con la menor disponibilidad de tierra urbana que lleva a densificar; o bien con un imaginario respecto a las “casas de la ciudad” como sinónimo de progreso. Los *departamentos* no son exclusivos del espacio urbano puesto que en los

últimos años es posible observar cómo se han edificado algunos en los *domicilios*, asociados también con las *casas* existentes.

Si bien ciertos esquemas arquitectónicos, por ejemplo el de las *viviendas*, favorecen ciertas prácticas y relaciones sociales, eso no significa que las determine, ni que exista una relación punto por punto entre configuraciones sociales y configuraciones arquitectónicas. En este sentido, la existencia de un *patio* no implica que sea el espacio principal de la *Casa* por fuera de las prácticas sociales que lo constituyen como tal. Más bien es posible observar una relación de ida y vuelta entre la configuración del espacio doméstico y esas prácticas. Es interesante que hagamos una referencia al uso que en algunos casos se les dan a las *viviendas* provistas por el Estado y cómo se transforma el uso esperado. Podríamos decir que se trata de una suerte de negociación encarada por los pobladores entre una espacialidad oficial y una espacialidad nativa.

Hace algunos años teníamos que visitar a una familia que vivía en una de las *viviendas*, que, a diferencia de las *casas*, tienen una “puerta del frente” por la que se accede directamente al estar. Luego de golpear en esa puerta, esperamos inútilmente a que se abriera. La dueña de casa, en realidad, salió por la puerta que daba al patio posterior, atravesó un pasillo lateral por fuera y nos recibió allí. Una vez que entramos pudimos ver que la puerta “principal” estaba directamente tapada por un mueble, tal que era imposible abrirla. El acceso había sido transformado a través de las prácticas cotidianas y la *vivienda* estaba siendo utilizada de un modo similar a una *casa*, transformándola a través de ese uso. En el mismo sentido, podemos observar que las personas toman distintas decisiones que tienden a modificar el espacio y apropiarse de la *vivienda* una vez que la reciben. Una de las primeras decisiones constructivas que se suelen tomar es la de generar el “encierro” de la *vivienda* construyendo tapias de adobe y piedras. A través de estas tapias se limitan las miradas sobre el *patio* tanto desde los lotes vecinos como desde la calle. En paralelo, las *familias* suelen armar en el patio posterior un *fueguero* similar al de los *domicilios* y las *estancias*. Pese a que las *viviendas* tienen sus cocinas interiores, especialmente durante el día, los miembros de la *familia* suelen cocinar en ese *fueguero* y buena parte de las actividades cotidianas se desarrollan en el *patio*.

Espacio(s) múltiple(s)

Tal como lo venimos desarrollando en los últimos capítulos, el espacio doméstico pastoril plantea una multiplicidad de definiciones simultáneas que ofrecen diferentes dimensiones de análisis. En primer lugar hemos insistido en que la totalidad de los asentamientos rurales y urbanos de una *familia*, en tanto unidad doméstica, se constituye como un único espacio doméstico discontinuo. A través de las prácticas y necesidades productivas propias del pastoreo, la movilidad periódica del rebaño entre los distintos *lugares*, la residencia simultánea dispersa de los miembros de la *familia* y la integración simbólica de los *lugares* a través de las *challas*, aquellos asentamientos distribuidos a lo largo de un *pastoreo* se integran en una unidad coherente y dinámica. En este nivel de análisis debemos partir de considerar que una *estancia* sólo puede ser comprendida en tanto es parte de una totalidad mayor que en buena medida le da sentido.

Simultáneamente, en este capítulo hemos desarrollado las características propias del *domicilio*, las *estancias* y la *casa en el pueblo*. Tal como hemos planteado cada uno tiene una lógica interna y un funcionamiento autónomo en relación con el resto de las unidades que conforman el sistema de asentamiento. De esta manera, una *estancia* al mismo tiempo que es una de las partes del espacio doméstico pastoril también asume la totalidad de lo doméstico mientras la *familia* junto con el rebaño está allí. Lo propio ocurre con el *domicilio* particularmente durante ciertos momentos específicos como el de la *señalada* cuando en ese *lugar*, como hemos visto, a través de las distintas libaciones en el *mojón* al Este del *corral* se condensa explícitamente la totalidad del espacio doméstico y el territorio familiar integrando sus partes dispersas en una unidad. El *domicilio*, al igual que las *estancias* y la *casa en el pueblo*, tal como lo estamos entendiendo son parte tanto como son totalidad.

En paralelo, es importante observar que más allá de las diferencias que podemos observar entre un *domicilio* y la *casa en el pueblo*, pero también las *estancias*, todos estos asentamientos comparten una misma lógica de estructuración del espacio. Es decir, los principios que se ponen en juego a la hora de organizar el espacio de una *casa en el pueblo* o un *domicilio* son los mismos. La construcción de cualquiera de las *casas* se basa en una lógica de agregación de partes que se espera tengan una cierta autonomía. Como veremos en el capítulo siguiente esto se pone en evidencia particularmente cuando se observa que se

denomina *casa* tanto al conjunto de recintos en torno a un patio, por ejemplo el *domicilio*, como a cada uno de estos recintos: una *Casa* entonces se compone de *casas*.

Esta autonomía de los recintos que conforman una *casa* nos enfrenta a un escenario equivalente al que venimos definiendo. Del mismo modo que una *estancia* es una parte del espacio doméstico tanto como es su totalidad, los recintos que conforman una *casa* son una parte de ésta y al mismo tiempo son una totalidad independiente en sí mismos. Lo que estamos planteando es una sucesión encastrada de distintas definiciones del espacio doméstico que van desde la totalidad del sistema de asentamiento hasta cada una de las *casas* que componen un *domicilio*.

El proyecto de una *Casa* no parte de una definición total que existe y se define *a priori* sino que se va constituyendo en el marco de un proceso de construcción continua. El *patio* mantiene su condición de centro simbólico y material de la *casa* pero su morfología y definición general se transforma en la medida que nuevas construcciones se van sumando y participan de la existencia de la *casa*. La dinámica de producción del espacio doméstico, la definición de una *casa*, está articulada en una relación dialéctica con la definición de la *familia*. Precisamente de las relaciones entre la organización social y la organización espacial de la *casa* nos ocuparemos en el capítulo 9.

La producción de una espacialidad doméstica

La existencia de una cierta cantidad de recintos, con sus paredes y techos, organizados de una determinada manera, en este caso en torno a un *patio*, es una dimensión, importante por cierto, en la definición de un espacio doméstico. Sin embargo, al menos en Susques, no es una condición suficiente para hablar de la existencia de una *Casa*. Es decir, la suma de recintos no es de hecho una *Casa* ni se constituye como espacio doméstico del mismo modo que un conjunto de asentamientos en los *cerros* por fuera de la dinámica del pastoreo tampoco lo son. Efectivamente, deben entrar en juego una serie de actividades específicas, un cierto uso del espacio, y determinadas relaciones entre las personas, y entre éstas y la *Casa*, y una significación especial para que podamos hablar realmente de una espacialidad doméstica.

Esta idea remite inevitablemente a las definiciones propias de las geografías humanistas primero, y en las feministas después, y particularmente al hecho de que una “casa” no siempre es un “hogar”¹. En este sentido, hablar del “hogar” implica aproximarse a los “significados, emociones, experiencias y relaciones que yacen en el corazón de la vida humana” (Blunt y Varley 2004:3). Por otra parte, la condición de “hogar” es el resultado de un proceso de construcción de determinados vínculos con porciones específicas del espacio que pueden estar arquitectónicamente delimitadas tal como en una “casa”. El “hogar” está signado por un sentimiento de pertenencia que vincula a las personas con sus espacios, y con sus lugares, de un modo innegable. Este sentido de pertenencia hace de hecho a la definición de la persona dentro de su mundo social.

Es en este sentido que veremos en las próximas páginas que a través de los vínculos que se dan con una *casa* se internaliza y define la propia pertenencia social como parte de una *familia* con una cierta historia dentro de una comunidad. En este sentido, en la *casa* se afirma la identidad de una persona como parte de un grupo y se internalizan ciertos

¹ En este punto debemos distinguir la *casa* como noción nativa, de la “casa” como categoría usada por estos investigadores. Cuando hablan de “casa” se están refiriendo a una determinada construcción material a diferencia de los sentidos y emociones propios del “hogar”. La noción de *casa* en Susques, como desarrollaremos en este capítulo, está de hecho cargada de significaciones profundas que van mucho más allá de las paredes y los techos.

vínculos y formas de relación entre las personas a través de las relaciones que se dan entre las cosas y los espacios. La *casa* se constituye como un espacio de reproducción social en el que se incorporan y afirman a través de su ordenamiento los principios generadores de la sociedad (Bourdieu 2007 [1980]).

En relación con estas aproximaciones, a lo largo de este capítulo nos enfocaremos en el proceso de domesticación del espacio en tanto producción de vínculos específicos que hacen a su apropiación. Es decir, la transformación de un espacio indiferenciado en otro que es innegablemente propio. Nos concentraremos en dos dimensiones: en una primera parte trataremos las relaciones que existen entre la conformación espacial del *domicilio* y la conformación social de la *familia*, o cómo el *domicilio* y la *familia* se definen mutuamente y la pertenencia de una persona a un cierto grupo familiar está asociada con los vínculos que se construyen con sus *lugares* y *casas*; en la segunda parte nos referiremos a una serie de rituales asociados con la producción del espacio doméstico y que implican un cambio ontológico tal que una serie de construcciones se convierten efectivamente en una *Casa*.

El construir como una práctica continua y generalizada

Antes de avanzar sobre la dimensión social y simbólica del espacio doméstico en Susques, debemos insistir sobre la idea de que la *casa* surge de una construcción continua. En este sentido, la *casa* se constituye como un hecho inacabado y siempre sujeto a cambios que no permite hablar de una obra concluida sino más bien de algo que está sólo momentáneamente terminado. La práctica del construir, en el sentido literal de poner adobe sobre adobe, forma parte virtualmente de la cotidianeidad de las personas. Es así como las *familias* suelen realizar algún tipo de intervención en sus *casas* a lo largo del año sea para construir algo nuevo o reparar lo existente. Los saberes necesarios para levantar una *casa*, por otra parte, están sumamente extendidos tal que la mayor parte de los pobladores de Susques no sólo están en condiciones de definir el proyecto de su *casa* en su configuración sino también el cómo debe hacerse técnicamente y, de hecho, llevarlo a cabo.

Esto muestra un universo particular respecto a la definición de la materialidad del espacio doméstico diferente al que se presenta cuando la construcción y el proyecto están en manos de uno o más especialistas, sean arquitectos, ingenieros o constructores. Estas personas desde su roles de alguna manera traducen en un hecho material las necesidades espaciales

de la mayoría. En este sentido, la conformación de los cánones arquitectónicos y de las cualidades de ciertas técnicas constructivas por sobre otras, surge desde ciertos espacios disciplinares, en general hegemónicos, y tienden a ser volcados hacia quienes recurren a sus servicios.

El escenario que se nos presenta en Susques, como en otros tantos sitios, nos plantea una relación entre las personas y sus espacios construidos que no está mediada por un tercero que en base a un determinado canon realiza esta suerte de traducción o modelado de los deseos y expectativas en una existencia material. Esto no implica que dejen de existir numerosas reglas locales concernientes a la definición de los espacios construidos. La diferencia está en la forma en que se definen a partir del consenso en la práctica y rol de las tradiciones en el modo de hacer las cosas. Cabe decir, parafraseando a Bourdieu (2007 [1980]), que las prácticas constructivas, como tantas otras, están colectivamente orquestadas sin que deba existir necesariamente un director de orquesta.

La acción subjetiva en el contexto de los saberes colectivos está presente no sólo a través de la existencia de ciertos especialistas sino también en las decisiones particulares que las personas toman en su propia *casa* o sus preferencias a la hora de realizar los trabajos. Existen gustos y voluntades particulares que se observan y que están expresadas en que las *casas* no surgen de una reproducción mecánica sino que son todas diferentes con un cierto “aire de familia”. Es así como la existencia de reglas sobre el construir que forman parte de un cierto “habitus” no implica que las personas sean esclavas de ellas. En el capítulo anterior hemos descrito una serie de asentamientos que ponen en evidencia tanto las diferencias significativas que existen en la producción de los espacios domésticos como de una forma de estructuración que es compartida. De hecho, es particularmente interesante que dentro de un mismo *domicilio*, en el marco de la continuidad de una idea compartida sobre el concepto de la *casa*, se expresan las diferencias entre los distintos momentos y personas que han intervenido.

¿La *casa* o las *casas*?

Tal como lo venimos indicando, en relación con el ciclo de vida de una *familia*, la *casa* va siendo transformada tal que los distintos momentos dejan marcas materiales que se constituyen como un suerte de palimpsesto. Hemos hecho referencia repetidamente a que tanto los *domicilios* como las *casas en el pueblo* se configuran a partir de una serie de

recintos organizados en torno a un *patio* compartido. De hecho una *Casa*, tanto en el campo como en el pueblo, se construye en el tiempo a partir de la agregación de esos recintos particulares por parte de distintos miembros de la *familia*. Un dato significativo sobre el que debemos avanzar es que localmente esos recintos se llaman, al igual que el conjunto, *casa*. Es decir que una *Casa*, por ejemplo el *domicilio*, está conformada por una serie de *casas*². En los capítulos anteriores indicamos que los *oratorios* se constituyen como la *casa de los santos* tanto como los *corrales* son considerados como la *casa de la hacienda*. Cada uno de estos recintos, techados o no, tienen una entidad propia dentro de la totalidad. El uso del mismo término para denominar tanto un recinto particular como el conjunto de recintos da cuenta de un modo particular de pensar y construir el espacio doméstico.

En principio, nos muestra una relación singular entre el “todo” y la “parte” en la configuración del espacio y habla de la importancia de esa “parte” aportada por una cierta generación dentro de la obra colectiva. El “todo” de la *Casa* se conforma a partir de unidades mínimas, las *casas*, que tienen una cierta autonomía y que dan cuenta de momentos particulares dentro de la obra. La incorporación de la “parte” en el “todo” no implica la anulación de la entidad de esa “parte”³. Si una joven pareja construye su *casa* dentro de la *Casa* de los padres de uno de ellos compartiendo el *patio*, se está poniendo en evidencia que esa nueva *familia* nuclear que comienza, forma parte de un grupo más amplio, que es una *familia* extensa, tanto como la *casa* forma parte del *domicilio* de los padres. Al mismo tiempo, esa joven pareja con sus hijos tiene una cierta autonomía de funcionamiento dentro de la *familia* extensa, incluso perfectamente puede tener una *Casa en el pueblo* propia, independiente de la de sus padres.

Esta característica en la conformación de la *Casa* a partir de la agregación de partes no es exclusiva de Susques y ha sido referida con anterioridad por otros autores para distintos sitios. Incluso en algunos casos ha sido asociada con la configuración de la *familia*, algo que veremos en el próximo punto. Este modo de hacer arquitectura es recurrentemente

² Para dar mayor claridad al texto, a partir de ahora, cuando nos refiramos a la *Casa* como totalidad (p.e. en los *domicilios* o las *casas en el pueblo*) lo escribiremos con mayúscula, mientras que para la *casa* como uno de los recintos que componen la *Casa* lo haremos con minúscula. Esto es sólo una estrategia de escritura y no significa que en Susques se lo trate de esta manera.

³ Cabe que recordemos el paralelo que hemos trazado con el modo en que cada asentamiento es una parte y es una totalidad dentro del espacio doméstico pastoril. En ambos casos nos encontramos ante definiciones escalares sucesivas.

mencionado en los trabajos sobre el difuso universo de la “arquitectura vernácula” para distintas sociedades (Cf. Rapoport 1972; Oliver 1978 [1969]). Un buen ejemplo para la región es el planteado por Gil Montero (1997) en su trabajo sobre “unidades domésticas de residencias múltiples” en la Puna de Jujuy para el siglo XIX. A partir de la lectura de los documentos históricos da cuenta con mucha claridad de la existencia de diferentes recintos dentro de las *Casas* e incluso puntualiza que en algunos casos, lo que ella llama “habitaciones”, son mencionadas también como *casas*. Esto nos pone en un escenario similar al que estamos describiendo: una *Casa* que se compone de *casas*. Pero además asocia la existencia de estas *casas* con diferentes *familias* nucleares que están integradas en una *familia* extensa.

Algo similar surge del trabajo etnográfico de Yapita y Arnold en Qaqachaka, Bolivia, quienes sostuvieron que:

“*uta* en aymara se refiere no sólo a la casa como una simple construcción física de adobes y paja, sino también a la familia que reside dentro. Por otra parte, por un proceso de extensión lógica, la palabra *uta* no sólo se refiere a cada casa como la habitación y hogar de cada familia ‘nuclear’, sino a toda la agrupación de casas que están construidas alrededor de un patio en común, allí donde vive una familia más ‘extendida’” (1998:202).

Nuevamente, existe una asociación entre una casa organizada en torno a un patio y una serie de casas que la componen, vinculadas a su vez con una organización de familias nucleares y familias extensas. En este caso, de acuerdo a Yapita y Arnold, esta asociación se expresaría incluso a través del uso del mismo término aymara “*uta*” tanto para nombrar la familia como la casa.

A los efectos de poner en evidencia aún más la particularidad de este modo de conformar una *casa* a través de un proyecto que se sostiene y transforma en el tiempo, debemos contraponerla con otra lógica posible de pensar una obra arquitectónica, probablemente aquella con la que estamos más habituados. Dentro de lo que podemos llamar la “arquitectura occidental”, o mejor dicho una “arquitectura disciplinar”⁴, se podría decir que existe una tendencia a la coherencia indivisible de la totalidad. En general, la obra arquitectónica es proyectada, construida y vivida como un todo al que no es posible, al

⁴ Cuando hablamos de “arquitectura disciplinar” nos estamos refiriendo a aquella que es producida por profesionales, arquitectos o no, formados en el contexto de un ámbito académico-oficial. Evidentemente es una delimitación que involucra actores más que disímiles e incluso contrapuestos, pero que nos permite marcar un cierto ámbito asociado a un determinado modo de hacer arquitectura.

menos en teoría, quitarle elementos o agregarle nuevos sin afectar su sentido global, su “esencia”. Esto es congruente con la temporalidad del proyecto y de la obra que, en general, no se va transformando sustancialmente con el correr del tiempo. La construcción tiene un “final de obra” y a partir de allí se habita.

Lo que venimos planteando respecto al modo de pensar la *Casa* tomando el caso de Susques se contrapone con esta lógica. La *Casa* está siempre en proceso, se sigue construyendo permanentemente sin que podamos sostener que está “terminada”, en el sentido de algo definitivo. Las *casas* se van construyendo sucesivamente desde la coherencia interna de cada una e inmersas a su vez en la coherencia de la *Casa* como conjunto. Es interesante observar que la distinción nativa que hemos planteado entre *Casa* y *Vivienda* está relacionada con esta diferente concepción de un proyecto arquitectónico. Las *Casas* y las *Viviendas*, tal como es visto en Susques, son radicalmente diferentes tanto en su configuración como en el modo en que es construyen. Esto es, no sólo en las técnicas y configuraciones, sino también en la temporalidad de la construcción. Mientras que las primeras se siguen construyendo permanentemente en relación con la historia familiar, las segundas se proponen con un esquema estático o de modificaciones limitadas⁵.

Dentro de esta lógica de concepción del espacio doméstico, la importancia de la “parte”, la *casa* o los *corrales*, convive con la centralidad de la concepción colectiva. Es decir que estamos ante una relación particular en la que se equilibra la importancia de la parte y el todo. En el modo en que se construye una determinada *casa* dentro del *domicilio*, a nivel de selección de dimensiones, resoluciones constructivas, ubicación o materialidades, se observa el juego simultáneo de integrar y diferenciar. Por un lado, una nueva *casa* construida por una pareja se incorpora e integra a la definición colectiva que representa la *Casa*. Ese nuevo recinto no es construido en cualquier sitio ni de cualquier manera. En general se suele ubicar de tal manera que contribuya, por ejemplo, a delimitar aún más el *patio*. Si, por ejemplo, el *domicilio* tenía tres recintos que conformaban una L, lo más probable es que la nueva *casa* sea construida para cerrar uno de los lados restantes. Al mismo tiempo, la particularidad de esa *casa* se ve acentuada, por ejemplo, por los cambios en el uso de las técnicas y por las preferencias de los distintos constructores que han participado. Al detenerse frente a una *Casa* es relativamente sencillo distinguir los

⁵ Aunque como indicamos, en la práctica las *familias* también modifican las *viviendas*.

momentos de su construcción a partir de las decisiones particulares tomadas por cada persona. La *casa*, como unidad espacial mínima, está asociada entonces con los modos de construir utilizados en cada momento.

Organización espacial y organización social

A través de las relaciones entre las *casas* y entre éstas y el *patio*, como centro, la *Casa* participa en la construcción y reforzamiento de los vínculos actuales entre las personas en el marco de la *familia*. Pero a su vez, por su misma configuración, el *Domicilio* se constituye como un relato, como un “sendero de la memoria” (Abercrombie 2006 [1998]), a través del cual se rememora y actualiza la historia familiar. En este sentido, ese *Domicilio* en el que han aportado las distintas generaciones, se constituye como una expresión o una cartografía de la genealogía que refuerza la idea de la continuidad de una cierta línea de descendencia. Denise Arnold ha planteado, para el caso de Qaqachaka en Bolivia, cómo la *Casa* se constituye como un relato que refuerza los lazos,

“Al compartir la memoria del proceso de construcción de una casa en cada una de estas ocasiones, los Qaqas reconstruyen no sólo el espacio sino el tiempo, en la medida en que recuerdan el pasado, las genealogías ancestrales y sus orígenes míticos e históricos. La casa sirve de trasfondo mnemotécnico sobre el cual se superponen las memorias colectivas de los ancestros y los muertos” (1998:38).

Y un poco más adelante:

“Dentro de la estructura de las paredes de la casa como artificio mnemotécnico, y las *ch’allas* que la describen, se encuentran inmersos conceptos sobre la pareja recién casada que inicia el nuevo hogar, sobre la transmisión paralela de substancia ancestral a su descendencia posterior, sobre la concepción y la reproducción, y sobre los dominios de cada género respecto a los cuales cada cónyuge tiene poder y control” (1998:39).

En términos similares se ha planteado para distintas poblaciones en los Andes cómo las distintas partes de la *Casa* dan cuenta explícitamente de la historia familiar haciendo presentes a los ancestros y sus acciones. En particular, Bárbara Göbel sostuvo que las *casas* son percibidas “como almacenes materiales de prácticas culturales pasadas” (2002:70). De esta manera las partes de las *casas* y los objetos que se acumulan recuerdan momentos concretos de la *familia*, como por ejemplo, caravanas o nacimientos. Lo interesante de este planteo es que pareciera dar cuenta de la “acumulación de tiempos” que se presenta en *Casa* no sólo a través de su configuración arquitectónica, sino también a través del uso de los espacios. De esta manera, se pone en comunicación la existencia de los ancestros con la construcción de una nueva *casa*. En la *Casa*, entonces, se reproduce

aquello que observamos en el capítulo 5 respecto a que el territorio familiar, el *pastoreo*, se constituye como tal también a partir de una “acumulación de tiempos” a través de las sucesivas marcas espaciales en los *lugares* de los *abuelos*, en las *casas mochas* de sus *estancias* y *domicilios*, junto con las *estancias* actuales usadas en los recorridos con los rebaños. La apropiación de los *lugares* significativos para la *familia* dentro del *pastoreo* está asociada con la manifestación de la continuidad en la territorialidad del grupo a través del diálogo con los ancestros y sus presencias. De la misma manera, en la construcción de una nueva *casa* por parte de la pareja, y en la importancia singular de ésta, se expresa el rol de la *familia* que comienza y se marca su autonomía. Pero es una autonomía dentro la continuidad de la tradición ancestral a la que pertenece, al igual que la nueva *casa* forma parte del proyecto colectivo de la *Casa*.

Una construcción familiar

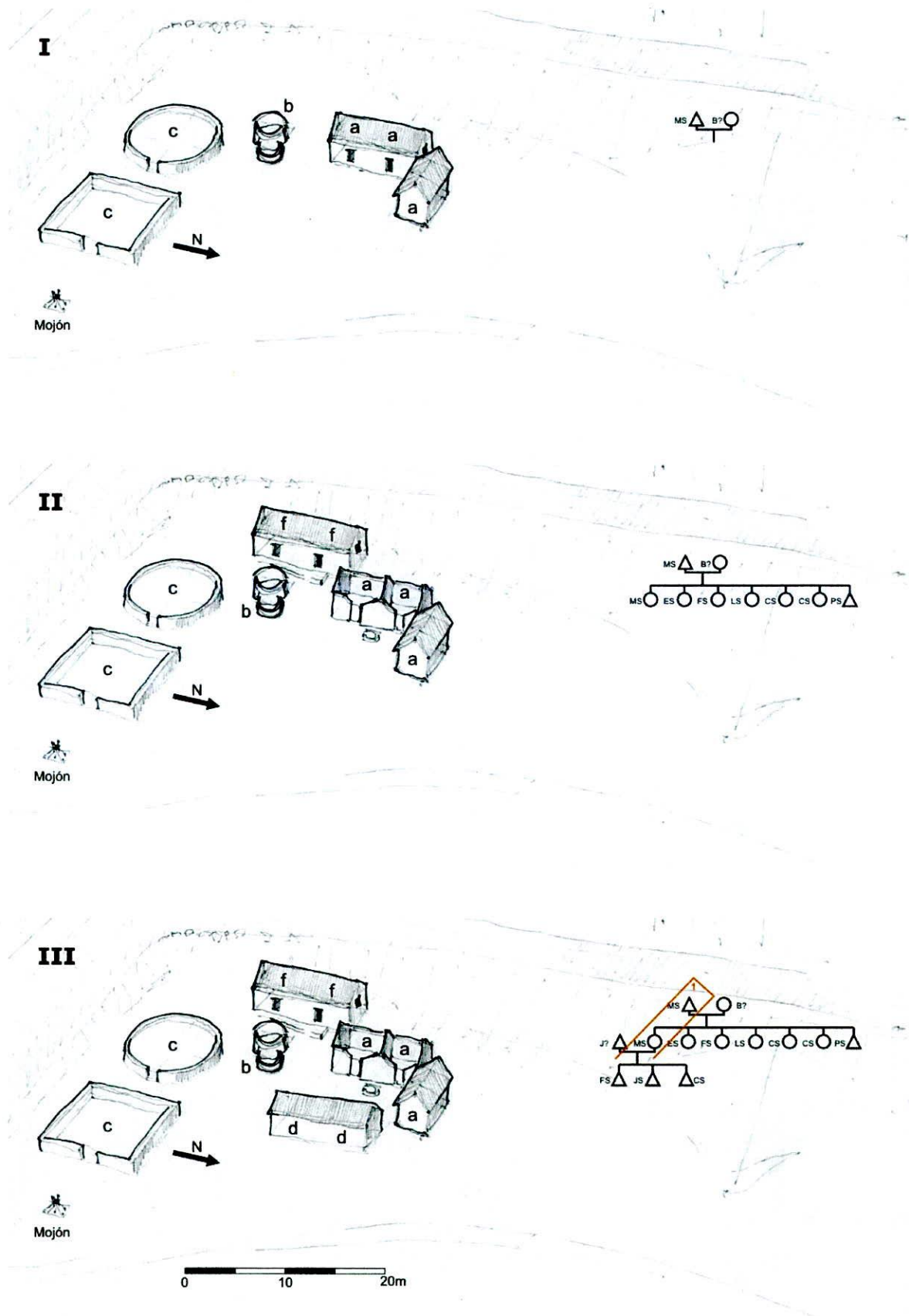
Nos proponemos revisar ahora un caso en particular intentando vincular este relato de la historia familiar con la construcción de su *domicilio* y la definición del *pastoreo*. Tomaremos para esto una de las tantas *familias* extensas, la de doña E., que tiene sus *casas* en los alrededores del pueblo de Susques. Veremos a través de este relato cómo se dio la continuidad o la división en el control del territorio a lo largo de cinco generaciones junto con las transformaciones en el *domicilio*. La configuración actual de este *domicilio* se relaciona con la historia de la *familia* y con su presente.

Puesta a recordar su historia familiar, doña E. recuerda los nombres de tres generaciones hacia atrás. El primero que tiene presente es su bisabuelo, Mariano, que tenía su mismo apellido y que habría tenido seis hijas y un solo hijo. El hijo varón se fue de Susques por lo que la menor de sus hijas, María, (la madre del padre de doña E.) recibió el *pastoreo* en su totalidad. Mariano es recordado y presentado como el primero que construyó las *casas* en ese *lugar*, aunque cabe la posibilidad que hubiera algunas *casas* anteriores que no son visibles hoy en día. Esto lo convierte en el iniciador de la línea de descendencia que ocupa esta porción de territorio. Las tres *casas* (a) que hoy en día están sin su techo, la cocina techada circular, también sin la cubierta, con su *fueguero* (b) y los dos primeros *corrales* (c) fueron construidas por él (Figura 1.I). Tanto el *fueguero* como los corrales se siguen utilizando cotidianamente con la misma función. La disposición en L de estos recintos conformaba un *patio* que, como es habitual, se abría hacia el Este. Todas estas *casas* fueron íntegramente construidas en piedra, con numerosos *poyos*, repisas y *hornacinas* en

el interior, y estaban techadas con *guaya* a dos aguas. El hijo de Felipa, una de las hermanas de María, mientras residía en el *domicilio*, reparó a nuevo el techo cónico de la cocina circular. Cuando se casó y se fue con su *compañera* se llevó el techo a su nueva *casa* y por eso la cocina quedó destechada. Este es un punto interesante para observar la diversidad de “propiedades” que pueden coexistir dentro de una *Casa*.

María dividió el *pastoreo* que recibió y lo repartió entre sus tres hijos varones, a los que les había puesto su apellido y no el del padre. Fue el menor, Feliciano, quien sería el padre de nuestra informante, quién recibió la mayor parte y, especialmente, las *casas* del *domicilio* familiar. Al igual que Mariano, Feliciano levantó una cantidad muy importante de *casas* en el *domicilio*. En principio, dos nuevas *casas para la familia* (f) en la cercanía de los *corrales* y del *fueguero* (Figura 1. II). Esto cambió el uso del espacio exterior quitándole importancia al *patio* existente y creando nuevos exteriores conformados a partir del *fueguero*. Feliciano se casó y tuvo varios hijos, de los que doña E. sólo recuerda el nombre de uno. Como ella era la única *hija legítima* recibió la totalidad del *pastoreo*, los *puestos* y las *casas* que usa para pastorear la *hacienda* de la *familia*. El propio Feliciano levantó más tarde una nueva cocina techada (e), esta vez rectangular (Figura 1. IV).

Uno de los hermanos de Feliciano, Cirilo, mientras vivía en la *Casa* de sus padres, construyó dos *casas* propias (d) que cerraron aún más el *patio* hacia Este (Figura 1. III). Estas *casas*, pese a no vivir allí, siguieron siendo de él y fueron heredadas por sus hijos. Es decir que en el *domicilio* de doña E., actualmente dos de las *casas* le pertenecen a algunos de sus primos por la vía paterna. Los dos hermanos de Feliciano, Juan y Cirilo, se quedaron con porciones del *pastoreo* y construyeron sus *Casas* en las cercanías del *domicilio* existente. El *domicilio* de Cirilo se construyó a unos 500 metros, mientras que el de Juan se levantó contiguo al existente (Figura 1. IV). En este *lugar* se ubican, entonces, tres *domicilios* que corresponden a líneas diferentes aunque emparentadas.



Figuras 1 y 2. Proceso de constitución y transformación de un *domicilio* (Elaboración propia)

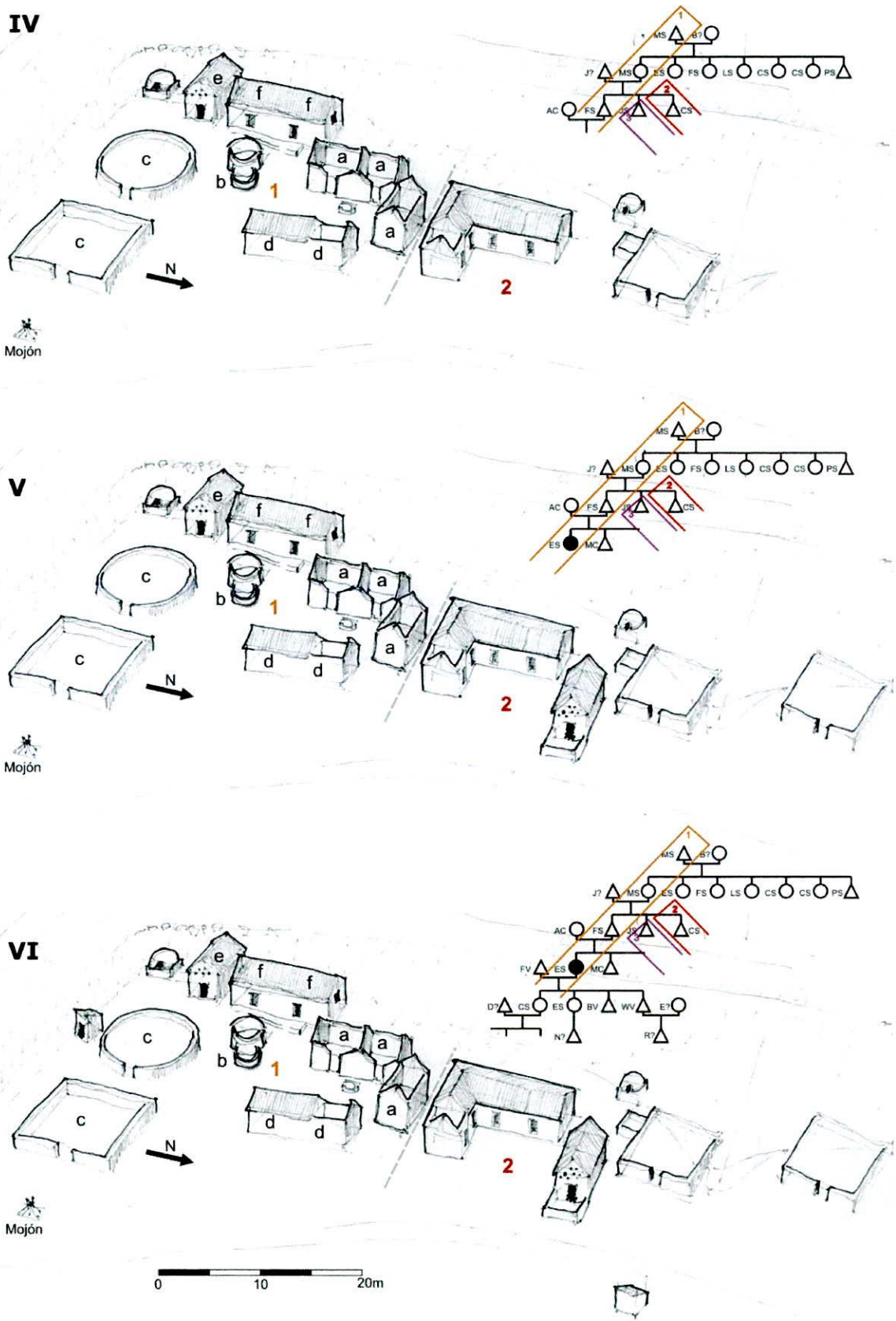


Figura 2

En la práctica también utiliza el *pastoreo* lindero de los hijos de los hermanos de su padre. Como éstos ya no *pastean* su *hacienda* allí, los *pastoreos* que originalmente se habían dividido, en la práctica se fusionaron. Doña E. puede *repuntar la hacienda* en los dos *pastoreos* y usar cualquiera de los *puestos*. Actualmente ella vive a tiempo parcial en el *campo* mientras sostiene una pequeña actividad comercial en el *pueblo*. Algunos de sus cuatro hijos⁶ se acercan periódicamente al *domicilio* para trabajar con la *hacienda* y realizar pequeñas reparaciones. Dos de ellos se podría decir que están permanentemente dedicados al cuidado de la *tropa*. En los últimos años se sumaron al *domicilio* de doña E., y también al vecino, sendas construcciones destinadas a letrina, algo alejadas de las *casas* (Figura 1. V)

Aspectos de la organización familiar desde el domicilio

A partir de este relato se ponen en evidencia muchas cuestiones importantes como son los vínculos entre la configuración material y la configuración familiar, la dinámica de los cambios en el espacio doméstico y las distintas estrategias de transmisión de derechos. A partir de ésta y otras genealogías es posible observar una cierta preferencia por transmitir los derechos sobre *casas* y *pasturas* por la línea masculina. De hecho los puntos esenciales en el relato de esta historia familiar, tal cual es presentada, son varones: el bisabuelo y el padre. Uno como “fundador” de la línea y el otro como gran aportante de trabajo. Es recurrente que si bien las mujeres son recordadas en la sucesión, son ligeramente invisibilizadas. Sin embargo, no es un dato menor que en estas cinco generaciones en dos momentos la continuidad de la presencia de la *familia*, encarnada en la continuidad del apellido, estuvo, y de hecho está, basada en la presencia de una mujer.

En el caso de María, la madre del padre de doña E., sus hijos tuvieron el apellido de ella y no de su *compañero*, que de hecho no es recordado hoy en día. Algo parecido ocurre con los hijos de doña E., algunos tienen su apellido y no el del padre. Esto implica que, a pesar que la línea familiar haya pasado en dos momentos por los miembros femeninos, no hubo una “desaparición” de la asociación del apellido con este *pastoreo* y los *lugares*. Si bien no hemos hecho un estudio genealógico detallado, en los casos que sí hemos trazado las genealogías de algunas *familias*, es recurrente la presencia de mujeres transmitiendo los

⁶ Algunos de estos hijos recibieron el apellido de doña E., es decir el de Mariano, mientras que los otros tienen el del padre. Uno de esos hijos observa como una pérdida no tener el apellido materno.

derechos y la pertenencia a la línea de descendencia. No pareciera casual que en esos casos al menos algunos de sus hijos, el que luego recibe la mayor parte de la herencia, recibe el apellido de la madre y no el de su padre.

La cuestión de la continuidad del apellido es visto en Susques como un tema importante y en ciertos momentos, podríamos decir que es preocupante. De hecho, una mujer nos comentaba hace un tiempo que *cometió el error* de poner a sus hijos el apellido del padre, que ya no vive con ella, y no el suyo. Uno de los hermanos de su padre, que tiene su mismo apellido y reside en un *pastoreo* lindero, ahora sostiene que esos niños no deberían recibir de ella la porción de *pastoreo* que les corresponde porque eso implicaría que un apellido ajeno aparecería en tierras de la *familia*⁷. En este caso, la presencia de un apellido extraño era vista desde una línea colateral como un problema para el grupo familiar extenso. Ya nos hemos referido a que existe una relación muy cercana entre apellidos y los topónimos de los *lugares*, especialmente con el *lugar* donde se ubica el *domicilio*. Decir *Villa del Carmen* implica estar hablando de la familia Calpanchay tanto como decir *San José* nos remite a la familia Guzmán. En la mayor parte de los casos, las *familias* llevan varias generaciones viviendo y usando ciertas áreas claramente delimitadas, los *pastoreos*, y esa presencia está socialmente reconocida en Susques. Se podría decir que ocupar una determinada porción de territorio implica también ocupar un determinado lugar en la sociedad. Al transmitir el apellido a los hijos se les está transmitiendo también el vínculo con una determinada porción del territorio y la pertenencia a ciertos *lugares*.

Efectivamente, la existencia de una línea de descendencia está relacionada con la apropiación de *lugares* significativos en el territorio y fundamentalmente con la propiedad sobre una *Casa*, el *domicilio*. No casualmente la materialidad de ese *domicilio* relata y construye la historia de esta línea. Las estrategias de transmisión de derechos de propiedad sobre las tierras y las *casas* parecieran estar orientadas más que nada a sostener la continuidad de la presencia del apellido en los *lugares*. Cuando esa estrategia “falla” y una *familia* con otro apellido toma el control de un *pastoreo* la situación es puesta en términos de una “pérdida” de un patrimonio familiar porque *esa familia se metió en nuestras tierras*, algo que ya hemos visto en el capítulo 5.

⁷ La totalidad de los *pastoreos* linderos en manos de *familias* que comparten el apellido son presentados por momentos como una unidad. Son los *pastoreos*, en plural, de los *Vázquez*, los *Soriano* o los *Puca*.

Los momentos de fisión de los *pastoreos* producto de la cesión de derechos a distintos hijos son algo relativamente frecuente. Estos procesos de división de los *pastoreos* a través de las generaciones ha ido generando la existencia de territorios linderos independientes que sin embargo están en manos de *familias* que comparten el apellido. El plano de los *pastoreos* de Susques muestra a distintas *familias* con el mismo apellido relacionadas entre sí, las más de las veces agnáticamente, controlando amplias áreas del territorio que a su vez está dividido en *pastoreos*. Alguna vez, mientras recorríamos una parte del campo, una pastora nos dijo, *para este lado están las tierras de los Vázquez y para el otro lado están los Vilte*. Se trataba de una serie de *pastoreos* independientes pero controlados por *familias* colaterales que están fuertemente vinculadas.

En la generación anterior a doña E., el *pastoreo* original se repartió entre los tres hijos varones: Feliciano, Juan y Cirilo. En ese momento, cada uno de los tres hermanos constituyó su unidad doméstica y comenzó a manejar la *hacienda* en forma independiente. La situación del comienzo de una nueva unidad doméstica implicó a su vez la construcción de *casas* propias en *lugares* reconocidos por la historia del grupo familiar original. En ese momento, mientras que la continuidad de la línea “original” quedó en manos del padre de doña E., se “fundaron” dos nuevas líneas de descendencia colaterales que hoy en día mantienen fuertes lazos entre sí. La cercanía de los *domicilios* da cuenta y refuerza los lazos que unen a las distintas líneas colaterales. De hecho, es habitual que los *domicilios* estén reunidos, en grupos de tres a cinco, a distancias que no van más allá de los dos o tres kilómetros. Las relaciones entre estas *familias*, entonces, están espacialmente definidas.

Las casas mochas

En los tres *domicilios* que describimos en el capítulo 8 y también en el de doña E. indicamos que algunas de las *casas* estaban sin su techo. En la mayor parte de los *domicilios*, especialmente en los más antiguos, es posible encontrar estas construcciones que suelen conocerse como *casas mochas*, precisamente en relación con la falta de la cubierta. Esta coexistencia de casas en uso y casas “abandonadas” ha sido observada por Palacios Ríos:

“Un examen detenido de cualquiera de estos conglomerados muestra un conjunto de habitaciones cuyas construcciones se presentan en diversos grados de vejez. Se ven habitaciones casi en ruinas al lado de otras mejor conservadas, hasta encontrar aquellas recién construidas (...) Los diversos grados de vejez que tienen estos conjuntos habitacionales representan las diferentes generaciones de personas que están viviendo, si es que las construcciones se encuentran en buen estado; o que han vivido en dicho lugar

si las construcciones están en ruinas (...) Las habitaciones de los padres no son vueltas a ser ocupadas por los hijos cuando éstos se mueren y en este caso, se deja que las construcciones se conviertan en ruinas, hasta que desaparecen con el tiempo” (1990:67-68).

Las *casas de los abuelos*, que fueron construidas y habitadas por ellos, en general no son vueltas a utilizar pero tampoco suelen ser demolidas para aprovechar los materiales de construcción. Se mantienen tal y como están a lo largo de los años hasta que comienzan a derrumbarse. Algunas de las maderas de los techos se usan en otras *casas*, mientras que las restantes pueden ser quemadas porque las posesiones de quienes han fallecido pueden representar un riesgo. En caso que alguna de estas *casas* se vaya a utilizar nuevamente, algunas personas sostienen que es necesario *challar* las paredes para pedirles permiso a los *abuelos* que la construyeron antes de tocarlas puesto que de lo contrario la persona podría recibir algún castigo por parte de ellos. Dentro del “sendero de la memoria” que representa la *Casa*, los *abuelos* están explícitamente presentes a través de los lugares donde estuvieron viviendo. De hecho en los relatos suelen ser recordados usando sus *casas*, viviendo los espacios. En este sentido las *casas mochas* parecieran ser algo más que un recuerdo de los antepasados, más bien dan cuenta de su presencia y actualidad. Esto nos habla de la relación sumamente estrecha entre la persona y su *casa*.

La materialidad de los *domicilios* muestra la presencia de los *abuelos* tanto como la de una nueva *familia* que se conforma con la unión de una pareja y sus hijos. Es más, el *domicilio* como tal es una consecuencia de los distintos tiempos de la *familia* y pone en comunicación la existencia de los ancestros con la construcción de un nuevo hogar. Se superponen y ponen en relación el espacio y el tiempo de la nueva pareja con el espacio y el tiempo de los *abuelos*. Lo que se está reforzando a través de la *Casa* son los lazos que crean una línea de descendencia que se presenta como continua y que marca la presencia de la *familia* en esos *lugares*. Las *casas mochas* y el rol que tienen dentro de la conformación de los *domicilios* nos evidencia que la noción de *familia* no incluye sólo a los vivos sino que incorpora a los humanos muertos con los que la persona está vinculada.

En una oportunidad, mientras caminábamos por el *pastoreo* de una *familia* junto con los dos niños más pequeños, ellos iban señalando ciertas “marcas” en su territorio. Las principales eran las construcciones derrumbadas de los *domicilios* y los *puestos* de los *abuelos*. Los niños iban señalando y entusiasmados indicaban *esas eran las casas del*

abuelo Basilio, aquellas eran de otro abuelo. La descripción de las *casas* venía de la mano con el relato de la historia de la familia. En ese sentido las construcciones operaban como señas a partir de las cuales se construía espacialmente una memoria de la *familia*. A través del recorrido por su *pastoreo* los niños iban internalizando su propia pertenencia.

La creación de lo doméstico. Prácticas rituales

En distintos momentos a lo largo de la tesis hemos marcado la condición de la *Casa* como escenario distintos rituales. Particularmente los *corrales* es constituyen cada año como el lugar privilegiado del desarrollo de la *señalada*, un ritual doméstico centrado en la *familia* que probablemente es el más importante dentro del calendario pastoril. Tanto en el *domicilio* como en la *casa en el pueblo* cada 1° de agosto el *patio* se constituye como el espacio protagónico en otra celebración esencialmente doméstica como son las *challas* a la *pachamama*. En cada *Casa* se abre el *juiri*, precisamente la boca de la *pachamama*, que suele estar ubicada en un punto central del *patio* para entregar distintas ofrendas y fundamentalmente hojas de coca, alcohol, vino y *tijtincha*, una preparación de cordero hervido. Es un momento importante en el que la *familia* se reúne para agradecer lo recibido durante el año y pedir a la tierra. De alguna manera se trata de un momento en el que se restablecen las relaciones entre la *pachamama* y las personas.

El *patio*, y la *ramada*, se constituyen también como espacios centrales durante los carnavales para recibir a los *cajeros* que llegan de visita durante los carnavales y lo propio ocurre con las *bandas de sikuris* durante la *cacharpaya* al final de las Fiestas Patronales destinadas a la virgen. De hecho durante las celebraciones de los santos, las imágenes también son ubicadas en el *patio* para la visita de los vecinos y familiares. Al respecto de la situación durante el carnaval, Costa y Karasik (1996) observaron que en la Quebrada de Humahuaca, en ese momento del año, la casa se vuelca hacia fuera, tal que lo público de alguna manera ingresa en ella. Si lo pensamos desde Susques, efectivamente la *casa* se abre para recibir visitas constantes tanto de *cajeros* y *comparsas* particularmente en el *patio*, aquel espacio de la intimidad familiar que se dispone para agasajar a quienes se acercan.

Si en estos rituales, y otros, la *Casa* se constituye de alguna manera como escenario, en otros es directamente el objeto de distintas acciones que se desarrollan especialmente durante todo el proceso de construcción. Desde la preparación de los trabajos pasando por

la realización de los cimientos y finalmente con la terminación del techo, distintos rituales se van llevando adelante buscando que la nueva *casa* esté en condiciones de albergar a la *familia* de un modo apropiado. Las diferentes *challas* que recorren la construcción transforman la esencia de la *casa* y la protegen, como a sus ocupantes, de potenciales daños. En los próximos puntos nos concentraremos en el proceso de construcción material y ritual, particularmente en la *flechada*, el ritual de inauguración que se realiza una vez terminado el techo.

Partiremos de considerar que aquello que llamamos ritual es un evento considerado desde las categorías nativas como diferente y especial, pero que no se separa de manera absoluta de otros comportamientos sociales (Peirano 2006). Esta condición del ritual, en este caso la *flechada*, de evento especial más no independiente, nos permitirá observar a través de él otras cuestiones de la realidad social. En este sentido, dadas sus características, el ritual se vuelve un instrumento privilegiado de análisis (Peirano 2006). Debemos considerar a su vez la particular imbricación que existe entre los conocimientos y procedimientos técnicos de la construcción con los momentos y las características de los rituales. La *challa* de los cimientos y particularmente en las esquinas está contemplando un punto que es crucial dentro del proceso de construcción de una *casa*. Por otra parte, al poner a la *flechada* en relación con otro ritual como es la *señalada* vamos a poder aproximarnos al punto central de este capítulo como son las prácticas tendientes a la domesticación del espacio.

Los rituales en la construcción

Más allá de los momentos puntuales como la inauguración o el comienzo de la obra, que describiremos luego, la práctica del construir suele tener rituales asociados en distintos momentos del proceso. No siempre son instancias elaboradas o que involucran mucha gente, sino que puede tratarse de acciones puntuales orientadas a algún fin específico. Sin ir más lejos, durante un trabajo de cambio de la *torta de barro* en una *casa* en el que colaboramos, el dueño de casa luego de haber preparado el pastón de barro, y antes de comenzar a cargarlo en el techo, le agregó una cierta cantidad de alcohol puro. Mientras lo hacía pidió que *el barro estuviera más liviano*. Si su pedido se cumplía el trabajo sería significativamente más rápido y con menos esfuerzo. Lo interesante es que esto está dentro de una trama de significados que se evidencia cuando también se le pone alcohol en las patas de algunos animales jóvenes durante las *señaladas* para que estén *más livianos para caminar*.

Los techos en particular parecieran ser un elemento especialmente importante y los momentos de refacción, por ejemplo de cambio de paja, suelen tener rituales asociados. Cuando esos techos son de algún edificio colectivamente significativo, los rituales tienen importantes connotaciones sociales. En el Capítulo 6, ya nos hemos referido a la tarea del *guayado* del techo de la capilla como un momento importante en el que se reactualizan simbólica y concretamente las relaciones entre la mitad Norte y la Sur a través del trabajo constructivo compartido. Recordemos que en el relato de la unión original las dos mitades que conformaron Susques construyeron en conjunto la capilla y, de hecho, en algunas de las versiones los del Sur levantaron la pared Sur y los del Norte la propia. La capilla se constituyó como una expresión del encuentro, pero además, y principalmente, pareciera que la acción de construir, el proceso de edificar, es lo que hizo efectiva la unión. Como hemos indicado en distintos momentos, no se trata sólo del sentido del objeto terminado sino más bien de los procesos que están involucrados en su producción. El construir materialmente, el hacer, es un acto transformador, no sólo del espacio; tiene una connotación fundacional y se presenta como el comienzo de algo, sea de una nueva *familia* a través de una nueva *casa* o de un colectivo expresado en una capilla.

Ya hemos mencionado un caso de ritualidad asociada con una acción constructiva colectiva fue detalladamente descrito por Sendón (2004) en Marcapata, Perú, donde cada cuatro años se realiza el “wasi chakuy”: el repaje del techo de la iglesia local. Para esta actividad se juntan, a través de un complejo y denso ritual, los cuatro grupos que provienen de los sectores en que se organiza Marcapata. Sendón planteó que esta “costumbre”, además de cumplir con el fin efectivo de repajar el techo, “implica toda una recreación simbólica y social del espacio y de los grupos sociales marcapateños” (2004:6). A tal punto que, como sostuvo el autor, el “wasi chakuy” es uno de los pocos momentos en que la totalidad del pueblo se encuentra unido en torno a una actividad compartida. A través del *guayado* de la capilla en Susques también se ponía en evidencia la existencia de las dos *secciones* y se reactualizaba la unión presente en los relatos de la fundación. Lo interesante es que el *guayado* de la capilla es una necesidad técnica de reparación del techo del templo tanto como una instancia de “refundación” del colectivo y de reconstrucción y fortalecimiento de los lazos al interior de la comunidad. La capilla de Nuestra Señora de Belén, que en definitiva es también una *casa*, se constituye como la expresión, y el resultado, material de la unión entre las dos *secciones*.

El comienzo de la obra

Desde los primeros pasos, el proceso de construcción de una *casa* en Susques está marcado por una serie de prácticas rituales destinadas, en principio, al pedido de permiso, protección o agradecimiento/retribución a la *Pachamama*. Es así como desde el comienzo, cuando se han marcado con estacas las cuatro esquinas de la *casa*⁸ a partir de las que se tirarán los hilos que guían la elevación de las paredes, se abre un pequeño hoyo en el centro de la futura construcción. Aquí comienza la primera de las *challas* a la *casa*⁹. En esta *boca* abierta, el *juiri*, se alimenta a la *Pachamama* pidiéndole protección para la nueva *casa* y permiso para comenzar a construir sobre esa tierra. Debemos diferenciar la boca que se abre en el centro de esta nueva *casa* de la boca que se encuentra en el centro del *patio* en los *domicilios* o en las *casas en el pueblo*. Mientras que la primera está vinculada con el proceso de construcción y particularmente con esa *casa*, como unidad mínima, la segunda condensa y funciona como centro de la totalidad de la *Casa* y se abre fundamentalmente durante las *challas* del 1° de agosto en las que participa toda la *familia*.

Durante las *challas* de la construcción, en un ambiente cargado de solemnidad, las distintas personas que participan de la obra y los miembros de la *familia*, empezando por el dueño o dueña de casa, van acercando sus ofrendas. De rodillas, y siempre con ambas manos, se ofrecen primero hojas de coca, luego alcohol puro y vino, cerveza o *gaseosita*. Se le ofrenda a la *Tierra* (*se la alimenta*) con aquellas cosas que se disfrutaban antes de que lo hagan las personas. En el momento de ofrendar cada persona tiene una suerte de momento íntimo con la *Pachamama*, en el que en voz muy baja, casi un susurro, expresa sus deseos para con la nueva *casa*. Finalmente se prenden cigarrillos que se colocan junto a la *boca*, *para que la tierra los fume*. Uno a uno y en un orden marcado por la cercanía con la pareja que construye su *casa*, van pasando las personas pidiendo permiso a los dueños. Después de esto, cuando todos han dado de comer, beber y fumar a la *Tierra*, cuando se ha saciado, se comparte un *traguito* y se coquea entre todos; recién ahí, el clima se distiende y comienzan las conversaciones y las bromas. Finalizada la *challa*, la *boca* es cubierta con

⁸ Como ya hemos mencionado, las *casas* suelen tener una forma rectangular con un ancho de alrededor de tres metros y un largo de entre cuatro y seis metros o más.

⁹ A partir de las distintas *challas* en las que hemos participado es posible marcar la existencia de ciertos elementos comunes pero también una notable variabilidad. Cada *familia* tiene formas diferentes y agrega o saca ciertos pasos. De hecho, muchas familias no *challan* la *casa* ni tampoco realizan la *flechada*, sosteniendo, a veces, que los que sí lo hacen son *unos supersticiosos*.

una laja para ser abierta nuevamente al final de la obra, cuando el techo está terminado, en ocasión de la *flechada*.

Los trabajos continúan y una vez que se ha excavado el suelo para realizar los cimientos de piedra, se realiza la segunda de las *challas*. Antes de colocar la primera de las *piedras esquineras*, se brindan nuevas ofrendas a la Tierra, en este caso en las esquinas. El grupo va recorriendo cada una de las cuatro esquinas, en sentido antihorario comenzando con la ubicada en el Sureste, y nuevamente entrega hojas de coca, alcohol, vino y cigarrillos¹⁰. Las esquinas de las construcciones tienen una fuerte carga simbólica y esto se expresa en otras celebraciones. Por ejemplo, al comienzo de la *señalada*, como indicamos en su momento, se coloca bien una mesa o un *aguayo* en el piso del corral, a la derecha de la entrada puesto que desde allí comenzará el giro antihorario en torno a la *tropa*. Las patas de la mesa o las puntas del *aguayo*, en ambos casos remiten a las esquinas, son *challadas* como primer paso del ritual. Aunque el *corral* no tenga esquinas, éstas son creadas en la instancia ritual. La importancia de las esquinas dentro de una casa ha sido observada por distintos investigadores. Arnold, sin ir más lejos, planteó que las esquinas de la casa (las “iskinas”) son más que los “ángulos literales” y más bien se vinculan “con la tierra y con el linaje ancestral que mora allí” (1998:51). Las primeras “ch’allas”¹¹ son precisamente en las esquinas, que de acuerdo a Arnold son consideradas femeninas, y allí también se pide, durante el carnaval, recibir productos de los cerros.

Para considerar el sentido de las *challas* en torno a las esquinas de una *casa*, cabe recuperar lo dicho en el Capítulo 6 respecto a las celebraciones en las capillas-posas ubicadas en las esquinas del atrio de la capilla. En su momento, esbozamos que el recorrido ceremonial por las diferentes capillas-posas, y a la vez por los cuatro calvarios, podía implicar un recorrido por la totalidad del espacio de Susques. Si partimos de esto, las *challas* de las esquinas de la *casa*, que consisten también un recorrido antihorario por cada una, podrían estar relacionadas con la inserción de esa *casa* en el espacio. Por un lado, se

¹⁰ Dando cuenta de la variabilidad que mencionábamos, en una de las familias, el dueño de casa ofreció a la *Tierra* en las esquinas, además de la *coquita* y el alcohol, pequeños trozos de sal junto con la coca. En tanto fue un hecho peculiar lo conversamos con otras personas que se manifestaron enérgicamente en contra de esa práctica. *A la Tierra nunca se le da Sal*, dijeron. Susques está rodeado de salares y la sal está asociada con la esterilidad de la tierra, por lo tanto ofrendar sal está muy lejos de la fecundidad que se espera y desea que tenga.

¹¹ Cuando tomamos el material surgido de nuestro trabajo de campo nos referimos a *challas*. Cuando citamos el trabajo de otros autores hemos decidido respetar el modo de escribir de éstos.

marcan los límites de la construcción, conformados por la existencia física de los muros, que determinan de un modo taxativo un adentro distinto del afuera, un espacio interior que tiene cualidades específicas y que será habitado por las personas, o los animales en el caso de los *corrales*. Por el otro, la *challa* de las esquinas, además de recortar, inserta espacialmente la nueva *casa*, con la mediación, protección y permiso de la *Pachamama*. Las esquinas en tanto límite y sostén de la nueva *casa* se proyectan hacia el exterior.

Debemos observar finalmente que desde lo constructivo las esquinas reciben mucha atención durante la obra en tanto son una pieza clave desde lo estructural. Las *pedras esquineras*, además de ser generalmente las de mayores dimensiones, son seleccionadas y trabajadas con mucho cuidado. Se le dedica mucho tiempo al *canteado* para que las caras de la piedra que van hacia el exterior queden perfectamente lisas y, especialmente, se busca que el canto de la esquina quede bien alineado y recto. Desde lo estructural, en un sentido arquitectónico, las esquinas tienen un rol importante y deben ser lo suficientemente robustas para soportar el peso del resto de la construcción. Por otra parte, funcionan como “guía” en la elevación de los muros: las *pedras esquineras* son las primeras que se colocan y lo mismo ocurre con los adobes en las esquinas, en cada hilada. A partir de allí se sigue con el resto.

La inauguración

La finalización del techado de la *casa* es un momento particularmente importante dentro del proceso de construcción y esta importancia queda evidenciada en la *flechada*. Es este el momento en que la *casa*, desde lo constructivo, está terminada y podría ser usada. Sin embargo, el uso de ese espacio por parte del grupo familiar no puede efectivizarse hasta que se haya *matado a la casa*. La realización de rituales particulares en el momento de la finalización de la obra como forma de preparación de una casa para volverla habitable es una constante en las etnografías.

Ya en la década de 1930, Metraux describió un ritual de “consagración de la casa” entre los Chipayas. A través de esparcir sangre de un carnero recién sacrificado a la izquierda de la puerta, en el fondo y en el techo de las nuevas casas se buscaba apaciguar “a los espíritus malignos antes de habitarlas” (1931:125). Por su parte, Morote Best (1988 [1956]) compiló los rituales asociados con la construcción en distintas poblaciones en Perú. Particularmente se interesó en las variaciones en la realización del “zafa-casa”, el

ritual que se realiza cuando se ha terminado de techar la casa. El “zafa-casa” es una celebración que involucra a numerosas personas cercanas a la pareja que construyó su casa y que expresa a su vez que el construir es una actividad basada en la cooperación colectiva¹². Para el “zafa-casa” los dueños eligen un padrino que deberá aportar una cruz de hierro para colocar en la cumbrera de la casa, y una madrina que entregará una “chocita” de paja y una cruz de madera que se colocará en el interior. El rol de los compadres es importante puesto que tuvieron un rol central dentro de la construcción y aportaron algunos de los materiales. La cruz se constituye como una suerte de protección que hace habitable al nuevo hogar.

Palacios Ríos, a su vez, describió la realización del “wilancha” o “ritual del techado de la casa” en Chichillapi¹³ observando que evidencia la oposición entre suelo-femenino y techo-masculino, y expresa entonces “los principios estructurales que permiten percibir y ordenar el espacio tanto ecológico como sagrado” (1990:77). Estos principios serían la dualidad, la oposición y el complemento. Arnold (1998) recorrió las diferentes “ch’allas” a la casa presentes a lo largo de la construcción en Qaqachaka y entre éstas la de finalización del techado. Estas “ch’allas” comienzan al final de los trabajos con la colocación de una olla rajada con una cruz de paja trenzada, ambos elementos son el “ángel guardián” que protege “la casa y la comunidad de cualquier tempestad o espíritu malevolente que pueda llegar hasta ahí” (1998:69). A su vez en la olla se colocan semillas y muestras de los productos que se cultivan en Qaqachaka como deseo de suerte, y seguramente fertilidad, a la nueva casa. Luego, al anochecer comienza el banquete en el que participan todos y se realizan las últimas “ch’allas”.

Más allá de las diferencias en las características de estos rituales de inauguración, es posible tomar ciertos elementos que parecieran atravesarlos a todos. Dentro de los aspectos sociales, la inauguración de una casa se presenta como una instancia de reunión, fortalecimiento de lazos y de agradecimiento a quienes cooperaron en el trabajo. A través

¹² Al respecto, Morote Best sostuvo que en la construcción “funciona el *ayni* o prestación mutua, que abarca desde el trabajo personal hasta el suministro de alimentos, bebidas, materiales de construcción y herramientas; y la *mink’a* o *minka*, que es la prestación de trabajo a cambio de agasajos gastronómicos y de trabajo futuro” (1988 [1956]:321).

¹³ “Después de trabajar todo el día en el techado y tras haberlo terminado, se da comienzo a la ceremonia de la wilancha: el sacrificio de una alpaca macho y la asperjación de su sangre a las paredes exteriores de la habitación así como a las vigas y columnas de la armazón del techo” (Palacios Ríos 1990:75. Resaltado en el original).

del otorgamiento de ciertos roles, como los padrinos, o el compartir grandes comidas se expone como un acto social la construcción de una nueva casa. Por otra parte, si consideramos que el centro de los rituales suele estar en una pareja que a través de la construcción de su casa está conformando su familia, la situación de encuentro también es una forma de reconocimiento tanto a nivel comunitario como dentro de una familia extensa. La entrega de semillas, en el caso planteado por Arnold, pareciera asociada con la fertilidad, natural y material, deseada a la nueva pareja.

Otro aspecto importante es la recurrencia en “hacer habitable” la casa a través de ciertos procedimientos. Los distintos rituales mencionados giran fundamentalmente en torno a la búsqueda de protección para ese espacio de posibles influencias negativas exteriores que podrían llegar a generar un daño tanto al edificio como a las personas. A través de las challas, las cruces o la sangre se crean barreras que separan a la casa de un entorno potencialmente riesgoso. Por otra parte, se pone en evidencia que la existencia de la casa está mediada por las personas, los aspectos naturales y los sobrenaturales. La realización de estos rituales pareciera buscar un equilibrio entre estas distintas dimensiones, por ejemplo, con el otorgamiento de ofrendas durante las “ch’allas”.

A través de diferentes procedimientos, muchas de estas búsquedas las encontraremos en la *flechada* que recorreremos a continuación. Además de Susques, Rinconada y Coranzulí, casos conocidos por nosotros, la realización de este ritual ha sido descrita en otras localidades puneñas en Argentina como Yavi o Cochino, ambas en la provincia de Jujuy (Valentié 1980, Bugallo 1999 y Zurita 2004). A lo largo de la descripción y análisis iremos tomando las observaciones de estas investigaciones. La *flechada* es definitivamente un evento especial que es esperado con mucha ansiedad por la *familia* y preparado cuidadosamente por la pareja que construyó la *casa*. En cada una de las *flechadas* en las que participamos dentro de una estructura de desarrollo del ritual que era común, los climas y las sensaciones eran distintos. Y esto seguramente estaba asociado con las características particulares de cada *familia*, o persona, su situación actual y las diferentes trayectorias. De las dos *flechadas* de las que participamos en Susques, una fue en el *pueblo* mientras que la restante fue en el *campo*; una era de una joven pareja con sus hijos, mientras que la otra era de una pastora adulta con su hijo ya grande y casado que ya tenía sus propios niños. Esto es interesante para pensar el ritual, puesto que dentro de una estructura formal compartida, la vivencia en la participación no fue la misma.

Hay que matar la casa

*Hemos comido, hemos bebido,
hemos bailado, hemos jodido, hemos flechado*¹⁴

Con la caída del sol fueron llegando las personas invitadas a la *flechada*. Se reunieron en la nueva *casa* tanto parientes como vecinos y aquellos que participaron en el proceso de construcción. Los dueños de casa los iban recibiendo y, agradeciendo su visita, los hacían pasar a las *casas* recién terminadas que estaban empezando a ser usadas, vividas. Mientras tanto, la pareja se movía rápidamente para preparar la comida que sería servida a todos los invitados. Una vez terminada la *casa*, puede realizarse la *flechada* esa misma noche. Sin embargo, si por distintas razones no es posible hacerla puede retrasarse lo necesario. En todo caso, la *casa* no es, o no debería ser, usada hasta que el ritual haya finalizado. En el interior de la *casa*, el ambiente era festivo aunque todavía contenido. Las personas se fueron sentando en las sillas, bancos o latas, cubiertos con mantas para que fueran más cómodos, que se dispusieron en torno a las paredes dejando el centro libre. Todos miraban y halagaban la *casa*, conversaban y se empezaban a tomar unos *mezcladitos* de vino con gaseosa; algunos incluso ya bailaban mientras el alcohol comenzaba a circular. La *casa* tenía ese aroma a recién construida, las cañas del techo todavía no se habían desgastado ni tiznado por el uso de los braseros; las paredes de adobe con sus cimientos de piedra todavía estaban impecables; los pisos de tierra estaban lisitos y no tenían las marcas de uso que se irían sumando a medida que se los transitara.

Finalmente, los dueños de casa fueron trayendo la comida, asado de llama y cordero con ensalada y luego una sopa. Hasta ese momento habían estado en el *fueguero* preparando la sopa en enormes ollas y el asado de cordero en unos braseros. Como suele suceder, toda la preparación de la comida y la situación fue tomada con mucha responsabilidad. En general se espera que los invitados se sientan realmente cómodos y satisfechos. De ninguna manera debería faltar comida o bebida durante una *flechada*. En algún punto, además de muchas otras cosas, la *flechada* pareciera ser también un “agradecimiento”, por decirlo de alguna manera, hacia quienes trabajaron. Como ocurre con otros rituales en Susques, y en la región, la *flechada* es una combinación de momentos de calma, en los que pareciera todo detenido, aunque sin impaciencia, a los que suceden ráfagas de una actividad vertiginosa.

¹⁴ FP. Coranzulí, 09/2009

Luego de comer, y de una ligera espera, los dueños de casa invitaron a comenzar con la *challada*. Aquella laja que se colocó sobre el hoyo ubicado en el centro de la casa en que se alimentó a la *pacha*, el *juri*, es retirada. Una vez más todos los concurrentes van realizando sus ofrendas a la *Tierra*: coca, alcohol, vino y cigarrillos. Los dueños de casa pasan en primer lugar para luego ir invitando al resto de las personas en un cierto orden que no da lugar a dudas. Luego de la pareja pasa la *familia* de ambos, sus padres y hermanos, luego los parientes más cercanos, primos o tíos, y quienes trabajaron y siguen los más lejanos. En este momento el clima más bien festivo se suspende en pos de una situación más solemne.

Luego de las *challas*, comenzó la preparación de la *flechada* propiamente dicha. Por un lado con el armado de las *flechas* y por el otro con la preparación del huevo, que hoy en día es de gallina¹⁵. Las *flechas* se realizan afilando uno de los extremos de una rama de unos 30 cm¹⁶, a la que además se le atan lanas trenzadas de ciertos colores asociados con la *familia*. En general se preparan unas seis flechas para todo el ritual. El huevo es envuelto en una especie de tejido denso de lanas de colores de tal manera que pueda romperse ante el impacto de las flechas, pero que al mismo tiempo permita que la cáscara se quede en su sitio. Luego es colgado de las vigas del techo en el centro de la casa justo encima de la boca de la *Pacha*. En este caso se colocaron dos huevos mientras que en otras *flechadas* sólo se colocaba uno por *casa*.

Cuando estuvo todo listo, y con las bebidas alcohólicas convenientemente cerca, todos los invitados se colocaron apoyados en las paredes o sentados en mantas alrededor del huevo. A partir de este momento, cada uno, siguiendo el orden preciso ya usado en la *challada* y partiendo con los dueños de casa, fue tirando las *flechas* hacia el huevo que pendía de la viga. El método más efectivo, al menos para los que tienen práctica, parece que es tomar la *flecha* con ambas manos buscando arquearla con el pulgar de tal manera que una vez que

¹⁵ Algunas personas, especialmente las mayores, comentan que antes se usaban huevos de *suri*, un ave similar al avestruz aunque de menor tamaño. Esto está presente también en la descripción de Mariscotti (1978).

¹⁶ En general se utilizan ramas rectas de Tola Toque. La designación genérica "tola" se refiere a un cierto tipo de arbustos que crecen en la zona y que suelen ser usados como leña. Dentro de ese genérico existen distintas variedades, con usos particulares. En este caso se usa la Tola Toque porque tiene una cierta resistencia y flexibilidad, ramas especialmente rectas. Bugallo (1999) indicó, para el caso de Cochino, que se usa un arbusto llamado "coca de zorro".

se la suelta libere la tensión y salga con más fuerza¹⁷. El ambiente en este punto era de una total algarabía que iba *in crescendo*. Se sucedían las risas y los comentarios picantes sobre la mayor o menor destreza de los *flechadores*, y especialmente sobre su “potencia”, en todos los sentidos posibles de la palabra. La presencia de personas especialmente poco diestras aumenta sin dudas la diversión.

Como debe ser bastante evidente en este punto del relato, el objetivo es romper el huevo y que se desprenda todo el contenido. Se espera que, una vez partido a *flechazos*, mientras que la cáscara queda en el techo, la clara y la yema caigan dentro del *juiri* como ofrenda. Sin embargo la cuestión ofrece ciertas alternativas. En primer lugar lo que parece tan sencillo escrito en el papel, en la práctica no lo es. En general se requieren varias rondas hasta que se consigue el resultado. Esto pareciera ser lo ideal, puesto que seguramente sería bastante frustrante que se rompa el huevo al primer intento. Cada uno de los invitados puede usar tres *flechas* en cada turno antes de pasarlas al siguiente. Si bien el premio máximo consiste en romper el huevo, existen otras dos posibilidades: que la flecha quede clavada en el techo o que luego de rebotar caiga dentro del *juiri*. En el primero de los casos, la *flecha* no debe ser retirada sino que tiene que quedar tal cual, en lo posible, durante toda la vida de la *casa*. Es una marca que debe permanecer. A tal punto que, de acuerdo con algunas personas, cuando el techo debe ser reemplazado, tanto las *flechas* como el huevo deben ser colocados en el nuevo en sus posiciones originales. En este caso se sostiene que ante un cambio del techo no se debe *flechar* nuevamente la *casa*, sino que se agregan nuevas ofrendas a las existentes, como por ejemplo pequeñas alforjas, mercadería o botellitas.

Cuando la *flecha* cae en la boca, algo bastante habitual, debe quedar como ofrenda a la *Pachamama* y tampoco debe retirarse, al menos en principio. Puede, y suele, ocurrir que las flechas se acaben sin que se haya roto el huevo. Algunas quedan clavadas en el techo y otras dentro del *juiri*. En este caso se pueden hacer nuevas para continuar o bien retirar aquellas que estaban dentro del *juiri*. Para poder hacerlo se debe ofrendar primero nuevamente coca y alcohol a la Tierra, en una especie de intercambio. Ambas situaciones, clavar la *flecha* en el techo o incrustarla en el *juiri*, implican un premio que consiste en un vaso bien cargado de vino que debe ser tomado completamente por el flechador

¹⁷ Algunas descripciones, como la de 1921 de la Colección de Folklore y la de Valentié (1980) dan cuenta del uso de un arco. En todas nuestras participaciones las flechas se arrojaron directamente con la mano.

afortunado. El clímax de la *flechada* llegó naturalmente cuando uno de los participantes logró romper el huevo y todo el contenido cayó dentro del *juiri*. Este fue un momento de algarabía y felicitaciones para el *flechador* que obtuvo como premio, y obligación, tomar un cartón de vino en forma continua. En uno de los casos fueron varios los que golpearon el huevo, aunque no cayó todo el contenido, y de todas maneras fueron invitados a tomar el premio en conjunto. Luego de la rotura del huevo, el *juiri* fue nuevamente cubierto.

Los sentidos de la flechada

En 1921, en el marco de la Colección de Folklore¹⁸, se incluyó una descripción de la *flechada* como parte de las “costumbres” de Susques. Gregorio y Alberto González Rioja, quienes eran el director y el maestro respectivamente de la Escuela N° 3 de Susques, dejaron registro de las características del ritual que hemos desarrollado en estos términos:

“Para inaugurar una casa se lo hace con gran fiesta. El dueño se ha provisto de chicha, alcohol y vino, lo necesario para la comida e invita a todas sus relaciones a la “*flechada*”.

La casa se bendice, por cada uno de los concurrentes, con la bebida que tomarán rociándola en las paredes internas y externas con la frase sacramental: Pacha Mama Santa Tierra. Terminada la bendición pasan todos los concurrentes al interior de la habitación y el dueño de casa presenta un arco y unas flechas de pequeñas dimensiones a cualquiera de los presentes.

Un huevo de gallina sumido en una red de su tamaño está colgado de un hilo a corta distancia del techo en medio de la pieza. El individuo que tiene el arco dispara una flecha hacia el huevo, si no le acierta pasa el arco a otro y así sucesivamente hasta que el huevo es roto. Entonces se aclama al de la hazaña que es el rey de la fiesta. La casa está inaugurada. El “*flechador*” dirige en la fiesta todo el movimiento de la casa. Comienza los cántaros de chicha, obsequia la comida y etc. Gran fiesta, música y baile y como final de todo hombres y mujeres ebrias que duermen amontonados en algún rincón mientras los más resistentes a la bebida, cuando ya está amaneciendo repiten al son de la música, mientras bailan y beben: Chicha madura. Guagua segura”¹⁹.

En un material que tal vez constituye la única referencia a esta práctica para ese momento, estos maestros describieron los distintos momentos de la *flechada* tal cual la vieron o se la comentaron. Un primer punto interesante es que en sus aspectos formales aquello que describieron los maestros y las *flechadas* en las que participamos no son sustancialmente diferentes. Es decir, los distintos pasos que sigue el ritual, salvo ciertos detalles, son muy

¹⁸ El Consejo Nacional de Educación invitó en 1921 a todos los maestros de las escuelas del país a que recogieran “todo el material disperso del folklore, de poesía y de música, que está en vías de desaparecer de nuestro país por el avance del cosmopolitismo” (En: Rojas 1925:XI). El material debía ser “eminentemente popular, pero eminentemente nacional” (En: Rojas 1925:XII). Se pretendía que el material recolectado fuera lo más “puro” posible”, es decir que fuera “genuinamente autóctono”. El resultado de la convocatoria fue más tarde, en 1925, recopilado por el Instituto de Literatura Argentina, no casualmente, dirigido por Ricardo Rojas.

¹⁹ INAPL, Colección de Folklore de 1921. Rollo N° 53. Carpeta 3. Fs 100-101. (Resaltado en el original)

similares. Esto es interesante porque da cuenta de una cierta persistencia formal. Sin embargo, tal cual fue mostrado el material, la *flechada* aparece recortada de la realidad social. En este sentido, los rituales deben ser comprendidos dentro de dicha realidad y no como hechos aislados en tanto y cuanto los “rituales no se separan de otros comportamientos sociales en forma absoluta” (Peirano 2006:3). Si continuamos en esta línea, la comprensión del ritual requiere que sea puesto en su contexto específico. Si bien las formas de la *flechada* pudieron no haberse modificado, tal vez sí lo hicieron sus significaciones.

Las interpretaciones contemporáneas de los sentidos asociados con la *flechada* ofrecen diferentes aristas para los autores. Para Zurita,

“Va de suyo interpretar que en los ritos de inauguración siempre está presente el mito cosmogónico. El acto de creación, al ser efectuado por Dios, es sagrado, por lo que en esta repetición se sacraliza el espacio y con ello el lugar se consagra a la deidad” (2004:60).

Y respecto al uso del huevo,

“En todos estos mitos y ritos, el huevo es siempre símbolo de comienzo, germen de vida, totalidad primera e indivisa, su ruptura marca una iniciación, el principio de una nueva vida. En el caso de la *flechada*, es la nueva vida que se inicia en esta casa donde, una vez terminada de construir y luego de la ceremonia, se puede vivir y formar una familia con la protección sobrenatural necesaria” (2004:60).

La búsqueda de protección estaba presente también en el detallado análisis de Bugallo, cuando sostuvo que a través de la *flechada* se busca,

“obtener la protección para la nueva construcción y consiste esencialmente en libaciones y ofrendas hechas a la *Pachamama* por la intermediación de la casa” (1999:70, traducción propia).

Por su parte, Mariscotti le dio en general a los ritos de inauguración un propósito “preventivo-compensatorio” y, tomando datos aportados por Natchingall, sostuvo que se realizan para evitar que la “Madre Tierra” “los castigue, por haber tenido el atrevimiento de excavarla, y para instarla a que “reconozca” y proteja al futuro edificio” (1978:184). Como se hace evidente, hay una cierta recurrencia en las interpretaciones respecto a: primero, la búsqueda de protección; segundo, la necesidad de pedir permiso para evitar potenciales “sanciones”. Tomando nuestras observaciones coincidimos con la presencia de ambos elementos dentro de los sentidos de la *flechada*. Sin embargo, nos interesa agregar un punto más que consideramos importante, entendiendo que en la *flechada*, como en

cualquier otro ritual, pueden condensarse distintos significados, incluso contrapuestos a nuestros ojos y que en todo caso pueden variar para los actores.

Es así como Mariscotti sostuvo en otro pasaje de su texto que uno de los objetivos de la *flechada* era “matar la casa”, en tanto “las casas nuevas están vivas y se comen a sus habitantes” (1978:184). Esta referencia a “matar la casa” ha aparecido en relación con la *flechada* en las conversaciones con distintos pobladores de Susques. Algunos indican específicamente que sus *abuelos* les contaban que era necesario *matar los espíritus que podían causar daño y que habitan en la casa antes de flecharla*. Las flechas que se clavan en el techo entonces tendrían el sentido literal de matar. En sintonía con esto, el huevo que se rompe *tiene un nuevo espíritu para la casa, el de las personas que van a vivir allí*. Entonces, en el contexto de la *flechada*, la *casa* cambia, es transformada por la práctica ritual en un nuevo espacio que tiene las condiciones para que el grupo familiar pueda habitar en ella.

De alguna manera, a través de la serie de rituales que se realizan durante la construcción se está integrando la totalidad de la *casa*, desde los cimientos hasta las tijeras del techo. La *flechada* constituye el cierre de un ciclo ritual que comenzó con la excavación del *juiri* al comienzo de los trabajos. De hecho, la acción sobre la *casa* concluye cuando el contenido del huevo cae en el *juiri*. Hasta que ese círculo no se cerró la *casa* está en una situación liminal: desde lo constructivo la *casa* está efectivamente terminada pero todavía no es la *casa de las personas*. Se requiere de un pasaje en su condición que habilite a las personas a residir allí y ese pasaje implica una suerte de negociación con la *Pachamama*. Tal es así que la clara y la yema del huevo son un alimento, un alimento para la *Pacha*. La particularidad del huevo es que, además de permitir que se alimente a la tierra, deja una marca. La cáscara permanece en el techo recordando el momento fundacional de la nueva *casa*, al punto que si el techo se reemplaza por alguna razón el huevo debería ser colocado nuevamente en el lugar donde estaba.

Los riesgos del mal

Se espera que una *casa* brinde una adecuada protección frente a los agentes ambientales. Dependiendo de las nociones nativas de confort, de las expectativas y el tipo de uso que se le dará, una *casa* técnicamente bien realizada debería proteger del frío exterior y del calor extremo tanto como del ingreso del agua durante una tormenta. Básicamente una *casa* tiene

que brindar un espacio confortable para sus habitantes. Numerosas decisiones constructivas y la elección de los materiales van en ese sentido. Sin embargo, si lo ponemos en relación con la *flechada* y los demás rituales que hemos mencionado, la *casa* debe además crear un espacio protegido de la acción de agentes negativos que pueden llegar a provocar daños graves en las personas. En particular se debe evitar que el *mal* entre en la *casa* y en ese sentido se dirigen algunas de las acciones de los rituales. La *casa* entonces debe ser comprendida como un espacio de protección y cobijo, de relaciones fraternas y afecto, sin embargo la *casa* es también un espacio potencialmente riesgoso. Las relaciones entre las personas que allí se desarrollan no siempre son armoniosas, la *casa* se constituye también como un espacio de tensiones, disputas y enfermedades.

Muchas de las situaciones de tensión dentro de la *casa* pueden estar asociadas con el *mal* que ha entrado. De hecho, en distintos momentos en las conversaciones en Susques ha surgido el riesgo del *mal* en relación con la *casa*. Mientras que una *casa* puede actuar como una protección y una barrera para su acción, también pareciera ser un vehículo a través del cual, una vez que ingresó, el *mal* puede afectar a las personas y eso naturalmente es muy grave. Cuando se *mata la casa* en la *flechada* se están matando los espíritus, literalmente a flechazos, que pueden estar habitando allí y que deben ser eliminados antes de que las personas puedan ocuparla. La permanencia de las *flechas* que se clavaron en la estructura del techo es una protección continua que inhibe el ingreso. Sin embargo no es el único medio de protección disponible. En algunas *casas* cuando se ingresa se observan cuchillos clavados en el interior a la izquierda de la puerta, pegado al ingreso. El cuchillo clavado funciona como un modo de proteger y evitar el ingreso del *mal* por un lugar riesgoso como es una puerta.

Es necesario que insistamos en que el *mal* es algo muy serio que puede provocar incluso la muerte en las personas o la falta de *multiplido* en el *hacienda*. Tal es así que una *estancia* puede ser abandonada durante muchos años aunque no tenga ningún problema constructivo y pese a que siga siendo un buen asentamiento en términos del pastoreo. Si en esa *estancia* algunas personas se enfermaron gravemente de modos inexplicables u ocurrieron fallecimientos trágicos la única posibilidad será dejar de usarla²⁰. Algunos *domicilios* completos ubicados en *lugares* muy importantes y vividos durante muchos años por la

²⁰ Con el tiempo es posible que a través de algunas *challas* específicas esta *estancia* pueda llegar a ser recuperada.

familia, y con sus construcciones en buen estado que llevan décadas abandonadas porque allí *pasaron cosas malas*.

La domesticación del espacio

A través de la *flechada* se está *matando la casa* lo que implica a su vez dotarla luego de una nueva existencia. Esto implica que durante el ritual opera una transformación profunda en la esencia de ese espacio tal que luego de realizado las personas pueden empezar a vivir allí. Cuando describimos la *señalada* en el capítulo 4 observamos que la *tropa* es marcada cada año con *flores* y *chimbus* hechos con trenzados de lana que se atan en las orejas y el lomo respectivamente. Los colores de esas lanas están asociados con cada *familia* y constituyen marcas que distinguen incluso a la distancia a la *hacienda* propia del resto de los animales que están pastando en el campo. La *señalada* es explícitamente un ritual de marcación del rebaño para diferenciarlo pero va más allá de la individualización de un bien económico y la expresión de la propiedad. Es una ceremonia en la que se enfatiza la mutua pertenencia entre la *familia* y su *tropa* a través de vínculos que están cargados de cercanía y afecto (Göbel 2000/2002). De alguna manera, la *hacienda* se constituye como un miembro no humano de la *familia*.

Al final de la *señalada* comienzan las *challas* en el *mojón* del *corral* y en el *juiri* que está al pie. En ese momento el *mojón* condesa la totalidad del territorio familiar, el *pastoreo*, y los *lugares* de la *familia*²¹. Entre las piedras que conforman este *mojón* se colocan ramas de tola que vienen a representar las pasturas. Con lanas de los mismos colores que se *floreo* a la *tropa* se envuelve la totalidad del *mojón* incluyendo los *lugares*, las *pasturas* y las *estancias*. Todo el *mojón* termina envuelto y contenido por las lanas con los colores familiares. Del mismo modo que unas horas antes la *tropa* era marcada y hecha parte de la *familia*, en ese instante se hace lo mismo con el territorio y con los *lugares*. Se está evidenciando y actualizando el vínculo que une a las personas con esos espacios.

Finalmente, todas aquellas personas que participaron de la ceremonia son marcadas en el pecho con las mismas *flores* de la *tropa*. Tal como se hizo primero con la *hacienda* y luego con los *lugares*, las personas son *floreadas* y a través de ese acto se están sosteniendo las

²¹ Seguramente de un modo similar, el *mojón* que solía estar alineado hacia el Este de la entrada al atrio de la capilla en el pueblo, atrio que en definitiva no es más que un gran *corral*, condesaba la totalidad del espacio colectivo en ciertos momentos del año.

relaciones que las unen. En el contexto de la *señalada*, la *hacienda*, el *pastoreo* y las personas son entonces simbólicamente apropiados y hecho parte de la *familia*. De alguna manera son domesticados, en el sentido de algo que es hecho propio y protegido (Haber 1997). Domesticar algo significa entonces crear un vínculo particular signado por cercanía.

Las *flechas* que se disparan hacia el huevo para *matar la casa* durante el ritual de inauguración tienen también atadas lanas de ciertos colores que no son otros más que los usados por la *familia* para *señalar* a su *hacienda* y para envolver el *mojón*. Las *flechas* que quedan clavadas en el techo son marcas que evidencian la relación de la *casa* con la *familia* del mismo modo que las *flores* en las orejas de la *tropa*. A través de la *flechada* se genera una apropiación simbólica de la *casa* por parte de la *familia*. En la *casa* opera un cambio profundo tal que cambia su condición, adquiriendo un nuevo estatus que las distingue de las demás *casas*. Pasa de la indefinición a ser la *casa de las personas*, de esas personas y no de otras, y puede ser habitada. La *casa* es entonces domesticada a través de la *flechada* de la misma manera que el *pastoreo* se constituye como un territorio doméstico conformado y cargado de sentido en sus *lugares*, en el marco de la *señalada*.

Consideraciones finales

Territorios, lugares y espacios domésticos

Hablar de “geografías del pastoreo”, tal cual reza el título de esta tesis, implicó aproximarnos a un modo particular de percibir, concebir y vivir el espacio. Podríamos observar sintéticamente que se trata de geografías que parten de la producción de espacios en torno a los *lugares* y las movilidades, entre el recorrer y el estar, o mejor dicho el recorrer estando y el estar recorriendo. El pastoreo, tal cual lo hemos observado en Susques, se constituye como una actividad signada por un movimiento constante y cotidiano, y a su vez un sistema de asentamientos ubicado en *lugares* precisos y significativos dentro de los territorios de pasturas. Esta dinámica está asociada con el aprovechamiento de determinados recursos necesarios para el sostenimiento de los rebaños y las personas. Hemos buscado ir más allá de la comprensión productiva de éstas “geografías del pastoreo” para adentrarnos en un ordenamiento del espacio que está imbricado en el ordenamiento general del mundo de los pastores donde se encuentran las formas de organización social, los aspectos simbólicos y, también, las exigencias productivas. Lo social, simbólico y lo productivo se constituyen en la práctica como esferas indisociables en el marco de la producción espacial.

Nos planteamos inicialmente tres objetivos específicos principales asociados, a su vez, con los tres conceptos analíticos que han estructurado nuestro análisis: Territorio, Espacio Doméstico y Lugar. Mientras que el primero estaba orientado a desandar las distintas territorialidades superpuestas asociadas con las movilidades pastoriles, el segundo se vinculaba con la construcción del espacio doméstico desde distintas definiciones encajonadas, del sistema de asentamiento a la *casa*, y el tercero se concentraba en la dimensión simbólica, y también material, en torno a la categoría nativa de *lugar*. Cada uno de estos objetivos principales se desagregaba en otros tres secundarios con los que buscábamos dar una cierta especificidad a los respectivos análisis considerando los procesos históricos y las dimensiones sociales y simbólicas.

Nos hemos planteado un abordaje, tanto de escritura como de interpretación, basado en una serie de aproximaciones sucesivas a la espacialidad pastoril en Susques. En este sentido, hemos considerado fragmentos encajonados de esta espacialidad, con sucesivos cambios

explícitos de escala en el análisis, intentando reconocer la complejidad e imbricación de los espacios, prácticas y relaciones. Nos proponemos ahora en estas páginas finales, recorrer e integrar transversalmente estos fragmentos y recuperar ciertos temas que han estado presentes a lo largo de toda la tesis a luz de los objetivos que nos planteamos. En primer lugar nos interesa recuperar las miradas disciplinares, conceptuales y metodológicas que han orientado esta tesis. En este sentido, nos concentraremos en la interrelación entre objetos y acciones, y en las distintas escalas y territorialidades de las que participa la población de Susques, el rol de las movilidades en la producción y significación de los espacios, y su concepción como una construcción continua. Hemos reservado los dos últimos apartados para sendas reflexiones respecto a la continuidad y actualidad de las prácticas pastoriles en Susques, y, finalmente, los nuevos procesos que se dispararán con la incorporación de Susques a la dinámica de la megaminería, procesos que todavía tienen un recorrido incierto.

Geografía, Antropología y Arquitectura

En las primeras líneas ya anticipábamos que nuestro problema nos ubica en un difuso campo en el que se encuentran en sus objetos, conceptos y metodologías la Geografía, Antropología y Arquitectura. Este campo no es en lo absoluto novedoso sino que por el contrario tiene una historia propia que hemos intentado recorrer en el capítulo 2. Hemos dado cuenta particularmente de la constitución de distintos ámbitos de investigación en Argentina, en relación con discusiones y búsquedas en otros países, en torno al estudio del espacio doméstico de distintas sociedades. La antropogeografía particularmente se conformó como un ámbito de trabajo en el que se integraron en las décadas de 1930 y 1940 profesionales que provenían de diferentes disciplinas, particularmente geografía y antropología. En paralelo, desde la arquitectura se planteaban investigaciones significativas sobre temas cercanos. En distintos momentos, los trabajos provenientes de las diferentes tradiciones han sido retomados por las otras en una constante retroalimentación

Debemos insistir en que los límites entre los intereses y prácticas de los distintos investigadores no han sido siempre tan claros y sus campos de acción se han superpuesto. Lo hemos marcado, por ejemplo, para el caso de las investigaciones de Alfred Metraux (1930) respecto a la “habitación” entre los Chipayas. En muchos momentos, distinguir entre el trabajo de un geógrafo humanista y un antropólogo no ha sido una tarea tan evidente. Lo propio podríamos observar respecto a las investigaciones sobre la “vivienda”

entre los geógrafos y los arquitectos. En este sentido, esta investigación se inserta en un campo de estudios que tiene una determinada tradición pero también una considerable actualidad. En las últimas décadas, las aproximaciones al estudio de las “otras geografías” y el reconocimiento de sus posibles particularidades ha puesto una vez más en evidencia la necesidad de considerar e incorporar herramientas y discusiones de diferentes disciplinas.

En lo que a nuestro trabajo respecta, hablar sobre la dimensión simbólica de la apropiación del espacio ha implicado aproximarse al análisis de determinados rituales asociados con la domesticación del espacio, siendo que el estudio del ritual es un problema de la Antropología. Lo mismo podemos observar respecto a las consideraciones sobre la organización social y el parentesco en Susques que son ineludibles si pretendemos reconocer el modo en que se dan las relaciones entre las personas y sus espacios. En todo caso, esta no es una tesis sobre parentesco ni sobre la ritualidad pastoril, sino que es el resultado de una investigación sobre la espacialidad en una sociedad de pastores en las tierras altas de la Puna de Atacama que necesariamente requiere tocar y atravesar estos temas. Consideraciones similares podríamos hacer respecto a la dimensión arquitectónica del espacio doméstico que ha encontrado su punto más alto en el capítulo 7 y, especialmente, el 8. La existencia del espacio doméstico, tal como lo hemos planteado, no se agota en las estructuras arquitectónicas, sin embargo el análisis de estas es ineludible a la hora de pensar en los procesos continuos de construcción, delimitación, significación y uso de los espacios.

En relación con la delimitación y construcción de nuestro objeto de estudio, la espacialidad pastoril, y la voluntad de aproximación a los puntos de vista y lógicas nativas al respecto, esta es una tesis en geografía con una clara vocación etnográfica que se ha expresado tanto en el enfoque como en la metodología e, incluso, en la escritura. Ambas aproximaciones, la geográfica y la etnográfica, no son en lo absoluto incompatibles y de hecho es posible reconocer una tradición continua de geógrafos-etnógrafos trabajando sobre las dinámicas de diferentes sociedades. En su momento fueron los “pueblos primitivos”, aquellos “supeditados a la naturaleza”, los objetos de estudio e intereses de Humboldt, Ritter, Ratzel, Brunhes, Sauer o Bowman desde sus distintas tradiciones. Todos ellos tuvieron de hecho vínculos explícitos con la etnografía de la época, que hemos marcado oportunamente.

En la actualidad, el universo de trabajos se ha ampliado y complejizado incorporando las espacialidades de distintos grupos subalternos y minorías, tendiendo a la construcción de un conocimiento más amplio y múltiple de las lógicas espaciales humanas. Este conocimiento permite a su vez reconocer una complejidad ha sido invisibilizada por las prácticas, discursos y saberes hegemónicos. En este contexto, las “geografías del pastoreo” ponen en evidencia la persistencia de determinados desplazamientos y formas de apropiación material y simbólica de los espacios, asociado con una cierta organización social y un modo de ordenar el mundo. Reconocer estas dinámicas ha implicado en nuestro caso aproximarnos al reconocimiento de las tradiciones de distintas disciplinas y sus entrecruzamientos.

Objetos y acciones

En relación con la observación de Massey (1984) respecto a que los lugares, y el espacio en general, se construyen socialmente pero siempre “sobre algo”, hemos buscado concentrarnos en la dimensión material de las prácticas y reconocer los objetos¹, desde las peñas a las *casas*, asociados con éstas. Sin embargo, los objetos no pueden constituirse como entidades autoexplicativas con una vida propia, ni pueden ser desprendidos de sus contextos de producción y uso, y de las relaciones y prácticas en las que han surgido y a su vez favorecen. En relación con nuestros intereses y el enfoque que hemos adoptado en esta tesis, cabe recuperar brevemente en estas consideraciones finales la propuesta de Milton Santos (2006) respecto a que el análisis del espacio geográfico debe partir de considerar los “sistemas de objetos” y los “sistemas de acciones” que lo forman “como un cuadro único en el que la historia se da” (2006:39).

Considerado desde este enfoque, el espacio no debería ser estudiado como si los objetos que lo conforman tuviesen una existencia autónoma y a través de su sólo análisis material pudieran ser explicados. En la perspectiva de Santos (2006), estos objetos no permiten alcanzar un conocimiento si no son considerados en el marco de los sistemas de acciones. Las acciones son las que definen a los objetos y le dan un sentido particular tanto como, al mismo tiempo, son los objetos los que valorizan diferencialmente a las acciones (Santos

¹ Como lo ha entendido Santos, los objetos son, para la geografía, “todo lo que existe en la superficie de la Tierra, toda herencia de la historia natural y todo resultado de la acción humana que se objetivó” (2006:46).

2006). Acciones y objetos interactúan y se definen mutuamente en una relación dialéctica, tal que,

“Por un lado, los sistemas de objetos condicionan la forma en que se dan las acciones y, por el otro, el sistema de acciones lleva a la creación de objetos nuevos o se realiza sobre objetos preexistentes” (Santos 2006:39)

La referencia a la preexistencia de ciertos objetos sobre los que se realizan determinadas acciones pone en evidencia un aspecto importante para nosotros como es la centralidad del tiempo en los análisis. Acciones y objetos pueden estar asociados con temporalidades diferentes. En este sentido, cabe observar que nuevas acciones pueden contribuir a la creación de nuevos objetos o vincularse con otros ya existentes y resignificarlos. Puede existir entonces un desplazamiento en los tiempos de objetos y acciones. Si nos aproximamos a nuestras problemáticas, cabe observar que determinadas configuraciones espaciales en el marco de una *Casa* o la disposición de las *estancias* dentro de un *pastoreo* pueden ser una herencia de acciones históricas. Estos objetos serán potencialmente modificados y alterados a través de las acciones presentes y, a su vez, las condicionaran. Cuando una persona recibe su *pastoreo* tiene una cierta cantidad de *estancias* heredadas en ciertos emplazamientos que se correspondían con determinados recorridos. Esas *estancias* existentes de alguna manera van a condicionar las estrategias de pastoreo pero con el paso del tiempo serán asociadas a nuevos recorridos en el marco de la conformación de un también nuevo espacio doméstico².

Al respecto de la condición de sistema asociada al conjunto de objetos geográficos, Santos observó que,

“El enfoque geográfico supone la existencia de los objetos como sistemas y no como colecciones: su utilidad actual, pasada, o futura viene, exactamente, de su uso combinado por los grupos humanos que los crean o que los heredan de las generaciones anteriores” (2006:46)

El enfoque que hemos adoptado a lo largo de tesis a la hora de pensar, por un lado, la construcción del espacio doméstico como un todo y sus partes, y, por el otro, la significación en tanto *lugares* de determinados rasgos de la topografía dentro de un *pastoreo* están íntimamente vinculados con esta referencia de Santos (2006). Por lo pronto, hicimos referencia explícitamente a que el conjunto de los asentamientos de una *familia*,

² Recordemos que hemos considerado que uno de los niveles del espacio doméstico pastoril está asociado con la totalidad de los asentamientos de un grupo doméstico que maneja su propio rebaño.

sus *estancias* y el *domicilio* se conforman con una unidad en tanto y en cuanto son vinculados a través de determinadas acciones. Es decir, no todas las *estancias* dentro de un *pastoreo* forman parte del sistema de asentamiento de hecho, puesto que no necesariamente están incorporadas a las dinámicas del manejo de la *hacienda*. Hemos referido que en el recorrido estacional por cada uno de los asentamientos, la presencia concreta en algún momento del año junto con la *tropa* en éstos, y la celebración de los *lugares* a través de las *challas* tanto cotidianas, recordemos el *fumar por los lugares*, como especiales, por ejemplo en las *señaladas*, se constituyen como un “sistema de acciones” caracterizado por la integración entre las prácticas. Por otra parte, los *lugares* se producen a través de la significación de fragmentos del espacio, caracterizados por ciertos objetos naturales o antrópicos, a través de determinadas acciones.

Lo propio podríamos referir respecto a la condición y existencia del *domicilio*, y también la *casa en el pueblo*. En una primera mirada podríamos referir que la *Casa* es un objeto. Al mismo tiempo, sin embargo, hemos marcado la condición múltiple de una *Casa* constituida a su vez por *casas*. Cada una de estas *casas* tiene una cierta autonomía e independencia dentro de la *casa* tanto como las *familias* nucleares la tienen en el marco de la *familia* extensa de la que forman parte. En este sentido, un *domicilio* más que un objeto en sí mismo es un sistema de objetos. La vinculación e integración entre las partes está dada a partir de los vínculos presentes e históricos entre las personas en relación con estos espacios.

Escalas y territorialidades

El recorrido que nos hemos propuesto ha estado atravesado con una concepción multiescalar. Tal es así que hemos partido de una escala familiar para superponerla con otra comunitaria. A su vez, especialmente a través del rol del pueblo hemos tratado la integración conflictiva con otra escala nacional-estatal y, finalmente, la incorporación parcial y recortada a una escala transnacional dada por el rol que le cabe a Susques dentro del “Corredor de Capricornio”. En este sentido, hemos podido reconocer distintas territorialidades en las que participan las personas en Susques y que a su vez están asociadas con sus diferentes pertenencias. Partimos de entender a la escala no sólo como una herramienta metodológica que nos ha permitido distinguir determinados procesos, sino más bien como una construcción social que es el resultado de determinadas prácticas y relaciones. En este sentido, cuando hablamos de una escala familiar nos estamos refiriendo

a la espacialidad resultante de cierto tipo de vínculos entre las personas y de prácticas específicas que en este caso están íntimamente vinculadas con el pastoreo en tanto actividad esencialmente doméstica. Consideraciones similares podríamos hacer en relación con lo comunitario.

Nos interesa recuperar dos temas en relación con la multiescalaridad de las prácticas. Por un lado la articulación entre lo familiar y lo comunitario en el marco del pastoreo y la espacialidad asociada. Por el otro, la constitución de la territorialidad comunitaria en relación y contraposición con los procesos de organización territorial estatales de diferentes jurisdicciones administrativas.

Siguiendo lo propuesto por Khazanov (1994), que se pone en evidencia en las distintas descripciones etnográficas en los Andes, los grupos pastoriles presentan dos instituciones universales: la familia y la comunidad. La revisión de los casos muestra distintos tipos de relaciones entre ambas y un mayor o menor peso de una u otra. En todo caso, es la familia la que se constituye como unidad productiva en tanto y en cuanto es la propietaria de los animales y encargada de su manejo. Estas familias, de acuerdo a Khazanov (1994) tienden a agruparse en el marco de una institución colectiva, la comunidad, que suele estar orientada al manejo, control y distribución de ciertos recursos, fundamentalmente las pasturas. Tal como hemos podido reconocer en la comparación de los casos entre las poblaciones andinas, la centralidad de la comunidad en este rol de control del acceso a las pasturas no es universal y en ciertos casos, por ejemplo Susques, éstas son también de propiedad exclusiva de las familias. En todo caso, las formas comunitarias sí parecieran estar asociadas con la defensa y presentación de ciertos intereses de las familias frente a otros actores externos, por ejemplo el estado. El propio Khazanov (1994) planteó la existencia de un “grupo de parentesco primordial” entre ambas instituciones que se constituye por distintas familias que reconocen un ancestro común y que pueden llegar a colaborar en ciertas tareas.

Lo que nos ha interesado en estas tesis han sido las territorialidades asociadas con estas formas de la organización social pastoril, tal como hemos podido reconocerlas en Susques. Estas instituciones están asociadas con escalas espaciales particulares marcadas por determinadas territorialidades y ciertos *lugares*. En nuestro caso en particular, la *familia* se constituye como el eje de la organización productiva del pastoreo y a su vez es la

propietaria no sólo del rebaño sino también de las tierras de pastoreo sobre las que tienen acceso exclusivo. A partir de esto hemos planteado la existencia de territorios familiares de pastoreo, aquellos que se conocen precisamente como *pastoreos*. A lo largo de estos *pastoreos* cada *familia* tiene sus *estancias* y su *domicilio*, como parte de su sistema de asentamiento, entre los que se desplaza a lo largo del año. La territorialidad familiar está vinculada por un lado con la definición de un límite formal en negociación y disputa con las *familias* linderas, y por el otro con la apropiación material y simbólica de determinados *lugares* que son constantemente creados y recreados enfatizando la profundidad histórica de la presencia del grupo. Ambas aristas sostienen lo que hemos referido como la superposición de un territorio-red sobre un territorio-zona.

En tanto y en cuanto los derechos sobre estos *pastoreos* se transfieren de generación en generación, de acuerdo a las normas locales de herencia, existe un vínculo histórico entre determinadas *familias* con su territorio tal que se presenta una asociación colectivamente reconocida entre determinados topónimos con ciertos patronímicos. Los *pastoreos*, y este es un punto importante, no son solo una expresión o consecuencia de la organización familiar sino que hacen a su constitución. El control sobre una porción del territorio por parte de una *familia*, la identifica y delimita en el concierto del colectivo que conforma Susques. De esta manera, la *familia* y el *pastoreo* se definen mutuamente. El Censo de la “Comunidad Aborigen ‘Pórtico de los Andes’” del año 2000, definido localmente, no hace más que poner en evidencia esto. Lo que allí se denomina “núcleos familiares” tiene un correlato directo con fragmentos del territorio colectivo tal que podríamos reconocer a la comunidad tanto a partir de su territorio como de las *familias* que la conforman. En buena medida, el territorio colectivo se define a partir de la suma de los distintos *pastoreos* que corresponden a *familias* de Susques, de aquellos que son *vecinos del lugar*. En este sentido, la pertenencia a Susques está asociada con los vínculos históricos con porciones de su territorio.

Lo que Khazanov (1994) denominó el “grupo de parentesco primordial” también podría ser reconocido en Susques a través de su constitución espacial. Los mismos procesos de transmisión de derechos sobre los *pastoreos* y las *casas* que referimos más arriba con el tiempo van creando asociaciones de *familias* emparentadas, las más de las veces patrilinealmente, y linderas. Los *pastoreos* se van fisionando y repartiendo entre hermanos tal que el resultado en el tiempo son grupos de *pastoreos* linderos que se corresponden con

familias que comparten un mismo apellido y, en muchos casos, un ancestro común. Los agrupamientos de *domicilios*, a los que también nos referimos, pueden ser reconocidos también como la explicitación del vínculo entre determinadas *familias*.

En relación con la constitución de un colectivo denominado Susques, tal como hemos indicado, el mito de origen plantea explícitamente que su conformación surgió del encuentro de una cierta cantidad de *familias*, las del Norte y las del Sur, que vivían en torno al *lugar* en que se construyó la capilla destinada a la virgen. Si bien actualmente esta dualidad no tiene la misma importancia, históricamente, como hemos podido entrever a través de estas dos *secciones* se organizaba social y espacialmente Susques, tanto en el campo como en el pueblo. El propio acto de construcción del templo se presenta en los relatos como la expresión explícita de la unión de las mitades. En este sentido, el pueblo, y particularmente la capilla, se constituyen como *lugares* colectivamente significativos, a diferencia de los *lugares* de las *familias*, y así se expresa en determinadas acciones a lo largo del año.

El encuentro entre los *santitos* y la Virgen de Belén en sus distintas fiestas pone una vez más en evidencia la reunión entre lo familiar y lo comunitario³. La pertenencia a una *familia* y a la comunidad no está en una oposición directa sino que se superponen, y se activan y desactivan en ciertos momentos. Tanto es así que la pertenencia comunitaria se da, de hecho, a través de la pertenencia a una *familia*. A través de la comparación con las etnografías de otras poblaciones pastoriles en los Andes, podríamos observar que la *familia* en Susques, al igual que en Huancar (Göbel 2000/2002), asume ciertos roles, particularmente el control sobre las pasturas, que en otros sitios le corresponden a las instituciones comunitarias. Sin embargo, eso no significa en modo alguno que dejen de existir formas comunitarias particulares, con una territorialidad asociada, en las que se enfatiza una identidad colectiva a través de ciertas acciones.

Hemos insistido en diferenciar lo que analíticamente hemos denominado comunidad, es decir el colectivo de *familias* que se consideran parte de Susques, de la figura de la “Comunidad Aborigen”. Pese a que ambas se componen de las mismas personas y sus territorios tienen una coincidencia prácticamente total, asimilar la comunidad a la

³ Esto también tiene una expresión espacial. Mientras que las *casas* de los *santitos* son los *oratorios* familiares, la de la Virgen de Belén es la capilla en el pueblo.

“Comunidad Aborigen” implicaría invisibilizar otras formas de organización que no están contenidas por la segunda. Incluso, aunque los territorios coincidieran completamente las territorialidades asociadas a una y otra son distintas. La conformación del territorio de la comunidad está vinculada con ciertas prácticas rituales que se expresan particularmente durante ciertas celebraciones como el carnaval o las fiestas patronales en las que se reconstruyen los lazos que vinculan a las diferentes *familias* tal que se presenta un equilibrio inestable entre lo familiar y lo comunitario. La constitución del territorio de la “Comunidad Aborigen”, en cambio, está vinculada con la disputa y negociación frente a los estados nacional y provincial y se produce desde la legalidad de éstos, que resulta en la forma de una “propiedad comunitaria” que no evidencia la importancia de las *familias* en los vínculos con sus *pastoreos*⁴. Tampoco se trata de figuras opuestas, más bien deberíamos observar que en ciertos momentos la comunidad asume la forma de la “Comunidad Aborigen”.

Debemos volver también sobre la diferenciación frente a la figura de la Comisión Municipal como forma de la administración y órgano de gobierno del estado. Si bien Susques es la sede de una Comisión Municipal, su territorio incluye al de éste pero lo excede al incorporar a otras comunidades. En realidad debemos observar que ambas definiciones parten de territorialidades diferentes que están superpuestas en algunos casos incluso conflictivamente. Tal es el caso de Aguas Blancas, en las cercanías de Susques, cuyo territorio comunitario está dividido entre las jurisdicciones de las provincias de Jujuy y Salta. En este sentido se trata de dos tramas de organización del espacio que coexisten y lo significan de maneras diferentes. Es interesante observar que la imposibilidad de obtener los datos de la población dispersa que corresponden a Susques, en tanto comunidad y no “Comisión Municipal”, a través de los Censos Nacionales no surge de un problema técnico sino que es una expresión de estas diferencias. En los Censos se relevan y desagregan los datos en función de las divisiones político-administrativas creadas por el estado que se superponen sobre otras formas de organización social y espacial. En los resultados entonces se están integrando datos correspondientes a unidades sociales que pueden considerarse a sí mismas diferentes, mientras que otras son disgregadas.

⁴ Aunque desde la “Comunidad Aborigen” sí se reconoce la propiedad individual hacia el interior.

El pueblo es un campo interesante de análisis en tanto asume también una doble condición. Por un lado es el centro simbólico en el que se condensa el sentido de lo colectivo asociado con Susques; por el otro, es la sede de la Comisión Municipal y es la máxima expresión de la presencia del estado a través de sus instituciones y políticas⁵. Estas conformaciones están asociadas también con determinadas acciones en el espacio urbano. Un caso interesante de esta superposición se da durante las Fiestas Patronales, el mismo 23 de Enero. Ese día por la mañana se lleva a cabo, luego de una misa, la peregrinación con los santos y vírgenes por las calles de Susques saliendo de la capilla de tal manera que se intenta abarcar, en un giro que se pretende antihorario, la totalidad del espacio urbano⁶. Luego de la peregrinación, comienzan otras actividades que están vinculadas con otros actores y espacios. En particular nos referimos al desfile “cívico” que se desarrolla a lo largo de la Avenida San Martín, a la que hemos consignado como el eje institucional, presidido por las autoridades municipales, eventualmente algún ministro provincial y diputados, que se ubican en un “palco oficial” en la entrada a la Comisaría frente a la Comisión Municipal. En una misma jornada se ponen en evidencia las dos condiciones y escalas con acciones diferentes que organizan de maneras específicas el espacio urbano.

Finalmente, el pueblo de Susques, además de centro simbólico de la organización comunitaria y centro político-estatal, es un nodo dentro de la red de circulación del “Corredor de Capricornio”. Mientras que podríamos observar que el primero está asociado con la capilla y el segundo con el edificio de la Comisión Municipal y el resto de las instituciones públicas, este último está vinculado con la infraestructura aduanera que se construyó en el pueblo y los distintos comercios que giran a su alrededor. La vida cotidiana de muchas personas en Susques está vinculada directamente con brindar una cierta cantidad de servicios a los transportistas y al personal de las reparticiones oficiales. Otros incluso aprovechan la posibilidad de transporte informal que brindan los camiones para llegar a sus *domicilios* en el campo.

En todo caso, estas tres condiciones y escalas, y otras que se podrían detectar, no pueden ser separadas tan drásticamente en tanto y en cuanto en la práctica están superpuestas e imbricadas de modos complejos y cambiantes. Las personas juegan determinados papeles

⁵ Esto también está vinculado con la centralidad de lo urbano en la concepción territorial estatal.

⁶ Recordemos que esta peregrinación solía recorrer y conectar los cuatro *calvarios* que están en los cuatro puntos cardinales en las afueras del pueblo.

en lo cotidiano como parte de una *familia*, de una comunidad, de una “Comunidad Aborigen”, de una serie de definiciones estatales y, también, de una red de transporte comercial internacional.

Una vida en movimiento

A lo largo de la tesis hemos marcado la existencia de distintas movilidades a través de las cuales las personas recorren, y al recorrer producen, determinados espacios. De hecho, una de las condiciones características del pastoreo como práctica es la intensa movilidad que está asociada. Efectivamente, un rasgo significativo de la vida en Susques, es que la mayoría de las personas, aquellas que trabajan en el día a día con la *hacienda* pero también las que no, están en un constante e intenso movimiento. A largo de estos años de trabajo de campo, una de nuestras principales actividades ha sido dilucidar en dónde las personas se encontraban, si en el campo o en pueblo, en cuál de sus *casas* estarían con su *familia*, en qué *estancia* estarían con el rebaño en ese momento del año, o si habían viajado a San Salvador o Abra Pampa para visitar parientes, hacer trámites o vender y comprar, o lo propio en Villazón. En relación con esto, podríamos sostener que nuestro trabajo de campo siempre empezaba en la terminal de colectivos de San Salvador de Jujuy. Es que las personas en Susques van y vienen permanentemente, y estos recorridos también están asociados con las diferentes escalas.

La cotidianeidad de la población de Susques, como en otras sociedades pastoriles, nos pone en evidencia aquello que planteó Linda McDowell (1999) respecto a que las movilidades no son un nuevo rasgo constitutivo exclusivamente de las “aceleradas” sociedades capitalistas, ni tampoco son una novedad propia de aquello que se llama el “mundo actual”. A partir de esto, Zusman, Hevilla y Molina han observado que “los desplazamientos han sido constitutivos de todas las épocas y que sólo recientemente han dejado de considerarse como un apéndice de la sociedad, para conceptualizarse como un aspecto constitutivo de la misma” (2006:255). Estos mismos autores han marcado cómo ciertas movilidades han tendido a ser puestas en positivo en tanto otras han sido históricamente negativizadas. Mientras que las “movilidades de los tiempos rápidos” son aceptadas e incluso impulsadas, a aquellas propias de los “tiempos lentos” son habitualmente llevadas, y hasta forzadas, al cambio (Zusman et al. 2006). Esta distinción de “tiempos” pareciera ser útil para poder diferenciar las acciones.

El estudio de una sociedad pastoril nos muestra que esta diferenciación no está asociada con la intensidad sino más bien con su velocidad y especialmente en la trascendencia de lo que sucede mientras se da el desplazamiento. Si en las de los “tiempos rápidos” lo importante pareciera ser el destino, el llegar, y lo que sucede mientras tanto se constituye como una mera espera, en las movilidades de los “tiempos lentos” el propio recorrido y el transcurrir el espacio es en sí misma una acción significativa. Podríamos vincular esta distinción con las movilidades asociadas al pastoreo por un lado, y las circulaciones de camiones que pasan por Susques con destino a Chile, Paraguay o Brasil. Las movilidades que hemos podido reconocer a lo largo de los capítulos, propias de los “tiempos lentos”, presentan distintos grados de interacción/adequación con las de los “tiempos rápidos”.

Un punto central a remarcar es que al recorrer las personas en Susques están conectando *lugares*, pero no se trata de *lugares* que existen de hecho sino que son producidos a través de esas acciones. A su vez, al desplazarse están conectando también tiempos, están vinculando su presente con el tiempo de los *abuelos* a través de los “senderos de la memoria”, tanto literalmente por los caminos entre las peñas como a través de los caminos simbólicos en las *challas*. Dentro de estas movilidades hemos considerado en primer lugar los dos tipos de desplazamientos que las pastoras realizan junto con la *tropa*. Por un lado, aquellos estacionales que implican ir recorriendo las distintas *estancias* y el *domicilio* siguiendo un ciclo que tiende a repetirse con variaciones cada año. Como hemos planteado en el caso de Susques, en comparación con otros grupos pastoriles descritos en los Andes, estos desplazamientos adquieren una particular intensidad que puede alcanzar incluso más de diez cambios de asentamiento por año. Al mismo tiempo, la pastora traza recorridos cotidianos dentro del área en torno a cada *estancia* en el marco de su estrategia de sostenimiento de la *hacienda* y de manejo de recursos.

Podríamos ubicar también dentro de estas movilidades domésticas a los recorridos que algunas *familias* siguen sosteniendo llevando a sus *santitos* desde el *oratorio* hacia la Capilla de Nuestra Señora de Belén. En este caso en realidad, la esfera doméstica se está insertando en la comunitaria a través de la representación de las imágenes. Esto se pone en evidencia particularmente en las Fiestas Patronales cuando, al menos en términos teóricos, todas las *familias* llevarían sus santos a visitar a la virgen. Como hemos planteado en el capítulo 6, los distintos recorridos durante el carnaval son importantes en la constitución de este colectivo. Durante las primeras jornadas las *cuadrillas* van visitando a distintos

familiares en sus *domicilios* en el campo y actualizando sus vínculos. El martes de carnaval en cambio se está evidenciando la existencia de las dos *secciones* que conforman Susques y se actualizan los lazos que las unen. El camino hacia Susques desde los *domicilios* no está simplemente expresando los vínculos colectivos sino que estos se están creando en el propio acto de recorrer el espacio, transformándolo y conectando *lugares* en el camino.

Finalmente, hemos consignado otras movilidades asociadas con los vínculos y articulación de la población de Susques con otros espacios, particularmente a través de las peregrinaciones y los viajes de intercambio. Es interesante recordar que ambas están presentes de distintas maneras incluso en los relatos sobre el origen de Susques. A través de las peregrinaciones, se construyen y actualizan vínculos en lo que podríamos considerar una escala regional. Estos vínculos se constituyen, de alguna manera, en una forma similar a la que se da con las visitas de los *santitos* a la Virgen de Belén. En este caso es la propia Virgen de Belén la que *viaja* para visitar a otras vírgenes y santos en sus respectivas fiestas patronales. Nos hemos referido particularmente a la peregrinación hacia Rosario de Coyahuaima para la fiesta de la Virgen del Rosario, pero esta es sólo una de las posibles.

Los viajes de intercambio han estado asociados con la consolidación de vínculos con el “afuera” en una escala regional pero también han respondido a la necesidad propia de las sociedades pastoriles de acceder a ciertos productos que no son obtenibles localmente dentro de una estrategia de complementariedad⁷. La población de Susques ha tenido lazos habituales a través de los viajes periódicos que se realizaban a los Valles Calchaquíes, especialmente Molinos o Cachi, la Quebrada de Humahuaca o los oasis en el Norte de Chile, como por ejemplo Toconao o Socaire. Como indicamos oportunamente estos viajes de intercambio se han debilitado profundamente en las últimas décadas tal que sólo hemos podido reconocer a una *familia* en Susques que los realiza con periodicidad y otras que lo han hecho muy esporádicamente. Esta práctica de los viajes, aún debilitada, se articula con el acceso a los productos por otras vías asociadas con los vínculos de la población en otras escalas. Un rol central le cabe a la compra de los productos en las distintas despensas en el pueblo o incluso en San Salvador de Jujuy, aunque en menor medida. Estos productos comenzaron a llegar a Susques desde los grandes centros urbanos con una relativa facilidad a partir de la apertura y pavimentación de la Ruta Nacional 52. A esto debemos sumar la

⁷ Para ampliar respecto a los viajes de intercambio en el área ver Göbel (1998).

participación de algunos pobladores de Susques en distintas ferias donde se intercambian o comprar algunos productos. La realización de los viajes, las ferias o la compra en comercios forman parte de las estrategias diversas para acceder a ciertos productos. A su vez, dan cuenta de las relaciones y la movilidad de la población de Susques en distintas escalas.

La construcción continua del espacio

En relación con lo planteado hasta ahora, hemos enfatizado particularmente el hecho de que el espacio está sujeto a un proceso de producción constante. Esto está asociado con la idea de Massey (2005) respecto a la necesidad de una concepción no esencializada, múltiple y fundamentalmente dinámica del espacio. Tal como lo indicamos oportunamente, de acuerdo a esta autora, la condición dinámica del espacio nos lleva a considerar su incompletitud intrínseca. El espacio no existe de hecho ni es inmutable, sino que está en una constante construcción y reconstrucción tal que el presente se constituye sólo como una “historia-hasta-ahora”. En el marco de esa construcción permanente se expresan y contienen relatos de distintos tiempos en los que se producen sus territorios y lugares. Esta condición plantea un problema a la hora de graficar los procesos. Más allá de las referencias a las etapas, la totalidad de las representaciones de las *casas* o los *pastoreos* que hemos incluido dan una irremediable imagen de estaticidad que contradice su condición dinámica. En relación con esto, esas imágenes sólo muestran esa “historia-hasta-ahora”.

Tal como hemos observado, tanto los *pastoreos* como los *lugares* y las *casas* están sujetos a procesos constantes de cambio en su configuración como en su significación. En los *pastoreos* se van sucediendo fusiones y fisiones de la mano con los cambios en las *familias* dentro de su ciclo de vida. A su vez, cambian las trayectorias en su interior con los cambios en las estrategias de pastoreo y con la construcción de nuevas *estancias*, el abandono y la reutilización de otras. Las formas y objetos del pasado, tanto como los recorridos, se acumulan y constituyen como una “inercia dinámica del pasado” (Santos 1985).

En cada *pastoreo* se superponen entonces acciones y objetos actuales con acciones y objetos heredados. Las “rugosidades” de los *pastoreos* evidencian las continuidades y

rupturas en las vivencias y construcciones del espacio⁸. En ningún momento los *pastoreos* se constituyen desde cero, con una condición enteramente nueva, sino que se parte siempre desde los sentidos heredados, actualizados y recreados. Lo propio ocurre con los *lugares* de la *familia*. A su vez, a través de la *Casa* se reconoce aún más claramente la dinámica compleja de la construcción permanente y la condición de proyecto abierto sujeto a nuevas incorporaciones de espacios. Hemos desarrollado en el capítulo 9 el modo en que la *Casa* se modifica en relación con el ciclo de vida de las *familias*, dentro de un proceso de cambio en paralelo. Por otra parte, en la *Casa* también se evidencia la superposición de las nuevas formas con aquellas heredadas, en el marco de la continuidad de una conformación en torno al *patio*. Lo nuevo se superpone sobre lo existente resignificándolo.

La vida urbana y ¿la “muerte del pastoreo”?

En distintos momentos a lo largo de los distintos capítulos hemos insistido en que a partir de la década de 1970, pero particularmente en la de 1990, cada vez más personas se radicaron en forma permanente en el pueblo, en muchos casos con escasa relación con la producción pastoril. Esto nos fue referido explícitamente por un poblador de Susques durante una conversación,

Alrededor de 1970 en adelante han empezado a crecer las familias, a crecer la familia muy de golpe, porque antes era más reducido, más reducido, sería que tenían pocos hijos, no sé. ¡No! Es que el terreno era bastante grande y había lugar más. A partir de los setenta ya han empezado nuestros abuelos, nuestros padres a darnos de esos terrenos grandes que tenían a dividirlos a todos los hijos. [Los pastoreos empezaron] a reducirse y pero si se seguía criando hacienda hasta 1990 que ha empezado a caer de golpe. Pero ya no, ya no... Ya se ha empezado a venir la gente al pueblo porque ya había esa política de que todos tenían que ir a estudiar. Ya de ahí en adelante salieron los planes que ya nadie quería ir al campo. Y llegó hasta este momento que la juventud no tiene, no tiene noción de salir al campo. Ahora en estos momentos, en estos momentos estamos todas las personas mayores en el campo, por supuesto los hijos van a veces a vernos así. Yo he hablado con muchos padres, “no mi hijo va a verme a veces cuando puede”, dice. Lo

⁸ Tal como lo definió Santos, las “rugosidades” son “lo que queda del pasado como forma, espacio construido, paisaje, lo que queda del proceso de supresión, acumulación, superposición, con que las cosas se sustituyen en todos los lugares” (2006:92)

estamos criando nosotros los viejitos. Es decir, de la misma edad mía, para atrás, están todos en el campo. De la edad mía para adelante ya poco están en el campo. (F.C. 2009).

Las referencias a las faltas de interés por parte de los más jóvenes son recurrentes en las conversaciones con las personas mayores de Susques. Esto pareciera tener un cierto correlato en la práctica puesto que, más allá de algunas excepciones, no es tan común encontrar menores de 40 años trabajando con la *hacienda*. Algunos mayores incluso plantean su preocupación respecto al futuro de su *tropa* una vez que ellos hayan fallecido. En nuestras primeras observaciones estuvimos muy cerca de la idea de que lo que estábamos observando eran los últimos estertores de una práctica condenada a desaparecer. Una de las ventajas de encarar un trabajo de campo prolongado es que permite reconocer ciertos procesos en un tiempo más amplio y tomar distancia de las impresiones momentáneas. En todo caso es difícil predecir el futuro de esta práctica, sin embargo nuestro trabajo en Susques nos ha mostrado que estas sentencias respecto a la desaparición de los pastores requiere, al menos, un análisis cuidadoso.

Sin dudas, la centralidad que ha ido ganando el ámbito urbano implicó un cambio radical. Ya no es posible encontrar a las *familias* completas trabajando con la *hacienda* en el campo sino más bien alguna mujer sola. La residencia urbana de, podemos sostener, la mayor parte de la población de Susques conllevó a que menos manos estén disponibles para manejar la *tropa* o para reparar las *casas* y *corrales*, y menos aún para construir nuevos. Al mismo tiempo las posibilidades de empleo formal público o privado en el pueblo y los beneficios sociales como las pensiones o los planes asistenciales han permitido que las personas tengan un ingreso monetario más o menos previsible. Difícilmente exista hoy en día en Susques alguna *familia* que se sostenga mayormente de los productos surgidos del pastoreo.

Sin embargo, esto no significa que el pastoreo haya perdido su centralidad como la práctica que organiza las relaciones y el tiempo y espacio susqueños. Por un lado, cabe observar que si bien son pocas las personas destinadas hoy en día tiempo completo a la *hacienda*, no son tan pocos los que llevan una vida entre el campo y el pueblo. Una respuesta habitual cuando se busca a alguien es, *No está, se fue para el campo*. Irse al campo y volver es una actividad habitual de muchas personas que han intentado integrar, no sin tensiones, una vida en el pueblo con las responsabilidades hacia los miembros de su *familia* que están con

la *hacienda*. Los mismos recursos surgidos de los empleos formales les han permitido a algunas *familias* comprar algún vehículo o al menos alquilar uno de tal forma que acercarse hasta su *domicilio* es mucho más sencillo. En términos generales pareciera ser significativa, al menos para la economía susqueña, la cantidad de recursos monetarios para transporte o mercaderías que se inyectan en el sostenimiento del pastoreo y de las personas dedicadas a la *hacienda*. De alguna manera, la disponibilidad de un empleo es un factor más dentro de las estrategias de subsistencia de los pastores. En este sentido, campo y pueblo no son realidades opuestas sino que están integradas de infinitas maneras en la vida cotidiana donde naturalmente no faltan las tensiones. La obligatoriedad de la asistencia de los niños a la escuela sigue siendo un factor sensible en la organización de las *familias* en tanto obliga a que parte de sus miembros deban permanecer en el pueblo cuidándolos en lo cotidiano. No casualmente durante las vacaciones escolares o incluso en los fines de semana la cantidad de personas que están en el pueblo baja sensiblemente.

En términos espaciales, el cambio en la dinámica del pastoreo más que una desterritorialización, en el sentido de la pérdida de las referencias territoriales por parte de la población, implicó una reterritorialización signada por el cambio del rol del pueblo. Siguiendo a Haesbaert (2005), el resultado es la integración compleja del espacio urbano en las dinámicas pastoriles y su incorporación incluso en los recorridos, resultando en múltiples territoriales superpuestas correspondientes a distintas escalas. Tal como observó Göbel (2002) para el caso de Huancar, el pueblo de Susques forma parte de la estrategia de movilidad de las *familias*, y la *casa en el pueblo* es una parte importante de ese único espacio doméstico en el que se desenvuelve la vida de la *familia*, tanto como un *domicilio* o las *estancias*. Mientras algunos de los miembros están en las *estancias*, otros están en la *casa en el pueblo*, o van y vienen.

La mayor parte de las *familias* de Susques mantiene algún tipo de vínculo con sus *pastoreos* y la *hacienda*. La vida de las personas en Susques sigue estando organizada en torno a la espacialidad y temporalidad de la actividad pastoril, más allá del tiempo y vínculo concreto que tengan con los animales. El sostenimiento del pastoreo está asociado por un lado con el mantenimiento de una fuente de recursos para la vida. Frente a la percepción de permanente inestabilidad asociada con los empleos tanto privados como públicos, *la hacienda siempre está*. Mantener la vitalidad del rebaño implica entonces contar un reaseguro ante cualquier tipo de contingencia. Pero además, sostener la *tropa*

significa mantener también la presencia en las *estancias* y el *pastoreo*, y especialmente los vínculos del grupo familiar con sus *lugares*. Esto no es menor en un contexto en el que como hemos visto la pertenencia a una *familia* y a Susques como un colectivo tiene una fuerte definición territorial.

Procesos en tiempo real y la persistencia en la negación de la otredad

Mientras escribíamos esta tesis, Susques y su población comenzaron a quedar incorporados en el mundo de las explotaciones mineras transnacionales de gran escala. Al menos dos empresas, la canadiense Lithium America y la australiana Orocobre comenzaron con el proceso de explotación de litio en los Salares de Cauchari y Olaroz respectivamente, situados al Este de Susques⁹. Si bien por la inmediatez de los hechos y el momento de irremediable cierre que implica una tesis, no hemos analizado este proceso, tampoco podemos dejar de dedicarle al menos unos párrafos finales.

Susques supo tener un rol, más que menor seguramente, en el contexto de las explotaciones mineras coloniales y posteriormente las explotaciones de boratos en los alrededores han tenido alguna importancia. Sin embargo había quedado ligeramente desplazado del eje de las grandes explotaciones mineras que se están desarrollando en otros sectores de la Puna y del país. En la asamblea comunitaria de febrero de este mismo año, 2010, nos tocó asistir a la “presentación en sociedad” de una de las empresas, Orocobre. Algunos de sus representantes explicaron los beneficios que supuestamente representaría para la población el comienzo de las explotaciones formales a partir de un “efecto derrame”. Estos beneficios incluían una serie de compromisos que iban desde la búsqueda de fuentes de agua hasta la construcción de un espacio para la disposición final de residuos sólidos. Por lo pronto, algunos pocos pobladores de Susques han comenzado a trabajar en las empresas y la totalidad de los hoteles locales llevan varios meses con ocupación plena.

Más allá de las consideraciones que puedan hacerse respecto al rol y acción de la minería, el reparto y los destinatarios de los beneficios de los emprendimientos o los pasivos ambientales, entre otros muchos temas que requieren una profunda discusión, está claro que el inicio de estos emprendimientos plantea un nuevo escenario en Susques. Si con la

⁹ La importancia actual de la explotación del litio surge de su uso como materia prima para la fabricación de baterías eléctricas, particularmente para automóviles. No casualmente Lithium America está asociada en este emprendimiento con la empresa automotriz Mitsubishi y Orocobre con Toyota.

apertura del Paso de Jama se constituyó como un nodo dentro del “Corredor de Capricornio”, a partir de estas inversiones quedará incorporado en tanto centro de explotación de recursos lo que implicará sin dudas nuevas territorialidades que superpondrán conflictivamente sobre las existentes.

A propósito de estas inversiones, a principios de noviembre de 2010, se publicó en el diario Clarín un artículo sobre la explotación del litio en Argentina, particularmente en el Salar de Cauchari, en el que se ensalzaban sus posibilidades futuras. Vale la pena extraer algunos párrafos en el cierre de la tesis,

“A unos cien kilómetros al sur de Purmamarca, Jujuy, y en la desolación de la Puna hay un paraje llamado Susques. Y desde hace un par de años, cuando el geólogo Waldo Pérez se dio cuenta que en esa zona había mucha riqueza escondida, Susques dejó de ser un punto perdido en el mapa. El paraje de 300 habitantes se transformó en la base de operaciones de Lithium America, presidida por Pérez, que cotiza en la bolsa de Toronto y posee, a 8 kilómetros de allí, en un área bautizada Cauchari, 43.400 hectáreas que está dando que hablar”

Luego de describir las características de las inversiones, el texto se cierra con una frase prometedora,

“Los más entusiastas de este negocio aventuran, incluso, que la Puna boliviana y argentina podría llegar a ser Arabia Saudita”¹⁰

Las referencias en este texto nos permiten aproximarnos a lo que podríamos llamar la persistencia de la negativización de la Puna. Tal como se lo expone, Susques era “un punto perdido del mapa” hasta que un geólogo registró las posibilidades del litio en sus cercanías. A partir de ese momento Susques dejó de ser “un punto perdido” y, al igual que el resto de la Puna, con la explotación del litio puede “llegar a ser Arabia Saudita”. En esta lógica, las posibilidades de Susques no parten de las prácticas de sus pobladores sino más bien de la explotación de un recurso que simplemente está allí.

Este texto, como otros construidos histórica y actualmente, forma parte de un discurso que se ha constituido como hegemónico. Así, muchas de las imágenes y relatos que se construyen sobre la realidad puneña y su población siguen siendo ajenas, irremediablemente distantes. Son miradas extrañadas, no en el sentido de implicar la posibilidad de reconocimiento de la diferencia, sino más bien por estar imbuidas de una notable y profunda incomprensión de las lógicas locales. En este sentido, las imágenes

¹⁰ Naishtat, Silvia “La Argentina ya tiene en marcha el tercer yacimiento de litio del mundo”. Diario Clarín, Suplemento iEco, 1 de Noviembre de 2010

construidas en los relatos de aquellos viajeros y funcionarios que consignamos en el capítulo 3 han demostrado una notable persistencia constituyéndose como una pesada herencia. De hecho la minería ya se presentaba en aquellos textos como la única opción para la Puna, ante la falta, según entendían, de otras posibilidades.

De alguna manera, aquellas observaciones parecieran incorporadas a un sentido común más o menos generalizado que funciona como un prisma desde el que leemos las prácticas y la existencia de las poblaciones puneñas. Irremediamente, aunque ya sin una referencia tan explícita al progreso, la Puna pareciera que sigue siendo un espacio que debe ser transformado. Las características ambientales en muchos casos se siguen considerando como una explicación total y plena de la realidad puneña. Esto está asociado con una mirada que se sostiene en la negativización de las prácticas de la población que suelen ser reducidas a un mero “a pesar de”. Las densas lógicas nativas tienden a ser irremediamente invisibilizadas o convertidas en una supervivencia romántica de “un mundo que se va”, como rezaba en su título el libro de von Rosen (2001 [1916]). En este contexto, con esta tesis hemos pretendido reconocer los puntos de vista de los pobladores de Susques y observar esta densidad con la que en su vida cotidiana crean y recrean sus espacios. Y al mismo tiempo, desde ese reconocimiento, interpelar a este sentido común que insiste en la construcción de la Puna como un lugar que es imposible e insoportable, que sigue siendo pensada como un “desierto”, un “vacío” a llenar.

Maimará, Diciembre del 2010

Bibliografía y fuentes de archivo

Fuentes consultadas

Archivo General de la Nación (AGN)

Series Históricas III (SH), *Libros copiadore del Territorio de Los Andes*

Sala IX, 7-7-1

Archivo fotográfico

Archivo y Biblioteca Nacional de Bolivia (ABNB)

Archivo del Arzobispado de Santiago de Chile (AASC)

Parroquia de San Pedro de Atacama

Libro de Matrimonios

Libro de Bautismos

Libro de Defunciones

Parroquia de Susques

Libros parroquiales de Matrimonios y Bautismos. 1943-2009

Archivo del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano (INAPL)

Encuesta Nacional de Folclore de 1921

Museo Etnográfico, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires

Archivo fotográfico y documental. Colección Eric Boman

Centro de Documentación de Arquitectura Latinoamericana (CEDODAL)

Archivo fotográfico y de postales históricas de la provincia de Jujuy

Bibliografía citada

Abeledo, Sebastián (2008) *Los Pastores de la Altura. Una mirada evolutiva de la vida en la Puna de Atacama*. Tesis de licenciatura en Ciencias Antropológicas. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Abercrombie, Thomas (2006 [1998]) *Caminos de la memoria y del poder. Etnografía e historia en una comunidad andina*. Instituto de Estudios Bolivianos e Instituto Francés de Estudios Andinos. La Paz.

Agnew, John, David Livingstone y Alisdair Rogers (Eds.) (1996) *Human Geography. An essential anthology*. Blackwell Publishing.

Amerlick, Mari-Jose (Ed.) (2001) *Architectural anthropology*. Bergin and Garvey.

Andermann, Jens (2000) *Mapas de poder. Una arqueología literaria del espacio argentino*. Beatriz Viterbo Editora, Rosario.

Anderson, Benedict (1983) *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica.

Ardissone, Romualdo (1937) "Algunas observaciones acerca de las viviendas rurales en la provincia de Jujuy". En: *GAEA. Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos*, Tomo V. Imprenta y Casa Editorial "Coni", Buenos Aires.

Ardissone, Romualdo (1948) "Contribución al estudio de la vivienda argentina". En: *Revista Humanidades*, Tomo XXXI.

Arnold, Denise (1998) "La casa de adobe y piedras del Inka: Género, memoria y cosmos en Qaqachaka". En: Arnold, D.Y., D. Jiménez y J. Yapita. *Hacia un Orden Andino de las Cosas*. Hisbol/ILCA. La Paz.

Asencio, Miguel, Rafael Iglesia y Héctor Schenone (1974) *Arquitectura en el altiplano jujeño*. Librería Técnica CP67, Buenos Aires.

Barada, Julieta, Constanza Tommei y Evelin Nani (2010) "Usos y formas del adobe: Una aproximación desde la práctica constructiva en Susques y Rinconada". En: Tomasi, Jorge y Carolina Rivet (2010) *Puna y Arquitectura. Trabajo con la comunidad y construcción con tierra*. Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, Universidad de Buenos Aires. En prensa.

Barros, Claudia (2000) "Reflexiones sobre la relación entre lugar y comunidad". En: *Documents D'Análisi Geográfica*, 37.

Barros, Claudia (2001) "La antropogeografía en Buenos Aires. Surgimiento y desaparición de un espacio académico en la Argentina de principios del siglo XX". En: *Terra Brasilis*, 3. Dossier América Latina.

Bernard, Augustin y Edmond Doutté (1917) "L'habitation rurale des indigènes de l'Algérie". En: *Annales de Géographie*. Tomo 26, N° 141.

Benedetti, Alejandro (2002) "Susques: de "Despoblado" a "Pórtico de los Andes". Transformaciones territoriales en la frontera norte argentino-chilena (Siglo XX)". En: *IV Coloquio sobre Transformaciones Territoriales: "Sociedad, Territorio y Sustentabilidad: perspectivas desde el Desarrollo Regional y Local"*. Universidad de la República. Montevideo.

Benedetti, Alejandro (2003) "Imágenes de una geografía desconocida. El Territorio de Los Andes a principios del siglo XX", en: *Fronteras y relaciones interétnicas: debate teórico en el 2002*. Sección Debates Teóricos de la *Revista de Estudios Trasandinos* 8 y 9. Mendoza.

Benedetti, Alejandro (2005) *Un territorio andino para un país pampeano. Geografía histórica del Territorio de Los Andes (1900-1943)*, Tesis doctoral, Universidad Buenos Aires Buenos Aires.

Bertaux, Émile (1899) "Étude d'un type d'habitation primitive". En: *Annales de Géographie*, Tomo 8, N°39.

Bertrand, Alejandro (1885) *Memoria sobre las cordilleras del Desierto de Atacama i rejiones limítrofes presentada al Señor Ministro del Interior*. Imprenta Nacional, Santiago de Chile.

Bianchi, Alberto (1996) *Temperaturas Medias Estimadas Para la Región Noroeste de Argentina*. Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria, Secretaría de Agricultura, Ganadería y Pesca de la Nación. Estación Experimental Agropecuaria Salta.

Bianchi, Alberto y Carlos Yañez (1992) *Las Precipitaciones en el Noroeste Argentino*. Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria, Secretaría de Agricultura, Ganadería y Pesca de la Nación. Estación Experimental Agropecuaria Salta.

Bloch, Maurice (1995) "The resurrection of the house amongst the Zafimaniry of Madagascar". En: Carsten, Janet y Stephen Hugh-Jones. *About the house. Lévi-Strauss and Beyond*. Cambridge University Press.

Blunt, Alison (2005) "Cultural geography: cultural geographies of home". En: *Progress in Human Geography*, 29.

Blunt, Alison y Ann Varley (2004) "Introduction. Geographies of home". En: *Cultural geographies*, 11.

Blunt, Alison, Jayani Bonnerjee, Caron Lipman, Joanna Long y Felicity Paynter (2007) "My Home: text, space and performance". En: *Cultural geographies*, 14.

Blunt, Alison y Robyn Dowling (2006) *Home*. Routledge, Londres.

Bolsi, Alfredo (1968) "La Región de la Puna Argentina". En: *Nordeste*, No. 10. Facultad de Humanidades, Universidad Nacional del Nordeste, Resistencia.

Bolsi, Alfredo y Ramón Gutiérrez (1974) "Susques: Notas sobre la evolución de un pueblo puneño". En: *Documentos de Arquitectura Nacional* N° 2, Departamento de Historia de la Arquitectura, Universidad Nacional del Nordeste, Resistencia.

Boman, Eric (1991 [1908]) *Antigüedades de la región andina de la República Argentina y del desierto de Atacama*, Tomo I y II, Universidad Nacional de Jujuy, San Salvador de Jujuy.

Bonnemaizon, Joël (1981) "Voyage autour du territoire". En: *L'Espace Géographique*, 10.

Bosch, Beatriz (1943) "Informe preliminar sobre la habitación en el Delta del Paraná". En: *GAEA, Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos*, tomo V, Buenos Aires.

Bourdieu, Pierre (2007 [1980]) *El sentido práctico*. Siglo veintiuno editores. Buenos Aires.

Bowman, Isaiah (1942 [1924]) *Los senderos del desierto de Atacama*. Sociedad Chilena de Historia y Geografía. Imprenta Universitaria, Santiago de Chile.

Browman, David (1974) "Pastoral Nomadism in the Andes". En: *Current Anthropology*, 15.

Browman, David (1990) "High altitude camelid pastoralism of the Andes". En: Galaty, John G. y Douglas L. Johnson (Eds) *The World of Pastoralism. Herding Systems in Comparative Perspective*. The Guilford Press. New York.

Brunhes, Jean (1948 [1909]) *Geografía Humana. Edición abreviada*. Editorial Juventud, Barcelona.

Brunhes, Jean y Paul Girardin (1906) “Les groupes d'habitations du Val d'Anniviers comme types d'établissements humains”. En: *Annales de Géographie*, Tomo 15, N° 82.

Bugallo, Lucila (1999). “La maison fléchée: conception de l'habitat sur le haut-plateau argentin”. En: Erny, Pierre *Cultures et habitats. Douze contributions á une ethnologie de la maison*. L' Harmattan, París.

Cajías, Fernando (1975) *La provincia de Atacama (1825-1842)*. Instituto Boliviano de Cultura, La Paz

Cañete y Domínguez, Pedro Vicente (1974 [1791]) “Documento No. 2 del Partido de Atacama”. En: *Norte Grande*, Vol. 1 No.2. Instituto de Geografía, Universidad Católica de Chile.

Carrizo, Juan Adolfo (2009 [1935]) *Cancionero Popular de Jujuy*. Editorial de la Universidad Nacional de Jujuy.

Carsten, Janet y Stephen Hugh-Jones (1995) “Introduction: about the house – Levi-Strauss and Beyond”. En: Carsten, Janet y Stephen Hugh-Jones. *About the house. Lévi-Strauss and Beyond*. Cambridge University Press.

Casaverde, Juvenal (1985) “Sistema de propiedad y tenencia de pastos naturales”. En: *Allpanchis*, Vol. XXI, No. 25.

Castro, Hortensia (2007) “Otras miradas, otros lugares. Los relatos de viajeros en la construcción de la Puna argentina”. En: Zusman, Perla, Carla Lois y Hortensia Castro (Eds.) *Viajes y geografías. Exploraciones, turismo y migraciones en la construcción de lugares*. Prometeo Libros, Buenos Aires.

Castro, Victoria (2001) “Ayquina y Toconce: paisajes culturales del norte árido de Chile”. En: Mujica Barreda, Elías (Ed.) *Paisajes Culturales en los Andes*. Representación de la UNESCO en Perú, Lima.

Catalano, Luciano R. (1930) *Puna de Atacama (Territorio de Los Andes). Reseña geológica y geográfica*. Universidad Nacional del Litoral.

Cerri, Daniel (1993 [1903]). *El Territorio de Los Andes. Reseña geográfica descriptiva por su primer Gobernador el General Daniel Cerri*. Universidad Nacional de Jujuy.

Chiozza, Elena M. y Cristina C. M. de Aparicio (1961) “Vivienda Rural”. En: De Aparicio, Francisco y Horacio Difrieri (Dirs.) *La Argentina. Suma de Geografía*, Tomo VII. Ediciones Peuser, Buenos Aires.

Claval, Paul (1999) *La Geografía Cultural*. Editorial Universitaria de Buenos Aires.

Clifford, James (1995 [1983]) *Dilemas de la cultura. Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna*. Gedisa. Barcelona.

Corboz, André (2001) “El territorio como palimpsesto”. En: Corboz, André. *Le territoire comme palimpseste et otros esáis*, Besancon.

Courtois, Juan Benavides y Ramón Gutiérrez (2006) “La arquitectura en los Andes de Capricornio” En: *Las rutas del Capricornio Andino*. Consejo de Monumentos Nacionales. Santiago de Chile.

Crang, Mike y Nigel Thrift (Eds.) (2000) *Thinking space*. Routledge. Londres.

Custred, Glynn (1977) “Las punas de los Andes centrales”. En: Flores Ochoa, Jorge A. (Comp.) *Pastores de Puna. Uywamichiq punarunakuna*. Instituto de Estudios Peruanos. Lima.

Daich, Leandro y Tomás Palacios (2010) “El guayado: aprendizajes desde el trabajo de campo en Susques y Rinconada” En: Tomasi, Jorge y Carolina Rivet (2010) *Puna y Arquitectura. Trabajo con la comunidad y construcción con tierra*. Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, Universidad de Buenos Aires. En prensa.

De Aparicio, Francisco (1931) *La vivienda natural en la Región Serrano de Córdoba*. Imprenta de la Universidad, Buenos Aires.

De Aparicio, Francisco (1937) “La vivienda natural en la provincia de La Rioja. Noticia preliminar”. En: *GAEA, Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos*, tomo VII. Imprenta y Casa Editorial “Coni”, Buenos Aires.

Delfino, Daniel (1995) *Relevamiento y estudio etnoarqueológico de patrones de asentamiento tradicionales. Implicancias actuales (Distrito de Laguna Blanca, Dpto. Belén. Catamarca)*. Inédito.

Delfino, Daniel (2001) “Las pircas y los límites de una sociedad. Etnoarqueología en la Puna (Laguna Blanca, Catamarca, Argentina)”. En: Kuznar, L. (Ed.) *Ethnoarchaeology of Andean South America*. International Monographs in Prehistory. Ethnoarchaeological Series. Michigan.

Delgado, Fanny y Bárbara Göbel (1995) “Departamento de Susques: la historia olvidada de la Puna de Atacama”. En: *Jujuy en la Historia. Avances de investigación*. Universidad Nacional de Jujuy.

DeLyser, Dydia y Paul F. Starrs (2001) “Doing Fieldwork: Editors’ Introduction”. En: *Geographical Review*, Vol. 91, No. 1/2. American Geographical Society.

Demangeon, Albert (1920) “L’habitation rurale en France”. En: *Annales de Géographie*, tomo 29 N° 161.

Demangeon Albert (1933) “Une carte de l’habitat”. En: *Annales de Géographie*, Tomo 42, N° 237.

Demangeon, Albert (1963 [1940]). *Problemas de geografía humana*. Ediciones Omega, Barcelona.

Domosh, Mona (1998) “Geography and gender: home, again?”. En: *Progress in Human Geography*, 22.

Eliade, Mircea (1998 [1957]) *Lo sagrado y lo profano*. Paidós Orientalia. Barcelona.

Elias, Norbert (1982) *La sociedad cortesana*. Fondo de Cultura Económica. México.

Erny, Pierre (1999) *Culture et habitats. Douze contributions a une ethnologie de la maison*. L'Harmattan. Paris.

Escolar, Cora (1998) "Epistemología del trabajo de campo en geografía: problemas en torno a la construcción de los datos". En: *Biblio 3W. Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, No. 96. Universidad de Barcelona.

Espinoza, Enrique (1897) *Jeografía Descriptiva de la República de Chile*. Edición aumentada. Imprenta i Encuadernación Barcelona, Santiago de Chile.

Fernández Christlieb, Federico (2006) "Geografía Cultural". En: Hiernaux, Daniel y Alicia Lindón (Dir.) *Tratado de Geografía Humana*. Anthropos y Universidad Autónoma Metropolitana. México.

Flannery, Kent, Joyce Marcus y Robert Reynolds (1989) *The Flocks of the Wamani. A Study of Llama Herders on the Punas of Ayacucho, Peru*. Academic Press.

Flores Ochoa, Jorge A. (1967) *Los Pastores de Paratia. Una introducción a su estudio*. Cuzco.

Flores Ochoa, Jorge A. (Comp.) (1977a) *Pastores de Puna. Uywamichiq punarunakuna*. Instituto de Estudios Peruanos. Lima.

Flores Ochoa, Jorge A. (1977b) "Pastores de Alpacas de los Andes" En: Flores Ochoa, Jorge A. *Pastores de Puna. Uywamichiq punarunakuna*. Instituto de Estudios Peruanos. Lima.

Flores Ochoa, Jorge A. (1988) *Llamichos y Paqocheros. Pastores de Llamas y Alpacas*. Editorial Universitaria. Cuzco.

Flores Ochoa, Jorge A. y Yoshiki Kobayashi (Eds.) (2000) *Pastoreo Altoandino. Realidad, sacralidad y posibilidades*. Plural Editores y Museo Nacional de Etnografía y Folklore. La Paz.

Fortes, Meyer (1949) *The web of kinship among the tallensi*. Oxford University Press. Londres.

Fortes, Meyer (1958) "Introduction". En: Goody, Jack (Ed.) *The Development Cycle in Domestic Groups*. Cambridge University Press.

Frenguelli, Joaquín (1926) *El Congreso Geográfico Internacional del Cairo. Informe presentado por el delegado de la Universidad Nacional del Litoral Doctor J. Frenguelli al Señor Rector Doctor Pedro E. Martínez*. Universidad Nacional del Litoral.

Jelin, Elizabeth (1984) *Familia y unidad doméstica: mundo público y vida privada*. Centro de Estudio de Estado y Sociedad. Buenos Aires.

Galaty, John G. y Douglas L. Johnson (1990) "Introduction: Pastoral Systems in Global Perspective" En: Galaty, John G. y Douglas L. Johnson (Eds) *The World of Pastoralism. Herding Systems in Comparative Perspective*. The Guilford Press. New York.

García, Silvia y Diana Rolandi (1999) "Viajes comerciales, intercambio y relaciones sociales en la población de Antofagasta de la Sierra (Puna meridional argentina)" En: Berbeglia, Carlos (Coord.) *Propuestas para una Antropología Argentina*, V. Editorial Biblos. Buenos Aires.

García, Silvia y Diana Rolandi (2000) "Relatos y ritual referidos a la pachamama en Antofagasta de la Sierra, Puna Meridional Argentina". En: *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, XXV. Buenos Aires.

Gil Montero, Raquel (1997) "Unidades domésticas con residencias múltiples: puna de Jujuy (Argentina), fines del siglo XVIII". En: *Revista Andes*, N° 8. Universidad Nacional de Salta.

Gil Montero, Raquel (2002) "Tierras y tributo en la Puna de Jujuy. Siglos XVIII y XIX" En: Farberman, Judith y Raquel Gil Montero (Comp.) *Los pueblos de indios del Tucumán colonial: pervivencia y desestructuración*. Universidad Nacional de Jujuy y Universidad Nacional de Quilmes.

Gillespie, Susan D. (2000) "Beyond Kinship: An Introduction" En: Joyce, Rosemary A. y Susan Gillespie (Eds). *Beyond Kinship. Social and material reproduction in house societies*. University of Pennsylvania Press. Philadelphia.

Gisbert, Teresa y José de Mesa (1985) *Arquitectura Andina. Historia y análisis*. Colección Arzans y Vela. Embajada de España en Bolivia. La Paz.

Gose, Peter (1991) "House rethatching in an Andean annual cycle: practice, meaning, and contradiction" En: *American Ethnologist*, Vol. 18, N°1. American Anthropological Association.

Göbel, Bárbara (1993) "La economía pastoril en Susques (Puna de Atacama): continuidad y cambio en una región periférica". En: Martínez, J. L. (Ed.) *Actas del III° Congreso Internacional de Etnohistoria*. Universidad Nacional de Chile. Santiago.

Göbel, Bárbara (1997) "'You Have to Exploit Luck': Pastoral Household Economy and Cultural Handling of Risk and Uncertainty in the Andean Highlands". En: *Nomadic People*, Vol. 1, N° 1.

Göbel, Bárbara (1998) "Salir de viaje: Producción pastoril e intercambio económico en el noroeste argentino" En: *50 años de Estudios Americanistas en la Universidad de Bonn. Nuevas contribuciones a la arqueología, etnohistoria, etnolingüística y etnografía de las Américas*.

Göbel, Bárbara (2000/2002). "Identidades sociales y medio ambiente: la multiplicidad de los significados del espacio en la Puna de Atacama". En: *Cuadernos del Instituto de Antropología y Pensamiento Latinoamericano 19*. Buenos Aires.

Göbel, Bárbara (2001) "El ciclo anual de la producción pastoril en Huancar (Jujuy, Argentina)" En: Mengoni Goñalons, Guillermo, Daniel Olivera y Hugo Yacobaccio. *El uso de los camélidos a través del tiempo*. GZC-ICAZ Ediciones del Tridente. Buenos Aires.

Göbel, Bárbara (2002) "La arquitectura del pastoreo: Uso del espacio y sistema de asentamientos en la Puna de Atacama (Susques)". En: *Estudios Atacameños* N° 23, Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo, Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama.

Göbel, Bárbara (2003) "La plata no aumenta, la hacienda sí: continuidades y cambios en la economía pastoril de Susques (Puna de Atacama)". En: Benedetti, Alejandro. *Puna de Atacama. Sociedad, economía y frontera*. Alción Editora. Buenos Aires.

Göbel, Bárbara y Fanny Delgado (1993) "Estudio preliminar". En: Cerri, Daniel. *El Territorio de Los Andes. Reseña geográfica descriptiva por su primer Gobernador el General Daniel Cerri*. Universidad Nacional de Jujuy.

Gregory, Derek, Ron Johnston, Geraldine Pratt, Michael Watts y Sarah Whatmore (Eds.) (2009) *The dictionary of Human Geography*. Wiley-Blackwell.

Guber, Rosana (2001) *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Editorial Norma. Buenos Aires.

Gundermann, Hans (1988) "Ganadería Aymara, ecología y forraje (Chile)". En: Flores Ochoa, Jorge A. *Llamichos y Paqocheros. Pastores de Llamas y Alpacas*. Editorial Universitaria. Cuzco.

Gundermann, Hans (1998) "Pastoralismo andino y transformaciones sociales en el norte de Chile". En: *Estudios Atacameños*, No. 16.

Gutiérrez, Guillermo (2003) "Patagonia, ¿una región sin realidad?". Publicación electrónica. Bariloche.

Gutiérrez, Ramón (1978) "Aspectos de la arquitectura popular en el altiplano peruano". En: *summarios*, IV (19). Ediciones Summa, Buenos Aires.

Gutiérrez, Ramón (2005) *Ernesto Vautier: Compromiso social y Arquitectura*. Centro de Documentación de Arquitectura Latinoamericana, Buenos Aires.

Gutiérrez, Ramón y Graciela Viñuales (1979) *Arquitectura de los Valles Calchaquíes*. Mac Gaul Ediciones, Buenos Aires.

Haber, Alejandro (1997) "La casa, el sendero y el mundo. Significados culturales de la arqueología, la cultura material y el paisaje en la Puna de Atacama". En: *Estudios Atacameños*, N° 14. Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo. Universidad Católica del Norte. San Pedro de Atacama.

Haesbaert, Rogelio (2005) "Da desterritorializacao a multiterritorialidade". En: *Anais do X Encontro de Geógrafos da América Latina*. Universidade de São Paulo.

Harvey, David (1994) "The social construction of space and time: a relational theory" En: *Geographical Review of Japan*, Vol. 67, N° 2. Versión traducida al español por la Dra. Perla Zusman para la Cátedra de Epistemología de la Geografía, Ffyh, UNC.

Herod, Andrew (2003) "Scale: The Local and the Global" En: Holloway, Sarah, Stephen Rice y Gill Valentine (Eds.) (2003) *Key Concepts in Geography*. Sage Publications.

Hidalgo, Jorge (2004 [1982]) "Fechas coloniales de fundación de Toconao y urbanización de San Pedro de Atacama". En: Hidalgo, Jorge. *Historia andina en Chile*. Editorial Universitaria, Santiago de Chile.

Hiernaux, Daniel y Alicia Lindón (Dir.) (2006) *Tratado de Geografía Humana*. Anthropos. México.

Holloway, Sarah, Stephen Rice y Gill Valentine (Eds.) (2003) *Key Concepts in Geography*. Sage Publications.

Holmberg, Eduardo (1988 [1900]). *Viaje por la Gobernación de Los Andes (Puna de Atacama)*. Universidad Nacional de Jujuy.

Holzer, Werther (1999) "El lugar en la geografía humanista". En: *Revista Território*, Año IV, No. 7. Río de Janeiro.

Humphrey, Caroline (1988) "No Place Like Home in Anthropology: The Neglect of Architecture" En: *Anthropology Today*, Vol. 4, N° 1. Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland.

Hyndman, Jennifer (2001) "The Field as Here and Now, Not There and Then". En: *Geographical Review*, Vol. 91 No. 1/2. American Geographical Society.

INDEC (1991) *Censo de Población y vivienda 1991. Resultados definitivos por Localidad*. Serie G. Num.1. Instituto Nacional de Estadísticas y Censos, Ministerio de Economía y Obras y Servicios Públicos.

Instituto de Investigaciones de la Vivienda (1972) *Tipos predominantes de vivienda natural en la República Argentina*. Editorial Universitaria de Buenos Aires.

Johnston, Ron (2009) "Space". En: Gregory, Derek, Ron Johnston, Geraldine Pratt, Michael Watts y Sarah Whatmore (Eds.) *The dictionary of Human Geography*. Wiley-Blackwell.

Karasik, Gabriela (1984) "Intercambio tradicional en la puna jujeña". En: *Runa*, 14. Buenos Aires.

Karasik, Gabriela (2003) "Franja fronteriza y frontera nacional: Susques y formación de la frontera septentrional argentino.chilena". En: Benedetti, Alejandro. *Puna de Atacama. Sociedad, economía y frontera*. Alción Editora.

Khazanov, Anatoly (1994) *Nomads and the outside world*. The University of Wisconsin Press.

Krotz, Esteban (2002) *La otredad cultural entre utopía y ciencia. Un estudio sobre el origen, el desarrollo y la reorientación de la antropología*. Casa Abierta al Tiempo-FCE. México.

Kühn, Franz (1910) "Informe sobre un viaje de exploración morfológica en el Valle Calchaquí y Territorio de los Andes". En: *Boletín de la Instrucción Pública*, Tomo VI, No. 18. Buenos Aires.

Kühn, Franz (1924) *Material de observación para la ecogeografía argentina. Algunos tipos de viviendas rurales*. Publicaciones del Instituto de Investigaciones Geográficas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Lacoste, Yves (1988 [1976]). *A Geografia, isso serve, em primeiro lugar, para fazer a guerra*. Papirus, Campinas.

Lanata, Xavier R. (2007) *Ladrones de sombras. El universo religioso de los pastores del Ausangate*. Instituto Francés de Estudios Andinos. Lima.

Larnaude, Marcel (1925) "L'habitation rurale des indigènes en Tunisie". En: *Annales de Géographie*, Tomo 34, N°192.

Lebeau, René (1937) "Notes sur les types d'habitations rurales du Jura central". En: *Les Études rhodaniennes*, Vol. 13, N°3.

Lefebvre, Henri (1991 [1974]) *The production of space*. Blackwell. Oxford.

Lefevre, Margueritte (1925) *L' Habitat Rural en Belgique. Étude de Géographie humaine*. Faculté des Lettres de l'Université de Paris.

Lois, Carla (2002) *De desierto ignoto a territorio representado. Cartografía, Estado y Territorio en el Gran Chaco argentino (1866-1916)*. Cuadernos de Territorio 10. Instituto de Geografía. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.

Mc Dowell, Linda (1999) "Desplazamientos" En: *Género, identidad y lugar. Un estudio de las geografías feministas*. Ediciones Cátedra. Instituto de la Mujer, Universitat de València.

Mariscotti de Gorlitz, Ana María (1978). *Pachamama Santa Tierra. Contribución al estudio de la religión autóctona en los Andes centro-meridionales*. Indiana, Suplemento 8. Instituto Ibero-Americano, Berlín.

Márquez Miranda, Francisco (1945) "El ambiente geográfico y la vivienda rural en Iruya y Santa Victoria (Provincia de Salta)". En: *GAEA. Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos*", tomo VII. Imprenta y Casa Editorial "Coni", Buenos Aires.

Martínez, Gabriel (1975) "Características de orden antropológico y socio-económico en la comunidad de Isluga (I Región)". En: *Norte Grande*, Vol. I, No. 3-4. Instituto de Geografía, Universidad Católica de Chile.

Martínez C., José Luis (1998) *Pueblos del chañar y el algarrobo. Los atacamas en el siglo XVII*. Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. Santiago de Chile.

Massey, Doreen (1984) *Spatial divisions of labor. Social Structures and the Geography of Production*. MacMillan, Londres.

Massey, Doreen (2001 [1992]) "A Place Called Home?". En: *Space, place and gender*. University of Minnesota Press.

Massey, Doreen (2005) *Pelo espaço. Uma nova política da espacialidade*. Bertrand Brasil.

Massey, Doreen (2006) "Travelling thoughts". En: *Terra Livre*, Año 22, Vol. 2, No. 27.

Massey, Doreen, John Allen y Philip Sarre (1999) *Human Geography Today*. Polity Press.

Mathewson, Kent (2001) "Between 'In Camp' and 'Out of Bounds': Notes on the History of Fieldwork in American Geography". En: *Geographical Review*, Vol. 91, No. 1/2. American Geographical Society.

Medinaceli, Ximena (2005) "Los pastores andinos: una propuesta de lectura de su historia. Ensayo bibliográfico de etnografía e historia". En: *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, Tomo 34, N°3. IFEA. Lima.

- Méjean, Paul (1931) "Sur un type d'habitation rurale en Bas-Dauphiné". En: *Revue de géographie alpine*, Tomo 19, N°1.
- Méjean, Paul (1932) "Quelques types d'habitation rurale dans le Diois". En: *Revue de géographie alpine*, Tomo 20, N°1.
- Merlino, Rodolfo (1978) *Pastoreo y complementación vertical en la Puna argentina*. Manuscrito inédito.
- Merlino, Rodolfo y Mario Rabey (1978) "El ciclo agrario-ritual en la puna argentina" En: *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, XII. Buenos Aires.
- Merlino, Rodolfo y Mario Sánchez Proaño (1996/97) "El sol llega, la sombra pasa. Representación verbal y visual del habitat en la Puna". En: *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano*, 17.
- Metraux, Alfred (1931) "Un mundo perdido. La tribu de los Chipayas de Carangas". En: *Sur*, 1 (3).
- Metraux, Alfred (1936) "Les Indiens Uro-Cipaya de Carangas" En: *Journal de la société des américanistes*, Volumen 28, N° 1.
- Molinié, Antoinette (2005) "Introducción". En: Molinié, Antoinette (Comp.) *Etnografías de Cuzco*. Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas. Cuzco.
- Moreira, Manuel (2009) *El derecho de los pueblos originarios. Reflexión y hermenéutica*. Santiago Álvarez Editor y Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad Nacional del Litoral.
- Morote Best (1988 [1956]) *Aldeas sumergidas: cultura popular y sociedad en los Andes*. Centro de Estudios Rurales Andinos "Bartolomé de las Casas". Cuzco.
- Muñoz, Santiago (1894) *Jeografía descriptiva de las Provincias de Atacama i Antofagasta*. Imprenta Gutemberg. Santiago de Chile.
- Murra, John (2002 [1972]) "El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas". En: Murra, John. *El Mundo Andino. Población, medio ambiente y economía*. Instituto de Estudios Peruanos y Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima.
- Nachtigall, Horst (1966) "Ofrendas de llamas en la vida ceremonial de los pastores de la Puna de Moquegua, Perú y de la Puna de Atacama, Argentina, y consideraciones Histórico-Culturales sobre la ganadería indígena". En: *Actas y Memorias del 36 Congreso Internacional de Americanistas*. Volumen 3. Sevilla.
- Navarro Floria, Pedro (2006) "Paisajes del progreso. La norpatagonia en el discurso científico y político argentino de fines del siglo XIX y principios del XX". Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales. Vol. X, núm 218. Universidad de Barcelona.
- Nielsen, Axel (1996) "Competencia Territorial y Riqueza Pastoril en una Comunidad del Sur de los Andes Centrales (Dto. Potosí, Bolivia)". En: *Zoarqueología de Camélidos*, 2.

Nielsen, Axel (2000) *Andean caravans: an ethnoarchaeology*. Tesis de doctorado. Universidad de Arizona.

Nielsen, Axel (2001) "Evolución del espacio doméstico en el norte de Lípez (Potosí, Bolivia): CA. 900-1700 DC". En: *Estudios Atacameños*, N° 21. Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama, Chile.

Nielsen, Axel (2010) *Celebrando con los antepasados. Arqueología del espacio público en Los Amarillos, Quebrada de Humahuaca, Jujuy, Argentina*. Mallku Ediciones.

Nogué, Joan (1989) "Espacio, lugar y región: hacia una nueva perspectiva geográfica regional". En: *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 9.

Nogué, Joan y Joan Romero (2006) *Las otras geografías*. Tirant Lo Blanch, Valencia.

Nuñez, Lautaro (1995) "Evolución de la ocupación y organización del espacio atacameño". En: Pourrut, Pierre y Nuñez, Lautaro. *Agua, ocupación del espacio y economía campesina en la región atacameña. Aspectos dinámicos*. Universidad Católica del Norte. Antofagasta. Chile.

Nuñez, Lautaro y Tom Dillehay (1995 [1979]) *Movilidad giratoria, armonía social y desarrollo en los Andes Meridionales: Patrones de Tráfico e interacción económica*. Universidad Católica del Norte. Antofagasta, Chile.

Oficina Hidrográfica de Chile (1885) *Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile*. Año X. Imprenta Nacional. Santiago de Chile.

Oliver, Paul (1978 [1969]) *Cobijo y Sociedad*. Blume ediciones. Madrid.

Orlove, Benjamin (1981) "Native andean pastoralists: Traditional adaptations and recent changes". En: Salzman, Philip (Ed.) *Contemporary nomadic and pastoral peoples: Africa and Latin America*. Studies in Third World Societies 17. Department of Anthropology, Williamsburg/Virginia.

Ortega Valcárcel, José (2000) *Los horizontes de la geografía. Teoría de la Geografía*. Editorial Ariel, Barcelona.

Ortíz, Federico (2003) "De la arquitectura vernácula a las casas blancas". En: Viñuales, Graciela (Ed.) *Casas Blancas. Una propuesta alternativa*. Centro de Documentación de Arquitectura Latinoamericana, Buenos Aires.

Ortiz, Renato (1996) *Otro territorio. Ensayos sobre el mundo contemporáneo*. Universidad Nacional de Quilmes.

Painter, Joe (2000) "Pierre Bourdieu". En: Crang, Mike y Nigel Thrift (Eds.) *Thinking space*. Routledge. Londres.

Palacios Ríos, Félix (1977) "...hiwasaha uywa, uka uywaha hiwasaru uyusitu": *Los pastores aymara de Chichillapi*. Tesis de Maestría. Pontificia Universidad Católica del Perú. Inédito.

Palacios Ríos, Félix (1990) "El simbolismo de la casa de los pastores Aymara" En: Flores Ochoa, J. *Trabajos presentados al simposio "rur 6. El pastoreo altoandino: origen, desarrollo y situación actual"*. Cuzco.

Paleari, Antonio (Dir.) *Jujuy. Diccionario General*. Ediciones Gobierno de la Provincia de Jujuy.

Paoli, Héctor (2002) *Recursos Hídricos de la Puna, Valles y Bolsones Áridos del Noroeste Argentino*. Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria.

Paul-Lévy, Françoise y Marion Segaud (1983) *Anthropologie de l'espace*. Centre George Pompidou.

Peirano, Mariza (2000) "A análise antropológica de rituais". *Série Antropológica* 270. Departamento de Antropologia. Universidade de Brasilia.

Peirano, Mariza (2006) "Temas ou teorias? O estatuto das noções de ritual e de performance". *Série Antropologia* 398. Departamento de Antropologia. Universidade de Brasilia.

Pino Manrique, Juan del. (1836 [1787]) "Descripción de la Villa de Potosí y de los partidos sujetos a su intendencia, por D. Juan del Pino Manrique, Gobernador de Aquella Provincia". En: *Colección de Obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Rio de la Plata*. Tomo 2. Imprenta del Estado.

Platt, Tristan (1999) *La persistencia de los ayllus en el norte de Potosí*. Fundación Diálogo. La Paz.

Platt, Tristan, Thérèse Bouysse-Cassagne y Olivia Harris (2006) *Qaraqara-Charka. Mallku, Inka y Rey en la provincia de Charcas (siglos XV-XVII). Historia antropológica de una confederación aymara*. Instituto Francés de Estudios Andinos y Plural Editores. La Paz.

Quirós, Guillermo (1999) "Los límites de la unidad doméstica. Un caso: Wilk y los Kekchi". En: *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología*, N° 18. Buenos Aires.

Rabey, Mario, Rodolfo Merlino y D. González (1986) "Trueque, articulación económica y racionalidad económica en el sur de los Andes Centrales" En: *Revista Andina*, 7. Centro Bartolomé de Las Casas. Cuzco.

Rabey, Mario y Rodolfo Rotondaro (1988) "El sistema ambiental Barrancas: sociedad, cultura y tecnología en un pueblo de la Puna". En: *Publicaciones de EIDA*, 3.

Raffestin, Claude (1993 [1980]) *Por una geografía do poder*. Editora Ática, São Paulo.

Ramos, Rodrigo (2004) "Arquitectura de tierra y tecnología en el Noroeste argentino", En: *Memoria del III SIACOT (Seminario Iberoamericano de Construcción en Tierra: "La tierra cruda en la construcción del hábitat")*.

Rapoport, Amos (1972) *Vivienda y Cultura*. Editorial Gustavo Gili. Barcelona.

Ratzel, Friedrich (1914 [1891]) *Geografia dell'Uomo (Antropogeografia). Principi d'applicazione della scienza geografica alla storia*. Fratelli Bocca Editori, Milán.

Reboratti, Carlos (2001) "Una cuestión de escala: sociedad, ambiente, tiempo y territorio". En: *Sociologías*, Año 3, No. 5. Porto Alegre.

Reboratti, Carlos (2008) "Territorio rural: ¿Actor o escenario?". En: *V Jornadas de Investigación y Debate: Trabajo, propiedad y tecnología en la Argentina rural del siglo XX*. Universidad Nacional de Quilmes.

Rivet, Carolina (2010) "Primeros resultados de las investigaciones realizadas en Coranzulí (provincia de Jujuy)". Trabajo presentado en el XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina. Universidad Nacional de Cuyo.

Rivet, Carolina y Jorge Tomasi (2010) "'Que el barro esté bien liviano'. El torteo con barro en los techos de Susques y Rinconada, provincia de Jujuy". En: Tomasi, Jorge y Carolina Rivet (2010) *Puna y Arquitectura. Trabajo con la comunidad y construcción con tierra*. Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, Universidad de Buenos Aires. En prensa.

Rojas, Ricardo (Dir.) (1925) *Catálogo de la Colección de Folklore donada por el Consejo Nacional de Educación*. Tomo I, N°1. Instituto de Literatura Argentina, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Rojas, Ricardo (1951 [1924]) *Eurindia*. Editorial Losada, Buenos Aires.

Rotondaro, Rodolfo (1991) "Estructura y arquitectura de los asentamientos humanos". En García Fernández, Juan Javier y Rodolfo Tecchi (Comp.) *La reserva de la biosfera Laguna de Pozuelos: un ecosistema pastoril en los Andes Centrales*. San Salvador de Jujuy: Instituto de biología de altura, Universidad Nacional de Jujuy, UNESCO.

Rotondaro, Rodolfo y Mario Rabey (1984a) "Arquitectura de tierra en la Puna jujeña". En: *Arquitectura y construcción*, N° 41.

Rotondaro, Rodolfo y Mario Rabey (1984b) "Espacio y tecnología en un poblado jujeño". En: *Documentos de Arquitectura Nacional y Americana*, 18. Instituto Argentino de Investigaciones en Historia de la Arquitectura.

Rudofsky, Bernard (1973 [1964]) *Arquitectura sin arquitectos*. Editorial Universitaria de Buenos Aires.

Rykwert, Joseph (1974 [1972]) *La casa de Adán en el paraíso*. Gustavo Gili, Buenos Aires.

Sack, Robert D. (1983) "Human Territoriality: A Theory". En: *Annals of the Association of American Geographers*, Vol. 73, No. 1.

Sack, Robert (1986) *Human territoriality. Its theory and history*, Cambridge University Press, Cambridge.

Sack, Robert (1988) "El lugar y su relación con los recientes debates interdisciplinarios". En: *Documents D'Análisi Geográfica*, 12.

Sacriste, Eduardo (1978) "La vivienda en zonas áridas y semiáridas". En: *summarios*, IV (19). Ediciones Summa, Buenos Aires.

Sacriste, Eduardo (1990) *Casas y templos*. Secretaría de Extensión Universitaria, Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, Universidad de Buenos Aires.

Sanhueza Tohá, María Cecilia (2001) "Las poblaciones de la Puna de Atacama y su relación con los Estados Nacionales. Una lectura desde el archivo". En: *Revista de historia indígena*, N° 5. Departamento de Ciencias Históricas, Universidad de Chile. Santiago de Chile.

Sanhueza Tohá, María Cecilia (2008) "'indios' de los Oasis, 'indios' de la Puna. Procesos migratorios y rearticulaciones identitarias en Atacama (Susques, Siglos XVIII-XIX)". En: *Chungara, Revista de Antropología Chilena*. Volumen 40, N° 2.

Santos, Milton (1978) *Por uma Geografia Nova*. Hucitec, São Paulo.

Santos, Milton (1985) *Espaço e Método*. Nobel, São Paulo

Santos, Milton (1986) "Espacio y método" En: *Geocrítica. Cuadernos críticos de geografía humana*, Año XII N°65. Universidad de Barcelona. <http://www.ub.es/geocrit/geo65.htm>

Santos, Milton (2005 [1994]) "O retorno do território". En: *OSAL, Observatorio Social de América Latina*, Año VI, No. 16.

Santos, Milton (2006) *A Natureza do Espaço*. Editora da Universidade de São Paulo.

Sanz De Arechaga, Lía Raquel (1948) "La vivienda natural en el conoide de Yacochuya (Valle Calchaquí, Salta)". En: *GAEA. Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos*", tomo VIII. Imprenta y Casa Editorial "Coni", Buenos Aires.

Sarabia Viejo, María Justina (1986-1989) *Francisco de Toledo: Disposiciones gubernativas para el virreinato del Perú, 1569-1574*. Escuela de Estudios Hispano-Americanos, Sevilla.

Schenone, Héctor (2004) "Hans Mann y la Academia". En: Méndez, Patricia (Ed.) *Hans Mann: miradas sobre el patrimonio cultural*. Centro de Documentación de Arquitectura Latinoamericana, Buenos Aires

Sendón, Pablo (2004) *Parentesco y organización social en un pueblo de pastores del sur andino*. Tesis doctoral. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Inédita.

Sendón, Pablo (2004) "El *wasi chakuy* de Marcapata. Ensayo de interpretación de una 'costumbre' andina". En: *Revista Andina*, 39:51-73. Centro Bartolomé de las Casas. Cuzco.

Sendón, Pablo (2008) "Organización social de las poblaciones pastoriles en los Andes del sur peruano: hacia un balance comparativo de un aspecto omitido". En: Damonte Gerardo, Fulcrand Bernardo y Gómez Rosario (editores), *Perú: el problema agrario en debate*. SEPIA XII, Seminario Permanente de Investigación Agraria. Lima.

Sendón, Pablo (2010) "Los límites de la humanidad. El mito de los *ch'ullpa* en Marcapata (Quispicanchi), Perú". En: *Journal de la Société des Américanistes*, 96-1.

Segato, Rita (2002) "Alteridades históricas/Identidades políticas: una crítica a las certezas del pluralismo global". En: *Nueva Sociedad*, 178.

Sessa, Martín (2009) *Sikuris de Susques*. Edición del autor. La Plata.

Simonsen, Kirsten (1996) "What kind of space in what kind of social theory?" En: *Progress in Human Geography*, N° 20.

Smith, Neil (2003) *American Empire. Roosevelt's geographer and the prelude to globalization*. University of California Press, Berkeley

Soja, Edward (1971) *The Political Organization of Space*. Resource Papers, Association of American Geographers, Washington.

Soja, Edward (1994) *Postmodern geographies. The reassertion of space in critical social theory*. Verso, Londres.

Soja, Edward (2009) "Taking space personally". En: Warf, Barney y Santa Arias (2009) *The Spatial Turn. Interdisciplinary perspectives*. Routledge.

Starn, Orin (1992) "Antropología andina, 'andinismo' y Sendero Luminoso". *Allpanchis XXIII*: 15-71

Stevens, Stan (2001) "Fieldwork as commitment". En: *Geographical Review*, Vol. 91, No. 1/2. American Geographical Society.

Svampa, Maristella (2006) *El dilema argentino: Civilización o Barbarie*. Editorial Taurus. Buenos Aires.

Tomasi, Jorge (2010) *Casas de pastores. La construcción del espacio doméstico en Susques*. Tesis de Maestría en Antropología Social, IDES-IDAES, UNSAM. Inédita.

Tomasi, Jorge y Carolina Rivet (2010) *Puna y Arquitectura. Trabajo con la comunidad y construcción con tierra*. Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, Universidad de Buenos Aires. En prensa.

Tuan, Yi-Fu (1996 [1974]) "Space and place: humanistic perspective". En: Agnew, John, David Livingstone y Alisdair Rogers (Eds.) *Human Geography. An essential anthology*. Blackwell Publishing.

Tuan, Yi-Fu (2004) "Home". En: Harrison,Stephan, Steve Pile y Nigel Thrift (Eds.) *Patterned ground: entanglements of nature and culture*. Reaktion Books, Londres.

Turner, Matt (2009) "Pastoralism". En: Gregory, Derek, Ron Johnston, Geraldine Pratt, Michael Watts y Sarah Whatmore (Eds.) *The dictionary of Human Geography*. Wiley-Blackwell.

Urton, Gary (1988) "La arquitectura pública como texto social: La historia de un muro de adobe en Pacariqtambo, Perú (1915-1985)" En: *Revista Andina*, N° 6. Centro "Bartolomé de Las Casas". Cuzco.

Valentié, María Eugenia (1980) "La flechada, ceremonia de fundación". En: *Revista Trabajos del II Noviembre Filosófico*. Universidad Nacional de Salta. Salta.

Vellinga, Marcel (2005) "Anthropology and the challenges of sustainable architecture" En: *Anthropology Today*, Vol. 21, N°3. Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland.

Vidal de La Blache, Paul (1922) *Principes de géographie humaine publiés d'après les manuscrits de l'auteur par Emmanuel de Martonne*. París.

Viñuales, Graciela (Comp.) (1994) *Arquitectura de Tierra en Iberoamerica*, Editorial Habiterra.

Viollet-Le-Duc, Eugene. (1945 [1875]) *Historia de la Habitación Humana*. Editorial Victor Leru, Buenos Aires.

Von Rosen, Eric (2001 [1916]) *Un mundo que se va. Exploraciones y aventuras entre las altas cumbres de la cordillera de los Andes*. Universidad Nacional de Jujuy, San Salvador de Jujuy.

Waisman, Marina (1978) "Editorial". En: *summarios*, IV (19). Ediciones Summa, Buenos Aires.

Warf, Barney y Santa Arias (2009) *The Spatial Turn. Interdisciplinary perspectives*. Routledge.

Webster, Steven (1973) "Native Pastoralism in the South Andes". En: *Ethnology*, Volumen 12, Nº 2. University of Pittsburgh.

Wolff, Denis (2005) "Albert Demangeon (1872-1940), pilar de la Escuela francesa de geografía". En: *Ería. Revista cuatrimestral de Geografía*, No. 68.

Yacobaccio, Hugo D., Celina M. Madero y Marcela P. Malmierca (1998) *Etnoarqueología de pastores surandinos*. Grupo de Zooarqueología de Camélidos. Buenos Aires.

Yapita, Juan de Dios y Denise Arnold (1998) "Lo humano y lo no-humano en Qaqachaka. Categorías Aymaras de parentesco y afinidad" En: Arnold, Denise (Comp.) *Gente de carne y hueso. Las tramas de parentesco en los Andes*. Biblioteca de Estudios Andinos. ILCA. La Paz.

Zamorano, Mariano (1950) "Acerca de la vivienda natural en la República Argentina y especialmente en Mendoza". En: *Anales de Arqueología y Etnología*, Tomo XI. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

Zelinsky, Wilbur (2001) "The Geographer as Voyeur". En: *Geographical Review*, Vol. 91, No. 1/2. American Geographical Society.

Zurita, María Eugenia (2004) *Lo sagrado en el Mundo Andino*. Centro Editor CERS. Tucumán.

Zusman, Perla (2006) "Geografías históricas y fronteras". En: Hiernaux, Daniel y Alicia Lindón (Dir.) *Tratado de Geografía Humana*. Anthropos y Universidad Autónoma Metropolitana. México.

Zusman, Perla, Cristina Hevilla y Matías Molina (2006) "Geografías de los tiempos lentos". En: Nogué, Joan y Joan Romero. *Las otras geografías*. Tirant lo Blanch, Valencia.

Agradecimientos

La realización de la investigación y de esta tesis fue posible gracias a dos becas doctorales del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) que nos financiaron en estos últimos cinco años. A su vez hemos contado desde el 2009 con la asistencia de los fondos para investigación del Instituto Interdisciplinario Tilcara, nuestro lugar de trabajo, dependiente de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Con estos recursos hemos podido solventar los gastos de los últimos trabajos de campo y otras tareas relacionadas. Agradecemos a las autoridades y al personal del Instituto por su colaboración constante.

El principal agradecimiento va destinado a las personas de Susques con quienes compartimos distintos momentos durante estos siete años y con quienes seguiremos trabajando en adelante. Las páginas que preceden están plagadas de sus vidas y espacios a los que generosamente nos permitieron acceder. Cabe mencionarlos aunque podamos olvidar involuntariamente algún nombre: Arturo González, Alicia Jorge y Araceli, Apolonia González, Hipólito Guzmán, Verónico Puca y Leoncia Ávalos, Manuela Puca, Santos Puca, Regino Puca y Filomena Calpanchay, Eusebia Soriano, Evangelina Soriano, Waldo Vázquez y Etelvina, Rene Calpanchay y Norma, Casimira Vilte, José Ramos, Vicenta Soriano, Nila Calpanchay, Rafael Cruz, Román Vázquez, Apolonia Vilte y Romualdo Vázquez, Ignacio Esquivel, Ranulfo e Inés Vilte, Mario Ottonello y Mariana Díaz, Simona y María Vilte, Javier Salva, Mabel, Gustavo y Gladys Contreras, Anastacio Vázquez, Fausto Cruz y Celedonio Vázquez.

En el ámbito académico quiero agradecer la colaboración y apoyo de muchas personas que han estado cerca de diferentes maneras: Carlos Aschero, Bárbara Göbel, Axel Nielsen, Raquel Gil Montero, Lucila Bugallo, Mario Vilca, Ana Igareta, Graciela Viñuales, Rodolfo Rotondaro, Carlos Reboratti, Sebastián Abeledo, Martín Sessa, Gabriela Karasik, Ana Rosato, Alejandro Benedetti, Pablo Sendón y Ramón Gutiérrez. En particular Gabriela Karasik y Ana Rosato han sido las directoras de la Tesis de Maestría en Antropología Social que fue un punto de partida muy importante para esta Tesis. Alejandro Benedetti ha sido por demás generoso compartiendo su bibliografía y conocimientos puneños. Pablo

Sendón en los últimos años ha sido muy importante para que esta investigación tenga una reorientación significativa. Ramón Gutiérrez y Graciela Viñuales abrieron las puertas del CEDODAL para mi trabajo y las mejores imágenes históricas de esta tesis fueron provistas por ellos. En el contexto del Instituto Interdisciplinario quiero agradecer a Clara Rivolta, Mónica Montenegro, Rosario Dassen, Solange Fernández, y especialmente a Pablo Ochoa y Clarisa Otero.

Dentro de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo quiero destacar a quienes compartieron el trabajo en el proyecto de extensión universitaria “Puna y Arquitectura”, especialmente a Julieta Barada, Leandro Daich, Ramón Ferrer, Mariano Schilman, Daniela Reisner y Fernando Corrales Barboza. Julieta además brindó su ayuda buscando datos esquivos de los Censos. También dentro de la Facultad cabe destacar a Jorge Ramos y Rosa Aboy, titulares de las cátedras en las que pude ejercer como docente durante varios años.

Quiero agradecer especialmente a Perla Zusman y Daniel Schávelzon, directora y co-director de esta tesis. Hace ya varios años Daniel me dio la posibilidad de empezar a investigar, abrió puertas y acompañó ese proceso durante todo este tiempo pese a que mis temas tomaban otros rumbos. Perla ha sido fundamental y decisiva en todo el trabajo geográfico que estructura esta tesis. A pesar de la distancia física y de lo acelerado y urgente que se volvió la finalización de esta presentación estuvo permanentemente presente, leyendo hasta el detalle, enseñando y aportando múltiples ideas por las que estoy en deuda.

Finalmente, los afectos. A mi madre por su presencia y fe desde siempre. También a Lili por su colaboración y cariño. Y muy especialmente a Carolina por una vida, un proyecto y aprendizajes compartidos; su apoyo, compañía y paciencia constantes, y en particular en un año que fue muy largo.

Introducción general	2
Problemas y objetivos	3
Aspectos metodológicos: El enfoque etnográfico e histórico	8
<i>El trabajo de campo en la Geografía</i>	10
<i>El enfoque etnográfico</i>	13
Una primera mirada sobre Susques	15
<i>Procesos históricos</i>	19
<i>Aspectos ambientales</i>	21
El recorrido de esta tesis	23
Primera parte	
Aproximaciones	29
Capítulo 1	
Aproximaciones teóricas: Espacios, Territorios y Lugares	30
Acerca del espacio	31
<i>El espacio como construcción social</i>	33
<i>Una aproximación relacional</i>	34
El espacio hecho territorio	36
<i>El territorio como práctica: la territorialidad</i>	38
<i>Multiterritorialidades</i>	41
El sentido de los lugares	44
<i>El lugar como condensación de sentidos</i>	46
<i>Desde la práctica</i>	47
El espacio doméstico o la domesticación del espacio	49
<i>Hogar y Casa, Home and House</i>	52
<i>Lógica de la práctica y teoría de la estructuración</i>	55
Acercamientos sucesivos	56

Capítulo 2

Las tradiciones fundacionales en el estudio del espacio doméstico	59
En torno a la “habitación humana”	61
<i>Ratzel y la antropogeografía</i>	62
<i>La tradición francesa</i>	64
Las repercusiones en la Argentina	69
¿“Vivienda Natural” o “Vivienda Rural”?	71
<i>La “extinción del rancho”</i>	77
<i>La desaparición de un campo</i>	78
Los estudios desde la arquitectura	81
<i>Las búsquedas de una arquitectura nacional</i>	81
<i>El renacimiento de los estudios en la década del sesenta</i>	84
<i>El regreso de la “vivienda natural”</i>	88
Intersecciones y persistencias	90

Capítulo 3

La invención del desierto puneño y su pobre arquitectura	92
Desplazamientos, encuentros y producción de espacios	93
Sobre viajeros, funcionarios y científicos	95
<i>Las formaciones e intereses</i>	96
<i>Ser parte de una misión</i>	98
Un espacio triste y monótono	100
<i>Paisajes del progreso y paisajes del atraso</i>	101
La población huraña	103
<i>El problema de la higiene</i>	104
<i>El “carácter” como una consecuencia del medio</i>	105
<i>La transformación de la población</i>	106
La “expresión del atraso”. La mirada sobre la arquitectura	109
<i>La mirada higienista</i>	111
La triple condición	112

Segunda Parte

Los pastores y sus territorios	115
Capítulo 4	
Pastores, movilidad y espacios	116
Una primera aproximación	117
<i>Desplazamientos</i>	120
<i>La organización social</i>	122
En las tierras altas de los Andes	124
<i>El pastoreo andino</i>	126
<i>La diversidad ambiental</i>	127
<i>Territorios de pastoreo, entre la familia y la comunidad</i>	129
<i>La lógica de asentamiento y la movilidad estacional</i>	132
<i>Estrategias de complementariedad</i>	135
Capítulo 5	
La definición de los territorios familiares, los <i>pastoreos</i>	138
Aproximación al pastoreo en Susques	138
<i>Familias, unidades domésticas y organización del pastoreo</i>	139
<i>La conformación de los rebaños</i>	142
Los territorios familiares	146
<i>Campos y Cerros</i>	153
Los <i>lugares</i>	155
Los <i>pastoreos</i> en el tiempo. Fusiones y fisiones	159
<i>Los cambios en un pastoreo</i>	162
<i>Pastoreos emparentados</i>	166
La apropiación simbólica y material del espacio pastoril	167
<i>La movilidad estacional</i>	171
<i>Los recorridos cotidianos</i>	174
<i>La señalada</i>	178
Capítulo 6	
La construcción de un espacio colectivo	184
<i>Caseríos y centros poblados</i>	186

Los relatos sobre el origen	189
El Norte y el Sur en la conformación de Susques	194
Procesos urbanos	200
<i>Conformaciones coloniales</i>	201
<i>La pertenencia a Bolivia y Chile</i>	207
<i>Susques a principios del siglo XX</i>	209
<i>El proceso de urbanización</i>	213
<i>Los setenta y la apertura del Paso de Jama</i>	221
<i>El espacio para las celebraciones y el rol de la capilla</i>	225
El correlato estadístico	231
La definición del territorio de Susques	238
<i>Comisión Municipal, Parroquia y Comunidad Aborigen</i>	240
<i>El eterno problema con las tierras</i>	244
La construcción de un territorio y la movilidad	250
<i>Rodeos y Carnavales</i>	251
<i>De Vírgenes, Santos y Peregrinaciones</i>	258
Tercera parte	
Espacio(s) doméstico(s)	265
Capítulo 7	
Pastoreo, sistemas de asentamiento y espacio doméstico	266
En los Andes	268
<i>Las primeras etnografías</i>	269
<i>Algunos aportes más recientes</i>	271
<i>Las aproximaciones etnoarqueológicas</i>	276
La noción de “estancia”	279
Territorialidad, espacio doméstico y sistemas de asentamiento	284
<i>Un único espacio doméstico discontinuo</i>	289
<i>Los asentamientos y sus lugares</i>	291
<i>Territorialidades</i>	294

Capítulo 8

<i>Domicilio, estancias y casas en el pueblo</i>	298
El <i>domicilio</i> como referencia espacial	300
<i>La organización del espacio</i>	305
<i>La variabilidad</i>	311
<i>Hacia el Este</i>	318
<i>Puestos y estancias</i>	320
<i>Configuraciones</i>	324
<i>Casos</i>	327
La <i>casa en el pueblo</i>	333
<i>Configuraciones y la delimitación de la intimidad</i>	335
<i>Tres casas</i>	341
<i>Viviendas, departamentos y materialidades urbanas</i>	348
Espacio(s) múltiple(s)	353

Capítulo 9

La producción de una espacialidad doméstica	355
El construir como una práctica continua y generalizada	356
¿La <i>casa</i> o las <i>casas</i> ?	357
Organización espacial y organización social	361
<i>Una construcción familiar</i>	362
<i>Aspectos de la organización familiar desde el domicilio</i>	366
<i>Las casas mochas</i>	368
La creación de lo doméstico. Prácticas rituales	370
<i>Los rituales en la construcción</i>	371
<i>El comienzo de la obra</i>	373
<i>La inauguración</i>	375
<i>Hay que matar la casa</i>	378
<i>Los sentidos de la flechada</i>	381
<i>Los riesgos del mal</i>	383
La domesticación del espacio	385

Consideraciones Finales

Territorios, lugares y espacios domésticos	388
Geografía, Antropología y Arquitectura	389
Objetos y acciones	391
Escalas y territorialidades	393
Una vida en movimiento	399
La construcción continua del espacio	402
La vida urbana y ¿la “muerte del pastoreo”?	403
Procesos en tiempo real y la persistencia en la negación de la otredad	406
Bibliografía y fuentes de archivo	409
Fuentes consultadas	409
Bibliografía citada	409
Agradecimientos	426
Índice	428

